

Exclusivo para:

www.dcristo.net

y

www.tronodegracia.com

El
Evangelio
según
Jesucristo

¿Qué significa realmente
el "Sígueme" de Cristo Jesús?

John F. MacArthur

Traducción de
Rafael C. de Bustamante

Casa Bautista de Publicaciones

CASA BAUTISTA DE PUBLICACIONES

7000 Alabama Street, El Paso, TX 79904, EE. UU. de A.

www.casabautista.org

Nuestra pasión: Comunicar el mensaje de Jesucristo y facilitar la formación de discípulos por medios impresos y electrónicos.

El Evangelio según Jesucristo. © Copyright 1991, Casa Bautista de Publicaciones, 7000 Alabama St., El Paso, Texas 79904, Estados Unidos de América. Traducido y publicado con permiso. Todos los derechos reservados. Prohibida su reproducción o transmisión total o parcial, por cualquier medio, sin el permiso escrito de los publicadores.

Publicado originalmente en inglés por Zondervan Publishing House, Grand Rapids, Michigan, bajo el título *The Gospel According to Jesus*, © copyright 1988 por John F. MacArthur, hijo.

A menos que se indique otra cosa, las citas bíblicas han sido tomadas de la Santa Biblia: Versión Reina-Valera Actualizada. © Copyright 1989, Editorial Mundo Hispano.

Diseño de la cubierta: Gloria Williams-Méndez

Ediciones: 1991, 1994, 1997, 2002, 2006
Sexta edición: 2008

Clasificación Decimal Dewey: 232

Temas: 1. Jesucristo
2. Vida cristiana

ISBN: 978-0-311-09138-6
C.B.P. Art. núm. 09138

1 M 11 08

Impreso en Colombia
Printed in Colombia

A

Bob Van Kampen, hijo,
por su dedicado liderazgo,
su inmenso amor por la Palabra,
su firme sumisión al señorío de Cristo,
y por el regalo más grande que me
ha dado: una estrecha relación "sin cera".

PRIMERA PARTE: EL EVANGELIO DE HOY, BUENAS O MALAS NUEVAS?

1. Un vistazo a los asuntos de hoy 23

SEGUNDA PARTE: JESUS PROCLAMA SU EVANGELIO

1. Regalados en nuestro mundo 25
2. Germinando educación vitalicia 26
3. Habla a los pecadores, pero también a los justos 29
4. Aborrecer los días de fiesta 30
5. Desafiara un mundo rebelde 31
6. Busca y salva a los perdidos 32
7. Condena el pecado embudo 33
8. Gana un juego de ganador 34

TERCERA PARTE: JESUS ILUSTRA SU EVANGELIO

1. Los amigos 35
2. El hijo y la hija 36
3. El lavamiento de los pies 37
4. Primera y última 38
5. Perdidos y salvados 39

CUARTA PARTE: JESUS DEFINE SU EVANGELIO

1. Levando al arrepentimiento 40
2. La naturaleza de la salvación 41

Exclusivo para:

www.dcristo.net

y

www.tronodegracia.com

Índice

Prólogo por J. I. Packer	7
Prólogo por James Montgomery Boice	9
Prefacio	13
Introducción	17
PRIMERA PARTE: EL EVANGELIO DE HOY: ¿BUENAS O MALAS NUEVAS?	
1. Un vistazo a los asuntos en cuestión	23
SEGUNDA PARTE: JESUS PROCLAMA SU EVANGELIO	
2. Requiere un nuevo nacimiento	35
3. Demanda adoración verdadera	47
4. Recibe a los pecadores, pero rechaza a los justos	59
5. Abre los ojos ciegos	67
6. Desafía a un buscador vehemente	77
7. Busca y salva a los perdidos	89
8. Condena el corazón endurecido	97
9. Ofrece un yugo de descanso	105
TERCERA PARTE: JESUS ILUSTRA SU EVANGELIO	
10. Los terrenos	115
11. El trigo y la cizaña	125
12. El tesoro del reino	131
13. Primeros y últimos	139
14. Perdidos y hallados	147
CUARTA PARTE: JESUS DEFINE SU EVANGELIO	
15. Llamado al arrepentimiento	157
16. La naturaleza de la fe verdadera	167

17. El camino de salvación	175
18. La certeza del juicio	183
19. El costo del discipulado	193
20. El señorío de Cristo	201

QUINTA PARTE: APENDICES

Apéndice 1	
El evangelio según los apóstoles	211
Apéndice 2	
El evangelio según el cristianismo histórico	219
Notas	235

Prólogo por J. I. Packer

El hecho de que el hombre no debe separar lo que Dios ha unido es una verdad que debe aplicarse a muchas otras cosas, no sólo al matrimonio. Dios ha unido los tres oficios de profeta (maestro), sacerdote y rey en la obra mediadora de Jesucristo, y por medio de la Biblia nos lleva a relacionarnos positivamente con todos ellos. Dios ha unido fe y arrepentimiento como las dos facetas de la respuesta al Salvador y ha dejado claro que volverse a Cristo significa abandonar el pecado y la impiedad. La enseñanza bíblica acerca de la fe entrelaza la creencia, la dedicación y la comunión; ello nos muestra que el creer cristiano no es el mero conocimiento de hechos referentes a Cristo, sino también acudir a él con fe personal para adorarle, amarle y servirle. Si no conseguimos mantener juntas estas tres cosas que Dios ha entrelazado, nuestro cristianismo se verá distorsionado.

El punto de vista que sostiene el entretejimiento de estas unidades recibe el nombre de "salvación de señorío". El nombre suena a esotérico y un tanto extraño, y su novedad sugeriría naturalmente que el punto de vista etiquetado con él es un producto nuevo elaborado recientemente. Pero de hecho, no es ni más ni menos que la corriente principal del consenso protestante sobre la fe justificadora. La verdadera novedad es la posición de los que acuñaron este nombre para el punto de vista que rechazan y quienes separan estas unidades en sus propias enseñanzas. Dichas enseñanzas reinventan el mutilado concepto de fe expresado por el sandemanismo escocés hace dos siglos y que describe adecuadamente D. Martyn Lloyd-Jones en su libro *Los puritanos*. Como los sandemanianos, quienes rechazan la "salvación de señorío" han escogido mantener las obras aparte de la justificación. A este fin, de nuevo como el sandemanismo, muestran la fe como un mero asentimiento a la verdad sobre el papel salvador de Jesús y por eso sus enseñanzas se hacen vulnerables a la crítica de que exaltan la fe de una forma que destruye la fe. El mero asentimiento al evangelio, divorciado de una dedicación transformadora al Cristo vivo, es menos que fe conforme a la norma bíblica y no sirve para la salvación. Obtener sólo asentimiento de este tipo es conseguir únicamente conversiones falsas. Así que en esta discusión está en juego el evangelio, aunque no

en la forma en que piensan los oponentes a la "salvación de señorío". Lo que está en tela de juicio es la naturaleza de la fe.

El doctor MacArthur ha escrito este libro con el fin de mostrar, basándose en los relatos del ministerio de Jesucristo, el alcance real de la fe salvadora en él. Considero su demostración concluyente y doy gracias a Dios por ello. Es un buen libro, claro, convincente y edificante; que hace por nosotros lo que en ningún otro lugar encontramos tan bien hecho, y que es muy necesario en estos momentos. Le deseo una amplia difusión y una lectura meditada, en cuyo caso prestará un gran servicio al mundo cristiano. Lo recomiendo con entusiasmo.

Visite:

www.doctrinabiblica.com

**Estudios de la Biblia, Recursos teológicos,
apologéticos, exegéticos, hermenéuticos, etc**

Prólogo por James Montgomery Boice

Siempre he sentido gran admiración por John MacArthur. El se ha entregado a la ardua tarea de pastorear una congregación grande y creciente. Lo ha hecho durante largo tiempo. Además, ha basado su ministerio en una cuidadosa exposición de la Biblia, dándonos ejemplo de lo más excelente en la enseñanza fiel versículo a versículo de extensas porciones bíblicas. Dado que yo mismo soy pastor, respeto en alto grado estas cualidades y logros.

Pero mi admiración por John MacArthur creció en gran manera al leer *El Evangelio según Jesucristo*. Esto es debido a que el libro revela a un hombre cuya conciencia ha sido cautivada por la Palabra de Dios. Revela a alguien que sabe cómo leer en la Biblia lo que ésta realmente dice (sin pasarla por el filtro teológico o cultural de sus prejuicios ni de los de cualquier otro), y que proclama sin temor esa Palabra a nuestra pecadora y necesitada generación.

Es más, en *El Evangelio según Jesucristo*, MacArthur no está tratando con un asunto o con asuntos ajenos a la fe, sino con el más central de todos, es decir: ¿Qué significa ser cristiano? Sus respuestas se dirigen a lo que considero la mayor debilidad del cristianismo evangélico contemporáneo.

¿He dicho debilidad? Es más que eso. Es un error trágico. Es la idea —¿de dónde habrá salido?— de que uno puede ser cristiano sin ser seguidor de nuestro Señor Jesucristo. Reduce el evangelio al mero hecho de que Cristo ha muerto por los pecadores, requiere solamente de los pecadores que reconozcan esto mediante el más simple de los asentimientos intelectuales y, entonces, los convence de su seguridad eterna cuando pueden muy bien no haber nacido de nuevo. Este concepto deforma la fe hasta hacerla irreconocible, al menos para quienes saben lo que dice la Biblia sobre la fe, y promete una paz falsa a miles que han dado un asentimiento verbal a este cristianismo reduccionista, pero que realmente no pertenecen a la familia de Dios.

¿Cómo ocurrió esto? Sin duda los motivos de quienes han caído en este profundo error han sido buenos. Quieren preservar en toda su

pureza el evangelio de la justificación por gracia mediante la fe en Jesucristo. Saben que el añadir obras a la fe es un evangelio falso, y desean correctamente evitar semejante herejía. Pero preservar el evangelio es precisamente lo que no han hecho. Lo han deformado y, en algunos casos, destruido totalmente.

Estos eruditos, pastores y profesores de Biblia necesitan aprender lo siguiente:

- Que no hay justificación sin regeneración. Fue Jesús quien dijo: "Os es necesario nacer de nuevo" (Juan 3:7).
- Que como dice Santiago: "La fe sin obras es muerta" (Stg. 2:20).
- Que la señal de la verdadera justificación es la perseverancia en la justicia hasta el fin. Jesús dijo a sus discípulos: "Y seréis aborrecidos de todos por causa de mi nombre. Pero el que perseverare hasta el fin, éste será salvo" (Mat. 10:22).
- Que fe en un Jesús que es Salvador pero no Señor es fe en un Jesús de invención propia. El Jesús que salva es el Señor, no hay otro, y él fue quien dijo: "¿Por qué me llamáis: 'Señor, Señor', y no hacéis lo que digo?" (Luc. 6:46).
- Que si uno quiere servir a Cristo, debe negarse a sí mismo, tomar su propia cruz cada día, y seguirle (Luc. 9:23).
- Que sin santidad "nadie verá al Señor" (Heb. 12:14).

Este es el problema que MacArthur aborda en este libro, y éstas las respuestas que da. Las da sin duda muy bien y, además, lo hace de forma caritativa. Quienes distorsionan el evangelio en la forma que he descrito no son siempre caritativos con aquellos de nosotros que insistimos en el señorío de Cristo. Se nos acusa de enseñar la "salvación de señorío", un término que nosotros mismos no usamos. A menudo se nos llama herejes. Nunca he sabido de que John MacArthur haya llamado hereje a ninguno de sus oponentes; yo tampoco lo he hecho. Pero ellos están equivocados, terriblemente equivocados en mi opinión, y necesitan que se les muestre su error por la Biblia, que es lo que hace este libro. También necesitan que se les muestre que su opinión no la ha sostenido nunca ningún profesor de Biblia ni ningún teólogo de prestigio hasta nuestros débiles tiempos. MacArthur lo demuestra en el segundo y muy valioso apéndice de este libro.

¿Por qué es tan débil la iglesia de hoy? ¿Por qué somos capaces de reclamar muchas conversiones y enlistar muchos miembros en las iglesias pero hacemos cada vez menos impacto en nuestra cultura? ¿Por qué los cristianos no se diferencian del mundo? ¿No será porque muchos llaman cristianas a personas que en realidad no son regeneradas? ¿No será que muchos se contentan con una "apariencia de piedad pero niegan su eficacia"? (2 Tim. 3:5).

Si el libro de MacArthur consigue hacer volver a muchos de este evangelio débil y esta falsa confianza, como creo que hará, *El Evangelio según Jesucristo* puede ser uno de los libros más significativos de esta década.

Prefacio

Este libro no es un tratado teológico sobre el Señorío de Cristo. Es un tratado sobre el Señorío de Cristo. El Señorío de Cristo es el tema central de este libro. En algunas ocasiones me refiero a él como "el Señorío de Cristo" y en otras como "el Señorío de Cristo". Pero el tema central es el Señorío de Cristo. Este libro ha ocupado más pensamientos y mucho de mi tiempo desde que me convertí. En algunas ocasiones me refiero a él como "el Señorío de Cristo" y en otras como "el Señorío de Cristo". Pero el tema central es el Señorío de Cristo. Este libro ha ocupado más pensamientos y mucho de mi tiempo desde que me convertí. En algunas ocasiones me refiero a él como "el Señorío de Cristo" y en otras como "el Señorío de Cristo". Pero el tema central es el Señorío de Cristo.

Este libro ha ocupado más pensamientos y mucho de mi tiempo desde que me convertí. En algunas ocasiones me refiero a él como "el Señorío de Cristo" y en otras como "el Señorío de Cristo". Pero el tema central es el Señorío de Cristo. Este libro ha ocupado más pensamientos y mucho de mi tiempo desde que me convertí. En algunas ocasiones me refiero a él como "el Señorío de Cristo" y en otras como "el Señorío de Cristo". Pero el tema central es el Señorío de Cristo.

Este libro ha ocupado más pensamientos y mucho de mi tiempo desde que me convertí. En algunas ocasiones me refiero a él como "el Señorío de Cristo" y en otras como "el Señorío de Cristo". Pero el tema central es el Señorío de Cristo. Este libro ha ocupado más pensamientos y mucho de mi tiempo desde que me convertí. En algunas ocasiones me refiero a él como "el Señorío de Cristo" y en otras como "el Señorío de Cristo". Pero el tema central es el Señorío de Cristo.

Este libro ha ocupado más pensamientos y mucho de mi tiempo desde que me convertí. En algunas ocasiones me refiero a él como "el Señorío de Cristo" y en otras como "el Señorío de Cristo". Pero el tema central es el Señorío de Cristo. Este libro ha ocupado más pensamientos y mucho de mi tiempo desde que me convertí. En algunas ocasiones me refiero a él como "el Señorío de Cristo" y en otras como "el Señorío de Cristo". Pero el tema central es el Señorío de Cristo.

Este libro ha ocupado más pensamientos y mucho de mi tiempo desde que me convertí. En algunas ocasiones me refiero a él como "el Señorío de Cristo" y en otras como "el Señorío de Cristo". Pero el tema central es el Señorío de Cristo.

Música on line:

www.dcristo.org

Todos los géneros, en español
y en otros idiomas

Prefacio

“Porque no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Cristo Jesús como Señor” (2 Cor. 4:5).

Este libro ha ocupado mis pensamientos y mucho de mi tiempo por casi cuatro años. En algunas ocasiones mencioné públicamente que estaba trabajando en él y la noticia al parecer se extendió. Recientemente me han inundado las peticiones de personas ansiosas de saber cuándo y dónde podían conseguir un ejemplar. Se refieren a él como “el libro sobre la salvación de señorío”, “el libro sobre el evangelio”, o “el libro sobre evangelismo”.

Este libro trata sobre todos estos asuntos, pero desde el principio mi objetivo principal no era simplemente presentar mis puntos de vista ni machacar sobre un tema favorito, sino más bien presentar una visión honesta y profunda del evangelio de Jesucristo y de sus métodos de evangelización. El estudio ha estimulado mi propio corazón y ha moldeado mi ministerio de tal manera que estoy ansioso por publicarlo. No obstante lo hago con cierto temor, porque sé que algunos malinterpretarán mis intenciones.

Me temo, por ejemplo, que alguien me acuse de enseñar la salvación por obras. Permítaseme decir lo más claramente posible, ahora mismo, que la salvación es por la gracia soberana de Dios y sólo por ella. Nada de lo que un pecador perdido, degenerado y espiritualmente muerto pueda hacer contribuirá en manera alguna a la salvación. La fe que salva, el arrepentimiento, dedicación y obediencia son obras divinas, escritas por el Espíritu Santo en el corazón de todos los salvos. Nunca he enseñado que sean necesarias algunas obras de justicia de presalvación para obtener la salvación o parte de ella. Pero creo, sin disculparme por ello, que la auténtica salvación no puede dejar y no dejará de producir obras de justicia en la vida de un auténtico creyente. No hay obras humanas en el acto de la salvación, pero la obra divina de salvación comprende un cambio de intenciones, voluntad, deseos y actitudes que produce, inevitablemente, el fruto del Espíritu Santo. La misma esencia de la obra salvadora de Dios es la transformación de la voluntad que da por resultado el amor a Dios. La salvación planta así la raíz que produce con toda seguridad el fruto.

Algunos pueden pensar que estoy poniendo en duda la autenticidad de cualquier convertido a Cristo que no tenga una comprensión perfecta de su señorío. No es ese el caso. De hecho, estoy seguro de que mientras algunos entienden más que otros, nadie que sea salvo comprende perfectamente todas las implicaciones del señorío de Cristo en el momento de su conversión. Estoy, sin embargo, igualmente seguro de que ninguno puede ser salvo si no desea obedecer a Cristo o si conscientemente se rebela contra su señorío. La señal de la verdadera salvación siempre da por resultado un corazón que sabe y siente su responsabilidad de responder a la realidad del señorío de Cristo.

Dada la situación del evangelio en el evangelismo contemporáneo, no hay forma de enseñar sobre la salvación sin considerar específicamente este asunto que ha llegado a denominarse "salvación de señorío". La iglesia no tiene hoy una cuestión más seria con la que deba enfrentarse. Puede expresarse de muchas maneras: ¿Qué es el evangelio? ¿Debe aceptar una persona a Jesucristo como Salvador y Señor para ser salvo? ¿Qué es la fe salvadora? ¿Cómo deberíamos invitar a una persona a acudir a Cristo? Y, ¿qué es la salvación?

El que haya tanta controversia sobre este asunto tan fundamental muestra la efectividad de la obra del Enemigo en estos últimos días. Algunos de los que están en desacuerdo con mis puntos de vista han dicho en letra impresa que la controversia del señorío es un asunto de importancia eterna. Esto significa que cualquier persona equivocada en este asunto está proclamando un mensaje que puede llevar a las personas al infierno. En eso estamos de acuerdo. Atravesé una fase en que pensaba que toda la disputa podría ser un malentendido o una cuestión de semántica. Pero al estudiar sus aspectos descubrí que no era ese el caso. Tras muchas conversaciones con los discordantes y muchas horas de estudiar lo que dicen, estoy convencido de que las dos partes de esta disputa tienen puntos de vista marcadamente diferentes acerca de la salvación. Las personas de las iglesias están confusas, al oír dos mensajes conflictivos del mismo campo conservador, fundamentalista evangélico.

Es a esas personas que ocupan los bancos de las iglesias a quienes escribo, ya que el evangelio debe ser entendido claramente por los laicos, no sólo por los seminaristas y pastores. Aunque he incluido datos pertinentes en numerosas notas, esto no es en modo alguno una tesis académica.

Tengo también la esperanza de que muchos pastores lean este libro para examinar sus propios ministerios. Es esencial que quienes anunciamos la Palabra de Dios desde el púlpito prediquemos clara y adecuadamente. Si nosotros confundimos el mensaje del evangelio, ninguna otra cosa que hagamos podrá reparar el daño.

Yo no propongo ninguna interpretación radical o nueva de lo que

la Biblia enseña. Desde luego no abogo por una salvación por obras. De ninguna manera minimizaría yo la gracia ni provocaría dudas innecesarias en la mente de quienes son auténticamente cristianos. En ese respecto, creo y presento exactamente lo que la verdadera iglesia ha sostenido siempre. Pero en nuestra generación se ha hecho popular una enseñanza diferente. Los cristianos de hoy están en peligro de perder el corazón de nuestro mensaje y con ello la fuente de nuestra verdadera vitalidad si no volvemos al evangelio que nuestro Señor nos mandó predicar.

Muchos de los que discrepan de mí en este asunto son siervos fieles del Señor cuyos ministerios han cosechado abundantes frutos para el reino de Dios. Ha sido necesario citar y refutar a muchos de ellos por nombre en este libro, no con la intención de desacreditar sus ministerios, sino porque es casi imposible considerar el concepto del evangelio que se está difundiendo por todas las iglesias sin citar a algunos de los que lo están enseñando. No hay asunto más importante que el del evangelio que debemos creer y proclamar. Otras controversias han producido más ardor y gastado más tinta, como las relativas a la profecía, formas de bautismo, formas de culto, etc.; pero en realidad son periféricas al asunto real.

No he intentado marcar a nadie ni atacar a ningún individuo de una manera personal. Muchos de los hombres con quienes no concuerdo en esto son amigos míos. He citado mucho de la obra de Zane Hodges, porque es el más persistente de los recientes autores que han atacado el punto de vista tradicional de la salvación, y sus escritos parecen tener una influencia considerable entre estudiantes, pastores y maestros. Conozco cientos de líderes de iglesias cada año en conferencias de pastores, y la pregunta que hacen con más frecuencia tiene que ver con la confusión generada por los escritos de Hodges. Es esencial entender lo que ha escrito y responder a ello bíblicamente.

También cito desfavorablemente de los escritos de Charles C. Ryrie. Respeto en alto grado al doctor Ryrie y agradezco todo lo que ha hecho para preparar hombres para el ministerio. La mayor parte de sus escritos han sido muy valiosos para mí personalmente y aprecio su amistad. Pero en esta área crucial, no resiste un examen a la luz de la Biblia.

Otros de los que he citado son compañeros de pastorado, amigos personales y colegas respetados. Debido a que sus puntos de vista han sido publicados o radiados, es justo que lo que ellos enseñan sea evaluado por la Palabra de Dios. Sin embargo, no quiero que los lectores interpreten mi crítica como una condena de estos hombres, su carácter personal, ni sus ministerios.

He orado por este libro y he buscado con diligencia la dirección del Señor. Sé que muchos discreparán y muchos se enfadarán y espero

que muchos sean movidos a profundizar más como los bereanos, y escudriñen las Escrituras por sí mismos (Hech. 17:11). Apreciaré la respuesta de ellos a mi enseñanza. Pido a Dios que este libro provoque discusión, levante oraciones y autoexamen y conduzca finalmente a una resolución sobre estas cuestiones entre los evangélicos conservadores. Estoy convencido de que nuestra falta de claridad en el asunto más básico, el evangelio, es el mayor daño causado a la iglesia de nuestros días.

Deseo dar las gracias a los muchos que me han prestado su colaboración durante el camino: a mi compañero pastor y querido amigo Chris Mueller por animarme a iniciar el proyecto; al doctor Marc Mueller, del Seminario *The Master* (El Maestro), cuyo estímulo desde los primeros pasos ha renovado una y otra vez mi decreciente vigor para el proyecto; al doctor James E. Rosscup, también del Seminario *The Master*, cuyas enseñanzas han arrojado mucha luz para mí en estos temas; a Lance Quinn, Brian Morley, Kyle Henderson, Dave Enos, Rich D'Errico, John Barnett y muchos amigos entre el personal de la Iglesia Comunidad de Gracia y del programa radial Palabra de Gracia por su estímulo y ayuda. Sobre todo estoy profundamente agradecido por la labor eficiente y llena de amor de mi fiel amigo y colega Phillip Johnson, que ha aplicado su excelente conocimiento y asistencia editorial a cada página de este libro.

Que Dios use grandemente este libro para su gloria.

Introducción

¿Qué es el evangelio?

Esta pregunta alimenta la pasión que me ha impulsado durante todos los años de ministerio. No es sólo una investigación académica. Quiero saber lo que enseña la Palabra de Dios a fin de proclamarla con precisión y claridad. Sobre todo, quiero que la doctrina que enseñe sea puramente bíblica, nacida de la misma Biblia más que simplemente amoldada a algún sistema popular de teología. El punto de vista de un teólogo determinado respecto a tal o cual doctrina sólo tiene un interés incidental para mí. Todo lo que de verdad interesa es lo que dice la Palabra de Dios.

Y nada interesa tanto como lo que dice la Biblia sobre las buenas nuevas de salvación.

Hace algunos años empecé a estudiar y predicar siguiendo el Evangelio de Mateo. Al profundizar en la vida y ministerio de nuestro Señor, se cristalizó en mi pensamiento un concepto claro del mensaje que él proclamaba y el método de evangelización que usaba. Llegué a ver el evangelio de Jesucristo como el fundamento sobre el que se basa toda la doctrina del Nuevo Testamento. Muchos pasajes difíciles de las epístolas se me hicieron claros cuando los consideré a su luz.

Este libro es fruto de siete años de estudio de los Evangelios. A medida que me sumergía en el evangelio que Cristo enseñó, me he dado cuenta de que la mayor parte del evangelismo moderno, tanto de testimonio como de predicación, queda corto al tratar de presentar el evangelio bíblico en una forma equilibrada y bíblica. Cuanto más he examinado el ministerio público de Jesús y su trato con quienes preguntaban, me he hecho más aprehensivo de los métodos y el contenido del evangelismo contemporáneo. El evangelio que se anuncia hoy en una inquietante cantidad de frentes no es el evangelio según Jesucristo.

El evangelio hoy en boga ofrece una falsa esperanza a los pecadores. Les promete que pueden tener vida eterna y, a la vez, continuar viviendo en rebeldía contra Dios. Desde luego anima a las personas a declarar a Jesucristo como Salvador y dejar para más tarde

el compromiso de obedecerle como Señor.¹ Promete salvación del infierno pero no necesariamente liberación de la iniquidad. Ofrece una falsa seguridad a personas que se gozan en el pecado y menosprecian el camino de santidad. Al separar fe de fidelidad,² da la impresión de que el asentimiento intelectual es tan válido como obedecer de todo corazón a la verdad. Así las buenas nuevas de Jesucristo han dado paso a las malas nuevas, a una insidiosa y fácil credulidad que no hace demandas morales a las vidas de los pecadores. No es el mismo mensaje que predicó Jesucristo.

Este evangelio nuevo ha producido una generación de cristianos profesos cuyo comportamiento no se diferencia de la rebeldía de los no regenerados. Estadísticas recientes revelan que mil seiscientos millones de personas en todo el mundo se consideran cristianas.³ Un sondeo de opinión que ha tenido amplia publicidad indica que un tercio de los estadounidenses dicen que son nacidos de nuevo.⁴ Dichas cantidades suponen ciertamente millones de individuos trágicamente engañados. La suya es una condenatoria y falsa seguridad.

El testimonio de la iglesia al mundo ha sido sacrificado en el altar de la gracia barata. Formas ofensivas de franca inmoralidad han venido a ser comunes entre cristianos profesos. ¿Y por qué no? La promesa de vida eterna sin someterse a la autoridad divina nutre la perversidad del corazón no regenerado. Los entusiastas convertidos a este nuevo evangelio creen que su comportamiento no guarda relación con su situación espiritual, aun si continúan la práctica desenfrenada de los más groseros pecados y manifestaciones de depravación humana.⁵

Aparentemente la iglesia de nuestra generación será recordada mayormente por una serie de escándalos repugnantes que hicieron públicas las más groseras exhibiciones de depravación en las vidas de algunos de los más conocidos "teleevangelistas". Lo que más preocupa es el doloroso sentimiento de que la mayoría de los cristianos consideran a estas personas como parte del pueblo de Dios y no como lobos y falsos pastores que se han infiltrado en el rebaño (Mat. 7:15). ¿Por qué hemos de suponer que personas que viven en ininterrumpido adulterio, fornicación, homosexualidad, engaño y toda clase imaginable de excesos descarados son verdaderamente nacidos de nuevo?

No obstante ésta es la presuposición que se les ha enseñado a hacer a los cristianos de hoy. Se les ha dicho que el único criterio de salvación es saber y creer algunos hechos básicos de Cristo. Oyen desde el principio que la obediencia es opcional. De esto se deduce lógicamente que la profesión de fe hecha una vez por una persona es más válida que el testimonio permanente de su estilo de vida para determinar si se acepta como un verdadero creyente. El carácter de la iglesia visible revela las detestables consecuencias de esta teología. Como pastor he rebautizado un sinnúmero de personas que una vez

"tomaron una decisión", fueron bautizadas, pero que aun así no experimentaron ningún cambio. Llegaron más tarde a una auténtica conversión y buscaron de nuevo el bautismo como expresión de una salvación genuina.

Lo que se necesita es un reexamen completo del evangelio. Hemos de volver a la base de toda la enseñanza del Nuevo Testamento sobre la salvación, el evangelio proclamado por Jesucristo. Creo que le sorprenderá descubrir lo radicalmente diferente que es el mensaje de Cristo de lo que pueda haber aprendido en un seminario sobre evangelismo personal.

Mi propósito al escribir este libro es considerar en su totalidad el texto de los relatos bíblicos de los más importantes encuentros evangelizadores de Jesús y de sus enseñanzas sobre el camino de salvación. Investigaremos una serie de asuntos: ¿Quién es Jesús? ¿Cómo debe ser identificado en la proclamación del evangelio y recibido por los pecadores? ¿Qué es la fe salvadora? ¿Qué ocurre en el acto de la salvación? Estas son preguntas básicas que afectan a todo lo que afirmamos y proclamamos como creyentes en Cristo, y no simples trivialidades teológicas. La diferencia entre el evangelio de Cristo y "otro evangelio" (Gál. 1:6) es la diferencia entre los benditos y los condenados, las ovejas y las cabras, los salvos y los perdidos, la iglesia auténtica y las sectas, la verdad y la mentira. El evangelio que predicamos puede llevar a las personas a la "familia de la fe" (Gál. 6:10), o entregarlas para siempre a la familia del diablo (Juan 8:44).

Gálatas 1:6-8 es una repulsa de quienes quieren "pervertir el evangelio de Cristo". Es una advertencia a aquellos que se inmiscuyen en el mensaje de salvación y lo corrompen en cualquier forma. Con este pasaje en mente, no he tomado ni emprendido este estudio a la ligera. Pero tras años de abordar los mismos temas y ver la confusión que rodea al evangelio, no puedo permanecer callado. La doctrina de la salvación se encuentra en la base de todo lo que enseñamos. No podemos señalar con confianza el camino de la salvación a los hombres a menos que comprendamos correctamente el evangelio.

Mi oración es que este estudio no sea sólo otra voz en un diálogo ya confuso. Deseo que sea para todos nosotros un paso adelante hacia un entendimiento preciso y claro del evangelio eterno (Apoc. 14:6). Yo mismo deseo comprender en toda su plenitud el evangelio que enseñó Jesucristo, a fin de poder ser un anunciador más fiel y efectivo del camino de vida (Hech. 5:20).

Exclusivo para:

www.dcristo.net

y

www.tronodegracia.com

PRIMERA PARTE

**EL EVANGELIO DE HOY:
¿BUENAS O MALAS NUEVAS?**

Un vistazo a los asuntos en cuestión

Preste atención a la manera en que típicamente se presenta el evangelio hoy día. Escuchará que se invita a los pecadores con palabras como: "acepta a Cristo como tu Salvador personal"; "pide a Jesús que entre en tu corazón"; "invita a Cristo a entrar en tu vida"; o "toma una decisión por Cristo". Puede que esté tan acostumbrado a oír estas frases que hasta se sorprenda al enterarse de que ninguna de ellas está basada en la terminología bíblica. Son producto de un evangelio diluido. No es el evangelio según Jesucristo.

El evangelio anunciado por Jesús era un llamamiento al discipulado, un llamamiento a seguirle en obediencia sumisa, no simplemente una invitación a tomar una decisión o hacer una oración. El mensaje de Jesucristo liberaba a las personas de la esclavitud de sus pecados mientras hacía frente a la hipocresía y la condenaba. Era una oferta de vida eterna y perdón para los pecadores arrepentidos, pero al mismo tiempo una repulsa de las personas de religión superficial cuyas vidas carecían de verdadera rectitud. Advirtió a los pecadores que debían arrepentirse de sus pecados y abrazar la justicia de Dios. En todo sentido era buenas nuevas, pero distaba de ser un credulismo fácil.

Las palabras de nuestro Señor sobre la vida eterna eran acompañadas invariablemente por advertencias a aquellos que podrían sentirse tentados a tomar la salvación a la ligera. Enseñó que el costo de seguirle es alto, que el camino es estrecho y pocos son los que lo hallan. Dijo que a muchos de los que le llaman Señor se les cerrará la puerta de entrada al reino de los cielos (Mat. 7:13-23).

La evangelización de hoy, en gran medida, pasa por alto estas

advertencias. El punto de vista dominante de lo que constituye la fe que salva sigue haciéndose más ancho y más superficial, mientras la figura de Cristo en la predicación y el testimonio se hace más indefinida. Cualquiera que diga ser cristiano hallará que los evangélicos están dispuestos a aceptar su profesión de fe, sea que su comportamiento muestre o no evidencias de dedicación a Cristo.

El abandono del evangelio de Jesucristo

Un sector evangélico ha llegado incluso a proponer que la doctrina de la conversión a Cristo no implica "ninguna clase de compromiso espiritual".¹ Quienes mantienen este punto de vista del evangelio enseñan que la Biblia promete salvación para todo aquel que cree en hechos acerca de Cristo y presupone la vida eterna. No es necesario el arrepentimiento de los pecados, ni cambio de modo de vida, ni dedicación y ni siquiera el deseo de rendirse al señorío de Cristo.² Estas cosas, dicen, equivalen a obras humanas, que corrompen la gracia y no tienen nada que ver con la fe.

Las consecuencias de ese pensamiento es una doctrina de salvación deficiente. Es justificación sin santificación, y su impacto sobre la iglesia ha sido catastrófico. La comunidad de creyentes profesantes está poblada de personas que han entrado en un sistema que promueve una fe superficial e inefectiva. Muchos creen sinceramente que son salvos, pero son completamente estériles en cuanto a frutos que lo demuestran.

Jesús hizo esta seria advertencia: "No todo el que me dice 'Señor, Señor' entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: '¡Señor, Señor! ¿No profetizamos en tu nombre? ¿En tu nombre no echamos demonios? ¿Y en tu nombre no hicimos muchas obras poderosas?' Entonces yo les declararé: 'Nunca os he conocido. ¡Apartaos de mí, obradores de maldad!'" (Mat. 7:21-23, énfasis añadido). Está claro que ninguna experiencia habida (ni siquiera el profetizar, echar fuera demonios, o hacer milagros) puede considerarse evidencia de salvación aparte de una vida de obediencia.

Nuestro Señor no estaba hablando de un grupo aislado de seguidores marginales. Habrá muchos en ese día que se presentarán ante él y quedarán asombrados al saber que no están incluidos en el reino de Dios. Me temo que multitudes que ahora llenan los bancos de las iglesias en la corriente principal del movimiento evangélico se encontrarán entre los rechazados por no hacer la voluntad del Padre.

Los cristianos contemporáneos han sido condicionados a creer que por haber recitado cierta oración, firmado sobre una línea de puntos, haberse puesto en pie o pasado al frente de la iglesia, haber hablado en

lenguas o tenido alguna otra experiencia, son salvos y no deben dudar nunca de su salvación. He asistido a seminarios de preparación para la evangelización, donde se enseñaba a los consejeros que debían decir a los "convertidos" que cualquier duda acerca de su salvación es satánica y debe rechazarse. Es un error muy extendido creer que cualquiera que se pregunta si es o no salvo está cuestionando la integridad de la Palabra de Dios.

¡Qué pensamiento más errado! La Biblia nos anima a examinarnos a nosotros mismos para determinar si estamos en la fe (2 Cor. 13:5). Pedro escribió: "procurad aun con mayor empeño hacer firme vuestro llamamiento y elección" (2 Ped. 1:10). Es correcto examinar nuestras vidas y evaluar el fruto: "Porque cada árbol es conocido por su fruto" (Luc. 6:44).

La Biblia enseña claramente que la evidencia de la obra de Dios en una vida es el fruto de un comportamiento transformado (1 Jn. 3:10). La fe que no da por resultado una vida recta es muerta y no puede salvar (Stg. 2:14-17).³ Los que profesan ser cristianos y carecen por completo de frutos de verdadera justicia no encontrarán base bíblica para estar seguros de que son salvos (1 Jn. 2:4).

La auténtica salvación no es sólo justificación. No puede separarse de la regeneración, la santificación y, finalmente, la glorificación. La salvación es un proceso continuo tanto como un acontecimiento pasado. Es la obra de Dios por la que nos va haciendo "conformes a la imagen de su Hijo" (Rom. 8:29, ver Rom. 13:11). La seguridad auténtica surge de ver la obra transformadora del Espíritu Santo en la propia vida, no de aferrarse al recuerdo de alguna experiencia pasada.

Algunos antecedentes históricos

En un estudio del evangelio de Jesucristo, no podemos estar interesados principalmente en sistemas académicos de teología ni en los puntos de vista de ciertos teólogos sobre una doctrina dada. No obstante, al tratar de entender los temas, hemos de considerar cómo ha evolucionado la perspectiva contemporánea del evangelio.

Antes de este siglo ningún teólogo serio hubiera tomado en consideración la idea de que es posible ser salvo aunque no se vea nada de la obra de regeneración en el modo de vida y comportamiento de uno.⁴ En 1918, Lewis Sperry Chafer publicó su libro *He That Is Spiritual* (El que es espiritual), expresando el concepto de que 1 Corintios 2:14—3:3 habla de dos clases de cristianos: carnales y espirituales. Chafer escribió: "El cristiano 'carnal'... se caracteriza por un 'andar' que está en el mismo plano que el del hombre 'natural' (no salvo)."⁵ Este concepto era extraño para la mayoría de los cristianos de la generación del doctor Chafer,⁶ pero se ha convertido en premisa

central para un sector grande de la iglesia de hoy. La doctrina de espiritualidad del doctor Chafer, juntamente con algunas otras enseñanzas suyas, se convirtieron en base para una forma completamente nueva de ver el evangelio. Ya que las enseñanzas de Chafer han influido tanto sobre el concepto moderno del evangelio, es necesario comprobar lo que él enseñó.

La dicotomía de Chafer entre cristianos carnales y espirituales fue considerada por el doctor B. B. Warfield como un eco de la "jerga de los maestros de la vida superior" que enseñaban que era posible un plano superior de vida victoriosa para los cristianos que lo demandaran por fe. También es verdad que esta idea de dos clases de creyentes fue una desafortunada extensión de la perspectiva dispensacionista de Chafer, un ejemplo clásico de cómo la metodología del dispensacionismo puede llevarse demasiado lejos.

El dispensacionismo es un sistema fundamentalmente correcto de entender el programa de Dios a través de las eras. Su principal elemento es el reconocimiento de que el plan de Dios para Israel no es reemplazado ni absorbido en su programa para la iglesia. Israel y la iglesia son entidades separadas, y Dios restaurará el Israel nacional bajo el gobierno terrenal de Jesús como Mesías. Acepto y afirmo esta doctrina porque surge de una interpretación literal coherente de la Biblia (aun reconociendo la existencia de metáforas legítimas en la Biblia). Y en este aspecto, me considero un dispensacionista premilenario tradicional.

El doctor Chafer fue uno de los primeros y el más claro defensor del dispensacionismo, y sus enseñanzas ayudaron a diseñar mucho del movimiento. Era un hombre brillante, dotado de una mente aguda y analítica y capaz de comunicarse con claridad. La metodología sistemática del dispensacionismo es, en parte, un legado suyo.

Sin embargo, entre los dispensacionistas hay cierta tendencia a compartimentar la verdad en exceso hasta el punto de poder hacer distinciones no bíblicas. Un deseo casi obsesivo de categorizarlo todo con nitidez ha llevado a varios intérpretes dispensacionistas a trazar líneas rígidas no sólo entre la iglesia e Israel, sino también entre salvación y discipulado, la iglesia y el reino, la predicación de Cristo y el mensaje apostólico, fe y arrepentimiento, y entre la era de la ley y la era de la gracia.

La división entre era de la ley y era de la gracia en particular ha causado estragos en la teología dispensacionista y contribuido a la confusión en la doctrina de la salvación. Desde luego, hay que hacer una distinción importante entre ley y gracia; pero es erróneo concluir, como hizo al parecer Chafer, que ley y gracia son mutuamente excluyentes en el programa de Dios para cualquier era. En realidad, tanto elementos de ley como de gracia son parte del programa de Dios

para todas las dispensaciones. La salvación ha sido siempre por gracia mediante la fe, no por las obras de la ley (Gál. 2:16). Resulta claro que aun los santos del Antiguo Testamento que precedieron a la ley mosaica o estuvieron bajo ella fueron salvos por gracia por medio de la fe (Rom. 4:3, 6-8, 16). Está igualmente claro que los santos del Nuevo Testamento tienen una ley que cumplir (Gál. 6:2; 1 Cor. 7:19; 9:21). Esto no es "mezclar descuidadamente" ley y gracia, como implicaba Chafer. Antes bien, es una verdad bíblica básica.

El punto de vista de Chafer para con toda la Biblia está coloreado por su deseo de mantener una marcada distinción entre la era de la "pura gracia" (era de la iglesia) y las dos eras de "pura ley" (la era mosaica y el reino milenar). Escribió, por ejemplo, que el sermón del Monte es parte del "evangelio del reino", el "manifiesto del Rey". El creía que el propósito de éste era declarar "el carácter esencial del reino (milenario)". Lo consideraba ley, no gracia, y llegó a la conclusión de que no hace referencia a salvación ni a gracia. "Una omisión tan completa de toda referencia a cualquier aspecto de la presente era de gracia, es un hecho que debe ser sopesado cuidadosamente", escribió.

Otros escritores dispensacionistas consideraron estas ideas y fueron más allá a definir en términos más explícitos lo que Chafer sólo apuntaba: que las enseñanzas del sermón del Monte "no son aplicables al cristiano, sino sólo a quienes están bajo la ley y, por lo tanto, deben ser aplicables a otra dispensación que no sea ésta". Esta hermenéutica lamentable es aplicada ampliamente en diversos grados a muchas de las enseñanzas terrenales de nuestro Señor, debilitando el mensaje de los Evangelios.

No es extraño que el mensaje evangelizador surgido de tal sistema difiera notablemente del evangelio según Jesucristo. Si empezamos con la presuposición de que mucho del mensaje de Jesucristo iba dirigido a otra era, ¿por qué ha de ser nuestro evangelio igual al que él predicó?

Pero esa es una presuposición peligrosa e insostenible. Jesús no vino a proclamar un mensaje que sería inútil hasta la tribulación o el milenio. Vino a buscar y salvar a los perdidos (Luc. 19:10). Vino para que el mundo fuera salvo por él (Juan 3:17). Proclamó el evangelio de la salvación, no meramente un manifiesto para alguna era futura. Su evangelio es el único mensaje que hemos de predicar, cualquier otro evangelio está bajo la maldición de Dios (Gál. 1:6-8).

La palabra mal trazada

Observemos un poco más de cerca la tendencia dispensacionista de hacer divisiones injustificables de la verdad. Es importante que delineemos cuidadosamente entre axiomas bíblicos esencialmente

diferentes (2 Tim. 2:15). Pero es también posible excederse. El celo desenfrenado de algunos pensadores dispensacionistas por marcar dicotomías ha llevado a un número de imposiciones desafortunadas al evangelio.

Por ejemplo, Jesús es tanto Salvador como Señor (Luc. 2:11), y ningún creyente auténtico lo discutirá. "Salvador" y "Señor" son diferentes oficios, pero hemos de tener cuidado en no separarlos de tal manera que terminemos con un Cristo dividido (ver 1 Cor. 1:13). No obstante, se están levantando voces en el campo dispensacionista que promueven la enseñanza de que es posible rechazar a Cristo como Señor y, a la vez, recibirle como Salvador.

Sin duda, hay quienes quisieran hacernos creer que la norma para la salvación es aceptar a Jesús como Salvador sin rendirse a él como Señor. Tienen la pretensión increíble de que cualquier otra enseñanza equivale a un evangelio falso "porque añade sutilmente obras a la condición clara y simple establecida en la Palabra de Dios".¹⁶ Han denominado el punto de vista al que se oponen como "salvación de señorío". La salvación de señorío, según la define uno que la tacha de herejía, es "el punto de vista que considera que para ser salva una persona debe confiar en Jesucristo como el Salvador de sus pecados y también entregarse a él como Señor de su vida, sometiéndose a su autoridad soberana".¹⁷

Es sorprendente que alguien pueda caracterizar esta verdad como no bíblica o herética, pero un coro creciente de voces se hace eco de la acusación. La implicación es que reconocer el señorío de Cristo es una obra humana. Esto es un concepto equivocado, pero está respaldado por volúmenes de literatura que hablan de personas "que hacen de Jesucristo Señor de sus vidas".¹⁸

Nosotros no "hacemos" a Cristo Señor; ¡él es Señor! Quienes no le reciben como Señor son culpables de rechazarle. Una "fe" que rechaza su soberana autoridad es realmente incredulidad. Por el contrario, el reconocimiento de su señorío no es más una obra humana de lo que es el arrepentimiento (2 Tim. 2:25) o la fe misma (Ef. 2:8, 9). De hecho es un elemento importante de la fe que salva, no algo añadido a la fe.

Las dos declaraciones más claras sobre el camino de la salvación hacen hincapié en el señorío de Jesús: "Cree en el Señor Jesús y serás salvo" (Hech. 16:31); y "si confiesas con tu boca que Jesús es el Señor, y si crees en tu corazón que Dios le levantó de entre los muertos, serás salvo" (Rom. 10:9).¹⁹ El sermón de Pedro en Pentecostés concluye con la declaración: "Sepa, pues, con certidumbre toda la casa de Israel, que a este mismo Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo" (Hech. 2:36; énfasis añadido). Ninguna promesa de salvación se hace nunca extensiva a quienes rehúsan aceptar el señorío

de Cristo. Es decir: no hay otra salvación que la "salvación de señorío".²⁰

Los que se oponen a la salvación de señorío han ido muy lejos pretendiendo que "Señor" en estos versículos no significa "dueño", sino que es una referencia a su deidad.²¹ Aun si se admite este argumento, ello simplemente afirma que quienes acuden a Cristo en busca de salvación deben confesarle como Dios. ¡Las implicaciones de esto son incluso más exigentes que si "Señor" significa sólo "dueño"!

El asunto es éste: "Señor" significa "Dios" en todos estos versículos. Más precisamente, significa "Dios quien gobierna"²² y eso apoya los argumentos para la salvación de señorío. Nadie que venga en busca de salvación con auténtica fe, creyendo sinceramente que Jesús es el eterno, todopoderoso y soberano Dios, rechazará voluntariamente su autoridad. La verdadera fe no es servicio de palabra. Nuestro Señor mismo condenó a aquellos que adoraban a Dios con sus labios pero no con sus vidas (Mat. 15:7-9). El no es Salvador de alguien hasta que ese alguien le recibe como lo que es: Señor de todo (Hech. 10:36).

A. W. Tozer dijo: "El Señor no salvará a aquellos a quienes no puede mandar. El no va a dividir sus oficios. No podemos creer en un medio-Cristo. Le tomamos por lo que es: ¡el ungido Salvador y Señor que es Rey de reyes y Señor de señores! El no sería quien es si nos salvara, nos llamara y nos escogiera sin saber que puede también guiar y controlar nuestras vidas."²³

La fe y el verdadero discipulado

Los que dicen que obediencia y sumisión son ajenos a la fe que salva se ven forzados a hacer una distinción firme pero antibíblica entre salvación y discipulado. Esta dicotomía, al igual que la de creyentes carnales/espirituales, establece dos clases de cristianos: creyentes únicamente y verdaderos discípulos. Muchos de los que sostienen esta postura descartan la intención evangelizadora de casi todas las invitaciones de Cristo que están registradas en los Evangelios, diciendo que se refieren al discipulado, no a la conversión.²⁴ Un escritor dice de este punto de vista: "Ninguna distinción es más vital para la teología, más básica para entender el Nuevo Testamento, ni más relevante para la vida de testimonio de todo creyente."²⁵

Por el contrario, ninguna otra distinción ha hecho tanto para socavar la autoridad del mensaje de Jesús. ¿Hemos de creer que cuando Jesús dijo a las multitudes que se negaran a sí mismas (Luc. 14:26), tomaran su cruz (v. 27), lo abandonaran todo y le siguieran (v. 33), sus palabras no tenían ningún significado para las personas no salvas de la multitud? ¿Cómo puede ser esto cierto de quien dijo que no había venido a llamar justos sino a pecadores? (Mat. 9:13).

Importante!

El Profeta del Siglo XX

3#

1980

James M. Boice, en su libro *Christ's Call to Discipleship* (El llamamiento de Cristo al discipulado), escribe con discernimiento sobre la dicotomía salvación/discipulado, la cual describe francamente como "teología defectuosa":

Esta teología separa la fe del discipulado y la gracia de la obediencia. Enseña que Jesús puede ser recibido como Salvador personal sin ser recibido como Señor personal.

Este es un defecto común en tiempos de prosperidad. En tiempos difíciles, especialmente de persecución, los que están en proceso de convertirse en cristianos miden con cuidado el costo del discipulado antes de tomar la cruz del Nazareno. Los predicadores no los seducen con falsas promesas de una vida fácil ni con indulgencia por los pecados. Pero en tiempos de bonanza, el costo no parece tan alto, y las personas toman el nombre de Cristo sin experimentar la transformación radical de vida que la verdadera conversión implica.

Es Verdad!

El llamamiento al Calvario debe ser reconocido por lo que es: un llamamiento al discipulado bajo el señorío de Jesucristo. Responder a tal llamamiento es convertirse en creyente. Cualquier cosa inferior es, simplemente, incredulidad.

Si!

El evangelio según Jesucristo excluye explícita e inequívocamente el credulismo fácil. Hacer que todas las demandas difíciles se apliquen a una clase más elevada de cristianos mata la fuerza de su mensaje entero. Da lugar a una fe barata y sin significado, una fe que puede ser ejercida sin ningún impacto en absoluto sobre la vida carnal de pecado. Esto no es fe que salva.

Realista!

Por gracia por medio de la fe

La salvación es solamente por gracia por medio de la fe (Ef. 2:8). Esta verdad es la línea definitoria de todo lo que enseñamos. Pero no significa nada si empezamos con un concepto equivocado de la gracia o con una definición defectuosa de la fe.

Punto de Partida

La gracia de Dios no es un atributo estático por el que él acepta de forma pasiva a pecadores endurecidos y no arrepentidos. La gracia auténtica no es, como escribió Chafer, "la libertad cristiana de hacer precisamente lo que uno desea". La verdadera gracia, según la Biblia, nos enseña a renunciar a la impiedad y a los deseos mundanos, y a vivir en este siglo sobria, justa y piadosamente (Tito 2:12). La gracia es el poder de Dios para cumplir los deberes del nuevo pacto (1 Cor. 7:19), los que a veces obedecemos y a veces no. Está claro que la gracia no da permiso para vivir en la carne; en cambio da poder para vivir en el Espíritu.

Excelente definición de Gracia activa en el Creyente!

La fe, como la gracia, no es estática. La fe que salva es más que un

simple entendimiento de los hechos y una aquiescencia mental. Es inseparable del arrepentimiento, de la entrega y un ansia sobrenatural de obedecer. El concepto de la fe que salva incluye todos estos elementos. Ninguno de ellos puede ser clasificado como obra humana exclusivamente, como no puede serlo el creer mismo.

Fe: Don de Dios, por lo tanto Actua en obediencia hacia Dios. Aclarado!!

El mal entendimiento de dichos puntos clave está en el centro del error de quienes rechazan la salvación de señorío. Asumen que puesto que la Biblia contrasta la fe con las obras, la fe debe estar exenta de obras. Ellos establecen un concepto de fe que elimina la sumisión, la entrega y el arrepentimiento de los pecados; y ponen todos los elementos prácticos de la salvación bajo la categoría de obras humanas. Tropiezan en las verdades gemelas de que la salvación es un don gratuito, y aun así lo cuesta todo. -> El costo del discipulado

Estas ideas son paradójicas, pero no mutuamente exclusivas. La misma disonancia se ve en las propias palabras de Jesús, "yo os haré descansar", seguidas de, "llevad mi yugo sobre vosotros" (Mat. 11:28, 29). El descanso al que accedemos por fe no es un descanso de inactividad.

La salvación es un don, pero se apropia sólo mediante una fe que va más allá de la simple comprensión y el asentimiento a la verdad. Los demonios tienen esa clase de "fe" (Stg. 2:19). Los verdaderos creyentes, por otra parte, se caracterizan por una fe para la que es tan repulsiva la vida de pecado como atraída es hacia la misericordia del Salvador. Habiendo sido atraídos a Cristo, se alejan de todo lo demás. Jesús describió a los creyentes genuinos como "pobres en espíritu" (Mat. 5:3). Son como el publicano arrepentido, tan quebrantado que no podía ni mirar hacia el cielo. Sólo podía golpearse el pecho y decir: "Dios, sé propicio a mí, que soy pecador" (Luc. 18:13).

El Arrepentimiento precede a la fe

La oración desesperada de aquel hombre, de la que Jesús dijo que dio por resultado su salvación (v. 14), es una de las representaciones más claras de toda la Biblia en cuanto al arrepentimiento genuino causado por Dios. Su plegaria no fue en ningún sentido una obra humana ni un intento de ganar la justicia. Por el contrario, representa su total abandono de la confianza en el mérito de las obras religiosas. Como para dar prueba de ello, se mantuvo "a cierta distancia" del fariseo que oraba. Comprendía que la única forma en que podía ser salvo era por la gracia misericordiosa de Dios. Sobre esta base y habiendo primero muerto para sí, recibió la salvación como un don.

Explicación Simple de Salvación • La única manera de Ser Salvo Arrepentimi y Fe

El objetivo de nuestro Señor al relatar tal acontecimiento era demostrar que el arrepentimiento está en el centro de la fe que salva. La palabra griega para arrepentimiento es *metanoia*, que literalmente significa "cambiar de opinión". Implica un cambio de mente y algunos que se oponen a la salvación de señorío han tratado de limitar su

Crucial en Hermenéutica y Exégesis

significado a esto.²⁹ Pero una definición de arrepentimiento no se puede obtener de la sola etimología de la palabra griega.

Arrepentimiento, tal como lo describió Jesús en este incidente, comprende el reconocimiento de la total pecaminosidad propia y volverse del pecado y de uno mismo a Dios (ver 1 Tes. 1:9). Lejos de ser una obra humana, es el resultado ineludible de la obra de Dios en el corazón humano, y siempre representa el fin de cualquier intento humano para ganar el favor de Dios. Es mucho más que un mero cambio de mente: implica un cambio completo de corazón, actitud, interés y dirección. Es una conversión en todo el sentido de la palabra.

La Biblia no reconoce la fe que carece de este elemento de arrepentimiento activo. La fe verdadera no se considera nunca pasiva, es siempre obediente. De hecho, la Biblia equipara frecuentemente fe con obediencia (Juan 3:36; Rom. 1:5; 16:26; 2 Tes. 1:8).³⁰ "Por la fe Abraham (el padre de la verdadera fe) . . . obedeció" (Heb. 11:8). Ese es el corazón del mensaje de Hebreos 11, el gran tratado de la fe.

Fe y obras no son incompatibles. Hay un sentido en el que Jesús llama obra incluso al acto de creer (Juan 6:29), no simplemente una obra humana, sino una obra de la gracia de Dios en nosotros. El nos trae a la fe y, entonces, nos capacita y da poder para creer en obediencia (ver Rom. 16:26).

Es precisamente aquí donde debe hacerse la distinción clave. La salvación por fe no elimina las obras en sí. Elimina las obras que son el resultado del solo esfuerzo humano (Ef. 2:8). Deroga cualquier esfuerzo por merecer el favor de Dios por medio de nuestras obras (v. 9). Pero ello no elimina el propósito predispuesto por Dios de que nuestro camino de fe debe caracterizarse por las buenas obras (v. 10).

Debemos recordar sobre todo que la salvación es una obra soberana de Dios. Bíblicamente se define por lo que produce, no por lo que uno hace para obtenerla. Las obras no son necesarias para obtener la salvación; pero la verdadera salvación efectuada por Dios no dejará de producir las buenas obras que son su fruto (ver Mat. 7:17). Nosotros somos obra de Dios. Ningún aspecto de la salvación se debe a obras humanas (Tito 3:5-7). Siendo así, la salvación no puede ser defectuosa en ninguna dimensión. Como parte de su obra salvadora, Dios produce arrepentimiento, fe, santificación, entrega, obediencia y, finalmente, glorificación. Puesto que Dios no depende de los esfuerzos humanos para producir estos elementos, una experiencia que carezca de cualquiera de ellos no puede ser la obra salvadora de Dios.

Si somos verdaderamente nacidos de Dios, tenemos una fe que no puede dejar de vencer al mundo (1 Jn. 5:4). Podemos pecar (1 Jn. 2:1), pecaremos, pero el proceso de santificación nunca puede detenerse por completo. Dios está obrando en nosotros (Fil. 2:13), y continuará perfeccionándonos hasta el día de Cristo (Fil. 1:6; 1 Tes. 5:23, 24).

Arrepentimiento a veces es sinónimo de conversión en la Biblia

Hoy muchas veces se confunde fe con obediencia. Fe es la única salvación. Si rechazamos esto rechazamos a Dios.



Redonda explicación de lo que realmente es salvación

Perseverancia de los santos

* Este es el asunto principal. lo q' Dios siempre rechaza es lo que el ser humano produce. Legalismo - religión - moralidad etc. Son el producto humano de querer agradarce a si mismo y no a Dios. La fe verdadera procede de la vida de Dios y no intenta agradar a Dios. Mas a Dios y con se cuenta mente obedece a Dios por el amor q' le tiene.

SEGUNDA PARTE

JESUS PROCLAMA SU EVANGELIO

Exclusivo para:

www.dcristo.net

y

www.tronodegracia.com

2

Requiere un nuevo nacimiento

No todo el que se llama cristiano lo es en realidad. Hay incrédulos que *hacen* falsas profesiones de fe en Cristo, y personas que no son verdaderamente cristianas pueden engañarse creyendo que lo son.

Esto podía darse por sentado hace un par de décadas, pero ya no. La gracia barata y la fe fácil de un evangelio distorsionado están arruinando la pureza de la iglesia. El relajamiento del mensaje del Nuevo Testamento ha traído con él un intrusismo corruptor que contempla casi cualquier tipo de respuesta positiva a Jesús como equivalente de fe salvadora. Los cristianos de hoy son propensos a aceptar cualquier cosa, fuera de un rechazo abierto, como auténtica fe en Cristo. La evangelización de hoy ha desarrollado un amplio y conspicuo entorno que incluye aun a aquellos cuyas doctrinas son sospechosas o cuyo comportamiento indica un corazón rebelde contra las cosas de Dios.

El evangelio que Jesús proclamó no alienta esa clase de credulidad. Desde el momento en que empezó su ministerio público, nuestro Señor evitó las respuestas ligeras, fáciles o superficiales. Alejó a más candidatos de los que ganó, rehusando dar un mensaje que diera a alguien una falsa esperanza. Sus palabras, siempre ajustadas a las necesidades individuales, nunca dejaron de herir los sentimientos de autojusticia de los que le llegaban con preguntas, ni de descubrir los motivos erróneos o advertir contra la fe falsa y el compromiso superficial.

El encuentro de Jesús con Nicodemo en Juan 3 es un ejemplo de esto. Es el primero de sus encuentros evangelizadores individuales registrado en los Evangelios. Resulta irónico que Jesús, que con tanta frecuencia se enfrentó a la incredulidad y al abierto antagonismo de los

La misma actitud con sabiduría es lo que debemos tener nosotros

Hi Señor 36

q' no hace apreciación de personas sin pelos en la lengua La Salvación

es lo más difícil, pues el hombre esto Muer to! y moralmente rechaza la luz! Es por eso q' tiene q' ser una obra sobrenatural de la esencia de Dios Jesu de comienzo moribundo el fin.

Homenaje Contexto del Libro

Fe Verdadera VS Fe Falsa

Cerca de la puerta Pero sin entrar Tabernáculo.

fariseos, empezara su ministerio evangelizador contestando a un dirigente fariseo que se dirigió a él con una palabra entusiasta de reconocimiento. Podríamos haber esperado que Jesús diera una cálida bienvenida a Nicodemo e interpretara su respuesta positiva como una profesión de fe, pero no fue ese el caso. Lejos de animar a Nicodemo, Jesús, que conocía la incredulidad y autosuficiencia del corazón de Nicodemo, le trató como a un incrédulo.

Algunos consideran este pasaje de la Biblia como una afirmación de lo fácil que es creer en Jesucristo. ¹ Ese no es de ninguna manera el tema del episodio. Es cierto que aquí vemos la simplicidad del evangelio trazada con claridad, pero Jesús no estaba dando a este fariseo autosuficiente un mensaje de credulismo fácil. Por el contrario, nuestro Señor puso a prueba todo lo que el hombre defendía. En el transcurso de su diálogo, Jesús se enfrentó con la fe falsa de Nicodemo, con su religión basada en las obras, su justicia farisaica y su ignorancia bíblica. El Señor no pedía nada menos que una regeneración completa. Sin el renacimiento espiritual, le dijo a Nicodemo, ningún hombre tiene esperanza de vida eterna. Nicodemo se vio evidentemente sorprendido por las palabras de Jesús y no hay ninguna evidencia en el pasaje de que su respuesta inmediata fuera positiva.

Juan incluyó este relato en el proceso de construcción de un argumento demostrativo de la divinidad de Jesús. El Evangelio de Juan empieza y termina con declaraciones de la deidad de Jesús (1:1; 20:30, 31), y casi todo lo demás que dice Juan amplía este tema. El encuentro entre Jesús y Nicodemo no es una excepción. La narración surge de Juan 2:23-25, que dice que Jesús "conocía a todos, y... conocía lo que había en el hombre". La historia de Nicodemo sigue adelante para probar la omnisciencia de Jesús demostrando su capacidad para leer en el corazón de Nicodemo. Confirma, además, la deidad de Jesús al revelar que él es el camino de la salvación (vv. 14-17).

Nicodemo fue uno de los que Juan menciona al final del capítulo 2 y que creyeron porque vieron los milagros de Jesús. Su clase de creencia no tenía nada que ver con la fe que salva, como vemos por el testimonio de Juan de que Jesús "no confiaba en ellos, porque los conocía a todos" (2:24). Esta es una declaración clara de la ineficacia de la fe artificial. ² Nicodemo aparece así, como una ilustración de fe falsa; su mente aceptaba hasta cierto punto la verdad de Cristo, pero su corazón permanecía sin ser regenerado.

Nicodemo empieza la conversación con esta confesión de fe: "Rabí, sabemos que has venido de Dios como maestro; porque nadie puede hacer estas señales que tú haces, a menos que Dios esté con él" (3:2). Cristo le tenía intrigado. Al ser un líder religioso, Nicodemo tendría un interés personal en cualquiera que él pensara que había venido de lo alto. Había visto los milagros de Jesús y sabía que él era de

No Siempre pero si, cuando se trata de un fariseo o legalista o fariseo etc

Dios. No había habido profeta durante los últimos cuatrocientos años y Nicodemo pensaba probablemente que había encontrado uno. Tal vez se estuviera preguntando incluso si Jesús era el Mesías, pero aún no había llegado a ver a Cristo como Dios encarnado.

Jesús, que "conocía a todos" (2:24), comprendió lo que en realidad había en el corazón de Nicodemo. Pasó por alto su profesión de fe y, en su lugar, contestó a una pregunta que Nicodemo ni siquiera había formulado.

Sin confirmar, negar, refutar y ni siquiera darse por enterado de la declaración de Nicodemo de que él era de Dios, Jesús dio una respuesta que demostraba su omnisciencia. Así, nuestro Señor enfrentó a Nicodemo con el hecho de que se había quedado corto a la hora de captar la verdad en su plenitud. Nicodemo no estaba tratando con un simple maestro enviado por Dios: estaba ante Dios encarnado. Juan 3:3 dice: "Respondió Jesús y le dijo: —De cierto, de cierto te digo que a menos que uno nazca de nuevo no puede ver el reino de Dios."

Las palabras del Salvador sorprendieron a Nicodemo (Juan 3:9). No se debe pasar por alto este punto ni minimizar el desafío de Jesús a este hombre. La estrategia de nuestro Señor en su testimonio fue la de ir al grano y entablar una confrontación directa en este primer encuentro. Nicodemo se quedó sin saber qué decir ante la respuesta de Jesús la cual contiene cuatro verdades críticas que deben haberle sorprendido.

La futilidad de la religión

Nicodemo era "un gobernante de los judíos" (3:1), un miembro del Sanedrín, el poderoso concilio gobernante del judaísmo en la Palestina del primer siglo. Tal vez vino de noche porque no quería que los demás lo vieran y pensarán que representaba a todo el Sanedrín. O quizá tuviera miedo de lo que otros fariseos pudieran pensar. Los fariseos eran conocidos por expulsar de la sinagoga a quienes creían en Jesús (Juan 9:22). No obstante vino, a diferencia de sus colegas, con un deseo sincero de aprender.

Los fariseos eran hiperlegalistas que exteriorizaban su religión. Eran el compendio de todos aquellos que buscan una forma de piedad sin realidad alguna (2 Tim. 3:5). Pese a ser fanáticamente religiosos, no estaban más cerca del reino de Dios que las prostitutas. Su credo incluía la adhesión fastidiosa a más de seiscientas leyes, muchas de las cuales eran simples invenciones suyas. Ellos creían, por ejemplo, que era lícito ingerir vinagre en sábado, pero sin hacer gárgaras con él. Hacer gárgaras se consideraba un trabajo. Una enseñanza farisaica sostenía que estaba permitido comer un huevo puesto en sábado únicamente si se mataba a la gallina al día siguiente por haber violado el sábado. Los

En evangelio no se trata de tener una linda "concepción", sino de confrontar!

Esencial es q' aprendamos a evangelizar de esta manera

Yendo al grano! Derribar todo lo q' trae y dejarlo sin otra alternativa q' lo de recibir al salvador a recibirlo por la Salvación!

Definición y descripción de lo que eran los fariseos

fariseos estaban tan enamorados de la ley y la religión que cuando Cristo vino ofreciendo gracia y salvación, incluso a los más grandes pecadores, no le recibieron.

Cuando Nicodemo oyó a Jesús hablar de un nuevo nacimiento su mente debió hacerse un lío. El había oído siempre que la salvación se ganaba por obras. ¡Probablemente esperaba que Jesús incluso le alabara por su legalismo! En lugar de ello, el Señor le hizo ver la futilidad de su religión. ¡Qué decepción! A diferencia de las obras religiosas, nacer de nuevo era algo que Nicodemo no podía hacer por sí mismo.

La respuesta de Nicodemo ha sido malentendida con frecuencia: "¿Cómo puede nacer un hombre si ya es viejo? ¿Puede acaso entrar por segunda vez en el vientre de su madre y nacer?" (v. 4). Nicodemo no estaba hablando en términos literales. Hemos de concederle un poco de sentido común. No sería tan corto de entendimiento como para pensar que Jesús estaba realmente hablando de entrar de nuevo en el claustro materno y volver literalmente a nacer. Al ser él mismo maestro, Nicodemo entendería el método de enseñar verdades espirituales mediante símbolos y estaba sencillamente tomando el simbolismo de Jesús. El estaba diciendo en realidad: "Yo no puedo empezar todo de nuevo. Es demasiado tarde. He ido demasiado lejos en mi sistema religioso para empezar de nuevo. Para mí no hay esperanza si tengo que empezar de nuevo desde el principio."

Jesús le estaba pidiendo que rechazara todo aquello que mantenía, y Nicodemo lo sabía. Lejos de ofrecer a este hombre una salvación fácil, el Señor le puso a prueba con la demanda más difícil que le podía hacer. Nicodemo con gusto hubiera dado dinero, ayunado o llevado a cabo cualquier ritual que Jesús le hubiera prescrito. Pero llamarle a un renacimiento espiritual era pedirle que reconociera su propia insuficiencia espiritual y se alejara de todo aquello a lo que había estado dedicado.

Jesús se limitó a insistir: "De cierto, de cierto te digo que a menos que uno nazca de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios" (v. 5). Algunas personas dicen que se refiere a agua —H²O. No es así. No tiene nada que ver con agua o bautismo. La salvación no se puede realizar mediante un baño. Juan 4:2 dice que Jesús no bautizaba a nadie. Si el bautismo fuera una condición para la salvación, él hubiera bautizado a las personas; después de todo, él vino a buscar y salvar a los perdidos (Luc. 19:10). El agua de que Jesús está hablando es meramente simbólica, como era en el Antiguo Testamento, de purificación.

Nicodemo debe haber entendido esta referencia al agua de la purificación del Antiguo Testamento, que era rociada sobre el altar y los sacrificios en la mayoría de las ceremonias. Puesto que era un erudito,

Esto es el Evangelio El Pacto Nuevo que hace q' el sistema viejo q' nunca fue de Dios sea tirado a la basura! Eso es lo q' hizo Pablo en Fil 3:4-10

no hay duda de que Nicodemo recordaría Ezequiel 36:25 y la promesa del nuevo pacto: "Esparciré sobre vosotros agua pura." Dos versículos después está la promesa: "Pondré mi Espíritu dentro de vosotros" (v. 27). Estas expresiones que ponen las ideas de agua y Espíritu juntas están junto a otra promesa: "Os daré un corazón nuevo y pondré un espíritu nuevo dentro de vosotros. Quitaré de vuestra carne el corazón de piedra y os daré un corazón de carne" (v. 26). Esta es la promesa de regeneración por agua y Espíritu del Antiguo Testamento.

El único bautismo implicado aquí es el bautismo del Espíritu Santo. Juan el Bautista dijo: "El que me envió a bautizar en agua me dijo: 'Aquel sobre el que veas descender el Espíritu y posar sobre él, éste es el que bautiza en el Espíritu Santo'" (Juan 1:33). El bautismo del Espíritu sucede en la salvación cuando el Señor introduce al creyente en el cuerpo de Cristo por medio del Espíritu Santo (1 Cor. 12:13) y purifica al creyente en el agua por la palabra (Ef. 5:26; ver Juan 15:3). Pablo se refiere a esto como el "lavamiento de la regeneración y de la renovación del Espíritu Santo" (Tito 3:5), haciéndose eco casi exacto de las palabras de Jesús en Juan 3:5: "A menos que uno nazca de agua (el lavamiento de la regeneración) y del Espíritu (la renovación por el Espíritu Santo), no puede entrar en el reino de Dios."

Así, Jesús dijo a Nicodemo: "Necesitas ser purificado y nacer espiritualmente." El tema completo es el de que la ley y las ceremonias religiosas, incluyendo el bautismo, no pueden dar vida eterna. Puesto que, al parecer, le produjo un fuerte impacto, podemos dar por sentado que Nicodemo captó el mensaje.

La unidad de la revelación

Jesús reprendió amablemente al sorprendido Nicodemo: "No te maravilles de que te dije: 'Os es necesario nacer de nuevo'" (Juan 3:7).

La siguiente pregunta de Nicodemo revela la turbación de su corazón: "¿Cómo puede suceder eso?" (Juan 3:9). Nicodemo no podía creer lo que estaba oyendo.

"Respondió Jesús y le dijo: —Tú eres el maestro de Israel, ¿y no sabes esto?" (Juan 3:10). Esta reprimenda del Señor silenció a Nicodemo por completo, y no dio más respuestas. Tal vez permaneciera allí y escuchara cuando Jesús explicó el nuevo nacimiento. Quizá diera media vuelta y se alejara disgustado. Juan no nos lo cuenta. Parece que llegó a ser creyente, si no en esta ocasión más adelante. Fue él quien tras la crucifixión, juntamente con José de Arimatea, reclamó el cuerpo de Cristo y lo preparó para la sepultura (Juan 19:38-40).

Si Nicodemo dijo algo más en su conversación con el Señor, Juan no lo escribió. Su silencio es comprensible. El reto de Jesús a su capacidad como maestro espiritual fue devastadoramente deprimente.

Esta es la interpretación del pasaje y la más clara ilustración de regeneración del A.T. Perfecta continuación de versículos acerca de la regeneración. Esto es comparable con Escrituras

Jesús usa el artículo determinado ("el maestro de Israel") lo que indica que Nicodemo tenía una reputación como maestro prominente en todo Israel. Sin embargo, esta reprimenda insinúa que en realidad entendía muy poco de las Escrituras. Este debe haber sido un tremendo golpe a su yo.

Salvación siempre ha sido un regalo merecido al pecador arrepentido. Esto destruye el utilitarismo transaccionalismo!

El reto de Jesús señaló también un importante concepto doctrinal. La implicación tácita es que el Antiguo Testamento enseñaba claramente el plan de salvación (ver 2 Tim. 3:15). Jesús no estaba anunciando un nuevo camino de salvación distinto de la redención del Antiguo Testamento (ver Mat. 5:17). Esto quiere decir que la salvación bajo la dispensación de la gracia no es diferente de la salvación bajo la ley. Hay una perfecta unidad en la revelación divina, y el camino de salvación revelado en el Antiguo Testamento es el mismo que el de la salvación tras la obra de Cristo en la cruz. La salvación no fue nunca un premio a las obras humanas; siempre ha sido un don de gracia para pecadores arrepentidos, hecho posible por la obra de Cristo.

La experiencia de conversión, un nuevo nacimiento que comprende el lavamiento de la regeneración y la renovación del Espíritu Santo, ha sido el plan de Dios desde el principio. Incluso en el Antiguo Testamento, la salvación no era una paga para quienes observaban la ley, sino que era un don para aquellos que humildemente y por fe buscaban la redención de sus pecados y se volvían del pecado a Dios. Nicodemo, como maestro de la ley, lo entendió y debía estar familiarizado con las palabras del Señor que encontramos en Isaías:

Lavaos, limpiaos, quitad la maldad de vuestras acciones de delante de mis ojos. Dejad de hacer el mal. Aprended a hacer el bien, buscad el derecho, reprended al opresor, defended al huérfano, amparad a la viuda.

Venid, pues, dice Jehovah; y razonemos juntos: Aunque vuestros pecados sean como la grana, como la nieve serán emblanquecidos. Aunque sean rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana.

Isaías 1:16-18

El tema central del Antiguo Testamento es la redención por gracia. Pero increíblemente, los fariseos lo pasaron totalmente por alto. Con su énfasis rígido en las obras religiosas, menospreciaron la verdad acerca de la gracia de Dios y el perdón de los pecadores, lo cual es evidente en todo el Antiguo Testamento. Subrayaron la obediencia a la ley, no la conversión al Señor, como la forma de ganar la vida eterna. Estaban tan ocupados tratando de conseguir la rectitud que descuidaron la maravillosa verdad de Habacuc 2:4: "El justo por su fe vivirá." Consideraban a Abraham como su padre, pero pasaban por alto la lección clave de su vida: "El creyó a Jehovah, y le fue contado por

justicia" (Gén. 15:6). Recorrían los salmos en busca de leyes que pudieran añadir a su lista, pero pasaban por alto la verdad más sublime de todas: que Dios perdona pecados, cubre transgresiones y rehúsa imputar la iniquidad a los pecadores que se vuelvan a él (Sal. 32:1, 2). Preveían la venida del Mesías, pero cerraban los ojos al hecho de que vendría a morir como sacrificio por el pecado (Isa. 53:4-9). Estaban convencidos de que eran guías de los ciegos, luz de los que andaban en tinieblas, instructores de los simples y maestros de los inmaduros (ver Rom. 2:19, 20), pero habían olvidado la lección más básica de la ley de Dios: que ellos mismos eran pecadores necesitados de salvación.

Los hombres han tropezado siempre en la simplicidad de la salvación. Esta es la razón de que haya tantos cultos. Cada uno de ellos tiene su propia perspectiva en cuanto a la doctrina de la salvación, corrompiendo la simplicidad del evangelio revelado en la Palabra de Dios al presentar una salvación por obras humanas (ver 2 Cor. 11:3). Cada uno de los cultos más importantes pretende tener la llave que abre el secreto de la salvación, pero todos son iguales en propagar el alcance de la propia justicia como camino hacia Dios.

De principio a fin la Palabra de Dios los desaprueba a todos, y lo hace de una forma maravillosamente coherente. Su mensaje, entretreji-do a través de sesenta y seis libros, escritos en un período de mil quinientos años por más de cuarenta autores diferentes, es maravillosamente unificado y congruente. El mensaje es simplemente que Dios salva por gracia a los pecadores arrepentidos que acuden a él por fe. Aquí no hay ningún secreto, ningún misterio, ninguna oscuridad, ninguna complejidad. Si Nicodemo hubiera entendido la Palabra de Dios habría sabido lo suficiente y, si hubiera abrazado y creído sinceramente la palabra escrita, no hubiera resistido ni rechazado la Palabra hecha carne, que estaba ante él; la personificación del camino eterno de Dios a la verdad (ver Juan 5:39).

La necesidad de regeneración

Pese a su gran habilidad como maestro y su obsesión por los detalles de la ley, Nicodemo se había quedado corto. Jesús no enmascaró la verdad ni trató de hacerla más apetecible. Nicodemo estaba alimentando un gran pecado del que ni siquiera era consciente: el pecado de incredulidad. Cuando Nicodemo dijo, "no entiendo", lo que realmente quería decir era, "no creo". La incredulidad siempre engendra ignorancia. *Interesante!*

Los versículos 11 y 12 del tercer capítulo de Juan confirman que la incredulidad era el verdadero motivo. En ellos dice Jesús: "De cierto, de cierto te digo que hablamos de lo que sabemos; y testificamos de lo que hemos visto. Pero no recibís nuestro testimonio. Si os hablé de cosas

Excelente!

Salvación

terrenales y no creéis, ¿cómo creeréis si os hablo de las celestiales?" "No recibís" y "no creéis" significan lo mismo. Nicodemo decía no entender. Jesús quería que él supiera que la fe viene antes del entendimiento completo. Como escribió Pablo en 1 Corintios 2:14: "El hombre natural no acepta las cosas que son del Espíritu de Dios, porque le son locura; y no las puede comprender, porque se han de discernir espiritualmente." La verdad espiritual no es captada por la mente de quien no cree. La incredulidad no entiende nada.

¡Qué golpe para su sentido de propia justicia! Había venido a Jesús con una presuntuosa confesión de fe: "Sabemos que has venido de Dios como maestro" (v. 2). En esencia Jesús respondió: "No, no lo sabes. No entiendes tus propias Escrituras. No conoces los fundamentos de la salvación. Ni siquiera entiendes las cosas terrenales. ¿De qué me serviría explicarte la verdad celestial?"

Como muchas personas religiosas, Nicodemo no quería confesar que era un pecador impotente. Jesús sabía la verdad. Nicodemo pensaba que era un gran líder espiritual; Jesús lo redujo a nada.

"Nadie ha subido al cielo, sino el que descendió del cielo, el Hijo del Hombre" (Juan 3:13). Con esta declaración de su origen divino, Jesús reprendió la fe superficial de Nicodemo y destruyó su sistema de religión por obras. Nadie puede subir al cielo, es decir: nadie puede conseguir por sí mismo llegar allí. Dios ha descendido del cielo y nos ha hablado por medio de su Hijo (Heb. 1:1, 2). Nunca podemos ganar el derecho a escalar el cielo y hallar las respuestas por nosotros mismos. La única persona con tal acceso a Dios es aquel que descendió del cielo. No es sólo un maestro enviado por Dios; es en verdad Dios hecho hombre. Aceptamos lo que él dice o permanecemos en nuestros pecados.

Este, pues, es su mensaje: "os es necesario nacer de nuevo" (Juan 3:7). La regeneración no es optativa, sino una necesidad absoluta. Nadie, ni siquiera el más religioso de los fariseos, está exento del llamamiento divino a un nuevo nacimiento. Y así tenemos el punto de partida del evangelio según Jesucristo: la salvación es imposible aparte de la regeneración llevada a cabo por Dios.

La realidad de la redención

Cuando Nicodemo dejó de responder, Jesús le explicó amable y gentilmente el nuevo nacimiento en toda su simplicidad. Empezando con el versículo 14 Jesús introdujo los detalles del camino de salvación. Eligió una ilustración de salvación en el Antiguo Testamento, como para subrayar su reprimenda a Nicodemo por no entender la verdad de las Escrituras: "Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado, para que todo aquel

que cree en él tenga vida eterna" (vv. 14, 15). Nicodemo conocía esta historia. ¿Por qué no había comprendido nunca su verdad?

Números 21 nos da el relato completo de la serpiente en el desierto. Los israelitas andaban errantes, habiendo abandonado Egipto pero sin haber entrado aún en la tierra prometida. Protestaban continuamente quejándose por la comida, murmurando de Moisés y lamentándose por lo malo de su condición. Finalmente, cuando Dios consideró que ya era demasiado, envió una plaga en forma de cientos de serpientes venenosas. Las serpientes invadieron el campamento y mordieron al pueblo rebelde. Cuando se dieron cuenta de que morían, se arrepintieron. Fueron a Moisés a pedirle que intercediera por ellos. Dios en su misericordia los perdonó y dijo a Moisés que hiciera una serpiente de bronce y la pusiera sobre un asta. El Señor prometió: "cualquiera que sea mordido y la mire, vivirá" (Núm. 21:8). Dios no prescribió un rito. La salvación no tiene lugar mediante una ceremonia religiosa. Esto fue cierto mientras los israelitas estaban en el desierto; fue cierto para Nicodemo y es cierto hoy.

Los que rechazan la obediencia a Cristo como elemento activo de la fe que salva pretenden que Jesús tomó esta ilustración para mostrar que la fe es simplemente el acto de aceptar los hechos del evangelio. "En 'mirar'", escribe un autor, "no hay ninguna idea de dedicación de la vida, ningún pensamiento de que la curación sea merecida, ninguna cuestión referente a la vida subsecuente del que miraba, ninguna posibilidad de rendición ante el objeto de la visión." Zane Hodges añade: "¿Puede haber algo que sea más profundamente simple que eso? ¡Vida eterna por una mirada de fe! Evidentemente, también nos encontramos con el don incondicional que puede ser adquirido por cualquiera que lo desee. . . La conclusión es la simple fe en la oferta divina."

¿Es éste el caso? Ciertamente no. El asunto no es la fe en la oferta, sino fe en aquel que fue levantado. Un estudio más cuidadoso de Números 21 revela que Jesús no estaba pintando un cuadro de fe fácil. Estaba mostrando a Nicodemo la necesidad de arrepentimiento. De hecho, Jesús utilizó esta ilustración específica precisamente porque era un desafío para el fariseísmo arrogante de Nicodemo. Este conocía bien la historia de la serpiente de bronce. Como líder de la nación judía, se identificaría con Moisés. Jesús le estaba enseñando que en lugar de ello se debía identificar con los israelitas pecadores y rebeldes.

Nicodemo conocía bien el estado impotente de los israelitas para quienes fue levantada la serpiente. Eran pecadores y rebeldes desafiando contra Dios. Habían sido juzgados y estaban muriendo. Vinieron a Moisés absolutamente avergonzados y completamente arrepentidos diciendo: "Hemos pecado al haber hablado contra Jehovah y contra ti"

Excelente Interpretación
Antes de Fe Siempre
habra Verdadero Arrepentimiento

(Núm. 21:7). Para mirar a la serpiente de bronce sobre el asta, tenían que arrastrarse hasta donde pudieran verla. No estaban en condición de mirar con petulancia a la serpiente y continuar sus vidas de rebelión. Es de notar que Moisés no registra ningún otro acontecimiento con el tipo de rebeldía que provocó este juicio de Dios. Se volvieron a Dios desesperados y con verdadero arrepentimiento. Jesús demandaba que Nicodemo hiciera lo mismo.

La cuestión era el pecado. Jesús desafió a este gran maestro de la ley a reconocer que había sido mordido por la serpiente, Satanás, y a que acudiera a él en busca de salvación. Un fariseo habría detestado aun la misma idea de hacerlo pues ello hería el centro de su concepto de autojusticia. Lejos de ser una ilustración de la comodidad de la fe, este ejemplo señalaba una condición penosa para la salvación de Nicodemo: reconocimiento de pecado y arrepentimiento. Había de estar dispuesto a incluirse entre los israelitas mordidos por las serpientes y arrepentidos.

La ilustración de la serpiente de bronce representa también la muerte de Jesucristo como precio de la salvación. Tal como Moisés levantó aquella serpiente, así el Hijo del Hombre sería levantado en un asta, la cruz de la crucifixión. La expresión "es necesario" del versículo 14 es significativa. Cristo había de morir. "Sin derramamiento de sangre no hay perdón" (Heb. 9:22). El sistema divino de sacrificios requería muerte, "porque la paga del pecado es muerte" (Rom. 6:23). Alguien debe morir para pagar el precio del pecado.

Esta verdad nos conduce a lo que es sin duda la declaración más familiar y magnífica de toda la Biblia: "Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, mas tenga vida eterna" (Juan 3:16). ¿Qué significa creer en Cristo? Significa más que aceptar y asentir a la verdad de quien es él, Dios manifestado en carne, y creer lo que él dice. La auténtica fe da por resultado obediencia. No hay forma de eliminar esa verdad de este pasaje. Jesús no admite la "fe" que sirve sólo de labios a la verdad y continúa con sus pecados. Veamos los versículos 20 y 21: "Porque todo aquel que practica lo malo aborrece la luz, y no viene a la luz, para que sus obras no sean censuradas. Pero el que hace la verdad viene a la luz para que sus obras sean manifiestas, que son hechas en Dios."

El versículo 36 va aún más lejos, equiparando desobediencia con incredulidad: "El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que desobedece al Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios permanece sobre él." Así, la prueba de la verdadera fe es ésta: ¿Produce obediencia? Si no, no es fe que salva. Desobediencia es incredulidad, la verdadera fe obedece.

Juan 3:17 es otra repulsa al sistema religioso que Nicodemo representaba. Los fariseos esperaban un Mesías que viniera a destruir a

los gentiles y a establecer una utopía para los judíos. Pero Jesús dijo: "Porque Dios no envió a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él." Quienes pensaban que el Mesías que venía significaba gloria para Israel y destrucción para todos los demás se iban a sentir defraudados. El Mesías vino a salvar no sólo a Israel sino a todo el mundo. Esta es la realidad de la redención. Se ofrece no sólo a los fariseos, sino a "todo aquel que en él cree" (v. 16).

Dios hizo esta maravillosa promesa a los pecadores: "El que cree en él no es condenado" (v. 18). La compensó con una fría advertencia a los fariseos y a todos los demás que le rechazan: "pero el que no cree ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios". La condena de los incrédulos no está relegada al futuro. Lo que ha de ser consumado en el juicio final ha empezado ya. "Y ésta es la condenación: que la luz ha venido al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas" (v. 19). Al odiar y rechazar la luz, aquellos cuyas obras son malas se entregan a sí mismos a las eternas tinieblas.

Así introdujo nuestro Señor su evangelio. Notemos lo exclusivo que es; Jesús es la única fuente de salvación. Los que no creen en su nombre son condenados, excluidos de la vida eterna. No importa lo sinceros o religiosos que sean, ni lo ocupados que estén haciendo buenas obras; todos deben nacer de nuevo. No hay promesa de vida, sólo garantía de condenación, para quienes no se identifiquen con los pecadores y moribundos israelitas y se vuelvan de sus pecados con fe obediente al que fue levantado para que ellos no tengan que perecer.

Este es el Evangelio verdadero, porque es el Evangelio del verdadero, de Jesucristo mismo. Rechazar este Evangelio de Arrepentimiento de Pecado () y fe obediente () Es rechazar al Hijo, no recibirlo. Este es el Único Evangelio, pues no hay otro () Es absoluto y exclusivo y si no te gusta, lo siento es lo único que hay! () Ay! de aquellas que rechazan una Salvación Tan Grande ()

Fe y obediencia son palabras intercambiables

Películas on line:

www.dcristo.org

Todas las películas cristianas
de todos los tiempos.

3

Demanda adoración verdadera

El mensaje de Cristo rechaza tanto la autosuficiencia de los fariseos como el bochornoso estilo de vida de un adúltero desenfrenado. El ministerio de Jesucristo en Juan 3 y 4 abarca ambos extremos del espectro moral.

Juan 4 contiene una de las conversaciones más familiares y hermosas de toda la Biblia. Aquí nuestro Señor ofrece salvación a una mujer marginada como si le estuviera ofreciendo un trago de agua. Pero no confundamos su oferta directa con un mensaje superficial.

Aquellos que se oponen a la salvación de señorío se refieren frecuentemente a este relato para probar que la salvación es un don aparte de cualquier demanda de dedicación de la vida del pecador. Pero no osamos basar nuestra teología de la salvación sólo en los datos recogidos en este relato, o aun peor, rotular elementos cruciales del evangelio como no esenciales porque no se encuentran en Juan 4. Recordemos en primer lugar que Jesús, que conocía el corazón de la mujer, sabía exactamente qué mensaje necesitaba oír para ser conducida a la fe. No hizo mención de paga del pecado, arrepentimiento, fe, expiación, su muerte por el pecado ni de su resurrección. ¿Hemos de llegar a la conclusión de que éstos no son elementos indispensables del mensaje del evangelio? Ciertamente no.

La mujer fue preparada singularmente para este momento por el Espíritu Santo. No hay razón para especular sobre la cantidad de verdad espiritual que hubiera adquirido antes de este intercambio. A diferencia de Nicodemo, ella no era una teóloga, pero su corazón estaba preparado para reconocer sus pecados y aceptar a Cristo. El mensaje del Señor para ella estaba destinado a atraerla hacia él, no para presentar un esquema completo del evangelio con el fin de que

Nadie está justificado
delante de Dios Santo
Todas necesitan
la Salvación
El moral
tanto como
el inmoral.

Debemos vivir
en su lugar
y este pasaje
en una parte
más en la
Revelación
Total de
lo que es el
Evangelio!

serviera como una norma para cada caso de evangelización personal. Debemos aprender de los métodos del Señor, pero no podemos aislar este pasaje y tratar de extraer de él un modelo para una presentación universal del evangelio.

Todo lo que sabemos de los antecedentes de esta mujer es que su vida era un enredo de adulterios y matrimonios rotos. En su sociedad, esto la convertía en una marginada despreciable, sin más posición social que la de una vulgar prostituta. Ella parecía ser cualquier cosa menos un buen candidato para la conversión. Para atraerla hacia él, Jesús tuvo que obligarla a admitir su indiferencia, lujuria, egocentrismo, inmoralidad y prejuicios religiosos.

La mujer presenta un contraste marcado con Nicodemo. Eran virtualmente opuestos. Nicodemo era judío; ella era samaritana. El un hombre; ella una mujer. El era un líder religioso; ella una adúltera. El era sabio; ella ignorante. El era un miembro de la clase alta; ella de la más baja, más baja incluso que los marginados de Israel, porque era una marginada samaritana. El era rico; ella pobre. El reconocía a Jesús como maestro de Dios; ella no tenía ni idea de quién era Jesús. Difícilmente podrían haber sido más diferentes.

Pero fue el mismo poderoso y omnisciente Cristo quien se reveló a ella. Tómese nota de que esto no es en primer lugar la historia de una mujer samaritana, sino que es más bien el relato de la revelación que Jesús hace de sí mismo como Mesías. De todas las ocasiones que Jesús tuvo para revelar quién era, eligió decírselo primero a esta mujer desconocida de Samaria. Nos podemos preguntar por qué no fue al centro de Jerusalén, entró en el templo, y anunció allí a los líderes reunidos que él era el Mesías. ¿Por qué se revelaría primeramente a una mujer desconocida y adúltera?

Ciertamente él trataba de demostrar que el evangelio era para todo el mundo, no sólo para la raza hebrea, y que su ministerio era para los pobres marginados tanto como para la élite religiosa. Para los líderes judíos era una repulsa el que su Mesías los pasara por alto y se mostrara a una adúltera samaritana. Cuando finalmente reveló la verdad a los líderes de Israel, ellos no lo creyeron.

Se nos cuenta sólo lo más esencial de la conversación del Señor con la mujer samaritana. La Biblia no revela nada específico sobre sus pensamientos o emociones. No se nos dice nada de lo que la mujer pudo entender, si entendió del todo, de la oferta del Señor de darle agua viva. No está claro si ella se dio cuenta de que él estaba hablando de vida espiritual. El único conocimiento que tenemos de su respuesta es lo que inferimos de sus palabras y acciones.

De hecho, aunque asumimos que aceptó a Jesucristo como Mesías y se convirtió en una creyente, aun esto no está explícito en el texto. Lo

Primero lo primero!
Hay q' con-
frontar al
Pecador con
la realidad
Sus pecados!

Este es un
Principio o
seguir
Poner a
Dios en
primer lugar!!

admitimos en base a su comportamiento, especialmente por el hecho que corrió a hablar a otros de él, y que ellos creyeron.

Por ello, debemos tener cuidado y darnos cuenta de que este pasaje, en sí y de por sí, no es fundamento apropiado para basar una definición de lo que es el evangelio. A diferencia de nosotros, Jesús conocía el corazón de la mujer. Al hablar con ella, pudo considerar su respuesta y saber exactamente lo que ella comprendía y creía. Pudo ajustarse exactamente a la verdad que ella necesitaba oír. No hizo una presentación normalizada ni un bosquejo de cuatro puntos sobre los hechos del evangelio.

No obstante, la conversación de Jesús con la samaritana establece algunas líneas de conducta claras para la evangelización personal. Mientras el evangelista por excelencia trataba de ganarla, dirige la conversación hábilmente, llevando a la mujer desde un simple comentario sobre el agua para beber hasta la revelación de sí mismo como Mesías. Sobre la marcha, elude con maestría los intentos de ella para controlar la conversación, cambiar de tema y hacer preguntas irrelevantes. Hay cinco lecciones en particular que resaltan como verdades críticas en las que se debe hacer hincapié al presentar el camino de la salvación.

La lección del pozo:

Cristo vino a buscar y salvar a los perdidos

Notemos los hechos que llevaron a este encuentro. Jesús había salido de Judea e iba camino de Galilea (Juan 4:3). El versículo 1 nos dice que se había extendido la noticia de su éxito. Multitudes de personas se reunían para verle, creando un serio problema. Los líderes judíos odiaban a Juan el Bautista porque enseñaba la verdad y los condenaba a ellos, así que podemos imaginarnos lo que pensarían de Jesucristo. Cuantas más personas iban a ver a Jesús, más crecía el disgusto de los líderes religiosos. De hecho, desde este momento del ministerio de Cristo en adelante, su lucha con los fariseos fue tema constante. Finalmente culminó en su condena a muerte.

Jesús dejó Judea, no porque tuviera miedo de los fariseos, sino porque no había llegado la hora de la confrontación. Tenía también una razón positiva para hacerlo: "Le era necesario pasar por Samaria" (v. 4). Esta no era una necesidad geográfica. En realidad, viajar a través de Samaria no era normal para un judío. Los samaritanos eran tan ofensivos para los judíos que lo que éstos menos deseaban era poner pie en Samaria. Pese a que el camino más directo pasaba por Samaria, los judíos nunca lo utilizaban. Tenían su propia ruta que pasaba por el norte de Judea, al este del Jordán y volviendo luego a Galilea. Jesús podía haber seguido esa ruta bien transitada desde Judea hasta Galilea.

Pero al hacer el viaje a través de Samaria nuestro Señor mostró su amor por los pecadores. Los samaritanos eran una raza mezclada de judíos con los pueblos colindantes que emparentaron cuando Israel fue llevado cautivo el 722 a. de J.C. (ver 2 Rey. 17:23-25). Rechazaron a Jerusalén como centro de adoración y edificaron su propio templo en el monte Gerizim en Samaria. Sus matrimonios mixtos y su idolatría eran delitos tan groseros que los judíos ortodoxos ordinariamente no solían tener trato con ellos (v. 9). Samaria se había convertido en una nación aparte, considerada por los judíos como más aborrecible que los mismos gentiles. Este odio y resentimiento entre judíos y samaritanos era cosa de siglos. Con sólo pasar por Samaria, nuestro Señor estaba derribando viejas barreras.

La razón que Jesús tenía para tomar ese camino era cumplir con una cita divinamente establecida junto al pozo de Jacob. Había venido a buscar y salvar a los perdidos (Luc. 19:10), y aunque ello significara una ruptura seria con el protocolo cultural, estaría allí en el momento oportuno. Llegar a tiempo era crucial. Si hubiera llegado al pozo diez minutos demasiado pronto o demasiado tarde, podría no haber encontrado a la mujer. Pero su horario era perfecto: él mismo lo estableció aun antes de la fundación del mundo.

Cristo llegó al lugar de la cita, un terreno que Jacob había adquirido y dado a José. Juan 4:6 dice: "Entonces Jesús, cansado del camino, estaba sentado junto al pozo. Era como la hora sexta." Aquí vislumbramos algo de la humanidad de Cristo. Dado que era un hombre en todos los sentidos, estaba cansado. El escritor de Hebreos dice que Jesucristo fue afectado por nuestras mismas debilidades (Heb. 4:15).

Juan usa probablemente el sistema romano de medir el tiempo. El tiempo romano empezaba a medio día, por lo que la hora sexta serían las seis de la tarde. Las gentes de Sicar habrían finalizado su trabajo y la mujer estaba ocupada en la diaria tarea de sacar agua. Nuestro Señor había llegado al fin de una larga y cálida jornada bajo el sol, y estaba cansado y sediento. Se encontraba en el lugar señalado según el horario de Dios, determinado por la voluntad de Dios. Estaba allí para salvar a una sola mujer, trágicamente infeliz.

La lección de la mujer:

Dios no hace acepción de personas

"Vino una mujer de Samaria para sacar agua" (v. 7). Era una mujer moralmente marginada, condenada al ostracismo por la sociedad. Imaginémosnos su sorpresa cuando Jesús, que no tenía con qué sacar agua le dijo: "Dame de beber" (v. 7). Seguramente se sentiría sobresaltada. No sólo estaba acostumbrada a que la rehuyeran todos

sino que, en aquella sociedad, los hombres no hablaban en público con las mujeres, ni siquiera con sus esposas. Además, Jesús había derribado la barrera racial. Se sorprendió de que Jesús le hablara y, aún más, de que le pidiera beber en su vaso "impuro". Ella preguntó: "¿Cómo es que tú, siendo judío, me pides de beber a mí, siendo yo una mujer samaritana?" (v. 9).

Dios no hace acepción de personas (Hech. 10:34), y Jesús no se avergonzaba de beber del vaso de una mujer por la que había venido a morir. Nadie, ni esta mujer, ni un fariseo como Nicodemo, ni siquiera el más repulsivo leproso, estaba fuera del alcance de su amor divino.

La lección del agua:

Si alguno tiene sed, venga a mí y beba

"Respondió Jesús y le dijo: —Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: 'Dame de beber', tú le hubieras pedido a él, y él te habría dado agua viva" (v. 10). De repente, Jesús dio la vuelta a la situación. Al principio él estaba sediento y ella tenía el agua. Ahora él hablaba como si la sedienta fuera ella y él tuviera el agua. En lugar de pedir de beber, declaró que ella necesitaba beber de su fuente. Ahora no se trataba de su sed física, sino de su necesidad espiritual. Pese a que al parecer ella no llegaba a entenderlo, él estaba ofreciendo agua viva para su alma seca.

Como hemos visto, algunas personas sostienen que la fe que salva no incluye la idea de obediencia ni dedicación. Frecuentemente señalan la oferta de Jesús a esta mujer como prueba de que no se requiere ninguna sumisión a la autoridad divina. Un autor llega a decir: "Los sinónimos para 'fe' en el Nuevo Testamento no pueden significar 'compromiso'. Por ejemplo, en Juan 4:14 dice Jesús: 'Pero cualquiera que beba del agua que yo le daré, nunca tendrá sed jamás.' Más tarde Jesús dijo: 'El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna' (Juan 6:54). Obviamente, estas declaraciones sugieren apropiación, no compromiso."²

¿Podemos admitir que el verbo "beber" da la idea de apropiación aparte de compromiso? Ciertamente no. Mateo 20:22 ("¿Podéis beber la copa que yo he de beber?"), y Juan 18:11 ("¿No he de beber la copa que el Padre me ha dado?") usan *beber* en una forma que implica claramente obediencia y rendición completas. Aún más, tratar de definir la fe con una metáfora es una selectividad injustificada. ¿Qué hacemos entonces con versículos tales como Juan 3:36 ("el que desobedece al Hijo no verá la vida"), y Hebreos 3:18, 19 ("aquellos que no obedecieron. . . no pudieron entrar debido a su incredulidad"), que equiparan claramente desobediencia a incredulidad?

El hecho de que Jesús ofreciera a esta mujer agua viva en ninguna

manera minimiza el factor compromiso, el cual está siempre presente en la verdadera fe. El agua viva que él ofreció era el don de la salvación, incluyendo todo lo que es inherente a la realidad de la redención: libertad del pecado, compromiso de seguir a Jesús, la capacidad para obedecer la ley de Dios, y el poder y el deseo de vivir una vida que glorifique a Jesucristo.

Desafortunadamente, ella parecía estar pensando todavía en términos de agua literal. "La mujer le dijo: —Señor, no tienes con qué sacar, y el pozo es hondo. ¿De dónde, pues, tienes el agua viva? ¿Acaso eres tú mayor que nuestro padre Jacob quien nos dio este pozo y quien bebió de él, y también sus hijos y su ganado?" (vv. 11, 12).

Si tan sólo hubiera sabido, él era *mucho más* grande que Jacob, y su agua mejor que la de Jacob. El trató de explicar más sobre las propiedades únicas de esta agua viva: "Respondió Jesús y le dijo: —Todo el que bebe de esta agua volverá a tener sed. Pero cualquiera que beba del agua que yo le daré, nunca más tendrá sed, sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna" (vv. 13, 14). Esta era agua para saciar un alma reseca.

Su respuesta fue inmediata: "Señor, dame esta agua, para que no tenga sed, ni venga más acá a sacarla" (v. 15). Al parecer ella estaba todavía confusa sin saber si Jesús se refería literalmente al agua o a algo espiritual. ¡En cualquier caso deseaba esa agua viva!

Respecto a esta conversación dice un escritor:

Es difícil no quedar impresionado por la magnífica simplicidad de todo el proceso de la oferta de Jesús a esta mujer samaritana agobiada por el peso del pecado. Su misma falta de complicaciones es parte de su grandeza. Todo es una cuestión de dar y recibir sin ninguna otra condición. . . No hay esfuerzo para arrancar a la mujer la promesa de corregir su vida inmoral. Si deseaba esa agua, podía tomarla. ¡Era gratuita! . . . Debe subrayarse que aquí no hay ningún llamamiento a la sumisión, aceptación de Jesús como Señor, ni nada por el estilo. Se le ofrece un don a alguien totalmente indigno del favor de Dios y, para obtenerlo, no se le pide a la mujer que haga ningún compromiso espiritual. Se le invita sencillamente a pedir.

Pero tal interpretación es completamente desatinada. En esta coyuntura, aunque ella *lo pidió*, Jesús simplemente no le dio el agua de la vida. Ella la pidió y presumiblemente la hubiera aceptado si él la hubiera ofrecido abiertamente, pero Jesús no buscaba una pseudoconversión barata. El sabía que ella no estaba todavía preparada para el agua viva. Había dos asuntos que debían tratarse primero: el pecado de la mujer y la verdadera identidad de Jesús.

Jesús nunca aprobó ninguna forma de gracia barata. No ofrecía la vida eterna como adición a una vida desordenada de pecados sin

confesar. Es inconcebible que él diera a beber el agua de vida sin cambiar el estilo pecaminoso de vida del individuo. El vino a salvar a su pueblo de sus pecados (ver Mat. 1:21), no a conferir inmortalidad a personas cautivas del mal.

El Señor fue directamente al corazón del asunto, haciéndole saber a ella que no podía ocultar su pecado: "Vé, llama a tu marido y ven acá" (v. 16). Fue una advertencia seria. G. Campbell Morgan, al comentar este pasaje escribe: "¿Cómo contestó? Vé, llama a tu marido. ¿Por qué? Si ella había de recibir sobre sí este manantial de agua, debía antes tener lugar una investigación moral y una corrección." La voluntad de confesar la realidad y lo odioso del pecado propio es una manifestación esencial de la sed espiritual auténtica. Pero la trama de los adulterios de esta mujer era tan compleja y su pecado tan grande, que ella ni siquiera trató de explicarlos. "No tengo marido" (v. 17) fue todo lo que dijo.

De cualquier manera él sabía toda la verdad: "Bien has dicho: 'No tengo marido'; porque cinco maridos has tenido, y el que tienes ahora no es tu marido. Esto has dicho con verdad" (vv. 17, 18). ¡Imaginemos su vergüenza cuando se dio cuenta de que él sabía todo sobre sus pecados! Desde luego ella habría preferido mantenerlos ocultos. No había mentido al decir que no tenía marido, pero tampoco había contado toda la verdad. Era como si Jesús dijera: "De acuerdo, si tú no vas a confesar tus pecados, voy a hacer que te enfrentes con ellos diciéndote lo que ocurre."

En el versículo 19, ella confesó su pecado. Al decir: "Señor, me parece que tú eres profeta", en realidad estaba diciendo: "Señor, estás en lo cierto. Esa soy yo. Lo que dices de mí es verdad."

En este punto ella debe haberse dado cuenta de que, quienquiera que fuera esta persona, conocía los detalles de su vida pecaminosa; la había desenmascarado por completo. No obstante, aun conociendo toda su depravación, le estaba ofreciendo el agua de vida. Si ella hubiera conocido bien las Escrituras, podría haber acudido a su memoria Isaías 55:1: "Oh, todos los sedientos, ¡venid a las aguas!" La oferta de agua viva no es sólo para personas religiosas como Nicodemo; todos los sedientos son invitados a beber del agua viva, incluso una mujer adúltera cuya vida estaba cargada de pecado.

Isaías añade un mandato a los pecadores juntamente con una hermosa promesa que hubiera alegrado el corazón de la mujer samaritana:

Deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos. Vuélvase a Jehovah, quien tendrá de él misericordia; y a nuestro Dios, quien será amplio en perdonar.

Isaías 55:7 (énfasis añadido).

*La lección de la verdadera adoración:
Ahora es el tiempo aceptable*

Tras haberle reconocido como más que un simple viajero, la mujer hizo la primera pregunta espiritual que le vino a la mente: "Nuestros padres adoraron en este monte, y vosotros decís que en Jerusalén está el lugar donde se debe adorar" (Juan 4:20). ¡Si era un profeta auténtico, debía saber qué grupo estaba en lo cierto!

La respuesta de Jesús, como su contestación a Nicodemo, dejó a un lado la pregunta de la mujer y la llevó directamente a enfrentarse con su verdadera necesidad: perdón. "Créeme, mujer, que la hora viene cuando ni en este monte ni en Jerusalén adorareis al Padre" (Juan 4:21). Entonces, de manera casi fortuita, le dijo que los judíos estaban en lo cierto y los samaritanos equivocados: "Vosotros adoráis lo que no sabéis; nosotros adoramos lo que sabemos, porque la salvación procede de los judíos" (v. 22). ¡Si hubiera ella sabido que el judío con quien estaba hablando era el que había venido a traer salvación!

El *dónde* de la adoración no era lo importante, sino el *cuándo*, el *quién* y el *cómo*. Jesús dijo: "Pero la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre busca a tales que le adoren" (vv. 23, 24). La verdadera adoración no tiene lugar en una montaña o en un templo, sino en el hombre interior.

La frase "la hora viene, y ahora es" dio a las palabras de Jesús un sentido de urgencia y de carácter personal para esta mujer. Era como si estuviera diciendo: "No necesitas subir a la montaña, ni bajar a Jerusalén para adorar. Puedes adorar aquí y ahora." Al llevarla al umbral de la vida eterna, estaba de hecho afirmando la urgencia de la salvación de la que habló Pablo: "¡He aquí ahora el tiempo más favorable! ¡He aquí ahora el día de salvación!" (2 Cor. 6:2). El Mesías estaba presente, el día de salvación había llegado; y no era sólo el tiempo del Mesías, sino también el tiempo de ella.

Es significativo que Jesús usara la expresión "verdaderos adoradores" para referirse al cuerpo de personas redimidas. Todos los salvos son verdaderos adoradores. No hay posibilidad de ser salvo y *no* adorar a Dios en espíritu y en verdad. El propósito de la salvación es hacer un verdadero adorador (ver Fil. 3:3). Nuestro Señor ha venido al mundo a buscar y salvar a los perdidos. El reveló a una mujer samaritana que su propósito al buscar y redimir a los pecadores es cumplir la voluntad de Dios al convertirlos en verdaderos adoradores. Enseguida la invitó a convertirse en uno de ellos.

Cuando Jesús dijo que el Padre buscaba verdaderos adoradores, era más que el reconocimiento de un hecho. Era una invitación

personal a la mujer samaritana. La importancia de tal invitación no debe pasarse por alto, porque elimina la idea de que Jesús estaba ofreciendo vida eterna sin demandar ninguna dedicación espiritual. El Señor de la gloria *no* dice "venid a las aguas" sin el mandato, "deje el impío su camino" (ver Isa. 55:1, 7). El llamamiento a adorar al Padre en espíritu y en verdad era un claro requerimiento de la más profunda y completa sumisión espiritual.

Pero la mujer estaba todavía confusa, y difícilmente se le puede culpar. Había venido al pozo por un simple cántaro de agua y en una conversación breve, su pecado había sido puesto de manifiesto y se le había exhortado a convertirse en una verdadera adoradora del Dios vivo. Su corazón anhelaba que alguien pusiera orden en sus pensamientos y emociones confusos y le diera sentido a todo. Por eso dijo a Jesús: "Sé que viene el Mesías. . . Cuando él venga, nos declarará todas las cosas" (Juan 4:25).

La respuesta de Jesús debe haberla sacudido hasta el fondo de su ser: "Yo soy, el que habla contigo" (v. 26). ¡Qué confrontación tan dinámica! Ahora, el hombre que le había pedido agua estaba ante ella diciendo que era el verdadero Mesías, ofreciéndole agua viva, y prometiéndole perdonar sus pecados y convertirla en una devota del verdadero culto al Señor.

Aunque el texto no le menciona específicamente, ella se convirtió en una creyente; parece evidente que así fue. Creo que aceptó a Jesús como Mesías y Salvador en algún momento del espacio en blanco entre los versículos 26 y 27. La hora de la salvación había llegado para ella. Ella se convertiría voluntariamente en verdadera adoradora. Bebería del agua de vida. La gracia irresistible del Mesías había penetrado en su corazón. Paso a paso, él había abierto el corazón pecador de la mujer y se había mostrado a ella; al parecer, ella respondió con una fe que salva.

La lección del testimonio:

Este hombre recibe a los pecadores

Los discípulos habían estado en el pueblo comprando comida, y Juan nos dice que volvieron "en este momento" (4:27). La expresión en griego significa "precisamente en este momento". Al parecer, llegaron en el momento en que el Señor decía: "Yo soy, el que habla contigo." Si hubieran llegado más tarde, no hubieran oído la declaración de su mesiazgo. Debe haberles sorprendido oírle decir a aquella despreciada mujer samaritana que él era el Mesías, ya que nunca antes se lo había dicho a nadie. Juan dice que ellos "se asombraban de que hablara con una mujer; no obstante, ninguno dijo: '¿Qué buscas?' o '¿Qué hablas con ella?'" (v. 27).

El comportamiento de la mujer en este punto indica fuertemente que había llegado a ser creyente. Ella "dejó su cántaro, se fue a la ciudad y dijo a los hombres: —¡Venid! Ved un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho. ¿Será posible que éste sea el Cristo?" (Juan 4:28, 29). Ella evidenció todas las características de una auténtica conversión. Sintió su necesidad, confesó su culpa, reconoció a Jesús como Mesías y mostró el fruto de una vida transformada al traer a otras personas a Jesús.

Es significativo que su primer impulso como nueva creyente fue el de ir a hablar a otros de Cristo. El deseo de proclamar la propia fe es una experiencia común de los nuevos creyentes. De hecho, algunos de los más entusiastas testigos de Cristo son creyentes recién convertidos. Esto es porque sus mentes tienen fresca la memoria del peso de su culpa y el gozo de haber sido liberados de ella. Este fue el caso con esta mujer. Lo primero que declaró a los hombres del pueblo fue que Jesús le había dicho todo lo que ella había hecho. Había sacado sus pecados a la luz, y la había llevado a aceptar lo que realmente era. A continuación la liberó de la vergüenza. El que ella hablara con tanta libertad de su situación muestra que se había liberado de la esclavitud de su culpa. Jesús le había dado a beber el agua de vida y ella había empezado a adorar a Dios en espíritu y en verdad. No necesitaba ocultar su culpa por más tiempo. Estaba perdonada.

Su testimonio causó un profundo impacto en el pueblo. La Biblia nos dice que "muchos de los samaritanos de aquella ciudad creyeron en él a causa de la palabra de la mujer que daba testimonio diciendo: 'Me dijo todo lo que he hecho'" (Juan 4:39). Fue el hecho de cómo él puso al descubierto sus pecados lo que causó esta profunda impresión. También otros respondieron a Cristo con fervor (Juan 4:40-42). ¿Por qué? Estos eran samaritanos y, en cierto sentido, estaban en la misma condición que la mujer. Sabían que el Mesías venía a poner las cosas en orden y, probablemente, la mayoría de ellos esperaba su venida con temor. Su perspectiva era exactamente la opuesta a la de los fariseos que, como líderes judíos, esperaban un victorioso conquistador que enarbolaría su causa y destruiría a sus enemigos. Los samaritanos no tenían esa esperanza. Si los judíos estaban en lo cierto, ellos serían el blanco de la ira del Mesías. Pero cuando esta mujer llegó y anunció a las gentes de Sicar que uno que decía ser el Mesías la había tratado con misericordia a pesar de conocer todos sus pecados, sus corazones le aceptaron con entusiasmo.

Contrástese la reacción de esta mujer con la de los fariseos que se describe en Lucas 15:2: "los fariseos y los escribas murmuraban diciendo: —Este recibe a los pecadores". En esencia, lo que dijo la mujer samaritana a los hombres de Sicar fue esto: "El dice que es el Mesías, ¡pero recibe a los pecadores!" Lo que resultaba repugnante

para los escribas y fariseos era bueno para estos samaritanos, porque ellos estaban dispuestos a admitir que eran pecadores. Fue el mismo Jesús quien dijo: "no he venido para llamar a justos, sino a pecadores" (Mat. 9:13). Los que se negaban a reconocer sus pecados se encontraron con que Jesús era un Juez, no un Salvador. El nunca animó, ni consoló, ni dio ninguna razón para la esperanza a tales personas. El agua viva que él ofrecía sólo fue dada a quienes reconocieron la desesperanza de su estado pecaminoso.

Dios busca personas que acepten adorarle en espíritu y en verdad. Esa clase de adoración es imposible para cualquiera que anide el pecado en su vida. Quienes confiesan y abandonan sus pecados, por otra parte, encontrarán a un Salvador ansioso de recibirles, perdonarles y liberarles de sus pecados. Como la mujer en el pozo, hallarán una fuente de agua viva que saciará para siempre hasta la más fuerte sed espiritual.

El último capítulo de la Biblia finaliza con esta invitación, la cual evoca la imagen de la mujer samaritana: "El que tiene sed, venga. El que quiere, tome del agua de vida gratuitamente" (Apoc. 22:17). Aunque es gratuita no es barata. El Salvador mismo pagó el precio para que los sedientos y arrepentidos que lo pidan puedan beber hasta saciarse.

Exclusivo para:

www.dcristo.net
y

www.tronodegracia.com

4

Recibe a los pecadores, pero rechaza a los justos

Uno de los resultados más malignos del colapso de la evangelización contemporánea es un evangelio que fracasa en no confrontar a los individuos con la realidad de sus pecados. Incluso las iglesias más conservadoras están llenas de personas que dicen que son nacidas de nuevo y viven como paganos. Los cristianos contemporáneos han sido condicionados para no dudar nunca de la salvación de nadie. Si una persona declara que ha aceptado a Cristo como Salvador, nadie cuestiona su testimonio, sin tener en cuenta lo inconsecuente que pueda ser su estilo de vida con la Palabra de Dios.

En cierta ocasión pasé un tiempo con un compañero de ministerio que me llevó en su coche por su ciudad. Pasamos frente a un gran almacén de licores y comenté que era un lugar de apariencia poco usual.

—Sí —dijo él—. Hay toda una cadena de estos almacenes alrededor de la ciudad, todos propiedad de la misma persona. Es un miembro de mi clase en la escuela dominical.

Me pregunté en voz alta cómo sería ese hombre, y el pastor contestó:

—¡Oh!, es bastante fiel. Acude a la clase todas las semanas.

—¿Le preocupa ser dueño de todos esos almacenes de licores?

—pregunté.
—Hemos hablado algo de ello, pero él piensa que de todas formas la gente comprará licores, así que, ¿por qué no comprárselos a él?

—dijo.
Le pregunté:

*Es como hoy
día pero no
es normal
Aunque
cuente mi
reputación
e mi vida
el mensaje
no lo de los
cambiar!!*

—¿Cómo es su vida?

—Bueno, abandonó a su esposa y está viviendo con una chica joven —contestó.

Después de varios minutos de incómodo silencio por mi parte, añadió:

—¿Sabes? A veces me es difícil comprender cómo un cristiano puede vivir así.

He de confesar que para mí es difícil entender cómo alguien que enseña la Biblia puede dar por sentado que un hombre que vive en rebeldía contra Dios pueda ser un cristiano por el simple hecho de que lo diga.

Enfrentarse con el pecado

La iglesia contemporánea tiene la idea de que la salvación es sólo la garantía de vida eterna, no necesariamente la liberación de un pecador de la esclavitud de su iniquidad. Decimos a las personas que Dios las ama y que tiene un plan maravilloso para sus vidas, pero esto es sólo media verdad. Dios también odia el pecado y castigará con eterno tormento a los pecadores no arrepentidos. Ninguna presentación del evangelio está completa si elude o esconde estos hechos. Cualquier mensaje que deje de definir y de enfrentarse a la gravedad del pecado personal es un evangelio deficiente. Y cualquier "salvación" que no cambie una forma de vida pecaminosa y transforme el corazón del pecador no es una salvación auténtica.

El pecado no es un asunto marginal en lo que se refiere a la salvación. De hecho, el elemento distintivo del mensaje cristiano es el poder de Jesucristo para perdonar y vencer nuestros pecados. De todas las realidades del evangelio, ninguna es tan maravillosa como la noticia de que la garra esclavizadora del pecado ha sido destruida. Esta verdad es el corazón y la esencia vital misma del mensaje cristiano. Ningún mensaje que la excluya puede decir que representa el evangelio según Jesucristo.

Es imposible sugerir que una persona puede encontrar al Dios santo de la Biblia y ser salvo sin a la vez hacer frente a la gravedad de sus propios pecados y, consecuentemente, arrepentirse. En la Biblia los que se encontraron con Dios se enfrentaron, invariablemente, con el sentimiento anonadador de su propia pecaminosidad. Pedro, al ver a Jesús tal como era, dijo: "¡Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador!" (Luc. 5:8). En 1 Timoteo 1:15, Pablo escribió: "Fiel es esta palabra y digna de toda aceptación: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero." En el Antiguo Testamento Job, a quien Dios mismo identificó como hombre justo (Job 1:8), dijo después de ver a Dios cara a cara: "me retracto, y

me arrepiento en polvo y ceniza" (Job 42:6). Isaías al ver a Dios exclamó: "¡Ay de mí, pues soy muerto! Porque siendo un hombre de labios impuros y habitando en medio de un pueblo de labios impuros, mis ojos han visto al Rey, a Jehovah de los Ejércitos" (Isa. 6:5).

Hay muchos otros ejemplos en la Biblia de hombres y mujeres que al ver a Dios temieron por sus propias vidas, porque se sintieron abrumados por el peso de sus propios pecados. Por ello, resulta adecuado que, cuando Mateo relata la experiencia de su propia conversión, presente como verdad central la misericordia de Cristo para con los pecadores.

Mateo 9:9-13 describe el incidente juntamente con la controversia que dio lugar. En una de las declaraciones más importantes contenidas en la Biblia, dice el Señor: "no he venido para llamar a justos, sino a pecadores" (v. 13). Esta declaración contiene una perspectiva cabal del ministerio de Jesús, un resumen del mensaje cristiano, una visión del núcleo del evangelio y la razón básica que respalda la encarnación.

¿A qué vino Jesús al mundo? A llamar a los pecadores, a los que saben que tienen una enfermedad mortal, a los que están sin esperanza, a los abrumados por la pena, los hambrientos y sedientos, los débiles, los cansados, los quebrantados, aquellos cuyas vidas están deshechas, a los pecadores desesperados que saben que son indignos pero desean ser perdonados.

Las palabras iban dirigidas a los autosuficientes fariseos que, como muchos hoy, pensaban que eran justos y no tenían ninguna necesidad espiritual. Lo cierto es que a menos que las personas se den cuenta de que tienen un problema de pecado, no acudirán a Cristo en busca de solución. No acuden en busca de curación a menos que sepan que tienen una enfermedad; no vienen en busca de vida a menos que sean conscientes de que están condenados a muerte; no vienen en busca de salvación a menos que se sientan abrumados por la esclavitud del pecado.

Jesús vino a mostrarnos que somos pecadores. Por eso su mensaje era penetrante, poderoso. El hizo pedazos nuestra propia justicia y descubrió nuestros corazones malignos para que pudiéramos vernos como pecadores.

Recibir a los pecadores

En todo su Evangelio, Mateo argumenta que Jesucristo es el Mesías de Israel. En los capítulos 8 y 9 describe una serie de milagros de Jesús seleccionados por categorías para mostrar el alcance de sus acciones como Mesías. Hay nueve milagros que muestran el poder de Jesús sobre la enfermedad (8:1-17), sobre la naturaleza (8:23-27),

No predicamos un mensaje de Autojustificación sino que confrontamos al pecador mandando que se arrepienta de delante del único digno Dios que ha sido ofendido!

sobre los demonios (8:28-34), sobre la muerte (9:18-26), sobre la ceguera (9:27-31), y sobre la sordera (9:32-34).

La conversión misma de Mateo está entre estos milagros, justamente después de un milagro espectacular encaminado a mostrar el poder de Jesús sobre el pecado (9:1-8). Jesucristo acababa de perdonar los pecados de un hombre paralítico y, en un despliegue monumental de su autoridad divina, confirmó su deidad ante los fariseos ordenando que tomara su lecho y anduviera. Inmediatamente después de esta narración, el versículo 9 describe el llamamiento y la salvación de Mateo: "Pasando de allí más adelante, Jesús vio a un hombre llamado Mateo, sentado en el lugar de los tributos públicos, y le dijo: '¡Sígueme!' Y él se levantó y le siguió."

Según este relato, el cual es consecuente con las versiones de Marcos y Lucas, Jesús sólo le dijo a Mateo: "Sígueme", y éste le obedeció. Lucas 5:28 añade un detalle significativo, "dejándolo todo". El lo abandonó todo para seguir a Cristo. Mateo no hubiera dicho eso de sí mismo, pero Lucas lo hizo, y ello habla muy alto de la conversión de Mateo. El pagó un alto precio, tal vez más alto que cualquier otro discípulo. Un pescador que siguiera a Jesús podría siempre volver a pescar; pero un recaudador de impuestos que abandonara su oficio estaría acabado, ya que al día siguiente Roma tendría a otro ocupando su lugar. No obstante, Mateo lo abandonó todo inmediatamente. No dijo: "Está bien, ahora voy Señor, pero, ¿podría financiar toda esta operación si me dejas tomar esos sacos!" Mateo volvió la espalda a todo lo que tenía.

Mateo era un gran pecador y todos lo sabían. Según los conceptos de su tiempo, él sería sin duda el más vil y despreciado pecador de Capernaúm; porque era un publicano, un instrumento voluntario del gobierno romano empleado en la odiosa tarea de exprimir a su propio pueblo, sacándole el dinero de los impuestos. Los publicanos compraban concesiones de Roma que les daban el derecho de recaudar impuestos en determinada ciudad o distrito. Al hacer esto, Mateo se había manifestado como un traidor a Israel. Para la mentalidad judía no había nada más ofensivo. Mateo era un colaborador con los conquistadores paganos que mantenían a su propio pueblo bajo el yugo de la opresión y, por esta causa, se había ganado una reputación de traidor, hereje y renegado.

Roma requería que cada publicano recaudara una cierta cantidad de impuestos, y podía quedarse con todo lo que recaudara de más. El gobierno romano apoyaba a los recaudadores en sus excesos y abusos con tal de que estuvieran contentos y fueran productivos. Ellos tenían así las manos virtualmente libres para sobrecargar los impuestos a las personas y extorsionar en lo que pudieran a sus conciudadanos. Un publicano astuto podía amasar una enorme fortuna en poco tiempo,

todo a expensas de sus hermanos oprimidos. Se comprende que fueran vistos con el mayor de los desprecios por todo Israel.

Los publicanos eran tan despreciados por los judíos que eran excluidos de las sinagogas. Se les consideraba como bestias inmundas y eran tratados como cerdos. No podían ser testigos en un juicio porque no eran dignos de confianza, y eran conocidos como flagrantes mentirosos y clasificados entre los ladrones y asesinos.

La mayoría de los judíos creía que era erróneo pagar impuestos a Roma. Mirando a la teocracia del Antiguo Testamento, creían que únicamente Dios debía recibir su dinero. Por esto fue que los fariseos tentaron a Jesús, tratando de atraer la repulsa del pueblo sobre él al preguntarle si era correcto pagar impuestos (Mat. 22:15-22).

Mateo estaba autorizado para cobrar impuestos sobre casi cualquier cosa. Además de impuestos sobre importación y exportación, podía establecer peajes en puentes, cuotas en puertos, tasas por uso de caminos. Podía abrir cualquier paquete que viniera de paso. Incluso podía abrir cartas privadas para ver si se estaban llevando a cabo negocios y, de ser así, podía gravarlos. Su oficina estaba situada en la confluencia de dos caminos, probablemente en el puerto norte del mar de Galilea. Esto le colocaría en un punto estratégico en la ruta de Damasco y el Oriente, desde el que podía cobrar impuestos de todo el que iba al este o al oeste. También podía gravar la industria pesquera de la zona, altamente productiva.

Nótese que Mateo estaba sentado en el lugar de los tributos públicos. Algunos publicanos, por cuidar su reputación, se mantenían fuera de la vista y empleaban a otros para que recaudaran los impuestos por ellos. Pero los más desconsiderados, aquellos que no se preocupaban por lo que pensarán de ellos los demás, hacían el trabajo ellos mismos en lugar de pagar a otro para que lo hiciera. Una cosa era ser publicano y otra peor hacer ostentación de ello. La tradición rabínica decía que era imposible que un hombre en la situación de Mateo pudiera arrepentirse. Uno puede imaginarse la sorpresa de la multitud cuando Jesús se paró ante Mateo y le dijo: "¡Sígueme!"

Mateo debe haber sido un hombre de convicciones. En el fondo de su corazón debe haber deseado verse libre de su vida de pecado, y esa debe haber sido la causa de que virtualmente corriera a unirse a Cristo. Nunca hubiera seguido a Jesús por un capricho, era mucho lo que tenía que dejar. Ciertamente sabía en qué se metía. Jesús había actuado públicamente por toda aquella zona. Todos en la vecindad de Capernaúm sabían quién era y qué enseñaba. Habían visto sus milagros, señales y maravillas. Mateo estaba familiarizado con las rigurosas demandas del discipulado (Mat. 8:18-22). Sabía a lo que se comprometía. Había contado el costo y estaba preparado para obedecer.

Comer con publicanos y pecadores

Mateo decidió dar un banquete para presentar a Jesús a sus amigos. Como la mayoría de los nuevos creyentes, deseaba llevar a sus amigos a Cristo. Lucas 5:29 revela que Mateo (también conocido como Leví) celebró un banquete en su propia casa y Jesús fue su huésped de honor. A esta reunión asistieron algunas de las personas de peor fama, bajas y viles de la historia de los banquetes. Las únicas personas que Mateo conocía eran estos seres sórdidos, porque nadie más se hubiera asociado con él. Las personas respetables le despreciaban. Sus amigos eran ladrones, blasfemos, prostitutas, timadores, estafadores y otros publicanos: el desecho de la sociedad.

Los religiosos altaneros dirían, desde luego, que Jesús no debía asistir a un banquete y asociarse con tales degenerados. Esto es exactamente lo que pensaron los fariseos. Pero ese no era el estilo del Salvador. Mateo 11:19 señala que Jesús era conocido entre la gente como "amigo de publicanos y de pecadores". Probablemente fue este mismo banquete lo que dio lugar a tal concepto. Los fariseos usaban la frase en forma de burla pero, aún así, era un título adecuado para el Hijo del Hombre.

Mateo 9:10 sitúa la escena: "Sucedió que, estando Jesús a la mesa en casa, he aquí muchos publicanos y pecadores que habían venido estaban sentados a la mesa con Jesús y sus discípulos." Esto era tan escandaloso para los engreídos fariseos que difícilmente podrían haber ocultado su disgusto. *Si fuera realmente el Mesías, pensarían, ¡Estaría dándonos un banquete a nosotros!*

Al parecer, los fariseos esperaron fuera hasta que terminó el banquete. Evitando una confrontación directa con Jesús, abordaron a los discípulos y les preguntaron: "¿Por qué come vuestro maestro con los publicanos y pecadores?" (v. 11). Más que una pregunta sincera era una repulsa velada, un desahogo de su amargura.

Al escuchar la conversación, Jesús dio su propia reprimenda: "Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los que están enfermos. Id, pues, y aprended qué significa: *Misericordia quiero y no sacrificio*. Porque yo no he venido para llamar a justos, sino a pecadores" (vv. 12, 13). La respuesta es un triple argumento poderoso, que apela en primer lugar a la experiencia, después a las Escrituras y finalmente se basa en su autoridad divina.

Su apelación a la experiencia compara a los pecadores con los enfermos que necesitan un médico. La analogía es simple: Se espera que un médico visite a los enfermos (o al menos éste era el caso en tiempos de Jesús), de igual manera era de esperar que uno que perdona los pecados visitara a las personas que pecan. Cayó como una punzante repulsa para la dureza de corazón de los fariseos: "Si ustedes

son tan perceptivos como para diagnosticar que son pecadores, ¿qué van a hacer con ello? ¿O son médicos que hacen diagnósticos pero no curan?" Así hizo patente que los fariseos eran críticos "piadosos" que catalogaban a otros como pecadores pero eran totalmente indiferentes ante su situación.

El argumento de las Escrituras destruyó el orgullo de los fariseos: "Id, pues, y aprended" (v. 13). Esta frase era usada en los escritos rabínicos para reprender a los estudiantes que ignoraban algo que debían saber. Era como decir: "Vuelve a los libros y regresa cuando hayas obtenido el conocimiento necesario." Cita a Oseas 6:6: "Misericordia (del hebreo *hesed*, benevolencia) quiero y no sacrificio." En otras palabras, Dios no está interesado en el ritual (ceremonia) sino en la compasión, misericordia y benevolencia (carácter). Los fariseos, buenos en lo ritual, no amaban a los pecadores. Dios instituyó el sistema de sacrificios y ordenó a Israel seguir los ritos prescritos, pero aquello agradaba a Dios sólo cuando era la expresión de su corazón contrito y humillado (Sal. 51:16, 17). Cuando el corazón no estaba en orden, el rito era abominación. Dios nunca se agrada de las formas de la religión separadas de la rectitud personal.

El tercer argumento, el de su propia autoridad, los aplastó: "no he venido para llamar a justos, sino a pecadores" (v. 13). Lucas 5:32 añade las palabras "al arrepentimiento". Lucas 18:9 describe a los fariseos como "unos que confiaban en sí mismos como que eran justos y menospreciaban a los demás". Aquí, en esencia, Jesús les dice: "Decís que sois justos y lo acepto como vuestra autoevaluación. Pero si ese es el caso no tengo nada que deciros, porque yo he venido a llamar a los pecadores al arrepentimiento."

La palabra griega traducida "llamar" es *kaleo*, una palabra usada frecuentemente para invitar a alguien a la casa de uno. Encontramos tal invitación en Mateo 22:1-14, una parábola que encaja perfectamente con las palabras de Jesús a estos fariseos. Allí, Jesús describe su reino como un banquete. Un rey envía invitaciones a todos sus amigos para participar en un banquete en honor de su hijo, pero los invitados rehúsan asistir. En vista de ello el rey ordena a sus sirvientes ir e invitar a todos los que encontraran. Estos fariseos piadosos, de corazón frío y engreídos eran como aquellos que se negaron a asistir al banquete. Ellos no reconocían sus pecados, por lo que no podían responder al llamamiento de Jesús.

El tema del evangelio según Jesucristo es éste: El vino a llamar a los pecadores al arrepentimiento. El corolario es que en tanto una persona no haya llegado a ver que es pecadora, a darse cuenta de que está sedienta, hasta que no sienta el peso del pecado y desee librarse de él, el Señor no le salvará.

Rechazar a los justos

Dios recibe a los pecadores. La otra cara de esa verdad es que rechaza a los justos. No que haya nadie verdaderamente justo, desde luego (Rom. 3:10). Pero aquellos que se creen lo suficientemente buenos, y quienes no comprenden la seriedad del pecado, no pueden responder al evangelio. No pueden ser salvos porque el evangelio es un llamamiento a los pecadores a arrepentirse y recibir el perdón. Estas son palabras sobrecogedoras: "No he venido para llamar a justos." El mensaje inequívoco es que el llamamiento de Cristo a salvación no es extensivo a quienes se consideran a sí mismos justos.

El evangelio según Jesucristo es, en primer lugar, un mandato al arrepentimiento. Mencioné que en relación con el relato de la conversión de Mateo, Lucas incluye dos palabras que Mateo omite: "No he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento" (Lucas 5:32, énfasis añadido). Desde el principio del ministerio de Jesús, el corazón de su mensaje es el llamado al arrepentimiento. De hecho, cuando nuestro Señor empezó a predicar, las primeras palabras de su mensaje fueron "arrepentíos" (Mat. 4:17). También fue la primera palabra del mensaje de Juan el Bautista (Mat. 3:2), y la base del evangelio que predicaron los apóstoles (Hech. 3:19; 20:21; 26:20). Nadie que deje de llamar a los pecadores al arrepentimiento está predicando el evangelio según Jesucristo.

De vez en cuando un predicador dirá con presunción que no predica sobre el pecado porque es demasiado negativo. Hace unos años, un predicador conocido en todo el país me envió un libro que había escrito, en el que redefinía el pecado nada más que como una imagen pobre de uno mismo. La forma de alcanzar a los hombres, decía, es apoyar su autoestima, no hacerles pensar que son pecadores. ¡No hay evangelio en un mensaje como ese! Antes que llevar a las personas a la salvación las reafirma en la vanidad condenatoria de su propio yo.

La verdad del evangelio según Jesucristo es que los únicos elegibles para salvación son aquellos que se dan cuenta de que son pecadores y desean arrepentirse. El llamamiento de Cristo alcanza sólo a los pecadores que con desesperación se dan cuenta de su necesidad y tienen deseos de transformación. Nuestro Señor vino a salvar pecadores, pero no tiene nada que decir a quienes no desean admitir su pecado, excepto la pronunciación de un fallo condenatorio.

5

Abre los ojos ciegos

Una revista cristiana publicó recientemente un artículo argumentando que el señorío de Cristo es un tema inadecuado para ser utilizado en el proceso de testificar a los perdidos. La decisión de "hacer a Cristo Señor" sólo es posible para quienes ya han confiado en él como Salvador, decía el artículo, y por ello argumentaba que la presentación del evangelio no debía contener nada respecto a rendir la propia vida al señorío de Cristo. Un miembro de nuestra iglesia se sintió decepcionado al hallar tal artículo en una revista normalmente digna de confianza y, preocupado, escribió una carta al editor.

El editor contestó diciendo: "El artículo que publicamos no pone en duda que Jesús es Señor, es decir, Jehová Dios. Presenta la cuestión de si un pecador perdido debe o no convertirse en teólogo antes de convertirse en cristiano."

¿Es éste realmente el asunto? ¿La controversia sobre el señorío, tiene que ver con el hecho de si las personas deben o no hacerse teólogos antes de ser salvos?

Desde luego que no. Pero es una afirmación reveladora. Los que argumentan en contra de la salvación de señorío tienen tendencia a ver la fe como un simple asentimiento intelectual a una serie de hechos bíblicos. Para ellos, el evangelio es ultimadamente un asunto académico, una lista de datos históricos y doctrinales básicos sobre la muerte, sepultura y resurrección de Cristo. Creer en esos hechos constituye la fe que salva. Todo lo demás es periférico. Cualquier referencia a obediencia, sumisión, o al derecho de Jesús a gobernar es rechazado como adición al evangelio; un intento ilegítimo de transformar a un pagano en un teólogo.

Para que no se piense que estoy presentando injustamente la

Esto es el Evangelio moderno. Algunos textos y decir que eso es el Evangelio y nada más olvidando todo lo demás que tiene que ver con el Evangelio.

postura ajena, permítaseme que mencione una cita de un ensayo que defiende la postura de que la salvación de señorío corrompe el evangelio: "Esto (refiriéndose a 1 Corintios 15:3, 4) es el mensaje esencial de las buenas nuevas que deben creerse para salvación. Contiene los siguientes hechos: (1) el hombre es pecador, (2) Cristo es el Salvador, (3) Cristo murió como sustituto del hombre y (4) Cristo resucitó de los muertos."¹² El escritor continúa argumentando que la sumisión a la autoridad de Cristo no tiene lugar en el mensaje del evangelio: "Todo el que cree en el evangelio se da cuenta de que Jesús es el Salvador (1 Cor. 12:3). Pero no todos los que creen el evangelio se dan cuenta de que el Salvador tiene el derecho de ser soberano de su vida. . . Todo lo que se requiere para la salvación es creer el mensaje del evangelio."¹³

Así, enseñar a un incrédulo ignorante que "el Salvador tiene derecho a ser el soberano de su vida" se rechaza como doctrina extraña, que añade hechos al evangelio. Es, se nos dice, tratar de hacer un teólogo de un no creyente.

Yo rechazo tal razonamiento. Nadie es salvo sólo por conocer y creer en hechos. Un sectario que rechaza la divinidad de Cristo podría aceptar de todo corazón las cuatro verdades de 1 Corintios 15:3, 4, pero eso no le convierte en un verdadero creyente. Junto con todo el que rechaza el derecho del Salvador de ser soberano, éste es un incrédulo independientemente de los puntos de doctrina que pueda aceptar. El objeto de la fe que salva no es un credo, sino Cristo mismo. La verdadera fe acepta la persona de Cristo, no sólo los hechos del evangelio. Abarca no sólo la verdad de que Jesús murió y resucitó, sino también la implicación correspondiente de que lo hizo para liberarnos del pecado y ser dueño soberano de nuestras vidas (Rom. 14:9).

El evangelio no es una serie estéril de hechos sino el poder mediante el cual Dios redime a los pecadores de la esclavitud del pecado (Rom. 1:6). Requiere no la simple aquiescencia de la mente, sino la total rendición del corazón, alma, mente y fuerza (Mar. 12:30). Su labor no es hacer teólogos de los perdidos, sino abrir los ojos de los espiritualmente ciegos.

Juan 9 es un caso claro al respecto. Allí Jesús sana a un ciego de nacimiento y, en un segundo encuentro con el hombre, abre sus ojos espirituales. En el interín, confrontado por fariseos hostiles, el hombre, evidentemente no teólogo, dio un poderoso y adecuado testimonio a favor de Cristo. Pero no estaba regenerado, aún no había alcanzado la plena fe en Cristo. De hecho, pese a que Jesús había sanado sus ojos físicos, estaba todavía en tinieblas en cuanto a quién era Jesús (v. 38). No fue una lección teológica la que produjo su transformación, sino un milagro de la gracia divina.

El milagro físico

El hombre mencionado en Juan 9 nació ciego. Merece notarse que éste es el único milagro registrado en los Evangelios en que Jesús sana una enfermedad o minusvalía congénita. Los escépticos no han podido en manera alguna rechazar este milagro considerándolo una curación psicológica o cualquier clase de truco por parte de Jesús. Todos los que conocían a este hombre sabían que era ciego de nacimiento. Su ceguera era un defecto de nacimiento, no una afección temporal de la que pudiera tener esperanza de recuperarse. Lo mismo que el pecado de la raza humana.

Se podría esperar que los testigos de esta curación dijeran: "¡Esto es definitivo! Este ha de ser el Cristo." Pero no lo hicieron. Estaban encerrados en su incredulidad. En lugar de ello, este incidente se convirtió en un punto crucial. Después de esto, Jesús se apartó de los judíos y fijó su atención en los gentiles.

Nótese cuidadosamente el ambiente en que tuvo lugar el milagro. Al final de Juan 8 Jesús está empeñado en un ataque frontal con los líderes religiosos judíos en el templo, donde él hizo una proclamación dramática de su divinidad: "antes que Abraham existiera, Yo Soy" (Juan 8:58). El versículo siguiente dice que los judíos se enfurecieron tanto que trataron de lapidarlo. En medio de la confusión, Jesús pudo abandonar el templo.

Juan 9 toma la narración cuando Jesús abandonó el templo: "Mientras pasaba Jesús, vio a un hombre ciego de nacimiento" (v. 1). Pese a que su vida estaba en peligro y la multitud del templo seguramente le estaría buscando, Jesús se detuvo para ocuparse de este hombre ciego. Aun cuando trataba de esquivar a aquellos hombres sedientos de sangre, tuvo tiempo para pararse y ayudar a un pecador ciego. El hombre era un mendigo (v. 8). El ciego no inició el contacto con Jesús; no le pidió que le sanara. Incluso parece poco probable que conociera quién era el Señor. Pero el Señor lo vio a él (v. 1). La gracia soberana le había elegido para ser objeto de un milagro.

Los discípulos hicieron una pregunta teológica interesante: "Rabí, ¿quién pecó, éste o sus padres, para que naciera ciego?" (v. 2). Hasta donde su conocimiento alcanzaba, éstas eran las únicas opciones posibles. Esa era la enseñanza típica de los rabinos. Ya desde tiempos de Job, se daba por sentado que el sufrimiento y la enfermedad tenían como origen los pecados individuales. De hecho, algunos rabinos enseñaban que un niño podía pecar en el seno materno y sufrir durante toda su vida el castigo de su pecado prenatal.

Jesús, evitando una larga discusión sobre la relación entre pecado y sufrimiento, contestó sencillamente: "No es que éste pecó, ni tampoco sus padres. Al contrario, fue para que las obras de Dios se

manifestaran en él. Me es preciso hacer las obras del que me envió, mientras dure el día. La noche viene cuando nadie puede trabajar" (Juan 9:3, 4). En sólo cuestión de meses, Jesús sería crucificado. El momento de discutir asuntos teológicos triviales había pasado hacía tiempo. Lo que nuestro Señor podía hacer sanando a este hombre hablaría muchísimo más que un discurso sobre la teología del pecado y el sufrimiento. ¡El hombre ciego era un milagro en perspectiva! Fue elegido desde la eternidad y preparado especialmente para que Jesús pasase junto a él y manifestase la obra de Dios.

Aunque Jesús y los discípulos hablaban de él, Jesús aún no había dicho nada al ciego, que se limitaba a permanecer allí sentado. El mendigo no pedía ningún favor ni estaba buscando el poder de Jesús. Probablemente todavía no se había dado cuenta de quién era ni de lo que estaba haciendo. Sin siquiera hablarle, Jesús "escupió en tierra, hizo lodo con la saliva y con el lodo untó los ojos del ciego" (Juan 9:6).

No podemos atribuir ningún significado especial al método que usó Jesús para curar a este hombre. No es la forma en que curó a otros ciegos. Pero su elección soberana para este hombre en particular fue un milagro sorprendentemente simple: Ningún resplandor deslumbrante, ningún coro de ángeles, ni resonar de trompetas; sólo un poco de lodo hecho con saliva.

Jesús le dijo simplemente: "Vé, lávate en el estanque de Siloé" (v. 7). Debe haber sido un espectáculo extraño, un hombre ciego con barro en los ojos que cruzaba Jerusalén. Pero algo, probablemente la autoridad con que habló Jesús, le impulsó a obedecer. La Biblia dice: "Por tanto fue, se lavó y regresó viendo" (v. 7). Mediante este acto de obediencia, Dios abrió los ojos físicos del hombre. Así, el ciego inició una respuesta a Cristo que culminaría en la fe que salva.

La investigación

El milagro despertó una furia extraordinaria. Cuando el hombre volvió y la gente se dio cuenta de quién era y de lo que había ocurrido con él, se sintió comprensiblemente perpleja. Algunos decían: "¿No es éste el que se sentaba para mendigar? Unos decían: —Este es. Y otros: —No, pero se parece a él. El decía: —Yo soy" (vv. 8, 9). ¡Esto era muy difícil de creer! "¿Cómo te fueron abiertos los ojos?", le preguntaron (v. 10). Nadie había presenciado nunca un milagro como éste.

Nótese la candidez teológica del hombre. Ellos querían una explicación, pero todo lo que él podía dar era un relato de los acontecimientos: "El hombre que se llama Jesús hizo lodo, me untó los ojos y me dijo: 'Vé a Siloé y lávate.' Entonces cuando fui y me lavé, recibí la vista" (v. 11). No estaba seguro de quién era Jesús, no sabía dónde se encontraba ni tenía explicación lógica o teológica para lo que

le había ocurrido. Después de haberle preguntado, sus vecinos lo llevaron a los fariseos.

De repente la historia se vuelve sórdida. Cuando el que había sido ciego dijo a los fariseos: "El me puso lodo sobre los ojos; me lavé y veo" (v. 15), éstos se indignaron. Jesús había violado la tradición del sábado. La conclusión que sacaron fue: "Este hombre no es de Dios, porque no guarda el sábado" (v. 16).

Algunos de los fariseos trataron de ser más razonables y preguntaron: "¿Cómo puede un hombre pecador hacer tales señales?" (v. 16), y empezaron a disentir entre ellos. Los incrédulos activos de entre los fariseos no estaban dispuestos a ceder. La mayor parte de Juan 9 describe cómo acudían a todo el que podían hallar, argumentando desesperadamente que Jesús había pecado al violar el sábado y buscaban evidencias que corroboraran su incredulidad. Todo esto presenta un cuadro patético: estos celosos legalistas e incrédulos que buscaban a tientas y trataban de investigar un milagro sin ser capaces de verlo ni creerlo.

¡Qué contraste! El mendigo, que no tenía ninguna explicación teológica ni racional para lo que había ocurrido, se limitó a regocijarse en lo que Jesús había hecho. Los fariseos pletóricos de conocimientos teológicos deseaban únicamente negar lo que, evidentemente, había sucedido, porque no lo podían armonizar con su sistema predeterminado.

Volvieron de nuevo al hombre ciego y le preguntaron: "Tú, ¿qué dices de él, puesto que te abrió los ojos?" (v. 17). Era una amenaza, no una pregunta sincera. Aunque no tenía conocimientos teológicos, este hombre no estaba dispuesto a dejarse intimidar por el grupo de fariseos. "Que es profeta", fue su cándida apreciación de Jesús.

Casi desesperados en su intento por demostrar la invalidez del milagro, los fariseos buscaron a los padres del hombre. "¿Es éste vuestro hijo, el que vosotros decís que nació ciego? ¿Cómo, pues, ve ahora?" (v. 19). Hicieron la misma pregunta una y otra vez, sin desear realmente una respuesta, sino buscando desesperadamente alguna forma de rechazar el milagro no deseado.

Los padres reconocieron que era su hijo y que había nacido ciego, pero eludieron la segunda pregunta. El versículo 22 dice que tenían miedo de los fariseos, que amenazaban con expulsar de la sinagoga a quien afirmase que Jesús era el Cristo. La excomunión era algo terrible. La sinagoga era el centro de la comunidad judía y una persona excomulgada quedaba fuera de todo. No podía comprar ni vender y estaba excluida de la vida religiosa. Se convertía en un marginado total. Cuando moría no se le hacía ningún funeral.

Los padres de este hombre no se arriesgaron, sino que contestaron a los fariseos: "Edad tiene; preguntadle a él, y él hablará por su cuenta"

El trasfondo histórico es importante para la comprensión de la narrativa y la exégesis. En muchos casos incluso nuestra interpretación de la causa de interpretar basados en nuestra cultura y no hubiéramos en la cultura que presentó el pasaje.

(v. 21). Estos fariseos eran incrédulos activos. Volvieron de nuevo al hombre y le dijeron: "¡Da gloria a Dios! Nosotros sabemos que este hombre (Jesús) es pecador" (v. 24). Desde luego no tenían evidencia alguna de que Jesús hubiera pecado, pero habían tomado una decisión y usaron sus propias normas artificiales en un intento de justificar lo que ellos ya habían determinado. Expuesta a toda la evidencia, la incredulidad siempre se mantiene firme. Sus mentes estaban cerradas y ellos no se dejarían confundir por los hechos.

La respuesta sarcástica del hombre ciego fue: "Si es pecador, no lo sé. Una cosa sé: que habiendo sido ciego, ahora veo" (v. 25). Desafió la certeza de los fariseos de que Jesús era un pecador, como si dijera: "No estoy seguro de que sea pecador. No estoy informado. Pero sé que yo no podía ver antes de que él llegara y ahora sí puedo."

¿Qué respuesta dieron a eso? Ninguna. No es fácil argumentar ante la simplicidad de lo evidente. Enfurecidos, repitieron la pregunta que el hombre ya había contestado: "¿Qué te hizo? ¿Cómo te abrió los ojos?" (v. 26).

"¿Por qué lo queréis oír otra vez? ¿Acaso queréis también vosotros haceros sus discípulos?" (v. 27).

Ahora estaban frenéticos. Empezaron a injuriarle y maldecirle. "¡Tú eres discípulo de él! ¡Pero nosotros somos discípulos de Moisés! Nosotros sabemos que Dios ha hablado por Moisés, pero éste, no sabemos de dónde sea" (vv. 28, 29).

La lógica tranquila, sencilla y evidente del hombre ciego desbarató el ataque; definitivamente él tenía la disputa bajo control. "¡Pues en esto sí tenemos una cosa maravillosa! Que vosotros no sepáis de dónde es, y a mí me abrió los ojos. Sabemos que Dios no oye a los pecadores; pero si alguien es temeroso de Dios y hace su voluntad, a ese oye. Desde la eternidad nunca se oyó que alguien abriese los ojos de uno que había nacido ciego. Si éste no procediera de Dios, no podría hacer nada" (vv. 30-33). A medida que el antagonismo entre ellos se hacía más fuerte, él se convencía más y más de que Jesús era de Dios. Cuanto más le amenazaban, más claro se hacía su testimonio.

Finalmente, cuando los fariseos no tuvieron más que decir, recurrieron a la burla: "Tú naciste sumido en pecado, ¿y tú quieres enseñarnos a nosotros?" El pasaje añade: "Y lo echaron fuera" (v. 34). Eso significa que lo expulsaron del edificio y lo excomulgaron de la sinagoga. Así, este mendigo que había sido ciego se convirtió en la primera persona citada en la Biblia que fue expulsada de la sinagoga por causa de Cristo. Este incidente inició la brecha que, finalmente, daría por resultado la separación entre la iglesia e Israel.

La investigación de los fariseos había terminado. Ellos oyeron el testimonio, habían visto el milagro, pero aún así no se conmovieron. Su incredulidad estaba endurecida, viciada, y era obstinada. Finalmente su

Lo salvación es gratis pero lo cuesta todo! Recibir a Jesús en esa época era abandonar todo, era dejar todo. Este ciego al quedarse firme en lo que Jesús le enseñó le costó todo. Pero se sometió al señorío del Señor salvador!

odio hacia Cristo creció hasta el paroxismo de tal forma que hubieran vendido sus almas con tal de condenarle a muerte.

Entretanto, la fe del mendigo estaba todavía incompleta. Había respondido positivamente a Cristo, e incluso lo defendió contra los fariseos, pero aún no estaba regenerado. Sus ojos físicos habían sido sanados, pero su ceguera espiritual necesitaba ser eliminada.

El milagro espiritual

Cuando Jesús oyó que el hombre había sido expulsado de la sinagoga fue en su busca. De nuevo el Señor tomó la iniciativa. El mendigo no fue a buscarle. Pese a ser un mendigo profesional, ninguno de los milagros que recibió de Cristo, su salud física y su subsecuente salvación, fueron en respuesta a sus peticiones.

Este episodio ilustra perfectamente la obra de la soberanía divina. La salvación tiene lugar porque Dios siempre busca primero a los pecadores, no porque los pecadores busquen a Dios primero. En Juan 15:16 Jesús dijo a sus discípulos: "Vosotros no me elegisteis a mí; más bien, yo os elegí a vosotros." Lucas 19:10 dice: "el Hijo del hombre ha venido a buscar y a salvar lo que se había perdido". En el Nuevo Testamento, a Jesucristo se le presenta siempre como el Salvador que busca. Su iniciativa divina hizo la redención posible, y por ella son los individuos alcanzados y rescatados.

Nadie busca a Dios a menos que Dios le haya buscado primero (Rom. 3:11). La salvación es ante todo obra de Dios y, en ningún caso, el resultado de una empresa humana y anhelo individual. Un hombre ciego no es capaz de restaurar su propia visión. La visión espiritual depende de la iniciativa y el poder de Dios, y es ofrecida por la soberana y divina gracia.

Aquí hay un punto importante. El hombre ciego de Juan 9 no consiguió su vista por estar expuesto a la luz. Ninguna intensidad de luz afecta a la ceguera. Un ciego lo es tanto a la luz del día como en la oscuridad. Ni toda la luz del mundo hará ver a los ojos ciegos. Las únicas cosas que pueden curar la ceguera física son la cirugía o un milagro. La única cosa que puede cambiar la ceguera espiritual es un milagro divino, no la simple exposición a la luz.

Enseñarle teología a un perdido no lo llevará a la fe en Cristo. Puede aprender el vocabulario evangélico y declarar de palabra la verdad. Puede aceptar la realidad de una lista de hechos del evangelio. Pero sin un milagro divino que abra sus ojos ciegos y le dé un nuevo corazón, sólo será un pagano con conocimientos teológicos; no un cristiano.

Si, por otra parte, la salvación es realmente una obra de Dios, no puede ser defectuosa. No puede dejar de hacer impacto en el

Nunca es el caso de un Dios escondido que el hombre se oculte de Dios (En 3:14) Nadie busca a Dios. Dios busca al hombre! Salvación es fruto del amor de Dios! Si no aceptas la soberanía de Dios en la salvación nunca estarás bien. Ni el Evangelio ni la Gracia de Dios! Salvación es por medio de la predicación del Evangelio. Pero a menos que el Espíritu Santo regere a la persona no habrá nada es por eso que debe ser la predicación y el poder de Espíritu Santo (1 Ts. 1:5)

El Evangelio de Dios

comportamiento del individuo. No puede dejar de cambiar sus deseos ni de alterar su conducta. No puede dar por resultado una vida sin fruto. Es la obra de Dios que progresa firmemente desde su comienzo hasta su perfección última (Fil. 1:6).

Evidentemente, Dios había empezado a obrar en el corazón del hombre ciego. Este estuvo del lado de Cristo frente a los fariseos y pagó por ello un alto precio. Fue excomulgado de la sinagoga y, por lo tanto, de la más social de las relaciones en la vida de Israel. Aunque no conocía todavía por completo quién era Cristo, estaba entregado a él por completo.

Jesús le preguntó: "¿Crees tú en el Hijo del Hombre?" (Juan 9:35). El mendigo se hallaba preparado y dispuesto a responder. Su corazón estaba completamente abierto: "Señor, ¿quién es, para que yo crea en él?" (v. 36). Su confianza en Jesús era tal que habría respondido inmediatamente a cualquiera a quien Jesús hubiera señalado como el Hijo del Hombre. Esta actitud contrasta con la de los fariseos que pensaban que lo sabían todo y no estaban dispuestos a seguir la dirección de Jesús. Eran diestros en la Palabra de Dios y estaban llenos de conocimientos teológicos, pero sus corazones se encontraban cegados por su voluntaria incredulidad. El mendigo no creía aún, pero estaba abierto.

Esa clase de fe es el complemento necesario de la soberanía de Dios. Aunque la iniciativa divina es finalmente responsable de la redención, nos corresponde a nosotros la respuesta sumisa de fe personal en Jesucristo.

La sencilla respuesta de fe de este hombre es instructiva. "Jesús le dijo: Le has visto, y el que habla contigo, él es. Y dijo: ¡Creo, Señor!" (v. 37, 38). El no dudó. No pidió pruebas. Cristo había dado vista a sus ojos espirituales y, en el momento en que fueron abiertos, vio a Cristo y respondió a él en fe.

Como en la curación física, esto fue un milagro divino. Siempre es un milagro divino cuando alguien comprende la verdad de Cristo. ¿Recuerda la gran confesión de Pedro? Jesús preguntó: "¿quién decís que soy yo?" y Pedro contestó: "¡Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente!" (Mat. 16:15, 16). ¿Cómo lo supo? Jesús dijo: "no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos" (v. 17). No hay manera de reconocer a Jesucristo por lo que es a no ser por un milagro de Dios que abra los ojos espiritualmente ciegos. Pero cuando Cristo abre los ojos de un alma, la verdad se hace reconocible de repente.

Este mendigo pobre y ciego, que no había visto nada en su vida, reconoció con claridad al Hijo de Dios. Entre tanto los líderes religiosos que creían saberlo todo no pudieron ni siquiera reconocer a su propio Mesías. La visión espiritual es un don de Dios que le hace a uno desear y ser capaz de creer.

Excelente balance entre la Soberanía de Dios y la responsabilidad del hombre

El que no ve los milagros físicos como ilustración paralela a este milagro espiritual de la salvación

Todavía tiene q' ser iluminado por el Esp. Santo para q' no solo ve los letras

negros, sino q' también pueda ver las blancas q' solo el espíritu puede revelar. A esto le llamamos Iluminación o revelación Rema.

Rema.

Rema.

Rema.

Rema.

¿Qué es lo primero que vio este hombre con los ojos de la fe recién abiertos? Vio a Cristo como Señor. El versículo 38 dice: "Y le adoró." Cayó de rodillas allí mismo y adoró. Es un clímax hermoso para el incidente. No era una cuestión de "hacer" a Jesús su Señor. Cuando fueron abiertos sus ojos espirituales, le vio tal como era, y la única respuesta posible era caer de rodillas. Este es el punto de esta doctrina!

Juan 9 termina con estas palabras: "Y dijo Jesús: Para juicio yo he venido a este mundo; para que vean los que no ven, y los que ven sean hechos ciegos. Al oír esto, algunos de los fariseos que estaban con él le dijeron: ¿Acaso somos nosotros también ciegos? Les dijo Jesús: Si fuerais ciegos, no tendríais pecado; pero ahora porque decís: 'Vemos', vuestro pecado permanece" (vv. 39-41).

Ser espiritualmente ciego es algo trágico, pero todavía es más trágico ser ciego y no saberlo. Estos fariseos pensaban que podían ver. Después de todo, en términos de conocimiento teológico, estaban mucho más allá del mendigo. Pero a diferencia de él, la ceguera de sus ojos espirituales nunca fue quitada y fueron incapaces de reconocer a Jesús tal cual era. Sabían de teología pero no pudieron reconocer al Mesías. Eran ciegos y ni siquiera lo sabían.

El resultado de la visión espiritual es un corazón rendido en adoración. El resultado de la ceguera espiritual es pecado y condenación. La simple doctrina no es remedio para la ceguera espiritual; la luz no puede curar la ceguera. La única esperanza para los que están en las tinieblas de la ceguera espiritual es un milagro divino que abra sus ojos. Esto es lo que Dios hace en la salvación por medio de su Espíritu (1 Cor. 2:9, 10). Los que son salvos no requieren una preparación teológica profunda para saber que Cristo es Señor y debe ser obedecido. Esta verdad se hace evidente cuando es quitada su ceguera espiritual.

La salvación es una transformación sobrenatural, divina, nada menos que un milagro que tiene lugar en el alma. Es una verdadera obra de Dios y debe marcar una diferencia en la vida de uno cuyos ojos han sido abiertos. Tal persona verá a Cristo tal cual es, soberano Señor de todo, y semejante revelación para uno que antes no podía ver, provocará inevitablemente la adoración, y un corazón que anhela hacer la voluntad de Dios. Nada de eso es resultado de una tutoría teológica. Es la obra del Espíritu de Dios en el corazón redimido.

Este es el punto de esta doctrina. El pecador no ve a Cristo el Señor. Sino que el Espíritu mismo es el que obra soberanamente "iluminado" la ceguera espiritual de perdido y al destapar la visión (revela: A milagro de la Gracia divina, ahora puede ver, no a un profeta, ni a un buen hombre, etc. Sino a quien realmente es: al Rey de reyes, al Señor de Señores, al Mesías Salvador. y esta realidad no puede llevarse a otro caso q' obediencia y adoración (imperfecta) que le dio su vida por el.

Visite:

www.doctrinabiblica.com

Estudios de la Biblia, Recursos teológicos,
apologéticos, exegéticos, hermenéuticos, etc

6

Desafía a un buscador vehemente

Hace muchos años, en los primeros años de mi ministerio, estaba viajando en avión. El hombre sentado a mi lado vio que yo leía la Biblia, se presentó y me sorprendió con la pregunta: "Perdón, usted no sabrá cómo puedo yo tener una relación personal con Jesucristo, ¿verdad?"

Desde luego, oportunidades como ésta no se me presentan con frecuencia, por lo que no quería perderme aquella. Le dije:

—Pues sí, debe sencillamente creer en el Señor Jesucristo y aceptarle como su salvador.

Le expliqué que Jesús murió y resucitó para que tengamos vida eterna y que todo lo que necesitaba hacer era recibir a Cristo como su salvador personal.

—Me gustaría hacerlo —me dijo. Le guié en oración y pidió al Señor que fuera su Salvador. Más tarde en ese mismo mes lo bauticé. Me sentía muy emocionado por lo que había ocurrido y estaba deseando conducirlo en el discipulado. Después de un tiempo corto, sin embargo, interrumpió su contacto conmigo. Recientemente descubrí que no sigue interesado en las cosas de Cristo.

¿Qué había ocurrido? ¿Por qué es ésta una experiencia tan común? La mayoría de las personas que testifican de Cristo en forma regular admitirían que **es relativamente fácil conseguir que las personas hagan profesión de fe. Conseguir que sigan al Señor es una experiencia mucho más frustrante. Todos hemos conocido "convertidos" que parecen aceptar la idea de la salvación con entusiasmo, pero nunca siguen al Señor. ¿Por qué?**

Yo mismo no entendí la razón real hasta que estudié el relato del joven rico en Mateo 19. Allí leemos de un joven que pregunta, en los términos más claros posibles, cómo puede obtener la vida eterna. De haber un lugar en que buscar una presentación directa del evangelio según Jesucristo, esperaríamos que fuera éste. Lo que encontramos es un relato sobrecogedor.

He aquí vino uno a él y le dijo:

—Maestro, ¿qué cosa buena haré para tener la vida eterna?

El le dijo:

—¿Por qué me preguntas acerca de lo bueno? Hay uno solo que es bueno. Pero si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos.

Le dijo:

—¿Cuáles?

Jesús respondió:

—No cometerás homicidio, no cometerás adulterio, no robarás, no dirás falso testimonio, honra a tu padre y a tu madre, y amarás a tu prójimo como a ti mismo.

El joven le dijo:

—Todo esto he guardado. ¿Qué más me falta?

Le dijo Jesús:

—Si quieres ser perfecto, anda, vende tus bienes y dalo a los pobres. Y ven; sígueme.

Pero cuando el joven oyó la palabra, se fue triste, porque tenía muchas posesiones (vv. 16-22).

A primera vista, podemos preguntarnos qué clase de mensaje quería dar Jesús a este hombre. Una mirada atenta nos lo revela. Si pudiéramos condensar la verdad de todo este pasaje en una oración simple sería Lucas 14:33: "Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia a todas las cosas que posee, no puede ser mi discípulo."

Nuestro Señor sometió a este joven a una prueba. Tenía que elegir entre sus posesiones y Jesucristo. El fracasó en la prueba. No importa lo que creyera, al no estar dispuesto a renunciar a todo, no pudo ser un discípulo de Cristo. La salvación es para quienes están dispuestos a renunciar a todo.

El asunto básico aquí era claramente la salvación de este hombre, no algún nivel superior de discipulado subsiguiente a la conversión. La pregunta se refería a cómo obtener la vida eterna.

El término "vida eterna" se emplea unas cincuenta veces en la Biblia. Siempre se refiere a conversión, evangelización, nuevo nacimiento: la experiencia completa de salvación. De hecho, el más familiar de todos los versículos del evangelio, Juan 3:16, utiliza la expresión: "Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, mas tenga vida eterna."

La mayor parte de nuestro trabajo de evangelización consiste en llevar a las personas al punto en que sientan la necesidad de salvación. Este joven había llegado a ese punto antes de hacer la pregunta a Jesús. Era el blanco perfecto para la evangelización. Estaba dispuesto a firmar la tarjeta, a levantar su mano, a pasar al frente o a lo que fuera. Aprobó todo el procedimiento de la preevangelización habitual. No era necesario explicarle cómo sabemos que Dios existe, por qué podemos confiar en la Biblia, ni por qué debemos preocuparnos por la eternidad. Como aquel joven que se dirigió a mí en el avión, éste parecía estar listo. Para los ojos humanos él parecía ser el candidato más idóneo para la evangelización que el Señor hubiera hallado hasta entonces. Estaba maduro. Estaba ansioso. No había manera de que pudiera irse sin recibir la vida eterna.

Pero lo hizo. No se marchó porque oyera un mensaje equivocado, ni siquiera porque no creyera, sino porque no estaba dispuesto a renunciar a todo lo que tenía y comprometerse a obedecer. Jesús puso una barrera insalvable para el joven. En lugar de tomar al hombre donde estaba y tratar de llevarle a tomar una "decisión", Jesús le presentó unos términos a los que el joven no estuvo dispuesto a someterse. En cierto sentido, Jesús le hizo huir.

¿Qué clase de evangelización es esa? ¡Jesús hubiera reprobado la asignatura de evangelismo personal en casi todas las escuelas bíblicas y seminarios que conozco! Jesús dio un mensaje de obras y, en este punto, ni siquiera mencionó la fe ni los hechos de la redención. Tampoco animó al hombre a creer. No lo llevó a una conclusión positiva. No echó la red. Fracasó en el alistamiento del joven. Después de todo, cuando una persona llega diciendo que quiere vida eterna, no se puede dejarle marchar, ¿no es así?

Falso. Nuestras ideas acerca de la evangelización no pueden acusar a Jesús; al contrario, es él quien debe juzgar nuestros métodos contemporáneos de evangelización. El evangelismo moderno se preocupa por las decisiones, estadísticas, el pasar al frente, trucos, presentaciones prefabricadas, manipulaciones emocionales e incluso intimidación. Su mensaje es una cacofonía de credulismo fácil y llamamientos simplistas. A los no creyentes se les dice que todo lo que necesitan hacer es invitar a Jesús a entrar en su corazón, aceptarlo como su Salvador personal o creer los hechos del evangelio. El resultado es un tremendo fracaso, como se ve en las vidas de multitudes que han hecho profesión de fe en Cristo sin la repercusión correspondiente en su comportamiento. Quién sabe cuántas personas viven engañadas creyendo que son salvas y no lo son.

¿Qué funcionó mal con este hombre? Pareció empezar muy bien y no obstante se apartó de Cristo triste, sin recibir la vida eterna. Parecía

tener la motivación adecuada y la actitud correcta. Acudió a la fuente adecuada e hizo la pregunta correcta. Pero se alejó sin ser redimido.

Tenía la motivación adecuada

Este hombre que buscaba vida eterna sabía lo que quería, y sabía que no lo tenía. Tenía casi todo lo demás, pero no la vida eterna.

No había nada equivocado en su motivación. Es bueno desear la vida eterna. En verdad, el hombre se daba cuenta de que la vida espiritual era mucho más importante que todas sus riquezas. Jesús dijo: "buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas" (Mat. 6:33).

Este hombre era joven (Mat. 19:20) y rico (v. 22). En Lucas 18:18 se nos dice que era hombre principal (*archón* en griego). Lo más probable es que quiera decir que era un dirigente de la sinagoga (véase el mismo uso de la palabra en Mateo 9:18). Al parecer era un dirigente religioso, devoto, honesto, joven, rico, eminente, muy respetado e influyente. Lo tenía todo. La frase "he aquí" del versículo 16 es una exclamación de extrañeza y asombro. Indica que Mateo debe haberse extrañado de que este hombre buscara a Jesús y admitiera que necesitaba vida eterna.

Aquí tenemos sin duda a un hombre turbado. Toda su religión y riqueza no le habían dado confianza, ni paz, ni gozo, ni esperanza. Había inquietud en su alma y sentía en su corazón la falta de seguridad. Llegó a causa de una necesidad que sentía profundamente. Identificó lo que creía que le faltaba: vida eterna.

Bíblicamente, vida eterna habla no sólo de la promesa de vida en el tiempo que ha de venir, sino también de la calidad de vida que es característica de las personas que vivirán en esa era. Quiere decir calidad tanto como duración (ver Juan 17:3). No es sólo vivir para siempre. Vida eterna es estar vivo para el reino que es morada de Dios. Es andar con el Dios vivo en una comunión sin fin.

Esto es lo que, al parecer, deseaba el joven rico; aparentemente se daba cuenta de la necesidad de andar con Dios, de tener comunión con Dios. Tal vez se daba cuenta de su incapacidad para responder a Dios plenamente. No estaba experimentando el amor, el descanso, la paz, la esperanza, el gozo y la seguridad de Dios. En cualquier caso, él sabía que no tenía vida espiritual ni la certeza de pertenecer a Dios eternamente.

En esto era muy perceptivo. Espiritualmente, fue mucho más lejos que los fariseos, quienes se sentían satisfechos de sí mismos. El no lo estaba. Sabía que le faltaba la vida eterna y deseaba tenerla. No podemos encontrar falta en su motivación al acudir a Jesús.

Tenía la actitud correcta

No sólo sus motivos eran correctos, sino que también su actitud era digna de encomio. No era orgulloso ni presuntuoso; parecía sentir profundamente su necesidad. Hay muchas personas que saben que no tienen vida eterna pero no sienten la necesidad de ella. Se dan cuenta de que no sienten la dimensión divina, pero esta falta de interés no les preocupa. No así este hombre, que estaba desesperado. Se puede sentir la urgencia de su pregunta: "Maestro, ¿qué cosa buena haré para tener la vida eterna?" Sin ninguna clase de introducción ni preparación, simplemente la formuló repentinamente.

Marcos 10:17 dice que vino corriendo. También vino públicamente. A diferencia de Nicodemo, que vino de noche, este hombre vino a la luz del día y delante de otras personas. Marcos dice que Jesús estaba de camino, y estaría rodeado por la multitud habitual. Este personaje corrió a través de la multitud sin preocuparse por el hecho de que todos sabían quién era. Estaba lo suficientemente resuelto a confesar pública y abiertamente que no tenía vida eterna. Para un hombre de su posición, hacer semejante pregunta requería un valor tremendo. Tenía mucho que perder al admitir abiertamente su necesidad de vida eterna.

Marcos cuenta también que este rico y joven dirigente se arrodilló a los pies de Jesús. En una posición de humillación delante del Señor, reconoció la situación indeseable en que se encontraba. Tuvo la delicadeza de no ocultarla. Deseaba vida eterna con tanta intensidad que se arriesgó a perder el prestigio ante quienes le consideraban un gigante espiritual. No obstante, en su frustración por su incapacidad de encontrar la paz, pregunta: "¿Qué más me falta?" Apreciamos su ansiedad, falta de realización y gran consternación. Religioso de toda la vida, sabía que le faltaba algo. Es el grito de un corazón con una necesidad profunda.

¿Qué hacer con su afirmación de que había guardado toda la ley? Desde luego exageraba pero, al parecer, exteriormente vivía una vida ejemplar. Era un hombre moral, y no un pecador grosero. Se acoplaba a los modelos estrictos de su religión, pero sentía un profundo vacío y se acercó a Jesús buscando llenarlo. Si alguien se le hubiera acercado y le hubiera preguntado: "¿Te gustaría tener paz, gozo, felicidad y amor?", sin duda hubiera respondido positivamente. Si hubiera estado en una reunión de evangelización, no habría sido necesario añadir ninguna estrofa a "Tal como soy" para este hombre. Estaba preparado. Era un entusiasta buscador de la vida eterna y, desde luego, parecía tener la actitud correcta.

¡Qué oportunidad! Este joven estaba anhelante, buscando; sería un converso a quien "no se podía perder". Era joven, rico, inteligente e influyente. ¡Imagínese lo que podría hacer si aceptaba a Cristo! Podría

dar su testimonio, escribir un libro y ser un gran contribuyente a la causa cristiana. Ningún evangelista que merezca serlo hubiera dejado escapar una oportunidad como esta.

Acudió a la fuente adecuada

Pero el joven dirigente no había acudido a un simple evangelista, sino a la fuente de la vida eterna. Era el lugar adecuado para conseguir lo que deseaba. La gente busca la vida eterna en los lugares más extraños. Satanás es un maestro del engaño en lo que se refiere a falsa seguridad, y se asegura de que la mayoría de las personas no encuentren nunca la vida eterna mientras gastan sus vidas enteras buscando en lugares equivocados. En 1 Juan 5:11 dice: "Y este es el testimonio: que Dios nos ha dado vida eterna, y esta vida está en su Hijo." El versículo 20 dice de Jesús: "Este es el verdadero Dios y la vida eterna." Jesús no sólo es la fuente de la vida eterna, él es la vida eterna. El joven rico estaba buscando en el lugar adecuado.

Sin duda este hombre había oído del poder de Jesús. Se dirigió a Jesús como *didaskalos*, "maestro". Con este título reconocía que Jesús era un maestro de la verdad divina. Marcos y Lucas nos dicen que le llamó "bueno", utilizando la palabra *agazos*, que implica que vio al Señor como bueno de naturaleza y en esencia. Hubiera utilizado la palabra *kalos* si hubiera querido denotar solamente bondad exterior, o buena forma. Así, al decir "maestro bueno", no estaba sólo diciendo que Jesús era un maestro capaz, sino afirmaba que creía en la bondad esencial del Señor.

Esto no quiere decir que creía que Jesús era Dios. Probablemente no se dio cuenta de que Jesús era el Mesías, mucho menos que era Dios encarnado. Parece ser que se sintió cautivado por la autoridad de la enseñanza de Jesús y el poder de su vida virtuosa. Deseaba tener la dirección de este maestro en la cuestión de la vida eterna, porque creía que Jesús la tenía. Parece que la respuesta de Jesús: "¿Por qué me preguntas acerca de lo bueno? Hay uno solo que es bueno" (v. 17), tenía la intención de incitarle para que se diera cuenta de quién era realmente Jesús.

No obstante, pese a que no reconoció que Jesús era el Mesías y Dios hecho carne, había acudido al lugar adecuado. "En ningún otro hay salvación, porque no hay otro nombre debajo del cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos" (Hech. 4:12).

Hizo la pregunta adecuada

Muchos han considerado que en este pasaje de Mateo 19, el error de este hombre fue preguntar: "¿Qué cosa buena haré?" En otras

palabras, su mente estaba orientada hacia las obras. En verdad estaba sintonizado con una religión basada en las obras. Había crecido en una tradición farisaica. Su educación le enseñó a pensar en la religión como un sistema para ganar el favor divino. Pero con todo esto de fondo, hizo una pregunta correcta. No era una trampa calculada para llevar a Jesús a aprobar la autojustificación. Era una pregunta simple y honesta, hecha por uno que buscaba la verdad: "¿Qué cosa buena haré para tener la vida eterna?"

Después de todo hay algo que tenemos que hacer para heredar la vida eterna: Hemos de creer. La pregunta de este hombre no era muy diferente a la de la multitud en Juan 6:28: "¿Qué haremos para realizar las obras de Dios?" Jesús dio a aquellos una respuesta simple y directa: "Esta es la obra de Dios: que creáis en aquel que él ha enviado" (v. 29).

Pero aquí es donde la historia da un giro extraordinario. La respuesta de Jesús a este joven parece absurda: "si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos" (Mat. 19:17). Nuestro Señor no reveló nada de sí mismo ni de las verdades del evangelio. No invitó al hombre a creer. No le pidió una decisión. En lugar de ello Jesús levantó una barrera ante él, lo cual paró en seco a su interlocutor.

A decir verdad, la respuesta fue correcta. Si una persona pudiera guardar la ley durante toda su vida sin violar una simple jota ni una tilde, sería perfecta, sin pecado. Pero nadie excepto el Salvador es así; los hombres nacen en pecado (Sal. 51:5). Sugerir que la ley es un medio para conseguir la vida eterna empaña el tema de la fe. ¿Por qué razón le dijo Jesús aquello? Si llegó con la motivación correcta y la actitud correcta a la fuente adecuada y con la pregunta adecuada, ¿por qué no se limitó Jesús a presentarle el camino de salvación?

Estaba lleno de orgullo

Pese a todo lo bueno que este joven tenía, le faltaba una cualidad importante. Jesús sabía que carecía completamente del sentido de su propia pecaminosidad. Su deseo de salvación se basaba en el vacío de su alma, tal vez con el deseo de verse libre de ansiedad y frustración, y de conseguir gozo, amor, paz y esperanza. Buenos deseos, pero ellos no constituyen una razón suficiente para entregarse a Cristo.

Mucho del evangelismo contemporáneo es, tristemente, deficiente para enfrentar a las personas con la realidad de sus propios pecados. Los predicadores ofrecen felicidad, gozo, realización y todas las cosas positivas. A los cristianos de hoy se les enseña que todo lo que tienen que hacer es averiguar las necesidades psicológicas de una persona y, entonces, ofrecer a Jesús como panacea para cualquiera que sea el problema. Es muy fácil conseguir una respuesta puesto que las personas están buscando soluciones fáciles para las necesidades que

sienten. Pero si eso es todo lo que hacemos, no es una evangelización auténtica.

Nuestro Señor no ofreció ningún alivio a la necesidad que sentía este rico y joven dirigente. En lugar de ello, su respuesta le hizo enfrentarse con el hecho de que era una ofensa viviente a Dios. Era necesario que se diera cuenta de su pecaminosidad. El reconocimiento del pecado personal es un elemento necesario para entender el hecho de la salvación. No se puede acudir a Jesús en busca de salvación basándose en necesidades psicológicas, ansiedades, falta de paz, sentimiento de desesperanza, carencia de gozo o cualquier anhelo de felicidad solamente. La salvación es para las personas que odian el pecado y desean apartarse de las cosas de esta vida. Es para los individuos que entienden que han vivido en rebeldía contra un Dios santo. Es para quienes desean arrepentirse y vivir para la gloria de Dios. La salvación no es un mero fenómeno psicológico.

La respuesta de Jesús apartó la atención de la necesidad sentida por el joven y la centró en Dios: "Hay uno solo que es bueno." Enseguida, le puso sin rodeos ante la norma divina, no porque el cumplir la ley mereciera la vida eterna, sino a fin de que viera lo corto que se había quedado: "Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos." Pero el joven pasó por alto ese punto y lo rechazó. Estaba totalmente en contra de confesar su propia pecaminosidad.

Al recordar mi conversación con el hombre en el avión, me doy cuenta de que es aquí donde fallé. Con demasiada precipitación le ofrecí a Cristo como remedio para sus necesidades psicológicas, sin llevarle a reconocer su propia pecaminosidad. La salvación que le presenté estaba enfocada en el hombre, no en Dios.

La evangelización debe tomar al pecador y medirlo con la ley perfecta de Dios para que pueda ver sus deficiencias. Una evangelización que trata sólo con las necesidades humanas, los sentimientos humanos, los problemas humanos, carece de verdadero equilibrio. Por esto, muchas iglesias están llenas de personas cuyas vidas permanecen esencialmente sin cambios después de su supuesta conversión. La mayoría de estas personas, estoy convencido de ello, no están regeneradas y lamentablemente viven engañadas.

El modelo de revelación divina confirma la importancia de comprender la pecaminosidad propia. En Romanos, Pablo emplea tres capítulos para hablar de la pecaminosidad del hombre antes de tratar siquiera del camino de la salvación. Juan 1:17 dice: "La ley fue dada por medio de Moisés, pero la gracia y la verdad nos han llegado por medio de Jesucristo." La ley precede siempre a la gracia: Es el tutor que nos lleva a Cristo (Gál. 3:24). Sin la ley y sus efectos trazados por Dios, la gracia no tiene sentido. Y sin entender la realidad y gravedad del pecado, no puede haber redención.

Este es el Orden
No hay otra forma
(1) Dios: yo
(2) Pecado
(3) Consciencia
(4) Gracia
(5) Responsabilidad

Tenemos que cambiar nuestra presentación del evangelio. No podemos dejar a un lado el hecho de que Dios odia el pecado y castiga a los pecadores con tormento eterno. ¿Cómo podemos iniciar una presentación del evangelio a las personas que van camino del infierno diciendo que Dios tiene un plan maravilloso para sus vidas? La Biblia dice que "Dios emite sentencia cada día" (Sal. 7:11). Un Dios justo, santo y puro no puede tolerar el pecado. No salvará a quienes traten de acercarse a él conservando su pecado.

El joven rico preguntó a Jesús qué mandamientos debía guardar. El Señor le contestó dándole la segunda mitad de los diez mandamientos: "No cometerás homicidio, no cometerás adulterio, no robarás, no dirás falso testimonio, honra a tu padre y a tu madre." Entonces añade, "y amarás a tu prójimo como a ti mismo" (Mat. 19:18, 19). No tenemos manera de saber por qué el Señor eligió estos mandamientos en particular; puede ser que el Señor supiera que el joven no estaba honrando a sus padres. Pero el hecho significativo es que Jesús le predicó la ley.

Es inútil predicar la gracia a personas que no entienden las implicaciones de la ley de Dios. No tiene sentido explicar lo que es la gracia a quien no conoce la demanda divina de justicia. La misericordia no se puede comprender sin el correspondiente entendimiento de la propia culpa. El evangelio de gracia no puede predicarse a quien no haya oído que Dios demanda obediencia y castiga la desobediencia. Las palabras de Jesús debieran haber despertado en el joven rico la consciencia de que se había quedado corto; esta era la cuestión. Pero él la rechazó por completo.

No confesó su culpa

La Biblia dice: "El joven le dijo: Todo esto he guardado. ¿Qué más me falta?" (Mat. 19:20). Esto nos indica el concepto que tenía de la ley. Puede ser que nunca hubiera matado a nadie. Tal vez nunca cometió adulterio. Seguramente no había robado ni mentido. Parecía creer que había honrado a su padre y a su madre. Es posible que en apariencia hubiera hecho todas estas cosas. Pero el énfasis de las enseñanzas de Jesús desde el principio había estado en definir la ley de forma que nadie, ni siquiera aquellos que se adherían estrictamente a los requisitos externos de la ley, pudiera mirar los mandamientos y sentirse justificado (ver Mat. 5:20-48; Rom. 3:20).

El hombre no podía escapar a las demandas de la norma divina. El mandamiento de amar al prójimo como a uno mismo tiene una aplicación interna ineludible. De ninguna manera podía honestamente decir que había guardado siempre la ley. No podía estar diciendo la verdad; si es que no mentía, se engañaba.

Totalmente lógico! Hay un solo mensaje. Puede ser que seamos guiados de muchos maneras de perdición de la circuncisión. Pero hay un solo mensaje y empieza con un llamado al Arrepentimiento y Creer el Evangelio

Esto es exactamente lo q' los fariseos hacian y en uno de los puntos q' más aficaba Jesucristo: Su rebaje de la Ley!

Los fariseos estaban acostumbrados a exteriorizar la ley, estaban muy atentos a los ritos y conducta externos pero nunca se ocupaban del corazón. Jesús, por otra parte, iba directamente al corazón enseñando que el odio es el equivalente moral del homicidio, que la lujuria es equivalente al adulterio y que odiar a un enemigo es tan malo como odiar al prójimo (Mat. 5:21-47). El joven no había captado el significado de las enseñanzas de Jesús. Ante una multitud, osadamente manifestó que había cumplido la ley. Podía esperar que todos afirmaran que era un hombre justo porque, que ellos supieran, lo era. Exteriormente había guardado la ley.

Esto confirma el hecho de que lo que deseaba era algo con lo cual pudiera llenar el vacío de su corazón. No tenía percepción alguna de haber violado la ley de Dios. En realidad estaba diciendo: "No tengo nada que se pueda llamar pecado. He guardado toda la ley. Me miro a mí mismo y no veo ninguna transgresión." La religión de autojustificación es engañosa. Este hombre también creía realmente que era justo, que había sido obediente a la ley. Pensaba que había respetado el código y no tenía ni idea de haberse quedado corto.

No había manera de que este hombre pudiera ser salvo mientras se aferrara a su actitud de autojustificación. La salvación no es para personas que desean un estímulo emocional, sino para pecadores que acuden a Dios en busca de perdón. A menos que una persona se avergüence de su pecado, no hay salvación.

En este punto, Marcos 10:21 nos dice que "al mirarlo Jesús, le amó". Esa declaración nos muestra un cuadro patético. Este joven era sincero. Su búsqueda espiritual era auténtica. Era una persona auténticamente religiosa, y Jesús le amó. Nuestro Señor estaba a punto de morir por los pecados de este hombre. Jesús no quería que nadie pereciera sino que todos se arrepintieran; pero eso era algo que este hombre no haría. Jesucristo no acepta a los pecadores según las condiciones de ellos. Aunque le amara mucho, eso no le garantizaba la vida eterna con sólo pedirla.

No se sometió a Jesucristo: Esta es la exposición correcta de este pasaje que revela la salvación por Señorío!

Finalmente, Jesús le sometió a una última prueba: "Si quieres ser perfecto, anda, vende tus bienes y dalo a los pobres; y tendrás tesoro en el cielo. Y ven, sígueme" (Mat. 19:21). Esto era un desafío a su pretensión de haber cumplido la ley. Era como decirle: "Dices que amas a tu prójimo como a ti mismo. Está bien, dale todo lo que tienes. Si realmente le amas como a ti mismo, eso no será problema."

Aquí está la prueba final: ¿Obedecería este hombre al Señor? Jesús no está enseñando la salvación por filantropía. No está diciendo que es posible comprar la salvación por medio de la caridad, sino que está

diciendo: "¿Vas a hacer lo que yo quiero que hagas? ¿Quién dirigirá tu vida, tú o yo?" El Señor puso el dedo en la mera llaga de la vida de este hombre. Sabiendo dónde estaba su corazón, dijo: "A menos que yo sea la máxima autoridad de tu vida, no hay salvación para ti." Al colocarse al lado de las riquezas del joven y pedirle que hiciera una elección, nuestro Señor reveló el verdadero estado del corazón de aquel.

¿Debemos desprendernos literalmente de todo lo que poseemos para ser cristianos? No, pero debemos estar dispuestos a renunciar a todo (Luc. 14:33), lo que significa que no nos aferramos a nada con preferencia a Cristo. Debemos desear hacer todo lo que él pida. El requerimiento de Jesús a este hombre tenía la intención de determinar si estaba dispuesto a someterse a la soberanía de Jesús en su vida. La Biblia no registra otra demanda de que alguien deba venderlo todo y regalarlo. El Señor lanzó un ataque frontal contra la debilidad del joven: el pecado de la codicia, la indulgencia y el materialismo. Era indiferente a los pobres. Amaba sus posesiones. El Señor lanzó un reto a eso.

El joven rico no pasó la prueba. No estaba dispuesto a reconocer a Jesús como soberano de su vida. Mateo 19:22 dice que "cuando el joven oyó la palabra, se fue triste, porque tenía muchas posesiones". Sus posesiones eran más importantes para él que Cristo; y no podía seguir a Jesús si ello suponía desprenderse de ellas. Es interesante ver que se fue triste. Realmente deseaba la vida eterna; pero no estaba dispuesto a tomar el camino señalado por Jesús: el camino de la confesión de sus pecados y la sumisión al señorío de Cristo.

Contrastemos la respuesta de este hombre con la de Zaqueo en Lucas 19. Zaqueo tenía un profundo sentimiento de tristeza por sus pecados. Estaba dispuesto a hacer cualquier cosa, inclusive desprenderse de todas sus riquezas, para seguir a Jesucristo según sus condiciones. El mensaje de Jesús a Zaqueo fue: "Hoy ha venido la salvación a esta casa, . . . Porque el Hijo del Hombre ha venido a buscar y a salvar lo que se había perdido" (Luc. 19:9, 10). El joven rico fue también en busca de vida eterna, pero se fue sin ella. Esta es una historia trágica que parte el corazón. Proverbios 13:7 dice: "Hay quienes pretenden ser ricos, pero no tienen nada; y hay quienes pretenden ser pobres, pero tienen muchas riquezas." Este joven creía que era rico, pero se alejó de Jesús sin nada en absoluto.

La salvación es por gracia por medio de la fe (Ef. 2:8). Esta es la enseñanza clara y constante de la Biblia. Pero las personas con fe genuina no se niegan a reconocer sus pecados. Consideran que han ofendido la santidad de Dios y no rechazan el señorío de Cristo. No se aferran a las cosas de este mundo. A la fe auténtica no le falta ninguno de estos atributos. La fe que salva es un compromiso a abandonar el pecado y seguir a Jesucristo cueste lo que cueste. Jesús no acepta a nadie que no venga en estas condiciones.

Criste o no gustes la salvación no es recibir algo, sino alguien que ese es el Señor Jesús. Cual es la soberanía sobre nos. Nos vidas recibiremos que a someterme a su Persona: El Salvador y Señor!

No creo, y nunca he enseñado, que una persona que acude a Cristo necesite entender en su plenitud todas las implicaciones del pecado, el arrepentimiento o el señorío de Cristo. Aun después de años de desarrollo de su conocimiento como cristiano, no sabrá todas estas verdades en toda su profundidad, pero debe haber una *disposición* a obedecer. Es más, el arrepentimiento y la sumisión no son obra humana, como tampoco lo es la misma fe. Ambos son obra de Dios, y no elementos añadidos a la fe sino aspectos esenciales de la obra divina de fe en el corazón del hombre.

Un mensaje que ofrece alivio psicológico pero no requiere arrepentimiento de los pecados y afirmación del señorío de Cristo, es un evangelio falso que no salva. Para acudir a Cristo debemos estar dispuestos a aceptarlo totalmente. Esto significa que Jesús tiene prioridad y se convierte en el Señor de nuestra vida.

Si algo aprendemos del relato del joven rico es la verdad de que, aun cuando la salvación es un bendito don de Dios, Cristo no la da a ninguno cuyas manos estén llenas de otras cosas. Una persona que no esté dispuesta a renunciar al pecado, a las posesiones, a la religión falsa y al egoísmo; se encontrará con que no puede acudir a Cristo en fe.

Películas on line:

www.dcristo.org

**Todas las películas cristianas
de todos los tiempos.**

7

Busca y salva a los perdidos

No hay verdad más gloriosa en la Biblia que las palabras de Lucas 19:10: "el Hijo del Hombre ha venido a buscar y a salvar lo que se había perdido". Este versículo resume la obra de Cristo en términos claramente aplicables a todas las personas. Desde el punto de vista humano, puede ser la verdad específica más importante contenida en la Biblia. Desafortunadamente, el dispensacionalismo tradicional tiende a eludir este sencillo punto. Algunos dispensacionalistas han visto "el evangelio del reino" que proclamó Jesús (Mat. 4:23) como distinto del "evangelio de la gracia de Dios".¹ La sustancia de este "evangelio del reino", dice una fuente popular, es "que Dios se propone establecer en la tierra el reino de Cristo... en cumplimiento del pacto con David".² Lewis Sperry Chafer escribió que el evangelio del reino era únicamente para la nación de Israel "y no debía confundirse de ninguna manera con el evangelio de la gracia salvadora".³ Otro de los primeros escritores dispensacionalistas declaró que el evangelio que Jesús predicó no tenía nada que ver con la salvación, sino que era un simple anuncio de que había llegado el tiempo de establecer el reino de Cristo en la tierra.⁴ Todo esto puede encajar perfectamente en un esquema dispensacionista particular, pero la Biblia no lo apoya. No debemos olvidar que Jesús vino a buscar y a salvar a los perdidos; no a anunciar simplemente un reino terrenal.

Cuando Jesús proclamaba su reino, estaba predicando la salvación. Su conversación con el joven rico en Mateo 19 ayuda a clarificar la terminología que él usaba. El joven preguntó a Jesús qué podía hacer para obtener la vida eterna. Después de que el hombre se fuera sin

haberla recibido, Jesús dijo a sus discípulos: "De cierto os digo, que difícilmente entrará el rico en el reino de los cielos" (v. 23). Así, entrar en el reino de los cielos es sinónimo de obtener la vida eterna. En el versículo siguiente el Señor dice: "le es más fácil a un camello pasar por el ojo de una aguja, que a un rico entrar en el reino de Dios" (v. 24). Evidentemente el reino de Dios, el reino de los cielos y la vida eterna se refieren a la salvación. Los discípulos entendieron esto claramente porque inmediatamente preguntaron: "Entonces, ¿quién podrá ser salvo?" (v. 25).

Cualesquiera que fueran los términos que empleara, recibir vida eterna, entrar en el reino o ser salvo, la esencia del mensaje de Jesús era siempre el evangelio de salvación. El dijo de su propia tarea: "No he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento (Luc. 5:32). El apóstol Pablo dice en 1 Timoteo 1:15: "Fiel es esta palabra y digna de toda aceptación: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero."

Búsqueda y rescate

La naturaleza de Dios es buscar y salvar pecadores. Fue Dios quien desde las primeras páginas de la historia de la humanidad buscó a la pareja caída en el jardín del Edén. En Ezequiel 34:16 dice Dios: "Buscaré a la perdida y haré volver a la descarriada. A la perniquebrada vendaré, y fortaleceré a la enferma." El Todopoderoso se presenta como un salvador a través del Antiguo Testamento (Sal. 106:21; Isa. 43:11; Ose. 13:4), por lo que resulta apropiado que cuando Cristo entró en el mundo de los hombres como Dios manifestado en carne, fuera conocido sobre todo como salvador.

Incluso su nombre fue escogido divinamente para ser el nombre de un salvador: "llamarás su nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados" (Mat. 1:21). El corazón de toda enseñanza redentora es que Jesús vino al mundo en una misión de búsqueda y rescate de pecadores. Esta verdad es lo que caracteriza el evangelio como buenas nuevas.

Pero son buenas nuevas sólo para aquellos que se consideran a sí mismos como pecadores. La enseñanza inequívoca de Jesús es que quienes no reconocen sus pecados y se arrepienten de ellos están fuera del alcance de la gracia salvadora. Todos son pecadores, pero no todos están dispuestos a admitir su depravación. Si lo hacen, él se convierte en su amigo (ver Mat. 7:22, 23).

Una vez más, la parábola en Lucas 18:10-13 subraya esta verdad. Jesús dirigió estas palabras "a unos que confiaban en sí mismos como que eran justos y menospreciaban a los demás" (v. 9). "Dos hombres subieron al templo a orar. Uno era fariseo; y el otro, publicano. El

fariseo, de pie, oraba consigo mismo de esta manera: 'Dios, te doy gracias que no soy como los demás hombres: ladrones, injustos, adúlteros, ni aun como este publicano. Ayuno dos veces a la semana, doy diezmos de todo lo que poseo.' Pero el publicano, de pie a cierta distancia, no quería ni alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: 'Dios, sé propicio a mí, que soy pecador.' Lo que dijo nuestro Señor de aquellos dos hombres debe haber confundido y enfurecido a su auditorio de fariseos autosuficientes: "Os digo que éste (el publicano) descendió a casa justificado en lugar del primero. Porque cualquiera que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido" (v. 14).

El arrepentimiento humilde es la única respuesta aceptable al evangelio según Jesucristo. El rechaza a aquellos que no confiesan sus pecados, como el joven rico. Pero alcanza con su gracia a quienes, como Mateo y la mujer samaritana, admiten que son pecadores y buscan la liberación. Cuanto peor es el pecador, más maravillosamente se revelan su gracia y su gloria en la redención de ese pecador.

Multitudes de pecadores arrepentidos respondieron a Jesús durante su ministerio terrenal. El ministró continuamente a los publicanos y otros marginados. Lucas 15:1 señala que una corriente continua de tales personas acudía a él. De hecho, la mayor queja de los fariseos sobre su ministerio era: "Este recibe a los pecadores y come con ellos" (Luc. 15:2). Se comparaban a sí mismos con Cristo y se condenaban por su propia comparación. No tenían corazón para los marginados, ni compasión para los perdidos. Aun peor, no tenían sentido de su propia pecaminosidad. Cristo no podía hacer nada por ellos.

El escenario para un milagro

Al igual que Mateo, Zaqueo era un publicano cuyo corazón estaba preparado por Dios para recibir a Cristo y seguirle. Su encuentro con Jesús tuvo lugar en Jericó, mientras Jesús iba de paso en su viaje a Jerusalén para morir. Jesús había ejercido su ministerio en Galilea durante algún tiempo. Allí estaba su ciudad de residencia, Nazaret. Ahora se dirigía a Jerusalén para la última Pascua, en la que él sería el cordero pascual que daría su vida en la cruz por los pecados del mundo. Como si quisiera mostrar por qué había de morir, hizo alto en Jericó para salvar a un miserable como Zaqueo.

Durante el viaje había reunido una audiencia de peregrinos que iban a celebrar la Pascua en Jerusalén. Su fama se había extendido por toda Palestina. Poco antes, había resucitado a Lázaro; esto sucedió en Betania, no lejos de Jericó. La noticia se había divulgado y la gente sentía curiosidad por Jesús. Todos los que podían moverse en Jericó se habían alineado en las calles esperando a que pasara. La gente se

preguntaba: ¿Será él el Mesías? ¿Habrá venido a derrotar a los romanos y a establecer su reino?

Jericó está un poco al noreste de Jerusalén. Era un cruce internacional de caminos, situado donde se juntaban las principales rutas del norte, sur, este y oeste. Allí estaban las aduanas, donde se recaudaban los impuestos. Era un lugar de mucha actividad. Zaqueo era el publicano encargado de la aduana de Jericó.

En busca del Salvador

Zaqueo era despreciado por toda la comunidad. Lucas 19:7 dice que todos le llamaban pecador. No sólo era un recaudador de impuestos y un traidor a la nación, sino que su designación significaba probablemente que era además una persona de carácter corrupto. Este era el caso de la mayoría de los publicanos.

El Señor Jesús sentía un especial aprecio por los recaudadores de impuestos. Lucas especialmente se fija en las numerosas ocasiones en que Jesús tuvo encuentros con ellos. Su tema es el amor del Salvador por los perdidos y presenta a Jesús alcanzando al desecho de la sociedad. Cada vez que Lucas menciona a un publicano (3:12; 5:27; 7:29; 15:1; 18:10; 19:2) lo hace en sentido positivo. Ellos eran los marginados de una sociedad religiosa, pecadores públicos flagrantes, exactamente la clase de personas que Jesús había venido a salvar.

Puede dar la impresión de que era Zaqueo el que iba buscando a Jesús, pero la verdad es que si Jesús no le hubiera buscado primero a él, nunca hubiera acudido al Salvador. Nadie busca a Dios por su propia cuenta (Rom. 3:11). En nuestro estado natural caído estamos muertos en nuestros delitos y pecados (Ef. 2:1) y excluidos de la vida de Dios (Ef. 4:18) y, por ello, totalmente incapaces de buscar a Dios y sin deseos de hacerlo. Sólo cuando somos alcanzados por el poder soberano y convincente de Dios podemos acercarnos a él. Así, sólo cuando Dios empieza a buscar un alma puede ésta responder buscándole. Un himnólogo anónimo escribió lo siguiente:

Buscaba yo al Señor, y más tarde supe
Que él movía mi alma a buscarle, buscándome a mí;
No fui yo quien te halló, fiel Salvador;
No, yo fui hallado por ti.

Siempre que alguien busca a Dios, podemos estar seguros de que es en respuesta al impulso del Dios que busca. No le amaremos si él no nos hubiera amado primero (ver 1 Jn. 4:19).

No obstante, Dios invita a los pecadores a buscar. Isaías 55:6 dice: "¡Buscad a Jehovah mientras puede ser hallado! ¡Llamadle en tanto

que está cercano!" En Jeremías 29:13 leemos: "Me buscaréis y me hallaréis, porque me buscaréis con todo vuestro corazón." En Amós 5:4 dice Dios: "¡Buscadme y viviréis!" Jesús dijo: "buscad primeramente el reino de Dios" (Mat. 6:33) y, "Buscad y hallaréis" (Mat. 7:7). Al ser buscado por Dios, Zaqueo estaba buscando.

Zaqueo había oído de Jesús, pero al parecer nunca le había visto. Lucas 19:3 dice: "procuraba ver quién era Jesús". El tiempo del verbo usado implica que hacía un esfuerzo continuo para ver a Jesús. ¿Por qué? ¿Curiosidad? Probablemente. ¿Conciencia? Ciertamente. ¿Deseo de liberación de la culpa? Podía ser. Pero más allá de estos factores, la realidad de que fue salvo demuestra que la fuerza que le atraía era el poder irresistible y convincente del Espíritu Santo. Parece que el Espíritu de Dios había iniciado en el corazón de Zaqueo el proceso para llevarle a Cristo. Zaqueo no buscaba a Jesús por propia iniciativa, sino que el Espíritu de Dios movía su corazón. En respuesta a ello él hizo un esfuerzo para ver a Jesús.

Aquí había un hombre marginado y odiado, un hombre con las manos llenas de dinero que había acumulado a costa de los pobres. Era un hombre con una tremenda culpa. No obstante, en lugar de huir y esconderse deseaba desesperadamente ver a Jesús. Para hacer esto venció un cierto número de obstáculos. Uno era la multitud; los residentes de Jericó ya estaban ocupando los lados de la calle. Añadamos a eso su pequeña estatura. Zaqueo probablemente evitaba con prudencia las multitudes. Para empezar, un hombre bajo tendría problemas entre el gentío; pero un hombre corto de estatura que, además era el jefe de los recaudadores, se arriesgaba a que le dieran un codazo en la barbilla, o un buen pisotón e incluso a que le clavarán un cuchillo por la espalda.

Aquel día Zaqueo no estaba preocupado por tales temores. Ni siquiera le preocupaba su dignidad. Estaba tan decidido a ver a Jesús que salió al frente de la multitud y se subió a un árbol sicómoro a esperar al Salvador (Luc. 19:4). El sicómoro es un árbol bajo y grueso con amplias ramas. Una persona baja podía trepar por su tronco, colocarse en una rama y situarse sobre el camino. Y esto es lo que hizo Zaqueo. El árbol le ofreció un asiento perfecto para el desfile. No era un lugar de dignidad para un hombre, pero eso no le importaba en ese momento. Todo lo que quería Zaqueo era ver a Jesús.

El Salvador que busca

Lo que ocurrió debió sorprender a Zaqueo. Aunque Jesús no le había conocido antes, se detuvo en medio de miles de personas, miró hacia el árbol y dijo: "Zaqueo, date prisa, desciende; porque es necesario que hoy me quede en tu casa" (v. 5). Esto se conoce en

evangelismo como "aproximación directa". No había nada artificial en el acercamiento de Jesús.

No sabemos cómo supo Jesús el nombre de Zaqueo. Puede ser que las personas de la multitud le estuvieran señalando. Tal vez era debido a su omnisciencia. Está claro, sin embargo, que Jesús tenía una cita con Zaqueo divinamente concertada, porque cuando dijo: "es necesario que hoy me quede en tu casa" era un mandato, no una petición. No estaba preguntando, sino más bien diciendo: "me quedo", "debo quedarme". El corazón de Zaqueo estaba preparado de acuerdo con un calendario divino.

Zaqueo deseaba ver a Jesús, pero no tenía ni idea de que Jesús quisiera verle a él. "Entonces él descendió aprisa y le recibió gozoso" (v. 6). Se podía pensar que un pecador tan despreciable se sentiría angustiado al oír decir al Hijo de Dios, perfecto y sin pecado: "Vengo a tu casa", pero Zaqueo estaba contento, su corazón estaba preparado.

La reacción de la multitud era de esperarse. Tanto la élite religiosa como el pueblo común miraban a Zaqueo con desprecio: "Al ver esto, todos murmuraban diciendo que había entrado a alojarse en la casa de un hombre pecador" (v. 7). Creían, como hemos visto, que entrar en casa de un vil publicano era contaminarse. Comer con alguien como Zaqueo era la peor de las profanaciones. No daban ningún valor al alma de Zaqueo y no tenían ningún interés en su bienestar espiritual. Sus miradas de autosuficiencia sólo podían ver los pecados de él. En su orgullo ciego no podían entender ni querían ver que Jesús vino a buscar y a salvar a los pecadores, y le condenaban por ello. Al hacerlo se condenaban a sí mismos.

No se nos dice lo que ocurrió en casa de Zaqueo. La Biblia no nos dice lo que sirvieron en la comida, ni cuánto tiempo permaneció allí Jesús, ni tampoco lo que hablaron. Tampoco sabemos lo que Jesús dijo a Zaqueo para llevarle a la salvación. Como hemos visto en otros relatos en que Jesús evangelizó, los métodos que utilizó no son lo importante. La conversión es un milagro divino y no hay fórmulas que se puedan usar para conseguirlo ni explicarlo. No hay ningún plan de cuatro puntos para la salvación, ni ninguna oración prefabricada que garantice la conversión de un alma. Pero podemos suponer que Jesús enfrentó el pecado de Zaqueo, quien seguramente no sabía lo gran pecador que era. Desde luego, Cristo se reveló a Zaqueo como quien era en realidad: Dios encarnado. Sea lo que haya dicho, Jesús encontró en Zaqueo un corazón abierto.

El fruto de la salvación

El telón parece levantarse hacia el final de su conversación en Lucas 19:8: "Entonces Zaqueo, puesto en pie, dijo al Señor: —He aquí,

Señor, la mitad de mis bienes doy a los pobres; y si en algo he defraudado a alguno, se lo devuelvo cuadruplicado. Jesús le dijo: —Hoy ha venido la salvación a esta casa, por cuanto él también es hijo de Abraham" (vv. 8, 9).

Nótese que Zaqueo se dirigió a Jesús como Señor. Ese término puede simplemente significar "señor" o "maestro", pero aquí, desde luego, significa más. En el versículo 9, Jesús dijo que Zaqueo era salvo. De ser así, debe haber reconocido a Jesús como Señor en el sentido de su divinidad, confesándole como su propio Señor. Esta es una afirmación que no podía hacer hasta que Cristo obrara en su vida y, después de ello, no podía haberlo negado (ver 1 Cor. 12:3).

Aquí encontramos a un hombre cambiado radicalmente. Decidirse a dar la mitad de sus bienes a los pobres supone un camino tremendo y es una evidencia clara de que su corazón había sido transformado. El cobrador se había transformado en un dador. El extorsionador se había convertido en un filántropo; estaba dispuesto a devolver a quienes hubiera defraudado, dando cuatro veces el importe de lo defraudado. Su mente había cambiado y su intención clara era cambiar también su comportamiento. No era tanto que su corazón cambiara hacia las personas, aunque ciertamente cambió; pero sobre todo su corazón había cambiado hacia Dios, puesto que ahora quería obedecer a Dios haciendo lo que fuera justo y recto.

No era necesario que devolviera el cuádruplo. Números 5:7 requería un quinto como restitución por el agravio. Pero la generosidad de Zaqueo mostró un alma transformada, una respuesta típica de un recién convertido. Es el bendito fruto de la conversión. Zaqueo no dijo: "La salvación es hermosa, pero no pongas obligaciones en mi vida." Hay algo en el corazón de cada nuevo creyente que desea obedecer. Es el corazón que anhela obedecer con generosidad, una mente y un comportamiento cambiados. Todas las evidencias indican que Zaqueo era un auténtico creyente. Jesús vio esto y reconoció un corazón de fe. Veamos de nuevo Lucas 19:9: "él también es un hijo de Abraham". Esto era una declaración de su fe.

Zaqueo era un hijo de Abraham no por que fuera judío, sino porque creía. Romanos 2:28 dice: "Porque no es judío el que lo es en lo visible." Entonces, ¿qué es lo que hace a un verdadero judío? Romanos 11 dice que Abraham es el padre de todos los creyentes. Gálatas 3:7 dice: "los que se basan en la fe son hijos de Abraham". Todos los que confían en Cristo son descendientes de Abraham. Así, un verdadero descendiente de Abraham es lo mismo que un creyente. La salvación no le llegó a Zaqueo por desprenderse de su dinero, sino porque se convirtió en un verdadero hijo de Abraham; es decir, un creyente. Fue salvo por fe, no por obras. Pero las obras fueron la evidencia

importante de que su fe era auténtica. Su experiencia armoniza perfectamente con Efesios 2:8-10: "Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios. No es por obras, para que nadie se gloríe. Porque somos hechura de Dios, creados en Cristo Jesús para hacer las buenas obras que Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas" (ver Stg. 2:14-26).

Este es el propósito de la salvación: transformar a un individuo por completo. La auténtica fe que salva cambia el comportamiento de un individuo, transforma su pensamiento, y pone en él un corazón nuevo. En 2 Corintios 5:17 leemos: "De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas." La respuesta de Zaqueo a Jesús confirma la verdad de este versículo. A Zaqueo le sería difícil entender a las personas de hoy que pretenden haber nacido de nuevo pero que sus vidas desmienten todo aquello que Cristo apoya.

En Lucas 3 Juan el Bautista reprende a las personas que venían para ser bautizadas: "Producid, pues, fruto digno de arrepentimiento" (v. 8). Es un cuadro asombroso, un profeta de Dios reprendiendo a quienes habían respondido a su ministerio, llamándoles generación de víboras. Realmente estaba rechazándolos.

Haríamos bien en imitar su ejemplo. Los cristianos contemporáneos aceptan con demasiada frecuencia un arrepentimiento superficial que no produce frutos. La conversión de Zaqueo es un argumento contra cualquier respuesta superficial. Su transformación instantánea y dramática era el resultado esperado de la verdadera fe. Este era el propósito para el que vino Cristo.

"El Hijo del Hombre ha venido a buscar y a salvar lo que se había perdido" (Luc. 19:10). Como vemos en la conversión de Zaqueo, el resultado necesario de la obra salvadora de Dios es una persona transformada. Cuando un alma es redimida, Cristo da un nuevo corazón (ver Eze. 36:26). En ese cambio de corazón está implícita una nueva serie de deseos: el deseo de agradar a Dios, de obedecer y de reflejar su justicia. Si tal cambio no sucede, no hay razón para creer que ha tenido lugar una salvación auténtica. Si, como en el caso de Zaqueo, hay evidencia de una fe que desea obedecer, esa es la señal de un verdadero hijo de Abraham.

8

Condena el corazón endurecido

Los oponentes de la salvación de señorío admiten que una de las razones por las que excluyen la obediencia de su concepto de la fe que salva es hacer sitio en el reino para quienes profesan ser creyentes, pero cuyas vidas están llenas de pecado. "Si sólo las personas dedicadas fueran salvas, ¿dónde habría lugar para los cristianos camale?" Alega uno de los principales defensores del antiseñorío.

Este deseo de acomodar a los llamados cristianos camaleos ha llevado a algunos maestros contemporáneos a definir los términos de la salvación tan sueltamente que prácticamente toda profesión de fe se considera auténtica. Cualquiera que diga que ha "aceptado a Cristo" es recibido como cristiano con entusiasmo, aun cuando su supuesta fe de más tarde paso a una norma persistente de desobediencia, pecados misereros o incredulidad hostil. Un escritor contrario al señorío deja ver perfectamente lo totalmente absurdo de su propio concepto: "Es posible, incluso probable, que cuando un creyente apartado del compañerismo se deje llevar por ciertos tipos de filosofía, si es un pensador lógico, se convierta en un 'creyente incrédulo'. Aun los creyentes que se hacen agnósticos siguen siendo salvos; todavía son nacidos de nuevo. Uno se puede convertir incluso en un ateo. Pero si aceptó a Cristo una vez como Salvador, no puede perder su salvación, incluso aunque niegue a Dios." Eso es una mentira condenatoria. Nadie que niegue a Dios debe ser engañado haciéndole pensar que porque una vez hizo profesión de fe en Cristo está eternamente seguro (ver Mat. 10:33 — "a cualquiera que me niegue... yo también le negaré", y 2 Tim. 2:12 — "Si le negamos, él también nos negará").

Estoy convencido de la verdad bíblica de que la salvación es para siempre. Los cristianos contemporáneos le han dado a esto el nombre

Ridículo! un verdadero creyente no puede tener problemas de fe. Pero en poco tiempo será restaurado a seguir confiado. Un verdadero creyente no pierde su salvación. Si como no pierdes su fe, ya q' la fe está en el paquete de la salvación como don de Dios. Cuando uno se aparta del pensamiento bíblico e histórico puede llevar a decir cosas tan absurdas

de la doctrina de la seguridad eterna. Probablemente la terminología de los puritanos es más apropiada; ellos hablaban de la perseverancia de los santos. El punto no es que Dios garantiza la seguridad a todo el que dice que acepta a Cristo, sino más bien que aquellos cuya fe es auténtica probarán que su salvación es segura perseverando hasta el fin en los caminos de justicia. A. W. Pink escribe sobre este asunto: "Dios no trata a los creyentes como autómatas sin responsabilidad, sino como agentes morales. Tal como su vida natural se mantiene por medio del uso de ciertos recursos y de evitar lo que es perjudicial para su bienestar, así ocurre con el mantenimiento de su vida espiritual. Dios preserva a su pueblo en este mundo por medio de la perseverancia del mismo." ⑥

Los verdaderos creyentes perseveran. Si una persona se vuelve contra Dios, es prueba de que nunca fue salva. Como escribió el apóstol Juan: "Salieron de entre nosotros, pero no eran de nosotros; porque si hubieran sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros. Pero salieron, para que fuera evidente que no todos eran de nosotros" (1 Jn. 2:19). No importa lo convincente que el testimonio de una persona pueda parecer, cuando se convierte en un apóstata demuestra de forma irrefutable que nunca fue salva. ⑦

Judas es ejemplo excelente de un creyente profeso que cayó en la apostasía absoluta. Siguió al Señor durante tres años juntamente con los otros discípulos. Judas parecía ser uno de ellos. Es probable que él mismo se considerara un creyente, al menos en lo externo. Es dudoso que pudiera haberse unido al grupo de Cristo con la intención de volverse contra él. En algún punto del trayecto se volvió ambicioso, pero es difícil que esto hubiera sido su motivación en el principio; ni Jesús ni los discípulos tuvieron nunca nada de valor material (Mat. 8:20). Al parecer Judas compartía inicialmente la esperanza del reino de Cristo y probablemente creía que Jesús era el Mesías. Al fin y al cabo, él también lo había dejado todo por seguir al Señor. En términos modernos, Judas había "aceptado" a Jesús.

Durante tres años, día a día, estuvo ocupado con Jesucristo. Vio los milagros, escuchó sus palabras, incluso participó en su ministerio. Durante todo ese tiempo nadie puso su fe en tela de juicio. Tenía la misma posición que los demás discípulos. A excepción del propio Salvador, que conocía los pensamientos del corazón de Judas, nadie sospechó nunca que este hombre traicionaría a Cristo.

Aun así, mientras los demás se iban haciendo apóstoles, Judas se iba convirtiendo calladamente en un villano, una herramienta calculada de Satanás. Como quiera que pudiera parecer su carácter al principio, su fe no era auténtica (Juan 13:10, 11). No había sido regenerado y su corazón se endureció gradualmente de manera que se transformó en el

hombre traicionero que vendió al Salvador por un puñado de monedas. Al final, estaba tan preparado para cumplir los mandatos de Satanás que fue poseído por Satanás mismo (Juan 13:27).

Judas era un hipócrita tan hábil que permaneció dentro del grupo hasta el final. La noche en que traicionó al Señor, estaba en el aposento alto sentado junto a Jesús. Incluso permitió que Jesús le lavara los pies. ¡Y esto fue después de haber hecho el pacto para traicionar a Jesús por treinta piezas de plata!

Jesús lo supo todo el tiempo. En Juan 13:18 dice: "Yo sé a quienes he elegido; pero para que se cumpla la Escritura: El que come pan conmigo levantó contra mí su talón." ¿Por qué escogió el Señor a Judas? Para cumplir la Escritura. Jesús citó aquí el Salmo 41:9. Otro salmo que profetiza de Judas es el 55:12-14:

Si un enemigo me hubiera afrentado,
yo lo hubiera soportado.
Si el que me aborrece se hubiera
levantado contra mí,
yo me habría ocultado de él.
Pero fuiste tú, un hombre igual a mí,
mi compañero, mi íntimo amigo;
que juntos compartíamos dulcemente
los secretos,
y con afecto nos paseábamos en la casa
de Dios.

Este es un cuadro perfecto de Judas. Estaba tan cerca del Salvador como lo pudiera estar cualquiera, pero se hallaba tan lejos de la salvación como se pueda estar. Hubiera sido mejor para Judas no haber nacido (ver Mat. 26:24).

Judas y su vida de traición se presentan como una advertencia solemne para quienes profesan fe en Jesús livianamente. De su historia aprendemos que no es suficiente estar cerca de Jesucristo. Se le puede "aceptar" y aun así quedarse corto. El individuo que responde positivamente pero no de todo corazón se arriesga a condenarse para siempre. Judas es la prueba de que alguien que es amigable con Jesús se puede volver contra él y de esta forma condenarse.

Uno de vosotros me ha de entregar

No fue la voluntad de Dios aparte de la elección personal de Judas, que él traicionara a Cristo. En varias ocasiones Jesús advirtió a Judas y le pidió que se arrepintiera y fuera salvo pero, en todos los casos, Judas le dio la espalda. Judas había oído el evangelio según Jesucristo, pero aun así se negó a arrepentirse de sus pecados y de su egoísmo. Las

Cuando habla
nos de salvación
habla más de la
nifitudo de la
extensión de la
salvación:
todo lo palabra
del juicio de
Dios en mi contra
(justificación)
y salvación del
mundo (justificación)
Salvos de la
paga del
pecado y del
Poder de pecado.

palabras de Jesús en Juan 13 representan el último llamamiento de amor a este hombre. Al final, sin embargo, el misericordioso llamamiento del Salvador condenaría a Judas en la dureza de su corazón.

Juan 13:21 describe un momento dramático durante la última cena la noche que el Señor fue entregado: "Jesús se conmovió en espíritu y testificó diciendo: —De cierto, de cierto os digo que uno de vosotros me ha de entregar." Imaginemos la conmoción que debe haber sacudido a aquel grupo, a todos, excepto a Judas.

¿Qué es lo que turbaba a Jesús? Probablemente muchas cosas. Puede haberse sentido turbado a causa de su amor no correspondido por Judas; o por la ingratitud del corazón de Judas; o debido a que odiaba profundamente el pecado, y la encarnación misma del pecado estaba sentada junto a él. Puede que se sintiera turbado por la fría hipocresía de Judas y su inminente traición, o porque sabía que Satanás se movía en Judas. Judas era una ilustración clásica de lo despreciable del pecado, que el Señor tendría que sufrir en su propio cuerpo al día siguiente. Sin duda todas estas cosas le turbaban. Pero, tal vez, lo que más le turbaba era saber que la decisión que Judas estaba a punto de tomar, o ya había tomado, le condenaría al tormento eterno. Judas, uno de los discípulos del mismo Jesús, nunca había sido salvo (ver vv. 10, 11) y estaba a punto de perderse para siempre.

Los corazones de los discípulos se han de haber acelerado cuando Jesús dijo que uno de ellos le había de entregar. Ellos no sabían de quién hablaba. Mateo 26:22 dice que uno a uno le preguntaban: "¿Acaso seré yo, Señor?" Incluso Judas, haciendo su papel, preguntó: "¿Acaso seré yo, Maestro?" La respuesta de Jesús, "Tú lo has dicho" (v. 25), mostró a Judas que el Señor conocía su corazón.

¿Quién es?

Resulta interesante que los discípulos estuvieran perplejos. Al parecer Jesús había tratado a Judas igual que a los otros discípulos. Durante tres años Jesús había sido gentil, amable y bondadoso con Judas; exactamente como lo había sido con los otros once. Cualquier reprensión por la incredulidad de Judas debió ser en privado y personal. Públicamente, le había tratado como a uno del grupo. Todos los discípulos se habrían dado cuenta si Jesús hubiera tratado a Judas de forma diferente. Si se hubiera considerado a Judas como la oveja negra del grupo, alguien hubiera sugerido su nombre como posible traidor. Pero nadie lo hizo. De hecho, Judas era el tesorero del grupo; los discípulos confiaban en él.

Comparemos el odio que abrigaba Judas con el amor que sentía Juan por Jesús. Juan estaba reclinado a la mesa junto a Jesús, postura normal en un banquete. La mesa era una plataforma baja y todos los

comensales se reclinaban en el suelo, apoyados sobre el codo izquierdo y usando la mano derecha para comer. Juan estaba reclinado a la derecha de Jesús y tenía la cabeza al nivel del pecho de Jesús. Cuando se volvía a hablar con él, la cabeza de Cristo estaría justo encima de la suya. Debido a su gran amor por el Salvador, a Juan le gustaba estar allí, cerca del corazón del Señor.

Pedro indicó a Juan que preguntara a Jesús quién le entregaría. "Entonces él, recostándose sobre el pecho de Jesús, le dijo: —Señor, ¿quién es?" (Juan 13:24, 25). Pedro y Juan pudieron ser los únicos que oyeron la respuesta. El versículo 16 dice: "Jesús contestó: —Es aquel para quien yo mojo el bocado y se lo doy. Y mojando el bocado, lo tomó y se lo dio a Judas hijo de Simón Iscariote."

El invitado de honor

Esto no fue sólo una contestación a la pregunta de Juan; era además otro llamamiento amoroso a Judas. El bocado era un trozo de pan sin levadura, tomado de la torta preparada para la comida. Durante el tiempo de la Pascua se ponía sobre la mesa un plato con hierbas amargas, vinagre, sal, dátiles, higos y pasas. Dichos ingredientes se amasaban haciendo una pasta con un poco de agua, que resultaba en una especie de salsa. El anfitrión mojaba un trozo de pan en la salsa y se lo daba al invitado de honor. Jesús, en un gesto de amor hacia Judas, mojó el bocado y se lo ofreció a Judas, como si éste fuese el invitado de honor. Jesús ya había lavado los pies de Judas; ahora le trataba como a un amigo homenajado. Esto debería haber quebrantado el corazón de Judas, pero no lo hizo. Su corazón era como el granito, su decisión final estaba tomada.

Juan 13:27 muestra la naturaleza siniestra del rechazo final de Judas: "Después del bocado, Satanás entró en él." Hay una eternidad en ese versículo. Judas había sido seducido por Satanás. Había estado coqueteando con Satanás mientras simulaba seguir a Cristo y, ahora, entró en su corazón y tomó el control total. En ese horrible momento, la perversa voluntad de Judas resistió la oferta final del amor de Jesús. El día de salvación había terminado para él. Condenado al infierno por su propia elección, su sentencia estaba dictada.

Hazlo pronto

Jesús había terminado con Judas; todo lo que quería ahora era que saliera de la habitación. "Entonces le dijo Jesús: —Lo que estás haciendo, hazlo pronto" (Juan 13:27). Judas se afirmó en su incredulidad y Jesús ya no tenía más que decirle. El traidor era un intruso en el momento de intimidad de Jesús con sus discípulos.

La Biblia dice: "Ninguno de los que estaban a la mesa entendió para qué le dijo esto; porque algunos pensaban, puesto que Judas tenía la bolsa, que Jesús le decía: 'Compra lo que necesitamos para la fiesta', o que diese algo a los pobres" (vv. 28, 29). Ninguno de ellos, con la posible excepción de Pedro y Juan, sabían aún que Judas sería el traidor. Su testimonio era tan convincente, su hipocresía tan sutil, que ninguno de ellos se había dado cuenta de que fuera capaz de una traición. Pero estaba poseído por el mismo Satanás. ¡Qué falsas pueden ser las apariencias! ¡Qué engañosa es la profesión de fe de una persona carnal!

Fuera en la noche

Cuando Judas salió ya era de noche (v. 30). Era también el principio de la noche eterna en su alma. Judas, quien tenía a su alcance los secretos de los más grandes beneficios espirituales ofrecidos a cualquier hombre, había desperdiciado tan maravillosa oportunidad para satisfacer su injusta pasión. ¿Por qué? Porque su fe nunca fue auténtica. Al principio había respondido positivamente a Cristo, pero nunca de todo corazón. Su vida, vivida a la luz sin sombras de la presencia de Jesús, terminó en la noche de la desesperación. Esa posibilidad aterradora existe para todo aquel que acude a Cristo sin un corazón dedicado por completo.

El beso de la muerte

Resulta una ironía amarga que el contacto final de Judas con Jesús fuera un beso. Era el beso de la muerte, pero no para Jesús sino para Judas. Ocurrió más tarde esa misma noche, en el jardín de Getsemaní, donde el Salvador fue a orar. El beso fue una señal convenida con la que Judas se había comprometido a identificar a Jesús.

Los besos formaban parte de la cultura del tiempo de Jesús. Los esclavos besaban los pies de sus amos. Los que buscaban la misericordia de un monarca disgustado le besaban los pies en demanda de perdón. Una muestra de gran reverencia consistía en besar el borde de las vestiduras. Como señal de respeto, los estudiantes besaban la mano de sus maestros. Pero un abrazo y un beso en la mejilla era signo de afecto, tierno amor e intimidad. Un gesto así estaba reservado a los amigos más íntimos.

El beso de Judas fue un acto ruin. Podía haber besado la mano de Jesús, o el borde de su túnica, pero prefirió fingir afecto por Cristo. De esta manera no sólo dio la señal a los conspiradores, sino que convirtió su acción en algo de lo más repugnante. Tal vez creía que aún podía engañar a Cristo y a los discípulos. Pero en Lucas 22:48 encontramos

estas palabras de Jesús: "Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del Hombre?" Ni siquiera estas palabras pudieron detener a este hombre degradado. Marcos 14:45 cuenta que Judas sólo dijo: "¡Rabí!, y le besó."

El Señor tuvo que soportar aquel beso despreciable. Su respuesta final que encontramos en Mateo 26:50 fue: "Amigo, haz lo que viniste a hacer." La palabra griega traducida "amigo" es *hetairos*, que significa literalmente "camarada" o "compañero". Jesús no le estaba llamando amigo a estas alturas. "Amigo" es un nombre que él reserva para quienes le obedecen (Juan 15:14). Estas palabras fueron las palabras de despedida de Jesús al hijo de perdición. A Judas le deben seguir sonando estas palabras en los oídos y lo harán por toda la eternidad: "Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del Hombre?" (Luc. 22:48). "Haz lo que viniste a hacer" (Mat. 26:50).

Todos le abandonaron y huyeron

El comportamiento del resto de los discípulos provoca la pregunta de qué diferencia había entre ellos y Judas. Mateo 26:56 dice: "todos los discípulos le abandonaron y huyeron". Jesús había predicho esto cuando dijo: "Todos vosotros os escandalizaréis de mí esta noche" (Mat. 26:31). Ellos se alejaron de Jesús. Pedro incluso negó a Cristo tres veces y lo selló con maldiciones. ¿En qué se diferenciaba aquel acto al de la traición de Judas?

En una cosa; los motivos eran diferentes. Los discípulos huyeron por miedo y bajo la presión del momento; la traición de Judas fue un acto calculado. Los discípulos fracasaron ante una gran prueba; el acto de traición de Judas fue algo buscado, la respuesta de un corazón ambicioso. Los discípulos se arrepintieron posteriormente de sus pecados y aceptaron con humildad el perdón de Jesús; Judas estaba firme en su incredulidad y su odio, incluso lo confirmó con un acto de suicidio (Mat. 27:5). La negación de los discípulos fue un lapsos dentro de un comportamiento normalmente fiel; el pecado de Judas manifestaba un alma totalmente depravada.

La señal de un verdadero discípulo no es que nunca peque, sino más bien que cuando peca acude al Señor para recibir el perdón y ser limpio. A diferencia del discípulo falso, el discípulo verdadero nunca se alejará por completo. Puede volver ocasionalmente a sus redes de pesca, pero finalmente volverá de nuevo al Maestro. Cuando Cristo le salga al encuentro, volverá a la vida de servicio al Salvador.

Las señales de un falso discípulo

Judas es una ilustración de un falso discipulado. Notemos cuidado-

¡No Seguridad
la Salvación
este' basado
19 días
(1) La promesa
que Dios nunca
se aparta de
Verdades (re-
yente. 9/2)
lo Garantía
le que uno es
verdaderamente
creyente es que
por la Escondida
se aparta de
Dios.

samente las características de su hipocresía. Primero, amó las ganancias temporales más que las riquezas eternas. Deseaba la gloria; quería el éxito; ambicionaba tesoros terrenales. Tal vez se sintió decepcionado de que Jesús no cumpliera lo que él esperaba del Mesías. Puede ser que tuviera puesta la mira en un puesto importante en el reino terrenal de Cristo. Es típico de los falsos discípulos que suban a bordo con Jesús para obtener lo que desean, pero cuando en lugar de darles les exige, se dan la vuelta y se alejan. Estas personas demuestran que nunca tuvieron una fe auténtica. Son como semilla arrojada sobre un suelo pedregoso. Crece bien durante un tiempo corto, pero cuando sale el sol se marchita y muere (ver Mat. 13:20, 21). Siguen a Cristo una temporada pero si llega el caso le venden por deseos egoístas, dinero, prestigio o poder.

Segundo, Judas estaba marcado por el engaño. La fe que mostraba sólo era una máscara. Los falsos discípulos son maestros de la decepción sutil, aficionados a engañar a otros. Simulan amar al Señor, pero sus besos son los besos de la traición.

Finalmente, Judas y todos los discípulos falsos están por lo que reciben. Se sienten satisfechos con una conciencia tranquila, paz mental, buena reputación o autosatisfacción espiritual. Algunos confiesan a Cristo porque es bueno para los negocios, o porque creen que el confiar en Cristo les proporcionará salud, riqueza o prosperidad. Pero venderían al Salvador como vendió Esaú su primogenitura por un plato de lentejas. Como Judas, aman el mundo y las tinieblas. Su fe a medias se transforma inevitablemente en dura incredulidad.

Me temo que hay multitudes como Judas en la iglesia contemporánea. Son amigables con Jesús, parecen discípulos y hablan como tales, pero no se han entregado a Cristo y son, por lo tanto, capaces de cualquier clase de traición.

Un discípulo auténtico, por otra parte, puede fallarle a Cristo, pero nunca se volverá contra él. Un verdadero cristiano puede sentir temor de manifestar a Cristo temporalmente pero nunca le venderá. Los verdaderos discípulos tendrán vacilaciones, pero si caen en pecado buscarán la limpieza y no se revolcarán en el fango (ver 2 Ped. 2:2). Su fe no es frágil ni temporal. Es una dedicación dinámica y creciente al Salvador.

9

Ofrece un yugo de descanso

Tal vez le sorprenda saber que la Biblia no exhorta ni una sola vez a los pecadores a "aceptar a Cristo".¹ El llamamiento evangelístico del siglo veinte en todas sus variantes² ("toma una decisión por Cristo"; "pide a Cristo que entre en tu corazón"; "prueba a Jesús"; "acepta a Cristo como tu salvador personal"), violan tanto el espíritu como la terminología del mensaje bíblico a los incrédulos.

La invitación del evangelio no es un ruego a los pecadores para que permitan al Salvador entrar en sus vidas. Es tanto un llamamiento como un mandato para que se arrepientan y le sigan. No requiere sólo una aceptación pasiva de Cristo sino también una sumisión activa a él. Los que no están dispuestos a rendirse a Cristo no pueden reclutarle para que forme parte de una vida llena de cosas. El no responderá al llamamiento de un corazón que ama el pecado, ni participará con alguien a quien le guste satisfacer las pasiones de la carne. Tampoco atiende la petición de un rebelde que quiere simplemente que entre y santifique con su presencia una vida de desobediencia continua.

El gran milagro de la redención no es que nosotros aceptemos a Cristo, sino que él nos acepte a nosotros. De hecho nunca le amaríamos por nosotros mismos (1 Jn. 4:19). La salvación tiene lugar cuando Dios cambia el corazón y el incrédulo se vuelve de los pecados a Cristo. Dios lleva al pecador del dominio de las tinieblas al reino de la luz (Col. 1:13). En el proceso, Cristo entra a morar en el corazón por medio de la fe (Ef. 3:17).

Así, la conversión no es simplemente una decisión del pecador por Cristo sino que es, en primer lugar, la obra soberana de Dios de transformar al individuo.

El retrato de Cristo en los Evangelios es totalmente diferente del

cuadro que típicamente se imaginan los evangélicos contemporáneos. Más que un posible redentor que se limita a estar fuera en ansiosa espera de una invitación para penetrar en vidas no regeneradas, el Salvador que se describe en el Nuevo Testamento es Dios manifestado en carne, irrumpiendo en el mundo de hombres pecadores y exhortándoles a abandonar su iniquidad.⁹ Más que esperar una invitación, él hace la suya propia —en forma de una orden a arrepentirse y a tomar el yugo de la sumisión.

No es extraño que la invitación personal de Jesús a los pecadores presente un fuerte contraste con el mensaje evangelístico que muchos estamos acostumbrados a oír. Mateo 11:25-30 contiene estas palabras, pronunciadas por nuestro Señor después de su reprensión a las ciudades de Galilea que rehusaron arrepentirse: "En aquel tiempo Jesús respondió y dijo: —Te alabo, oh Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas de los sabios y entendidos, y las has revelado a los niños. Sí, Padre porque así te agradó. Todas las cosas me han sido entregadas por mi Padre. Nadie conoce bien al Hijo, sino el Padre. Nadie conoce bien al Padre, sino el Hijo y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar. Venid a mí, todos los que estáis fatigados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga." Esto es una invitación a la salvación, no un simple llamamiento para que los creyentes progresen hacia una experiencia más profunda de discipulado. Las personas a quienes hablaba el Señor estaban agobiadas por el pecado y el legalismo, luchando por encontrar la paz por su propio esfuerzo.

Es significativo que nuestro Señor empezara esta invitación con una oración que reconoce la soberanía de Dios. La hizo en voz alta en presencia de la gente. De este modo la verdad que contiene era una parte crítica de su mensaje. Era una declaración para todos los que oían, una afirmación de que todo marchaba de acuerdo con el plan divino, aunque las masas hubieran rechazado a su Mesías.

Nuestro Señor hizo hincapié en que Dios mismo era el factor determinante en la salvación. Nosotros que testificamos de Cristo no somos, en última instancia, responsables de cómo responden las personas al evangelio. Nosotros somos responsables únicamente de predicarlo con claridad y en forma adecuada, proclamando la verdad en amor. Algunos se alejarán, pero es Dios quien revela la verdad o la mantiene oculta, según agrada a sus ojos. Su plan no será empequeñecido. Aunque el evangelio según Jesucristo ofenda, su mensaje no debe hacerse más apetitoso diluyendo su contenido o suavizando sus fuertes demandas. En el plan de Dios, los elegidos creerán a pesar de la respuesta negativa de las multitudes.

Considerando el abrumador rechazo que experimentó Jesús cuando pronunció estas palabras, podríamos llegar a la conclusión de que las cosas iban mal en su ministerio. Su trabajo en Galilea estaba llegando al fin. Pese a haber demostrado irrefutablemente que él era el Mesías, la mayoría del pueblo no respondió. Aun así Jesús nunca vaciló en su confianza de que con el Padre todas las cosas estaban bajo control. Continuó cumpliendo la voluntad del Padre y procurando alcanzar a los no regenerados, porque había venido a buscar y a salvar a los perdidos. Las circunstancias negativas nunca le apartaron de ese propósito.

La oferta de descanso que hace Jesús a los fatigados es un llamamiento a la conversión total, una obra maestra de la verdad redentora que resume el evangelio según Jesucristo. Esta oferta bosqueja cinco elementos esenciales de una auténtica conversión, tan íntimamente entrelazados que resulta imposible eliminar cualquiera de ellos del concepto bíblico de la fe que salva.

Humildad

El primero es la humildad. Jesús ora: "has escondido estas cosas de los sabios y entendidos, y las has revelado a los niños" (Mat. 11:25). El no quería decir que "estas cosas", las realidades espirituales del reino, están escondidas de las personas inteligentes. El entendimiento espiritual no tiene nada que ver con la capacidad mental propia ni con la carencia de ella. Jesús condena a las personas cuyo conocimiento de la verdad espiritual se limita únicamente a lo que ellas pueden descubrir con su propia inteligencia, aquellas que en última instancia dependen de la sabiduría humana. Su pecado no es su intelecto, sino su orgullo intelectual.

Esta advertencia era especialmente aplicable a los fariseos, los rabinos y los escribas. Ellos estaban cerrados a la revelación de Dios en Cristo porque creían que ya habían conseguido la iluminación espiritual por medio de la sabiduría humana. Inconscientes de su ceguera espiritual, dependían de la razón humana para interpretar la realidad espiritual. En vez de encontrar la verdad habían levantado un sistema de errores teológicos.

El intelecto humano no puede entender ni recibir la verdad espiritual. Las cosas del Espíritu de Dios no nos son accesibles por medio de la sabiduría humana o del razonamiento inteligente. Esta es la misma verdad que cita el apóstol Pablo en 1 Corintios 2:9. El ojo no puede ver la verdad espiritual ni el oído oírla; no es discernible empírica ni objetivamente. No ha surgido en el corazón del hombre; no se percibe por medio de la intuición.

El punto de Jesús en Mateo 11 no es que Dios haya escondido la

verdad a las personas inteligentes, sino más bien que aquellos que confían en su propia inteligencia se han privado a sí mismos de la verdad. Su sabiduría e inteligencia están corrompidas por el orgullo. Han rechazado la verdad de Dios y él puede sellar su rechazo cerrando sus mentes a la verdad espiritual de una vez por todas. Dios revela la verdad no a los orgullosos y sofisticados sino a los "niños". Esto se asemeja a la declaración de Jesús en Mateo 18:3: "si no os volvéis y os hacéis como los niños, jamás entraréis en el reino de los cielos". Una respuesta infantil es la antítesis de la sabiduría humana y el orgullo obstinado, que requiere la humildad de quien tiene una destreza limitada, ninguna preparación intelectual y poca capacidad humana.

¿Quién podrá ser salvo? Aquellos que como niños son dependientes, no independientes. Los que son humildes, no orgullosos. Quienes reconocen que están indefensos y vacíos. Aquellos que, conscientes de que no son nada, se vuelven a Cristo en una dependencia completa. El Salmo 138:6 dice: "Aunque Jehovah es sublime, mira al humilde; pero al altivo lo reconoce de lejos." Aquellos con verdadera humildad, los "niños", tienen acceso a Dios y a su verdad. Pero los orgullosos, los "sabios e inteligentes", no tienen ningún tipo de compañerismo con él.

El contraste entre los sabios y los que son como niños es en realidad un contraste entre obras y gracia. Los galileos que rechazaron a Cristo estaban orientados hacia un sistema de obras de justicia. Eran prósperos, autosuficientes y egoístas. Pero personas menos sofisticadas, turbadas profundamente por su propio vacío, humildes y quebrantadas, se abrieron a él. No tenían justicia propia en la cual confiar y, por ello, le pareció bien a Dios revelarles la verdad.

Isaías 57:15 dice: "Porque así ha dicho el Alto y Sublime, el que habita en la eternidad y cuyo nombre es el Santo: 'Yo habito en las alturas y en santidad.'" Esta declaración coloca a Dios a un nivel tan alto como podemos imaginar. Pero después añade: "pero estoy con el de espíritu contrito y humillado, para vivificar el espíritu de los humildes y para vivificar el corazón de los oprimidos". La palabra *vivificar* en este versículo se traduce en la Septuaginta (la versión griega del Antiguo Testamento) con la misma palabra griega usada en Mateo 11:28 traducida al castellano "os haré descansar". Dios da descanso, salvación, a personas humildes, contritas y con un sentido de dependencia. No hay lugar para los orgullosos.

En 1 Corintios 1:26-28 leemos: "considerad, hermanos, vuestro llamamiento: No sois muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles. Más bien, Dios ha elegido lo necio... y lo débil... y lo vil..." Estos son los que sienten su necesidad y no son orgullosos. El orgullo dice: "Lo puedo hacer yo mismo. Tengo mis propios recursos." Los sabios y prudentes que toman tal postura están excluidos del reino de los cielos.

Revelación

Un segundo elemento esencial de la conversión es la revelación. La salvación viene a alguien que es como un niño, pero sólo sobre la base de la revelación de Dios en Cristo. Jesús dijo: "Todas las cosas me han sido entregadas por mi Padre. Nadie conoce bien al Hijo, sino el Padre. Nadie conoce bien al Padre, sino el Hijo y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar" (Mat. 11:27). Lo revelado es el conocimiento personal del Padre y el Hijo. Los únicos que lo reciben son aquellos que son elegidos soberanamente.

Este es uno de los pasajes más profundos de toda la Biblia. Empieza con una declaración de la divinidad de Jesús: "Todas las cosas me han sido entregadas por mi Padre." Dos elementos de esta declaración deben haber sido especialmente ofensivos para quienes estaban saturados de las enseñanzas de los fariseos. Primero, Jesús habló de Dios diciendo "mi Padre". Esta es la primera vez que los Evangelios registran que Jesús usa este nombre en su ministerio público. Había llamado a Dios "Padre" y "nuestro Padre", pero nunca antes había dicho públicamente "mi Padre". "Mi Padre" subraya la unicidad del Hijo como el unigénito de Dios y le coloca en una posición de igualdad absoluta con el Padre. El otro elemento ofensivo en este versículo es su declaración: "Todas las cosas me han sido entregadas." Esta es una afirmación de su soberanía y, de nuevo, una declaración de su divinidad. Una declaración paralela se encuentra en Mateo 28:18, donde Jesús dice: "Toda autoridad me ha sido dada en el cielo y en la tierra."

Jesús ya había demostrado su autoridad sobre Satanás, los demonios, las enfermedades, los elementos, el cuerpo y el alma e incluso sobre sus discípulos. Había demostrado que tenía autoridad sobre los hombres, la tierra, el cielo, el infierno, incluso el tiempo. Su ministerio era una prueba dramática de que en el universo todo está bajo su soberanía.

El versículo 27 de Mateo 11 continúa: "Nadie conoce bien al Hijo, sino el Padre." Nadie con recursos limitados puede captar al Padre como el Hijo, porque tal conocimiento es inalcanzable para los seres finitos. Por esta razón la filosofía y las religiones hechas por el hombre son estériles y vanas. ¿Cómo podemos, entonces, conocer a Dios? Sólo por revelación del mismo Hijo de Dios: "Nadie conoce bien al Padre, sino el Hijo y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar." Así Dios elige revelar la verdad a los niños que, completamente dependientes y carentes de sabiduría humana, reciben su revelación de la verdad divina.

Tamate
esto
con tu
mamadera
arminiana!

Este solo
pasaje
debería
eliminar
cualquier
pensamiento
arminiano
tan común
hoy en día.

Arrepentimiento

Si le turba el hecho de que la soberana gracia de Dios determine a los receptores de la revelación salvadora, note que aquellas palabras fueron seguidas inmediatamente por una invitación general: "Venid a mí, todos los que estáis fatigados y cargados, y yo os haré descansar" (Mat. 11:28). Esto recuerda a Juan 6:37, donde el Señor dice: "Todo lo que el Padre me da vendrá a mí"; e inmediatamente añade: "y al que a mí viene, jamás lo echaré fuera". Dios es soberano en su elección, pero también hace una invitación abierta. Hemos de afirmar ambas verdades, a pesar de las dificultades que pueda haber para armonizarlas. La revelación divina que acompaña a la conversión auténtica es la parte de Dios; la parte del hombre comprende el arrepentimiento.

La palabra "fatigados" es *kopiaio* en griego. Significa trabajar hasta el sudor y el agotamiento. Tal como Jesús la usa aquí es una referencia a la inutilidad de intentar complacer a Dios por medio de los esfuerzos humanos, describiendo a alguien fatigado en busca de la verdad, alguien que ha desesperado de conseguir la salvación.

"Trabajados" trae a la mente la lastimosa imagen de alguien que trabaja duro llevando una carga que cada vez se hace más pesada. Los rabinos decían que la forma de encontrar descanso era guardar las menudencias de la ley. Sin embargo, la ley creó un yugo que era demasiado pesado para sobrellevar (ver Hech. 15:10), y el legado de las enseñanzas de los rabinos era una nación de personas totalmente agotadas y desesperadas que necesitaban liberación de la aplastante carga de una conciencia agobiada por el pecado y arrastrada por la culpa.

Aunque la palabra *arrepentimiento* no se usa explícitamente aquí, esto es lo que nuestro Señor está pidiendo: "Venid a mí" requiere una media vuelta, un cambio total de dirección. La invitación es para personas que saben que no tienen respuestas. Vencidos y sobrecargados por el pecado, no han conseguido la entrada al reino de Dios por su propio esfuerzo. Están perdidos. Jesús está diciendo: "Volveos. Dejad vuestra inútil desesperación y venid. Os ofrezco el don de la gracia de Dios." A nadie se le invita a traer su carga y poner a Jesús encima de ella. La invitación es aplicable solamente a quienes al final de sus recursos, desean desesperadamente volverse a sí mismos y del pecado al Salvador. No es una invitación a quienes disfrutaban de sus pecados.

Cuando Jesús reprendió enojado a las ciudades de Corazín, Betsaida y Capernaúm (Mat. 11:20-24), lo hizo porque se habían negado a arrepentirse. Momentos después, invita a quienes están fatigados por sus pecados y su religión de autojusticia basada en obras, para que se vuelvan a él y se desprendan de la carga que llevan.

Fe

Otro elemento esencial de la auténtica conversión es la fe. Jesús dice: "Venid a mí, todos los que estáis fatigados y cargados, y yo os haré descansar." "Venid a mí" es equivalente a decir: "Creed en mí." En Juan 6:35 Jesús dice: "Yo soy el pan de vida. El que a mí viene nunca tendrá hambre, y el que en mí cree no tendrá sed jamás." Venir a Jesús es creer en él.

La fe y el arrepentimiento son dos lados de la misma moneda. Mientras el arrepentimiento habla de dar la espalda al pecado, la fe es volverse al Salvador. El objeto de la fe que salva no es un credo, ni una iglesia, ni un pastor, ni un sistema de ritos y ceremonias. El objeto de la fe que salva es Jesucristo.

La salvación llega cuando un corazón es hecho sumiso por un Dios soberano que revela su verdad. En desesperanza el alma se aparta de la carga del pecado y abraza a Cristo. No es un ejercicio intelectual (que atraería a los sabios e inteligentes), sino un acudir a Cristo de todo corazón.

Sumisión

La salvación no termina ahí. Sumisión es otro elemento de la conversión genuina. La invitación de Jesús no termina con las palabras "yo os haré descansar". Continúa diciendo: "Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga" (vv. 29, 30). El llamamiento a someterse a la soberanía de Cristo forma parte de su invitación a la salvación. Quienes no están dispuestos a tomar su yugo no pueden disfrutar del descanso salvador que él ofrece.

Los oyentes de Jesús entendieron que el yugo era un instrumento de sumisión. En Israel los yugos se hacían de madera, confeccionados con cuidado para adaptar cada uno al cuello del animal que había de llevarlo. Sin duda Jesús habría hecho muchos yugos de muchacho en la carpintería de José en Nazaret. Esta es una ilustración perfecta de la salvación. El yugo que llevaba un animal para arrastrar una carga era usado por el dueño para conducir al animal.

El yugo significaba también discipulado. Al añadir nuestro Señor la frase "aprended de mí", la imagen resultaría familiar a los oyentes judíos. En escritos antiguos, se dice que cuando un alumno se ponía bajo un maestro, tomaba el yugo del maestro. Un escritor registra el proverbio siguiente: "Pon tu cuello bajo el yugo y deja que tu alma reciba instrucción." Los rabinos hablaban del yugo de instrucción y del yugo de la ley.

Esto es
un Calvinismo
balanceado
En sí un
Calvinismo
normal!

Es un yugo que implica también obediencia. Así, la propia invitación de Jesús a los pecadores: "Llevad mi yugo sobre vosotros", es argumento en contra de la idea de que se puede aceptar a Jesús como Salvador sin aceptarle como Señor. Jesucristo no invita a las personas a acudir a él si no están dispuestas a recibir su yugo y someterse a él. La auténtica salvación tiene lugar cuando un pecador sin esperanza se aparta del pecado y acude a Cristo con el deseo de que él tome el control de su vida.

La salvación es por gracia y no tiene nada que ver con las obras humanas. Pero la única respuesta posible a la gracia de Dios es una humildad quebrantada que haga que el pecador deje su vieja vida y se vuelva a Cristo. La evidencia de esa acción es la voluntad de someterse y obedecer. Si la desobediencia continúa irreductible, hay razón para dudar de la realidad de la fe de una persona.

El yugo de la ley, el yugo de los esfuerzos humanos, el yugo de las obras y el yugo del pecado son todos yugos hirientes. Representan cargas grandes e insoportables en la carne. Conducen a la desesperación, la frustración y la ansiedad. Jesús ofrece un yugo que podemos llevar y nos da, asimismo, las fuerzas para llevarlo (ver Fil. 4:13). En ello hay verdadero descanso.

El yugo que él ofrece es fácil y la carga que da es ligera, porque él es manso y humilde. A diferencia de los fariseos y los escribas, no desea oprimirnos; no desea acumular cargas sobre nosotros que no podamos soportar, ni trata de mostrarnos lo dura que puede ser la justicia. El es dulce y tierno, y nos da una carga ligera de llevar. La obediencia bajo este yugo es un gozo. Cuando desobedecemos es cuando el yugo lastima nuestro cuello.

El yugo de sumisión a Cristo no es gravoso, es gozoso. Significa liberación de la culpa y la carga del pecado, "descanso para vuestras almas". Esto es como un eco de Jeremías 6:16, donde el profeta dice: "Deteneos en los caminos y mirad. Preguntad por las sendas antiguas, cuál sea el buen camino, y andad en él; y hallaréis descanso para vuestras almas. Pero ellos dijeron: '¡No andaremos en él!'"

Jesús recibió una respuesta idéntica. Los acontecimientos subsiguientes en su ministerio muestran que el odio por Cristo se intensificó hasta el punto de que la multitud que le rechazaba acabó crucificándolo. Su yugo era fácil; pero para los corazones pecadores, rebeldes, obstinados, la demanda de acudir a él era demasiado. Su invitación fue despreciada y su salvación rechazada. Los hombres amaron más las tinieblas de sus pecados que el resplandor de su gloria. Por el rechazo incrédulo de su señorío, se condenaron a sí mismos.

TERCERA PARTE

JESUS ILUSTRA SU EVANGELIO

Exclusivo para:

www.dcristo.net

y

www.tronodegracia.com

10

Los terrenos

La invitación de Jesús: "Venid a mí. . . Llevad mi yugo sobre vosotros. . . y hallaréis descanso" (Mat. 11:28-30) marcó el fin de una fase de su ministerio público de enseñanza y el principio de un énfasis evangelístico mucho más amplio, aunque más personal.

Mateo 12 describe en detalle lo que ocurrió inmediatamente después de que Jesús pronunciara esas palabras. Aquel día de sábado el rencor ponzoñoso de los líderes religiosos hacia Jesús terminó por estallar. Los fariseos, como representantes de la respuesta de la nación a su Mesías, le acusaron de usar los poderes de Satanás para echar fuera demonios (Mat. 12:24). Israel había rechazado a su Rey y rehusado el reino que le ofrecía. Fue una renuncia completa y definitiva. Desde aquel día cambió el tenor del ministerio de Jesús. No proclamó más a Israel que el reino de Dios estaba cerca. Desde entonces su llamamiento fue para los individuos, tanto judíos como gentiles, para que se sometieran en fe al yugo de su señorío.

Cambió incluso el estilo de su enseñanza. A partir de aquel día (Mat. 13:1) enseñó en parábolas, relatos de la vida diaria que ilustraban la realidad espiritual. En lugar de anunciar abiertamente su mensaje, ocultaba así la verdad a quienes ya le habían rechazado (vv. 11-15). Los creyentes auténticos con hambre de entender le encontraron deseoso de explicar cada detalle (Mar. 4:34). Los que odiaban la verdad no se preocupaban de preguntar.

Las parábolas que empiezan en Mateo 13 describen "los misterios del reino de los cielos" (v. 11). Incluso la terminología revela un cambio de dirección. El reino que se imaginaban los judíos no era algo misterioso. Era un reino terrenal político permanente que pondría al mundo entero bajo el gobierno del Mesías de Israel. Después de todo,

así es como veían el reino descrito en el Antiguo Testamento. Hasta este punto, Jesús no había enseñado nada muy diferente.

Pero cuando los israelitas rechazaron el reinado de su Mesías perdieron el derecho a esa dimensión permanente y terrenal del reino, no sólo para su generación, sino para las que habían de seguir. El reino terrenal de Cristo fue pospuesto hasta un tiempo que todavía es futuro, cuando él vendrá a establecer su reino milenar. El reino de los cielos, el gobierno de Dios en la tierra y en los corazones de los hombres, existe ahora en forma de misterio. Jesucristo no ejerce ahora su voluntad plena como Rey sobre toda la tierra, pese a que es fundamentalmente soberano. Governa como Rey sólo sobre aquellos que creen. Su reino comprende a todos los redimidos, pero no en una forma visible para un mundo incrédulo. Este aspecto del reino de Dios era un misterio para quienes buscaban una monarquía política. Las parábolas que empiezan en Mateo 13 revelan el misterio del reino de Dios (ver Mar. 4:11), esto es, describen la naturaleza del reino de Dios durante el período comprendido entre el rechazo de Cristo por parte de Israel y la consumación final del reino terrenal milenar. Esta fase del reino que estamos viviendo ahora es un misterio, porque no está revelada en el Antiguo Testamento.

Como siempre, la preocupación de Jesús estaba en buscar y salvar a los perdidos, y esa es también una de las actividades principales en el reino de misterio. No es sorprendente, por lo tanto, que la primera parábola que pronunció estuviera enfocada sobre la predicación del evangelio. "He aquí un sembrador salió a sembrar. Mientras él sembraba, parte de la semilla cayó junto al camino; y vinieron las aves y la devoraron. Y otra parte cayó en pedregales, donde no había mucha tierra; y brotó rápidamente, porque la tierra no era profunda. Pero cuando salió el sol, se quemó; y porque no tenía raíz se secó. Y otra parte cayó entre los espinos. Los espinos crecieron y la ahogaron. Y otra parte cayó en buena tierra y dio fruto, una a ciento, otra a sesenta y otra a treinta por uno. El que tiene oídos, que oiga" (Mat. 13:3-9).

El Señor estaba empleando una metáfora familiar. La agricultura era el corazón de la vida judía y los judíos entendían tanto el proceso de la siembra como el del crecimiento de las cosechas. Incluso es probable que desde donde Jesús enseñaba, la multitud pudiera estar viendo a hombres llevando a cabo la siembra. El sembrador llevaría un saco de semilla sobre su hombro y, al ir y venir por los surcos, iría tomando puñados de semilla y sembrándolos al voleo. La semilla caía en cuatro clases de terrenos.

El terreno junto al camino

El primero fue el terreno apisonado del camino que bordeaba el

Este es un argumento dispersivo. Pero todas las cosas se van a un extremo. Pero todo via no... Es la realidad con respecto a que el Reino comenzó (en los 30) pero todavía no en su plenitud.

campo: "Mientras él sembraba, parte de la semilla cayó junto al camino; y vinieron las aves y la devoraron" (Mat. 13:4). Palestina estaba cubierta de campos. No había cercas que los rodearan, por lo que los únicos límites eran unos estrechos caminos. Los viajeros de todas partes usaban los caminos; Mateo 12:1 describe cómo el Señor Jesús y sus discípulos pasaban junto a los sembrados y arrancaban espigas para comer, sin duda en uno de estos caminos.

El método de siembra al voleo hacía que algunas semillas cayeran en los caminos. El terreno de los caminos estaba muy pisoteado, prensado, sin cultivar, nunca se había volteado o ablandado. El pisar continuo de los pies de los viajeros, junto con el clima seco, hacía que el suelo fuera tan compacto como si estuviera pavimentado. Cualquier semilla que el sembrador lanzara sobre esa dura superficie no podría penetrar en la tierra. Permanecería allí hasta que las aves se la comieran. Lo que no se comían, dice Lucas 8:5, era pisoteado. Así entre las aves y los viajeros eliminaban la semilla que caía en el camino.

El terreno superficial

Los versículos 5 y 6 describen el terreno superficial: "Y otra parte cayó en pedregales, donde no había mucha tierra; y brotó rápidamente, porque la tierra no era profunda. Pero cuando salió el sol, se quemó; y porque no tenía raíz, se secó."

"Pedregales" no se refiere a suelo con piedras; cualquier labrador hubiera quitado todas las piedras posibles. En Israel, sin embargo, hay estratos de piedra caliza por todas partes. En algunos lugares el lecho de piedra está tan cerca de la superficie que sólo tiene encima unos centímetros de tierra. Al caer las semillas en estos terrenos superficiales y empezar a germinar, las raíces tropiezan pronto con la piedra sin poder continuar. Al no poder profundizar las raíces, las plantas jóvenes generan gran cantidad de follaje, haciéndose más espectaculares que las que les rodean. Pero cuando sale el sol esas plantas son las primeras en secarse, ya que sus raíces no pueden profundizar en busca de nutrientes. Esta parte de la mies se marchita y desaparece mucho antes de poder llevar fruto.

El terreno espinoso

El versículo 7 habla del terreno espinoso: "Y otra parte cayó entre los espinos. Los espinos crecieron y la ahogaron." Este terreno parecía bueno: era profundo, rico, estaba labrado y era fértil. A la hora de sembrar parecía limpio y preparado. La semilla que cayó allí empezó a germinar, pero las fibrosas raíces de los espinos escondidas bajo la superficie surgieron también e, inevitablemente, ahogaron la mies.

Los espinos autóctonos de cualquier zona tienen siempre ventaja sobre las mieses de cultivo. Los espinos crecen allí de forma natural, mientras que la mies plantada es un elemento extraño que necesita cultivo y cuidado. Si los espinos en su ambiente natural tienen de dónde agarrarse, dominan el terreno. Crecen más rápidamente y extienden sus hojas, que quitan el sol a la mies sembrada. Sus raíces, más fuertes, absorben toda la humedad y, finalmente, las plantas buenas se ahogan.

El buen terreno

Finalmente, el versículo 8 describe la buena tierra: "Y otra parte cayó en buena tierra y dio fruto, una a ciento, otra a sesenta, y otra a treinta por uno." Esta tierra es blanda, a diferencia del duro suelo del camino; es profunda, a diferencia del suelo superficial del pedregal; está limpia, a diferencia del terreno infestado de espinos. Aquí las semillas se abren a la vida y dan una hermosa cosecha de ciento, sesenta o treinta por uno.

La parábola

Vista así, la narración del sembrador y la semilla es sencilla. La única indicación de que tenga un significado más profundo es la admonición de Jesús contenida en el versículo 9: "El que tiene oídos, que oiga." En otras palabras: si puedes entenderlo, escucha su mensaje. ¿Quién puede entenderlo? Sólo aquellos que tienen al Rey como Maestro. Los discípulos deben haberse dado cuenta de que este sencillo relato sobre la siembra y la siega ocultaba alguna verdad espiritual sustanciosa. Marcos 4:10 registra que se acercaron a Jesús cuando estaban solos con él y le pidieron que les explicara la parábola. Y así lo hizo.

Nótese la transición de "el que tiene oídos. . . que oiga" de Mateo 13:9 a "¡bienaventurados. . . vuestros oídos, porque oyen!" del versículo 16. Esta era una verdad gloriosa salida de los labios del Maestro. "Muchos profetas y justos desearon ver lo que veis y no lo vieron, y oír lo que oís y no lo oyeron. Vosotros, pues, oíd la parábola del sembrador" (vv. 17, 18).

La semilla y el sembrador

Ahora a solas con los discípulos y otros creyentes interesados (Mar. 4:10), el Señor tomó lo que parecía un relato simple y lo utilizó para desvelar la magnífica realidad del reino. La semilla de que habló no era literalmente semilla, sino el evangelio: "Cuando alguien oye la palabra

del reino. . ." (v. 19). La semilla es el mensaje sobre el Rey y su reino. Lucas 8:11, un relato paralelo, es aún más explícito: "La semilla es la palabra de Dios." De este modo el sembrador es cualquiera que siembra la semilla del evangelio mediante la palabra de Dios en el corazón de un individuo (ver 1 Ped. 1:23). El prototipo de todos los sembradores es el mismo Señor.

La semilla es una ilustración adecuada del evangelio. No puede ser creada; sólo puede ser reproducida. La extensión del evangelio es un proceso que toma lo que se ha sembrado y reproducido y lo siembra de nuevo. Dios no nos llama para que generemos nuestra propia semilla ni nuestro propio mensaje. La palabra de Dios es la única buena semilla. No hay tal cosa como evangelización separada de la palabra de Dios.

La condición del terreno

El tema de la parábola no es que haya algo erróneo en el sembrador o en su método. Tampoco hay nada malo en la semilla. No hay tampoco nada erróneo en la composición del terreno. El problema está en la condición del terreno.

El terreno es ilustración del corazón humano. Mateo 13:19 lo confirma: "Cuando alguien oye la palabra del reino y no la entiende, viene el maligno y arrebató lo que fue sembrado en su corazón" (énfasis añadido). El corazón del oyente es el equivalente espiritual del terreno que recibe la semilla del sembrador.

En su composición esencial todos los terrenos de la parábola son iguales. La tierra del terreno y sus alrededores es la misma, no importa que esté dura, blanda, superficial o llena de espinos. La diferencia de los terrenos tiene que ver con las diferencias ambientales. Todos los terrenos podrían recibir la semilla si estuvieran preparados adecuadamente. Pero el terreno que no esté preparado adecuadamente nunca dará una cosecha.

Es lo mismo con los corazones humanos. Somos exactamente iguales en esencia pero condicionados de diferente forma según las influencias que permitimos que nos moldeen. Este es sin duda un punto importante en la lección espiritual de la parábola: la respuesta de una persona al evangelio depende principalmente de la preparación de su corazón. Un corazón que no esté preparado debidamente nunca dará fruto espiritual.

El corazón que no responde

El terreno junto al camino muestra al oidor endurecido que no responde. "Cuando alguien oye la palabra del reino y no la entiende, viene el maligno y arrebató lo que fue sembrado en su corazón. Este es

el que fue sembrado junto al camino" (Mat. 13:19). Aquí está el individuo de corazón endurecido, alguien a quien el Antiguo Testamento llamaría "duro de cerviz". Es alguien que no responde, desinteresado, desatento, indiferente, negligente y frecuentemente hostil. No quiere tener nada que ver con el evangelio; al contrario, lo rechaza. Satanás es representado por las aves, revoloteando por encima del suelo endurecido, ansioso de arrebatarse la semilla tan pronto cae en tierra. Lucas 8:12 muestra el significado de forma indiscutible: "viene el diablo y quita la palabra de sus corazones, para que no crean y sean salvos".

Aquí nuestro Señor advierte que el corazón humano puede resultar tan machacado y endurecido por el tráfico del pecado que llegue a ser totalmente insensible al evangelio. Este es el corazón que no conoce el arrepentimiento, no siente tristeza ni culpa por el pecado, y no tiene interés por las cosas de Dios. Se deja pisotear por una procesión inacabable de pensamientos malignos, pecados favoritos y actividades impías. No se interesa por los demás, es duro, indiferente, nunca se quebranta ni ablanda por la convicción o sentimiento de obrar mal. Este es el corazón del necio descrito en Proverbios. El necio odia el conocimiento y se resiste a la instrucción. El necio desprecia la sabiduría y dice en su corazón que no hay Dios. No escucha; su mente está cerrada. No quiere que le molesten con una invitación del evangelio.

Muchas personas tienen corazones así. Uno puede cubrirlos de semilla, pero se quedará ahí. No penetrará ni tardará mucho en venir Satanás y arrebatársela completamente. Cada vez que se trata de dar testimonio a una persona así, hay que empezar de nuevo desde el principio.

El terreno seco y duro al borde del campo no significa necesariamente alguien antirreligioso. Algunos de los individuos más duros se mantienen en los márgenes de la verdadera religión pero, debido a que el pecado ha endurecido mucho sus corazones, son totalmente improductivos y no responden a Dios. Están muy cerca de la verdad, muy cerca de la buena tierra, reciben con frecuencia puñados de semilla, pero no germina en sus vidas.

El corazón superficial

El terreno superficial representa un corazón superficial e impetuoso: "Y el que fue sembrado en pedregales es el que oye la palabra y en seguida la recibe con gozo; pero no tiene raíz en sí, sino que es de poca duración, y cuando viene la aflicción o la persecución por causa de la palabra, en seguida tropieza" (Mat. 13:20, 21). Esta clase de corazones es entusiasta pero superficial. Hay una respuesta positiva pero no representa la fe que salva. No es algo meditado, no considera el costo.

Exaltate en el que se refuerza la idea de la instrucción

Es una excitación momentánea, ardiente, emocional y eufórica sin entender el sentido real del discipulado. Esto no es fe auténtica.

La respuesta superficial es epidémica en el cristianismo del siglo veinte. ¿Por qué? Porque el evangelio generalmente se presenta con la promesa de gozo, entusiasmo, compañerismo y sentimientos placenteros, pero sin las fuertes demandas de tomar la cruz y seguir a Cristo. Los "convertidos" no son confrontados con el auténtico concepto del pecado y del arrepentimiento. En lugar de ello se sienten motivados a unirse con los seguidores de Cristo por las cosas buenas que se les prometen. Pero debajo de la capa superficial de lo que parece ser suelo fértil hay un lecho rocoso de rebelión y resistencia a las cosas de Dios. No hay verdadero arrepentimiento, ni quebrantamiento, ni contrición. La roca desafiante bajo la blanda superficie es realmente más dura que el suelo del camino. Y las consecuencias eternas son igualmente trágicas. El entusiasmo inicial es mera emoción; la semilla que germina muere rápidamente. Estas personas no son realmente salvadas (ver 1 Jn. 2:19).

Los que responden superficialmente constituyen una de las mayores desilusiones del ministerio. He pasado horas enseñando a algunos de ellos. Exteriormente su fe parece muy alentadora. De hecho cuando se mira al campo, se podría pensar que estas personas están por encima y son más fuertes que las demás. Pero no tienen raíz que soporte un crecimiento tan fácil y, tan pronto llega la prueba o la persecución, se secan y marchitan.³

Cuidémonos de las conversiones que son todo sonrisas y alegrías sin ningún sentido de arrepentimiento o humildad. Esa es la señal de un corazón superficial. Una persona con semejante corazón puede carecer del sistema de raíces necesario para resistir el tiempo tempestuoso. Si una profesión de fe en Cristo no nace de un sentimiento profundo de perdición; si no va acompañada por una convicción íntima de pecado, si no incluye un gran deseo de que el Señor limpie, purifique y dirija; si no comprende el deseo de negarse a uno mismo, de sacrificarse y sufrir por su causa; entonces carece de las raíces adecuadas. Es sólo cuestión de tiempo que el creciente florecimiento se marchite y muera.

El corazón mundano

El suelo espinoso representa un corazón preocupado por asuntos mundanos. El versículo 22 de Mateo 13 dice: "Y el que fue sembrado en espinos, éste es el que oye la palabra, pero las preocupaciones de este mundo y el engaño de las riquezas ahogan la palabra, y queda sin fruto."⁴ Esta es la descripción perfecta de un hombre mundano, uno que vive para las cosas de este mundo. Está consumido por los cuidados de este siglo. Su interés principal es una carrera, una casa, un

Simplemente es la verdad. Siendo que es totalmente bíblico y es un gran problema que nos compete actualmente. No tenemos q' ser doctores y enseñar esta verdad sin imputar el costo. Sabiendo q' traerá el fruto!

automóvil, un pasatiempo o un guardarropa. Para él, el prestigio, la apariencia o la riqueza lo es todo.

¿Ha conocido personas así? Por un tiempo parecen ser como el resto del terreno. Acuden al templo, se identifican con el pueblo de Dios e incluso presentan señales de crecimiento. Pero nunca producen fruto espiritual. Son personas no comprometidas y están siempre preocupadas por los placeres del mundo, el dinero, carrera, fama, fortuna o las lujurias de la carne. Dicen que son cristianas pero no se preocupan en absoluto por una vida de pureza. Esta es la respuesta del terreno espinoso. La semilla que germina y que parece tan buena será finalmente ahogada por los espinos de la mundanalidad y, con el tiempo, el corazón espinoso no mostrará ninguna evidencia de que la buena semilla alguna vez haya sido sembrada.

¿Qué ocurre cuando la semilla que en un tiempo parecía tan prometedora se ahoga? ¿Pierde esa persona su salvación? No, nunca la tuvo. La palabra de Dios cayó en un corazón que no estaba preparado porque estaba lleno de espinos malignos. Tal persona recibió la semilla del evangelio, pero no en un terreno limpio. El evangelio germinó pero fue ahogado antes de que fuera fructífero. La persona de corazón espinoso nunca fue salva. Los corazones espinosos pueden estar dispuestos a aceptar a Jesús como Salvador, pero no si ello significa dejar el mundo. Eso no es salvación. Jesús dijo: "No podéis servir a Dios y a las riquezas" (Mat. 6:24). Y el apóstol Juan escribió: "Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él" (1 Jn. 2:15). El terreno debe estar limpio de malas hierbas y espinos para que rinda una cosecha.

Los enemigos

Los espinos, el sol y las aves de esta parábola representan a nuestros enemigos. Los espinos son "las preocupaciones de este mundo y el engaño de las riquezas" (v. 22). El sol que quema las plantas mal arraigadas son "la aflicción o la persecución" (ver vv. 6, 21), que desafían a la comodidad que tanto apetece la carne. Las aves representan al "maligno" (ver vv. 4, 19), Satanás, que hace todo lo que puede para robar la simiente del evangelio aun antes de que pueda germinar. Estos son los tres enemigos constantes del evangelio: el mundo, la carne y el diablo.

Aquí hay una lección importante para el sembrador: Tendrá que hacer frente a la resistencia y a la hostilidad. Habrá convertidos superficiales y de corto plazo. Se encontrará con personas de doble mentalidad que quieren a Cristo pero sin renunciar al mundo. La dureza del camino, la superficialidad del suelo y la agresividad de los espinos frustrarán sus esfuerzos por conseguir una buena mies.

A pesar de ello, hay que mantener el ánimo. El Señor de la cosecha puede romper hasta el suelo más duro y librarlo de los más tenaces espinos. Puede ser que el terreno duro, el superficial y el espinoso no permanezcan siempre así. Dios puede labrar el terreno del corazón más obstinado. Un antiguo método de cultivo en Palestina era esparcir primero la semilla y después hundirla en la tierra. Esto ocurre a veces en la evangelización. Sembramos la semilla y, aun cuando parece que las aves que revolotean por encima están a punto de arrebatársela, el Espíritu Santo la hunde, a fin de que pueda germinar y dar fruto de gloria.

El corazón receptivo

Mirar a los tres terrenos malos que producen resultados indeseables puede causar desánimo. Pero queda todavía la buena tierra, que representa al corazón receptivo: "Pero el que fue sembrado en buena tierra, éste es el que oye la palabra y la entiende, el que de veras lleva fruto y produce, uno a ciento, otro a sesenta, y otro a treinta por uno" (Mat. 13:23). Este es el clímax de la parábola, una promesa a los discípulos desanimados de que hay buen terreno en el campo. Para que no se sintiesen desalentados por la respuesta negativa de la gente, Jesús quería que supieran que hay un gran campo preparado y listo para recibir la semilla, el cual dará fruto abundante.

El fruto

Obtener fruto es todo el propósito de la agricultura. También es la prueba final de la salvación. Jesús dijo: "Así también, todo árbol sano da buenos frutos, pero el árbol podrido da malos frutos. El árbol sano no puede dar malos frutos, ni tampoco puede el árbol podrido dar buenos frutos. Todo árbol que no lleva buen fruto es cortado y echado en el fuego. Así que, por sus frutos los conoceréis" (Mat. 7:17-20). Si no hay fruto espiritual, o si el fruto es malo, el árbol debe estar podrido. O, interpretando las figuras de la metáfora del campo, si el terreno no produce cosecha es un terreno sin valor, símbolo de un corazón no redimido.

Tomándolo tal como está, el mensaje de la parábola de los terrenos es claro: de cuatro terrenos, sólo uno es bueno. Sólo uno produce fruto, por lo que sólo éste es de algún valor para el sembrador. Este terreno bueno representa al creyente. Los terrenos espinosos y superficiales son creyentes ficticios. El terreno junto al camino es el que rechaza el evangelio totalmente.

Fruto, no hojas, es la señal de la salvación auténtica. Aquellos que pasan por alto este punto confunden el significado de la parábola. Se ha

escrito mucho en los últimos años tratando de demostrar que el terreno superficial y el terreno espinoso representan a creyentes verdaderos aunque improductivos. Por ejemplo, Zane Hodges escribe: "De junto al camino, y sólo de junto al camino se ha arrebatado la palabra de Dios. Según la observación explícita del propio Salvador, fue arrebatada con el propósito de que no pudiera haber salvación. Aquí, pero sólo aquí, Satanás triunfa completamente. . . La deducción de esto es simple: En todos los corazones restantes, cualquiera que sea el carácter de su terreno, hay vida nueva."⁵

Esto yerra completamente el enfoque. La semilla de la parábola no es simbólica de la vida eterna: es el mensaje del evangelio. El germinar de la semilla en el terreno superficial y en el espinoso significa simplemente que la semilla fue recibida y empezó a obrar, no que fuera conferida la nueva vida. Warren Wiersbe entiende el asunto con claridad: "Es importante notar que ninguno de estos primeros tres corazones (el terreno junto al camino, el superficial y el espinoso) experimentó la salvación. La prueba de la salvación no es oír la palabra, o responder rápida y emocionalmente a la misma; ni siquiera cultivar la palabra para que se convierta en algo vivo. La prueba de la salvación es el fruto, porque como dijo Cristo: 'Por sus frutos los conoceréis'" (Mat. 7:16).⁶

Sin duda, el fruto es la prueba final de la verdadera salvación. A la hora de la cosecha el terreno espinoso no es mejor que el terreno duro o superficial. Todos son inútiles. La semilla sembrada en ellos se pierde y el terreno no sirve más que para el fuego (ver Heb. 6:8). No puede representar la salvación.

Nótese que no toda la buena tierra es igual de productiva. Alguna produce ciento, otra sesenta y otra treinta por uno. No todos los cristianos dan tanto fruto como deberían o podrían. Pero todos son fructíferos en cierto grado. Los cristianos son desobedientes a veces y, desde luego, todavía pecan. Pero, finalmente, los creyentes se identifican por sus frutos. Ya sea multiplicado por cien, por sesenta o por treinta, el fruto de los verdaderos creyentes los sitúa aparte de la dureza del camino y de la inutilidad del camino espinoso. Su fruto es multiplicado y abundante, no es algo que debe buscarse entre las matas espesas. Están claramente fuera de la tierra estéril, pedregosa o llena de espinos.

Como sembradores, somos llamados a esparcir la semilla del evangelio no adulterado, aunque algo caiga en terreno sin cultivar. Siempre habrá terreno junto al camino, terreno superficial y terreno espinoso; pero también habrá buena tierra que dará cosechas a treinta, sesenta y ciento por uno. Esa tierra preparada sólo necesita que se siembre en ella la semilla adecuada.

11

El trigo y la cizaña

Los cristianos no deben vivir como las personas no salvas. Puede ser que esto no suene como una declaración tan profunda, pero gran parte de la iglesia evangélica contemporánea no parece entenderlo. Me duele la forma en que los cristianos toleran el pecado flagrante entre ellos. Como la iglesia de Corinto, que arrogantemente acogía a un desvergonzado fornicario entre ellos (1 Cor. 5:1, 2),⁽¹⁾ los cristianos de hoy parecen sentir un orgullo perverso en no cuestionar la forma de vida de nadie que diga ser cristiano.

Pecados que ni se oían en la iglesia hace sólo una generación son ahora cosa corriente. El divorcio y la inmoralidad son epidémicos entre los cristianos. Iglesias que pretenden ser evangélicas abren amablemente los brazos a parejas sin casar que abiertamente viven juntas. Cierta denominación que crece rápidamente se compone casi exclusivamente de homosexuales activos. Muchos en la iglesia creen que son cristianos porque declaran su fe en Jesús. Lo que es peor, la situación de los líderes en algunos de los sectores más notorios de la iglesia es impresionante. Recientes titulares en las noticias han puesto esto en evidencia ante el mundo.⁽²⁾

Estoy convencido de que el evangelio popularizado de la iglesia del siglo veinte ha hecho posible todo esto, e incluso inevitable. El concepto de que la fe no es otra cosa que creer en unos cuantos hechos bíblicos alimenta la depravación humana. Si el arrepentimiento, la santidad de vida y la sumisión al señorío de Cristo son opcionales, ¿por qué hemos de esperar que los redimidos sean diferentes de los perdidos? ¿Quién puede decir que las personas no son creyentes sólo porque viven en rebeldía permanente contra Dios? Si alguien dice ser creyente, ¿por qué no dar por buena su palabra?

* Est. Suave Tau
Simple, q' la cristian
"modernos" q' se creen
superados, piensan q'
Este tipo de
declaraciones son
de bajo nivel
espiritual,
no lógicas y
hoy dicen
q' esto es
legalismo.
Así de des-
viados está
mas hoy
d'os!

El resultado trágico es que muchas personas creen que es perfectamente normal para un cristiano vivir como los no creyentes. Como señalé en el capítulo 1, los teólogos contemporáneos han creado toda una categoría para este tipo de personas: el "cristiano carnal". ¡Quién sabe cuántas personas no regeneradas han sido conducidas a un sentido falso de seguridad bajo la sugestión de que eran simplemente carnales! Los cristianos pueden comportarse, y se comportan, en maneras carnales, pero no hay nada en la Biblia que sugiera que un verdadero cristiano pueda practicar una forma de vida de indiferencia o antagonismo ininterrumpidos hacia las cosas de Dios. Los cristianos no se disfrazan de hijos del diablo. La verdad es justamente la contraria; Satanás pretende ser un ángel de luz, y sus siervos imitan a los hijos de justicia (2 Cor. 11:14, 15). Cuando la Biblia reconoce la dificultad de distinguir las ovejas de las cabras, la cuestión no es que los cristianos puedan parecer impíos, sino que con frecuencia los impíos parecen justos. Dicho de otra forma, se supone que el rebaño debe estar vigilante para distinguir a los lobos con piel de oveja, no que toleren las ovejas que actúan como lobos. A este respecto, la parábola de Jesús sobre el trigo y la cizaña (Mat. 13:24-30) ha sido malentendida con frecuencia.

El relato del trigo y la cizaña contiene figuras semejantes a las de la parábola del sembrador, pero aquí nuestro Señor presenta un enfoque completamente diferente. "Les presentó otra parábola diciendo: 'El reino de los cielos es semejante a un hombre que sembró buena semilla en su campo. Pero mientras dormían los hombres, vino su enemigo y sembró cizaña entre el trigo, y se fue. Cuando brotó la hierba y produjo fruto, entonces apareció también la cizaña. Se acercaron los siervos al dueño del campo y le preguntaron: 'Señor, ¿no sembraste buena semilla en tu campo? ¿De dónde, pues, tiene cizaña?' Y el les dijo: 'Un hombre enemigo ha hecho esto.' Los siervos le dijeron: 'Entonces, ¿quieres que vayamos y la recojamos?' Pero él dijo: 'No, no sea que al recoger la cizaña arranquéis con ella el trigo. Dejad crecer a ambos hasta la siega. Cuando llegue el tiempo de la siega, yo diré a los segadores: 'Recoged primero la cizaña y atadla en manojos para quemarla. Pero reunid el trigo en mi granero.''" (Mat. 13:24-30).

El sembrar malas hierbas sobre el sembrado de otro era un hecho tan común que Roma tenía una ley contra él. Era una forma casi segura de arruinar al vecino porque inutilizaba su cosecha, anulando así su fuente principal de ingresos. En esta parábola, el enemigo del hombre sembró cizaña en su campo. La cizaña es una planta parecida al trigo que produce un grano nocivo. Se parece tanto al trigo que era conocido como trigo falso. Hasta la maduración de la espiga era casi imposible distinguirla del trigo, aun tras una inspección cuidadosa.

El terrateniente en la parábola de Jesús prefirió no arriesgarse a

perder toda la cosecha al tratar de arrancar la cizaña. En lugar de ello dejó que el trigo y la cizaña crecieran juntos hasta la siega, a cuyo tiempo los segadores separarían la cosecha buena de la mala ya que la diferencia sería entonces evidente.

¿Qué puede significar este relato? Es sorprendente que la multitud no preguntara, pero sí estaban más interesados en ver milagros y recibir alimentos que en conocer la verdad (Juan 6:26). Los discípulos, sin embargo, querían saber. Mateo 13:36 dice que después de que Jesús despidiera a la multitud entró en una casa, posiblemente la de Pedro en Capernaúm, y los discípulos le dijeron: "Explícanos la parábola de la cizaña del campo."

Los actores

La explicación de Jesús empieza con sencillez. "El que siembra la buena semilla es el Hijo del Hombre." Este es el título que el Señor utilizó más que cualquier otro para referirse a sí mismo. En el Nuevo Testamento el término "Hijo del Hombre" es utilizado una sola vez por otro para referirse a Jesús, en toda otra ocasión es usado por Jesús mismo. Identifica a Jesús en su humanidad como el Encarnado, la perfección de todo lo que un hombre pueda ser. Habla de él como el segundo Adán, el representante sin pecado de la raza humana. También le asocia con la profecía mesiánica (Dan. 7:13).

Según Mateo 13:38, "El campo es el mundo." Implícitamente el sembrador, el Hijo del Hombre, es el propietario del campo. Posee la escritura de propiedad. Él es su rey soberano, y cultiva allí sus mieses. ¿Qué es lo que siembra? "La buena semilla son los hijos del reino" (v. 38). Los hijos de su reino son los creyentes, los que son sumisos al rey; y él los siembra por todo su campo, el mundo.

"La cizaña son los hijos del maligno. El enemigo que la sembró es el diablo" (vv. 38, 39). Estos son los incrédulos. La frase "hijos del maligno" es semejante a la terminología usada por Jesús en Juan 8:44, cuando fustigó a los líderes religiosos diciéndoles: "Vosotros sois de vuestro padre el diablo." En Juan 3:10 señala que todos los que no son hijos de Dios son hijos del diablo.

La trama

El significado de la parábola no es nada complicado. El Hijo del Hombre, Jesús, sembró los hijos de su reino en el mundo. El enemigo, Satanás, destruyó la pureza de la siembra mezclando a sus hijos con los que sembró el Hijo del Hombre. Estos hijos incrédulos del maligno viven junto a los creyentes en el mundo. En el juicio final Dios separará el trigo de la cizaña.

Aun siendo tan simple el significado de la parábola, muchos estudiantes de la Biblia lo pierden por completo. Pese a que se dice claramente que el campo representa al mundo, un número sorprendente de comentaristas ven el campo como la iglesia. Para ellos, la parábola es un mensaje sobre los elementos falsos en la iglesia y el consentimiento divino de dejarlos hasta que el Señor y los ángeles separen los verdaderos de los falsos en el juicio final. Pero, evidentemente, esta no es la cuestión en la parábola. Semejante enseñanza violentaría todo lo que el Nuevo Testamento enseña sobre la disciplina de la iglesia. A Satanás le gusta sembrar su cizaña tan cerca como puede del trigo, y siembra parte de ella en la iglesia. Pero esta parábola no enseña a los cristianos que deben tolerar a los incrédulos en el compañerismo de la iglesia. No hemos de tener nada que ver con falsos maestros ni con falsos creyentes (2 Jn. 9-11). **Se nos ordena claramente limpiar la iglesia de tales influencias (1 Cor. 5:2, 7).**

Esta parábola contiene instrucciones para la iglesia en el mundo, no un paso franco para el mundo en la iglesia. Satanás siembra a sus discípulos por todas partes. Nosotros que pertenecemos al reino de Dios existimos en el mismo mundo que los incrédulos: respiramos el mismo aire, comemos los mismos alimentos, conducimos por las mismas carreteras, vivimos en la misma vecindad, trabajamos en las mismas fábricas, vamos a las mismas escuelas, acudimos a los mismos médicos, compramos en las mismas tiendas, disfrutamos del mismo cálido sol y recibimos la misma lluvia. Sin embargo, lo que nunca podemos compartir es el compañerismo espiritual (2 Cor. 6:14-16), y esta parábola no enseña otra cosa.

El mensaje del trigo y la cizaña es sencillamente que Dios no aprueba ningún intento de deshacerse de los incrédulos del mundo por la fuerza. Los discípulos estaban dispuestos a meter la hoz y eliminar a los hijos del maligno, y podemos entender su celo. Todos hemos orado con el salmista: "así perecerán los impíos delante de Dios" (Sal. 68:2). Podemos identificarnos con Jacobo y Juan, los hijos del trueno, cuando preguntaron a Jesús, "¿quieres que mandemos que descienda fuego del cielo y los consuma?" (Luc. 9:54). En esencia, esto es lo que los siervos del terrateniente preguntaban cuando dijeron: "¿quieres que vayamos y la recojamos?" (v. 28). El terrateniente les dijo con prudencia que no la arrancaran, porque al arrancar la cizaña podían destruir también el trigo.

Tal medida de prudencia se ha confirmado repetidamente a través de la historia del mundo. Siempre que un movimiento religioso ha tratado de eliminar el mundo del paganismo, la verdadera iglesia es la que más ha sufrido. *El libro de los mártires*, de Fox, dice que a través de la historia de la iglesia, la mayoría de los sacrificados por su fe han sido entregados a la muerte por equivocados zelotes que pretendían ser

representantes de Dios. La Inquisición fue responsable de la muerte de innumerables cristianos, muertos porque mantenían la Palabra de Dios como autoridad superior a las enseñanzas de los dirigentes de la iglesia. Un amigo mío posee una Biblia del siglo dieciséis teñida con la sangre de un mártir condenado a muerte simplemente por poseerla. Los religiosos fanáticos ven siempre a los auténticos creyentes como el enemigo.

Dios no llama a su pueblo a un ministerio de inquisición. Ahora no es el tiempo de arrancar la cizaña. Nuestra misión no es una cruzada política ni militar, y esta no es la hora del juicio en que somos llamados a administrar justicia. **Al contrario, somos enviados como embajadores de Cristo, emisarios de su misericordia y gracia.** No estamos aquí por accidente; somos puestos por el Señor en el mundo. No hemos de tratar nunca de escapar de ello. No nos ha llamado a recluirnos en un monasterio ni a escapar con otros creyentes a una comunidad santa. Hemos de permanecer aquí donde estamos plantados para llevar fruto. Podemos incluso tener un efecto positivo sobre la cizaña.

Desde luego, aquí se acaba el simbolismo. La auténtica cizaña no se puede transformar en trigo, pero un hijo del maligno puede convertirse en un hijo del reino de Dios. Este es el enfoque de la salvación. En Efesios 2 Pablo escribe: "por naturaleza éramos hijos de ira, como los demás" (v. 3). La salvación nos da una nueva naturaleza y nos transforma de "hijos de desobediencia" (v. 2) en "miembros de la familia de Dios" (v. 19); de cizaña en trigo. "Somos hechura de Dios", escribió Pablo en el versículo 10 de ese mismo capítulo, "creados en Cristo Jesús para hacer las buenas obras que Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas." En el sentido espiritual, todo el trigo empieza como cizaña.

No debemos arrancar la cizaña ni demandar que viva según los principios espirituales del reino de los cielos. Es inútil tratar de que la cizaña dé una buena cosecha. Sin un nuevo nacimiento divino, la cizaña nunca será trigo. **Adornar la cizaña para que parezca trigo no hará que produzca buen grano.** En Mateo 7:6, en el sermón del Monte, Jesús dice: "ni echéis vuestras perlas delante de los cerdos". **En otras palabras, no debemos tratar de imponer los principios del reino de los cielos a una sociedad que vive fuera de él.**

Los cristianos no estamos para condenar al mundo ni imponerle una reforma externa, aunque debemos predicar en contra de sus pecados. **Se nos ordena enseñar el evangelio (ver Mat. 28:19, 20), y vivir como ejemplos de justicia. Pero no somos verdugos.**

El plan

En el tiempo de la siega, el trigo y la cizaña serán separados. "Los

segadores son ángeles" (Mat. 13:39), que llevarán a cabo el juicio al final de los tiempos. La cizaña, los hijos del maligno, será recogida y quemada (v. 40). El infierno será su morada eterna. Los segadores "los echarán en el horno de fuego" (v. 42). El cuadro es terrorífico: "habrá llanto y crujir de dientes". Los hijos del reino, "los justos" (v. 43), morarán eternamente en el reino de los cielos.

¿Cómo distinguirán los segadores el trigo de la cizaña? La señal, como siempre, será el fruto espiritual que den. La cizaña puede ser parecida al trigo, pero no puede producir granos de trigo. El grano maduro diferencia con claridad el trigo de la cizaña. Así ocurre en el mundo espiritual. Los hijos del maligno pueden imitar a los hijos del reino de Dios, pero no pueden producir verdadera justicia: "tampoco puede el árbol podrido dar buenos frutos" (Mat. 7:18). El lenguaje de la parábola confirma esto. La cizaña se refiere a "los que causan tropiezos... los que hacen maldad" (Mat. 13:41). El trigo son "los justos" (v. 43). Evidentemente, el carácter y el comportamiento son los que separan el trigo de la cizaña. En el juicio final la diferencia será plenamente manifiesta.

Aun así, esta parábola no dice que debemos despreocuparnos de la diferencia entre el trigo y la cizaña hasta el juicio final. No nos anima a aceptar la cizaña como trigo. No aprueba la indiferencia respecto al pecado de los perdidos. Tampoco sugiere que nos olvidemos de que hay cizaña en el campo y que no prestemos atención al peligro que representa. Simplemente se limita a decirnos que dejemos el juicio final y la justicia en las manos de Dios y de sus ángeles.

Al final, el trigo auténtico será reconocido inevitablemente por su fruto. El trigo no producirá espigas de cizaña. Debido a su propia naturaleza producirá granos de trigo, aunque esté cultivado en un campo lleno de cizaña. Así son también los hijos del reino. Viven en el mundo, donde florecen los hijos del maligno, pero tienen una naturaleza celestial. El fruto que produzcan será diferente del fruto que den los hijos del maligno. De eso podemos estar seguros.

12

El tesoro del reino

Un amigo calvinista señaló una vez que la iglesia contemporánea comete frecuentemente el error de no presentar el evangelio con claridad suficiente para que los no elegidos lo rechacen. Tiene su razón. El evangelio que nuestro tiempo ha hecho popular es un placebo cubierto de azúcar, diseñado más para complacer a los pecadores que para convertirlos. El evangelio según Jesucristo ofrece un franco contraste. Nuestro Señor hizo retroceder frecuentemente a los buscadores más entusiastas. Ya hemos estudiado su desafío al joven rico, lo que no constituyó un hecho aislado en su ministerio evangelizador. Lucas 9:57-62, por ejemplo, narra cómo Jesús se desprendió de otros tres candidatos. Pensemos también en las multitudes que seguían a Jesús durante los primeros días de su ministerio. ¿Por qué se echaron muchos atrás? (ver Juan 6:66). Porque Jesús hacía repetidamente demandas difíciles. Ordenó a los que buscaban la vida eterna que se negaran a sí mismos, lo dejaran todo y le siguieran. Nunca dio esperanzas de salvación a nadie que rehusara someterse a su soberano señorío. Sus palabras a la multitud en Marcos 8:34-37 no podían ser más directas: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. Porque el que quiera salvar su vida, la perderá; pero el que pierda su vida por causa de mí y del evangelio, la salvará. Pues, ¿de qué le sirve al hombre ganar el mundo entero y perder su alma? Porque, ¿qué dará el hombre en rescate por su alma?"

Algunos han tratado de suavizar la demanda interpretándola como un llamamiento a las personas salvas para que den un paso más en su dedicación. Pero palabras similares de Jesús en Juan 12:24, 25 hacen su significado inequívoco. El tema explícito es vida eterna y salvación: "De cierto, de cierto os digo que a menos que el grano de trigo caiga en

la tierra y muera, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto. El que ama su vida, la pierde; pero el que odia su vida en este mundo, para vida eterna la guardará" (énfasis añadido). Renunciar a uno mismo a causa de Cristo no es un paso opcional de discipulado posterior a la conversión, es el sine qua non de la fe que salva.

El Salvador presentaba invariablemente su evangelio en estos términos. La fe como él la describe es nada menos que un cambio completo de todo lo que somos por todo lo que él es. Dos parábolas breves en Mateo 13:44-46 ilustran justamente esta verdad. Muestran el valor incomparable del reino de los cielos y la entrega sacrificante requerida de todo aquel que quiera entrar. "El reino de los cielos es semejante a un tesoro escondido en el campo, que un hombre descubrió y luego escondió. Y con regocijo va, vende todo lo que tiene y compra aquel campo. Además, el reino de los cielos es semejante a un comerciante que buscaba perlas finas. Y habiendo encontrado una perla de gran valor, fue y vendió todo lo que tenía, y la compró." Ambas parábolas señalan que un pecador que entienda la inmensurable riqueza del reino entregará gustoso todo lo que aprecie a fin de obtenerlo. La verdad correspondiente está también clara por implicación: los que se aferran a sus tesoros terrenales pierden la riqueza muy superior del reino.

Algunos estudiosos de la Biblia rechazan esta interpretación. Ven a Cristo, no al pecador, como el que vende todo para comprar el tesoro y la perla. C. I. Scofield, por ejemplo, escribió: "La interpretación de que el hombre que compra el terreno representa al pecador en busca de Cristo no tiene base en la parábola misma. Se dice que el campo es el mundo (v. 38). El pecador que anda en busca de su salvación no compra el mundo, sino que lo deja para ganar a Cristo. Además, el pecador no tiene nada que vender, ni Cristo está a la venta, ni se halla El escondido en un campo; tampoco el pecador esconde a Cristo después de haberle encontrado [ver Mar. 7:24; Hech. 4:20]. De modo que por todos lados la interpretación es vulnerable y no puede sostenerse.

"Cristo es el que compra el tesoro al precio enorme de su sangre (1 P. 1:18), e Israel... las diez tribus escondidas en 'el campo', o sea en el mundo— es el tesoro."⁽²⁾ Por razones similares, Scofield escribió: "la Iglesia es la perla de gran precio."⁽³⁾

Es difícil ser dogmático en cuanto al significado de las parábolas que el Señor no explica específicamente, pero rechazo esta interpretación por varias razones. Primero, en esta parábola no se dice que el campo sea el mundo. El versículo 38 ("El campo es el mundo") se aplica a la parábola del trigo y la cizaña. La semilla sembrada en ella simboliza a los hijos del reino. En contraste, el campo en la parábola del sembrador representa un corazón cultivado y la semilla es la palabra. El

simbolismo no es para nada el mismo. No se debe usar una parábola para interpretar otra.

Segundo, Scofield rechaza la interpretación clásica de estas parábolas porque trata de ver en ellas demasiadas cosas. En una parábola la intención no es llevar el simbolismo hasta un grado infinito. La mayoría de las parábolas tienen una enseñanza principal y, si se alegoriza, se lleva demasiado lejos o se intenta encontrar sentido a detalles periféricos, se llega inevitablemente a un punto en que la ilustración se destruye. De hecho, una mirada atenta a la interpretación propuesta por Scofield revela sus propias contradicciones, algunas violentan la doctrina de la gracia. Por ejemplo, Cristo no llegó a Israel inesperadamente o por accidente, ni descubrió la iglesia tras un largo tiempo de búsqueda. Es más, el Señor no compró a Israel y a la iglesia porque fueran tesoros raros merecedores de un gran sacrificio. Eran, como todos los pecadores, despojos hasta después de que Cristo los redimiera (ver 1 Cor. 1:26-29). El no descubrió ventajas infinitas antes de comprarlos y después los compró, sino que compró lo que era inútil por completo y lo transformó en precioso.

Tercero y más importante, Jesús pronunció estas parábolas para revelar los misterios del reino de los cielos, no para explicar la expiación. Los intérpretes de la Biblia saben que la interpretación normal es la más simple y obvia, y en estas narraciones la interpretación más obvia es que representan el reino de los cielos como un tesoro más valioso que la suma de todas nuestras posesiones. Esta interpretación es consecuente con todo lo que Jesús enseñó sobre el camino de la salvación.⁽⁴⁾ Si usted no está convencido, compare estas parábolas con las palabras de Jesús al joven rico en Marcos 10:21: "Anda, vende todo lo que tienes y dalo a los pobres; y tendrás tesoro en el cielo." Las similitudes son sorprendentes. El hombre que lo vende todo para obtener el tesoro representa a alguien que entra en el reino de los cielos.

El tesoro escondido

Era corriente en Palestina esconder cosas valiosas en lugares secretos. Israel era una tierra de guerras. La historia judía está llena de batallas, sitios y ejércitos conquistadores que venían a robar y a saquear. Josefo, el historiador judío del primer siglo escribió acerca del "oro, la plata y demás adornos preciosos que tenían los judíos, y cuyos dueños guardaban bajo tierra contra las fortunas inciertas de la guerra."⁽⁵⁾

En la parábola de Mateo 13:44 no se nos dice cómo encontró el hombre este tesoro. Tal vez estuviera empleado por el dueño del campo para cultivarlo, o puede ser que pasase por el campo y tropezara con una parte del tesoro que sobresalía del suelo. Inmediatamente lo

Magistral de finición hermeneútica de como se deben aplicar los principios de interpretación en las Parábolas.

Importante dato histórico lo cual te hubiese en el contexto y entonces así da claridad al texto.

Excelente definición

volvió a poner donde lo encontró, vendió todo lo que poseía y compró el campo para que el tesoro fuera suyo.

¿Fue una acción falta de ética? ¿Pertenece el tesoro al dueño del campo? No. La ley rabínica decía que si un hombre encontraba fruta o dinero esparcidos, era suyo. Evidentemente este tesoro no pertenecía al propietario del campo, ya que lo hubiera desenterrado antes de venderlo. Sin duda pertenecía a un propietario anterior ya fallecido. Podría haber estado allí por generaciones antes de ser descubierto. El hombre que lo descubrió tenía derecho a reclamarlo.

De hecho, el comportamiento de este hombre muestra lo honesto de su persona. Se podía haber marchado llevándose el tesoro. También podía haber conseguido cautelosamente lo justo para comprar el campo. En vez de ello, liquidó todo lo que tenía y lo compró, a fin de que nadie pudiera acusarle de haber obtenido el campo de forma deshonesto.

Una perla de gran valor

La parábola de la perla de gran precio difiere muy poco de la anterior (ver Mat. 13:45, 46). Aquí vemos a un mercader mayorista especializado en perlas. A diferencia del hombre de la primera parábola, no hizo el descubrimiento por accidente. Su vida era una larga búsqueda de las perlas más finas que vendería después a detallistas, hasta el día en que descubrió una perla que deseó más que cualquier otra cosa en el mundo.

Las perlas eran las más costosas de las gemas y las personas ricas las adquirían como inversiones. El Talmud habla de perlas de valor incalculable. Los egipcios las adoraban. En 1 Timoteo 2:9 se habla de mujeres que hacían ostentación de su riqueza poniendo perlas en su cabello. Jesús advierte en contra de echar perlas delante de los cerdos (Mat. 7:6); él contrasta el animal más bajo del mundo con lo que se consideraba la joya más valiosa. Incluso la profecía ensalza el valor de las perlas; en la visión de Juan de la ciudad celestial, las puertas se revelan como perlas gigantes (Apoc. 21:21).

Este comerciante era un experto en perlas. Su modo de vida era la compraventa de perlas finas. No obstante, una sola perla de incalculable valor, la más fina que jamás había visto, despertó tal pasión en su corazón que se desprendió de todo lo que tenía para obtenerla.

Adquirir el reino

Al relacionar estas parábolas, el Señor rechazó algunas de las presuposiciones favoritas en las mentes de los oyentes judíos. Ellos creían que estaban destinados a ganar la entrada al reino de Dios a

causa de su linaje, de la misma manera que habían venido a ser miembros de sus tribus o ciudadanos de la nación. Estas parábolas les advertían para que no dieran por sentado el pertenecer al reino. Nadie entra en él de forma automática. El punto básico de ambas parábolas es que el reino de los cielos es sólo para quienes se dan cuenta de su inmenso valor y están dispuestos a sacrificarlo todo para obtenerlo. No es suficiente estar refugiado bajo sus ramas o al alcance de su influencia; se debe abrazar el reino de todo corazón, con el celo de quien renuncia gozoso a todo para adquirir un tesoro más precioso que cualquier otra cosa que se pueda poseer.

La riqueza del reino de los cielos no tiene comparación, con vida eterna y bendiciones sin fin. Es incorruptible, inmaculado, inmarcesible e infinito. Su valor excede al de los más ricos tesoros del mundo o de las perlas más finas. Aun así su riqueza escapa a la mayoría de las personas. Al igual que el tesoro escondido en el campo, las multitudes pasan sobre él sin darse cuenta de que está allí. En 1 Corintios 2:14 se alude a esto: "Pero el hombre natural no acepta las cosas que son del Espíritu de Dios, porque le son locura; y no las puede comprender, porque se han de discernir espiritualmente." Este versículo sigue una cita adaptada de Isaías: "Cosas que ojo no vio ni oído oyó, que ni han surgido en el corazón del hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman" (1 Cor. 2:9).

Si estas cosas son locura para la sabiduría humana, ocultas al ojo humano, inaudibles al oído humano y ajenas al corazón humano, ¿cómo se pueden percibir las realidades del reino? "Pero a nosotros Dios nos las reveló por el Espíritu" (2:10). Dios abre corazones para que comprendan el valor inconcebible de las riquezas y bendiciones de su reino.

Aquellos que consiguen un atisbo del valor del reino darán con gozo todo lo que tienen para obtenerlo. Nótese que el hombre que encontró el tesoro vendió todo lo que poseía a causa de su gran gozo (Mat. 13:44). Sacrificar sus posesiones por algo mucho más grande no era nada, considerando la riqueza recién hallada. Renunciar a todas sus demás posesiones era un precio que merecía ser pagado con gozo por tan inmensa riqueza.

Así ocurre con la salvación. Para la mente no regenerada, el solo pensamiento de abandonarlo todo por Cristo resulta ridículo. Pero un corazón creyente se rinde al Maestro con gran gozo. La gloriosa liberación del pecado y las bendiciones sin fin de la vida eterna exceden al costo de someterse a la autoridad divina.

Pablo es una ilustración excelente de alguien que ha comprendido el gozo de darlo todo por ganar algo más importante. En Filipenses 3:7, B escribe: "Pero las cosas que para mí eran ganancia, las he considerado pérdida a causa de Cristo. Y aun más: Considero como

pérdida todas las cosas, en comparación con lo incomparable que es conocer a Cristo Jesús mi Señor. Por su causa lo he perdido todo y lo tengo por basura, a fin de ganar a Cristo." En comparación con el valioso tesoro de conocer a Cristo, Pablo consideró todo lo demás de su vida como basura.

Este hombre está comprando un tesoro y liquidará todo para obtenerlo. Su herencia, su autosuficiencia, su dinero, su educación y todas sus posesiones más preciadas, carecen de valor comparadas con la fortuna que ha de obtener. Está contento de darlo todo por el reino. Este es el carácter de la fe que salva.

El costo real de la salvación

¿Debemos literalmente venderlo todo y hacer voto de pobreza antes de ser salvos? No. Estas parábolas tampoco enseñan que los pecadores deban desprenderse de sus pecados antes de acudir a Cristo. Lo que significan es que la fe que salva no se reserva ningún privilegio. No se aferra a ningún pecado favorito, o propiedad atesorada, ni a ninguna autoindulgencia secreta. Es una rendición incondicional. El deseo de hacer todo lo que el Señor demande.

La vida eterna es sin duda un don gratuito (Rom. 6:23). No puede ganarse por medio de buenas obras ni comprarse con dinero. Ya ha sido comprada por Cristo, que pagó el rescate con su sangre. Pero eso no quiere decir que no haya ningún costo en términos del impacto de la salvación en la vida del pecador. Esta paradoja puede resultar difícil, pero aun así es verdadera: la salvación es tanto gratuita como costosa. La vida eterna causa la inmediata muerte de uno mismo: "Y sabemos que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que ya no seamos esclavos del pecado" (Rom. 6:6).

De esta manera, en cierto sentido pagamos el último precio de la salvación cuando nuestro yo pecador es clavado en la cruz. Es la renuncia total a la voluntad propia, como el grano que cae en la tierra y muere a fin de llevar mucho fruto (ver Juan 12:24). Es un intercambio de todo lo que somos por todo lo que es Cristo. Denota obediencia implícita, sumisión completa al señorío de Cristo. Nada inferior a esto puede calificarse como fe que salva. Geerhardus Vos articula este principio cuando escribe: "Jesús requiere que sus discípulos renuncien a todos los lazos y posesiones terrenales que puedan disputar el dominio de Dios en sus vidas, Mateo 10:39; 16:25; Lucas 14:25-35. . . La idea es que la adhesión íntima del alma a ellos como sumo bien debe ser en principio destruida, para que Dios pueda tomar el lugar hasta entonces reclamado por ellos." (8)

Evidentemente, un nuevo creyente no entiende completamente

todas las derivaciones del señorío de Jesús en el momento de su conversión. Pero un verdadero creyente tiene la voluntad de someterse; esto es lo que distingue la verdadera fe de una profesión falsa. La verdadera fe es una obediencia sumisa y humilde. Al desarrollarse el discernimiento espiritual esa obediencia se profundiza, y el verdadero creyente manifiesta un anhelo de agradar a Cristo entregándolo todo a su señorío. Este deseo de someterse a la autoridad divina es una fuerza impulsora en el corazón de todo verdadero hijo del reino. Es la expresión inevitable de la nueva naturaleza.

Calcular el costo

Estas parábolas son una advertencia clara para aquellos que se alistan sin considerar el costo. Jesús aconsejó a las multitudes frívolas que calcularan cuidadosamente el costo antes de seguirle (Luc. 14:28-31). Lejos de recibir la respuesta positiva de las masas no comprometidas, Jesús buscó solamente a aquellos que estaban dispuestos a invertir en su reino todo lo que tenían.

Los inversores sabios no suelen colocar su dinero en una sola inversión; pero esto es exactamente lo que los dos hombres de estas parábolas hicieron. El primero lo vendió todo y compró un campo, y el segundo también lo vendió todo y compró una perla. Pero ellos habían considerado el costo y sabían que lo que compraban merecía su inversión final. Una vez más, esta es una muestra perfecta de lo que es la fe que salva. El que cree de verdad no establece compartimientos. Sabiendo lo que cuesta el discipulado, el verdadero creyente firma y lo entrega todo a Cristo.

Moisés calculó el costo. La Biblia nos dice que "él consideró el oprobio por Cristo como riquezas superiores a los tesoros de los egipcios, porque fijaba la mirada en el galardón" (Heb. 11:26). Renunció a una riqueza terrena espectacular para sufrir por la causa de Cristo. A los egipcios de la corte de Faraón les debe haber parecido que estaba cambiando las riquezas por la vergüenza; pero Moisés sabía realmente que estaba cambiando a Egipto por una recompensa celestial. Renunció a una riqueza increíble sin pensarlo dos veces, porque comprendía el valor incalculable del reino de los cielos.

Esta es la clase de respuesta totalmente comprometida que demandaba Jesucristo. Desearlo a cualquier costo; una rendición absoluta; un intercambio completo de uno mismo por el Salvador. Es la única respuesta que abre las puertas del reino. Visto con los ojos de este mundo, es el precio más alto que se puede pagar. Pero desde el punto de vista del reino, no es en realidad ningún sacrificio.

Aquí es donde el autor llega al corazón del Libro. Es el momento de la fe que salva.

Visite:

www.doctrinabiblica.com

Estudios de la Biblia, Recursos teológicos,
apologéticos, exegéticos, hermenéuticos, etc

13

Primeros y últimos

Al final de *El progreso del peregrino*, Juan Bunyan señala que hay una entrada al infierno aun desde las puertas del cielo. Judas es prueba de esto. La noche en que traicionó a Jesús con un beso, se alejó para siempre de la presencia de Jesús y selló su perdición eterna. ¡Quién sabe cuántos, como él, habrán llegado lo suficientemente cerca para conocer la verdad y profesar su fe en Jesús, sólo para perder el cielo por completo porque se negaron a entregar el control de sus vidas! En cierto sentido, su entrada al infierno lo es desde las puertas del cielo.

Pero también hay una realidad contrastante, ilustrada frecuentemente en el ministerio terrenal de Jesús, y es que incluso el más depravado de los pecadores puede ser llevado al cielo desde las mismas puertas del infierno. Publicanos, prostitutas y ladrones encontraron en Cristo un Salvador que les dio vida abundante y eterna a cambio de su vida terrenal de disipación. El vino a buscar y a salvar a los perdidos y le gustaba arrebatarnos como tizones del fuego. Nadie, sin importar lo licencioso de su pecado, estaba más allá de su poder redentor. El hizo por ellos lo que nadie más podía hacer. Expulsó legiones de tenaces espíritus malignos de los endemoniados (Luc. 8:26-35), y tocó y sanó los arruinados cuerpos de los leprosos (Mat. 8:1-3). Descendió hasta aquellas personas y ellas, a su vez, fueron atraídas a él para salvación. Jesús siempre los salvó por completo (ver Heb. 7:25). Todo pecador arrepentido que se entregó a Cristo en fe recibió plena salvación. Un influyente líder religioso judío (Juan 3:1-16), no fue preferido a una mujer samaritana adúltera (Juan 4:7-29), y el Señor hizo discípulo suyo tanto a un israelita inocente como Natanael (Juan 1:47), como a un publicano estafador como Mateo (Mat. 9:9).

Esta es la forma en que obra la salvación. Todos los redimidos reciben igual vida eterna, ya sean jóvenes o viejos, respetables o despreciados, fariseos o publicanos. Nadie que venga a Cristo será preferido ni desdeñado a causa de su trasfondo. A todos se les ofrece la misma vida eterna.

La verdad importante que hay que captar es que la fe que salva es el reemplazo de todo lo que somos por todo lo que Cristo es. Necesitamos entender que esto no significa que comerciamos con la vida eterna. No compramos la salvación al entregar nuestras vidas. Tampoco se nos da la vida eterna en proporción a la calidad ni a la duración de la vida que rendimos. Todo aquel que entrega todo lo que tiene a Cristo, recibe a cambio todo lo que Cristo tiene para dar. Jesús refirió una parábola en Mateo 20:1-16 que ilustra esto:

Porque el reino de los cielos es semejante a un hombre, dueño de un campo, que salió al amanecer para contratar obreros para su viña. Habiendo convenido con los obreros en un denario al día, los envió a su viña. Salió también como a la tercera hora y vio que otros estaban en la plaza desocupados, y les dijo: "Id también vosotros a mi viña, y os daré lo que sea justo." Y ellos fueron. Salió otra vez como a la sexta hora y a la novena hora, e hizo lo mismo. También alrededor de la undécima hora salió y halló que otros estaban allí, y les dijo: "¿Por qué estáis aquí todo el día desocupados?" Le dijeron: "Porque nadie nos ha contratado." Les dijo: "Id también vosotros a la viña."

Al llegar la noche, dijo el señor de la viña a su mayordomo: "Llama a los obreros y págales el jornal. Comienza desde los últimos hasta los primeros." Entonces vinieron los que habían ido cerca de la undécima hora y recibieron cada uno un denario. Y cuando vinieron, los primeros pensaron que recibirían más; pero ellos también recibieron un denario cada uno. Al recibirlo, murmuraban contra el dueño del campo, diciendo: "Estos últimos trabajaron una sola hora, y los has hecho iguales a nosotros, que hemos soportado el peso y el calor del día." Pero él respondió y dijo a uno de ellos: "Amigo, no te hago ninguna injusticia. ¿No conviniste conmigo en un denario? Toma lo que es tuyo y vete. Pero quiero darle a este último como a ti. ¿No me es lícito hacer lo que quiero con lo mío? ¿O tienes envidia porque soy bueno?" Así, los últimos serán primeros, y los primeros últimos.

Al igual que otras parábolas que hemos considerado, ésta se refiere al reino de los cielos. Tengamos en cuenta que ésta es una lección espiritual, no una conferencia sobre la práctica correcta en el trabajo. Jesús describe cómo funcionan las cosas en la esfera en que Dios gobierna mediante la gracia, el reino, ahora en forma de misterio, donde Cristo rige y reina. El contexto proporciona una clave importante para comprender su significado.

Retrocediendo al último versículo de Mateo 19, nos encontramos con que la parábola está enmarcada en el mismo pensamiento: "muchos primeros serán últimos, y muchos últimos serán primeros" (19:30). Resulta obvio que la parábola fue pronunciada para ilustrar dicha máxima. ¿Qué significa? Es un enigma en forma de proverbio. ¿Cómo puede el que termina primero ser el último y viceversa? Esto sólo es posible si el último y el primero son lo mismo. En una carrera pedestre lo llamaríamos un empate. Nadie está delante y nadie está detrás. Así el último es primero y el primero último. Todos llegan empatados a la meta.

Ese es exactamente el punto de esta parábola. El terrateniente fue por la mañana temprano a contratar trabajadores para su viña. Contrató algunos hombres para trabajar por un denario al día. Volvió a la plaza del mercado otras cuatro veces durante el día: a las 9 de la mañana, a medio día, a las 3 y a las 5 de la tarde, para contratar más hombres. Cuando llegó la noche y con ella la hora de pagar a los trabajadores, todos recibieron lo mismo, sin importar el tiempo que habían trabajado.

Cuestión de justicia

Los obreros que habían trabajado todo el día se sintieron defraudados. Pero el terrateniente no había sido injusto con ellos; fue generoso con quienes habían trabajado durante menos tiempo. Un denario por día era un buen salario, equivalente a la paga diaria de un soldado. Nadie tenía razón para quejarse, puesto que todos habían recibido lo acordado: un denario al día (v. 2). Fueron a trabajar en esas condiciones, y fue más que justo. El problema no tenía nada que ver con el trato que habían recibido, sino con el hecho de que estos trabajadores no podían aceptar la buena fortuna de los otros. Sentían envidia.

¡Qué fácil es, desde el punto de vista humano, identificarse con los que habían trabajado todo el día! Hay algo en nosotros que no puede aceptar la desigualdad de alguien que consiga un pago extra a menos que lo consigan todos. Estamos condicionados para pensar que toda desigualdad es siempre injusticia. Pero a veces un tratamiento desigual es expresión de generosidad y ese es exactamente el caso aquí. El terrateniente reprendió a los hombres por su envidia: "¿Tienes envidia porque soy bueno?" (Mat. 20:15).

La liberalidad del terrateniente no era mala, pero la envidia de los trabajadores sí lo era. No podían resistir el pensamiento de que algún otro pudiera conseguir un pago igual sin trabajar tanto como ellos. En lugar de alegrarse murmuraron.

Cuestión de igualdad

¿Cuál es el punto espiritual de esta parábola? ¿Qué puede significar esto respecto al reino? Realmente no es difícil. Dios es el dueño. La viña es el reino de los cielos, el dominio de Dios, el reino de la salvación. Los trabajadores son aquellos que entran en el reino y al servicio del rey. El día de trabajo representa el tiempo de vida de una persona. La noche es la entrada a la eternidad, y el denario es la vida eterna. Lo que Jesús enseña en esta historia es que todo el que entra en el reino hereda la vida eterna, ya sea que trabaje para el Señor durante años o que llegue a la salvación en la hora final de su vida terrenal. El tiempo de servicio no es la cuestión, ni importa lo fáciles o difíciles que hayan sido las circunstancias de uno. Todo el que entra en el reino obtiene la vida eterna igual que los demás. El reino de los cielos no es un sistema de méritos. La vida eterna no se otorga en relación con lo fielmente que hayamos cumplido aquí en la tierra. Es un puro don de la gracia de Dios.

Algunas personas sirven a Cristo durante toda su vida. Otros malgastan su vida y, finalmente, se vuelven a Dios en su lecho de muerte. En cualquier caso, la vida eterna es la misma. Un convertido moribundo hereda la misma gloria de vida eterna que un apóstol. Pero eso no es incorrecto. La vida eterna es más de lo que ninguno de nosotros merecemos. El Padre decide de buena gana darnos a todos la plenitud del reino (ver Luc. 12:32).

Tengo un amigo pastor que viene de familia judía. El oró por su madre y le dio testimonio desde el día en que se convirtió al cristianismo, pero ella rechazó a Jesús como Mesías hasta el último momento. En la última semana de su vida, él compartió el evangelio una vez más con ella, y ella abrazó a Jesús como Señor y Cristo. Mi amigo tiene ahora la confianza maravillosa de que ella heredará la misma vida eterna que él. Ellos estarán juntos en la eternidad en el reino. ¿Es esto equitativo? Puede ser que no, pero manifiesta la maravillosa gracia de un Dios de amor.

Cuando Jesús despidió al joven rico en Mateo 19, Pedro se volvió al Maestro y le dijo: "He aquí, nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido. ¿Qué hay, pues, para nosotros?" En otras palabras: "Empezamos a las 6 de la mañana. Fuimos los primeros en llegar y nos comprometimos como miembros para toda la vida a un costo alto. ¿Qué obtendremos a cambio?" La parábola de los obreros de la viña es la contestación a esta pregunta. Los discípulos no lo tenían todo claro acerca de cuál sería su recompensa por seguir a Cristo. Algunos de ellos, creo yo, pensaban aún que, en cualquier momento, Cristo expulsaría las fuerzas del mal y establecería un reino terrenal visible. Tal vez creerían que se les daría un trono para administrar el reino

escogido. Aun después de que Jesús resucitara de los muertos le preguntaron: "Señor, ¿restituirás el reino a Israel en este tiempo?" (Hech. 1:6). ¿Es ahora cuando conseguiremos nuestras coronas y nuestros tronos? Justo después de narrar esta parábola de los obreros, Jesús predijo su muerte (Mat. 20:17-19). Los versículos siguientes relatan cómo la madre de Santiago y de Juan vino a Jesús para pedirle que a sus hijos se les concedieran tronos especiales a ambos lados de Jesús en el reino. Aún no habían entendido el mensaje.

Un lugar en el reino no es algo que se gane. Es dado por Dios sin tener en cuenta el tiempo que uno haya trabajado ni lo caluroso que haya sido el día. El reino incluirá publicanos, prostitutas, mendigos y ciegos. Habrá apóstoles, mártires y personas que hayan servido a Dios durante toda su vida. Pero también habrá hombres convertidos en las trincheras justo antes de ser enviados a la eternidad por la explosión de una bomba de mortero. Todos heredan la misma vida eterna y la misma bendición, no porque la hayan ganado, sino porque Dios es misericordioso.

Las epístolas describen diferentes recompensas por servicio, pero esto no es la cuestión de esta parábola. El tema aquí es la igualdad de la vida eterna. En Cristo "no hay judío ni griego, no hay esclavo ni libre, no hay varón ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús" (Gál. 3:28). Los últimos son los primeros y los primeros los últimos.

La naturaleza de la salvación

No puedo evitar mencionar varias verdades obvias sobre la salvación que fluyen de esta parábola. Me doy cuenta de que los detalles secundarios de una parábola no son en sí, ni de por sí, una base definitiva sobre la cual se edifica doctrina; no obstante, en esta parábola veo apoyo para una serie de principios importantes que la Biblia afirma en otras partes.

Primero, Dios es quien en su soberanía inicia la salvación. Como el dueño del campo que salió a buscar trabajadores para su viña, Dios inaugura la salvación. El busca y él salva, y es él quien lleva a los pecadores a su reino. Aunque las personas deben tomar la decisión de seguir a Cristo, la salvación no es, en última instancia, una decisión humana. Dios es tanto el autor como el consumidor de la fe (ver Heb. 12:2). Le amamos a él porque él nos amó primero a nosotros (ver 1 Jn. 4:19). Por lo tanto, no tenemos derecho a determinar lo que hemos de recibir. Si él nos buscó pronto y le hemos servido toda la vida, esa fue su elección. Si salió a nuestro encuentro tarde y sólo le servimos durante un tiempo corto, también fue su elección.

Segundo, Dios establece los términos de la salvación. El terrateniente dijo a quienes contrató en la mañana que les daría un denario. El

fijó el precio y ellos aceptaron. Los que vinieron tarde no regatearon; el dueño les dijo: "Os daré lo que sea justo" (Mat. 20:4). Ellos aceptaron esos términos. El joven rico no hizo lo mismo. Cristo le presentó el precio de la vida eterna, pero él rechazó los términos. Los que están en mayor necesidad son menos dados a regatear por sus propios términos.

Tercero, Dios continúa llamando a las personas a su reino. El dueño del campo volvió una y otra vez a buscar hombres para su viña. De igual manera, Dios no cesa nunca de solicitar obreros para su reino. Jesús dice en Juan 9:4: "Me es preciso hacer las obras del que me envió, mientras dura el día. La noche viene cuando nadie puede trabajar." Pese a que la noche del juicio se acerca rápidamente, él continúa llamándonos a trabajar.

Cuarto, todo aquel a quien Dios redime está dispuesto a trabajar para él. Los hombres de la parábola estaban buscando trabajo, esa era la razón de que estuvieran en la plaza. Todos los que fueron a la viña trabajaron. Algunos trabajaron solamente la última hora, mientras otros trabajaron todo el día; pero todos trabajaron. Ese es el camino de la salvación. La fe se muestra por las obras (Stg. 2:24).

Quinto, Dios se compadece de quienes reconocen su necesidad. Los hombres que esperaban en la plaza se encontraban allí porque estaban necesitados. Cuando el dueño les preguntó por qué estaban desocupados contestaron: "Porque nadie nos ha contratado" (Mat. 20:7). Se hallaban tan desesperados por su falta de trabajo que permanecieron en la plaza todo el día. Un sentimiento semejante de extrema pobreza y desesperanza es una de las características de la fe que salva (Mat. 5:3, 6). El Señor llama a su reino a quienes reconocen su necesidad, no a los satisfechos y autosuficientes.

Sexto, Dios cumple su promesa. El terrateniente pagó exactamente lo que dijo que pagaría. Nadie recibió menos de lo prometido.

Finalmente, mientras Dios da siempre lo que promete, también nos da siempre más de lo que merecemos. La salvación es por pura gracia. Nadie se merece la vida eterna, pero Dios la da por igual a todo el que cree. Dios nos salva, "no por las obras de justicia que nosotros hubiésemos hecho, sino según su misericordia" (Tito 3:5).

En el reino no hay lugar para la envidia. La única respuesta correcta es la humillación total. Todo lo que recibimos de Dios es bendición inmerecida. Lo mucho o lo bien que trabajemos no tiene nada que ver con nuestro lugar en el reino, porque todos recibirán de Dios mucho más de lo que merecen. No debemos murmurar nunca porque el ternero engordado sea matado para algún otro, ni resentimos porque el cielo sea tan maravilloso para quienes entran en el reino más tarde que nosotros. La gracia de Dios es abundante para todos nosotros.

Una descripción de la gracia

En su relato de la muerte del Salvador, Lucas incluye un dato que no se halla en ningún otro Evangelio. Es el relato de cómo Jesús, clavado en la cruz y agonizante, cargando con los pecados del mundo, volvió su vista para salvar a un criminal de la condenación eterna. El ladrón era un delincuente profesional y la ley romana le había condenado a morir en la cruz. La gracia soberana de Dios le había colocado en el mismo monte que al Salvador, donde contemplaba al Señor de la gloria mientras éste moría por los pecados del mundo.

En las primeras horas de la crucifixión había dos ladrones, uno a cada lado de Jesús, que le insultaban con arrogancia uniendo sus insultos a los de la multitud (Mat. 27:44; Mar. 15:32). Pero antes de morir, uno de los ladrones cambió su burla por una confesión de su propia culpa y de la inocencia de Jesús: "Nosotros, a la verdad, padecemos con razón, porque estamos recibiendo lo que merecieron nuestros hechos; pero éste no hizo ningún mal" (Luc. 23:41). Entonces, volviéndose al Señor, añadió: "Jesús, acuérdate de mí cuando vengas en tu reino" (Luc. 23:42).

La respuesta que recibió el ladrón fue la más gloriosa que un pecador agonizante pueda recibir: "De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso" (Luc. 23:43). Que sepamos, éstas son las únicas palabras que Jesús dirigió al hombre. No hubo ningún preevangelismo verbal, ni mensaje de cuatro puntos, ni llamamiento de ninguna clase. Pero mientras el ladrón veía morir al Salvador inmaculado, la fe se encendió en él. Su conversión, aunque ocurrió cuando pasaba a la eternidad, no fue menos auténtica que la del apóstol Pablo. El ladrón recibió la misma vida eterna, aunque toda su vida terrenal había estado dedicada a la delincuencia y a la desobediencia. En el momento en que su arrepentimiento produjo la fe, el Salvador le recibió en el reino.¹

Habrán muchos en el cielo que hayan sido más fieles, que hayan trabajado más y resistido durante más tiempo bajo mayores tensiones que el ladrón. Aun así, por la gracia de Dios, él tenía garantizado un lugar en la eterna presencia de Jesús.

A la hora de entrar en el cielo, un ladrón no tiene más ventajas que un fariseo. Un pescador no es mejor ni peor que un publicano. El primero termina siendo el último y el último primero y, al final, todos disfrutan al máximo de la plenitud de la vida eterna.

Películas on line:

www.dcristo.org

**Todas las películas cristianas
de todos los tiempos.**

14

Perdidos y hallados

La salvación de un alma no es la vieja transacción que a veces creemos. La redención no es un asunto de contabilidad divina en la que Dios lleva libros sobre quién está dentro y quién está fuera. Dios llora por los perdidos y celebra cuando alguien es salvo. Su dolor por la condición perdida del hombre es muy profundo y su gozo es pleno cuando un pecador se arrepiente.

El Señor Jesús expone una serie de parábolas en Lucas 15 que manifiestan la compasión del Padre por los pecadores perdidos y su regocijo por su salvación. Aunque dos de estas tres parábolas no mencionan directamente las cuestiones de la sumisión al señorío de Jesucristo, el arrepentimiento, la fe ni ningún aspecto de la respuesta humana a la salvación, las he incluido aquí porque la verdad que enseñan es un elemento decisivo del evangelio según Jesucristo. Juntas, las tres parábolas nos abren una ventana al corazón de un Dios amoroso, que busca a las almas perdidas y “es paciente. . . porque no quiere que nadie se pierda, sino que todos procedan al arrepentimiento” (2 Ped. 3:9).

El ambiente de Lucas 15 es familiar: “Se acercaban a él todos los publicanos y pecadores para oírle, y los fariseos y los escribas murmuraban diciendo: —Este recibe a los pecadores y come con ellos” (Luc. 15:1, 2). El tiempo del verbo en griego en el versículo 1 (“se acercaban”), significa una acción continua, lo cual quiere decir que publicanos y pecadores acudían a Jesús de forma habitual. Dondequiera que iba se reunía una multitud de indeseables alrededor de él: publicanos, ladrones, criminales, prostitutas y otros indeseables que no hacían ningún esfuerzo para vivir según las normas de la ley judía.

Como hemos visto, esto molestaba mucho a los autosuficientes

fariseos. Ellos estaban tan preocupados por las minucias de la ley que no tenían tiempo para interesarse por los grandes pecadores. Ni tampoco podían digerir a un Mesías que fuera popular entre los marginados de la sociedad y que, al mismo tiempo, criticara las tradiciones rabínicas.

Jesús, que conocía los corazones de los fariseos, les reprendió por medio de tres parábolas que contrastan su actitud de autosuficiencia con la tierna compasión del Padre por los perdidos. Las tres parábolas señalan el hecho de que Dios no mantiene una actitud pasiva mientras las personas van al infierno. Dios no se deleita en la condenación de los pecadores. Por el contrario, los ama, los busca y desea su salvación. Dios se regocija en la salvación aunque sea de un solo pecador.

Las cien ovejas

La primera de las parábolas (Luc. 15:4-6) tiene un tema pastoral: "¿Qué hombre de vosotros, si tiene cien ovejas, y pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto y va tras la que se ha perdido, hasta hallarla? Y al hallarla, la pone sobre sus hombros gozoso, y cuando llega a casa reúne a sus amigos y vecinos y les dice: 'Gozaos conmigo, porque he hallado mi oveja que se había perdido.'"

La frase "qué hombre de vosotros" (v. 4) implica que el comportamiento compasivo que describe se espera incluso de un pastor común. Ningún pastor que merezca el nombre de tal, estaría satisfecho con noventa y nueve de cien ovejas. Dejaría a las noventa y nueve en el redil y saldría a buscar la oveja perdida. Para muchos pastores esto no era sólo un deber, era también una cuestión de amor por sus ovejas. El pastor conocía a cada una de las ovejas por nombre (ver Juan 10:3). Cada noche las contaba y examinaba cuando volvían al redil. Si se perdía alguna, él iba a buscarla en la noche.

Cuando el pastor de la parábola encontró la oveja perdida la llevó sobre sus hombros, con la panza del animal en su cuello y las patas pegadas al pecho. Entonces, llamó a sus amigos y vecinos para celebrar juntos la recuperación de la oveja. El punto clave de esta parábola es el gozo del pastor por la salvación de la oveja. El hecho de que llama a sus amigos para celebrarlo con él, muestra la profundidad de su gozo. Esto es algo que no podía celebrar solo; no podía simplemente disfrutarlo tranquilamente en su corazón. Su gozo era abundante y rebosaba; tenía que compartirlo con otros.

El motivo de Jesús se expresa en el versículo 7: "Os digo que del mismo modo habrá más gozo en el cielo por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no necesitan de arrepentimiento." En otras palabras, cuando un pecador se arrepiente Dios convoca a una celebración en el cielo. Dios es el Pastor que busca

y cuyo deseo es rescatar a la oveja perdida. El no está simplemente llevando el cómputo de las personas que son salvas; al contrario, tiene tal anhelo por las almas de los perdidos que sale a buscarlos. Después, cuando el cordero extraviado es devuelto al redil, el mismo cielo es apenas lo suficientemente grande para contener su gozo. Ello muestra el corazón de Dios en busca del pecador.

Las diez monedas

La segunda parábola (Luc. 15:8-10) tiene el mismo enfoque con una metáfora diferente: "¿qué mujer que tiene diez dracmas, si pierde una dracma, no enciende una lámpara, barre la casa y busca con empeño hasta hallarla? Cuando la halla, reúne a sus amigas y vecinas, y les dice: 'Gozaos conmigo, porque he hallado la dracma que estaba perdida.'"

Las monedas de plata eran los *denarii*. Un denario era un buen pago por un día de trabajo. Tenemos un buen ejemplo en lo que el dueño del campo pagó a sus obreros en la parábola de Mateo 20. Esta mujer perdió una de sus diez monedas, encendió una lámpara, barrió la casa y buscó hasta hallar la moneda que había perdido. Cuando la encontró, su gozo fue tan grande como el del pastor. Y, de igual manera, reunió a un grupo de amigos y vecinos para celebrar su gozo. No pudo ocultar la alegría en su propio corazón.

Esta parábola resalta el mismo punto que la anterior: "del mismo modo hay gozo delante de los ángeles de Dios por un pecador que se arrepiente" (v. 10). Lo que llega más profundamente al corazón de Dios es la salvación de aquellos a quienes busca y lleva al arrepentimiento. Note que el versículo 10 dice, "gozo delante de los ángeles". No dice en realidad que los ángeles estuvieran gozosos. ¿De quién es el gozo? Es el gozo del Dios trino, que existe en presencia de los ángeles que, desde luego, comparten la celebración; pero el énfasis de ambas parábolas está en el gozo de Dios.

Si hubieran estudiado cuidadosamente las Escrituras, los fariseos hubieran entendido mejor esta faceta del carácter de Dios. Incluso el Antiguo Testamento le revela como un Dios compasivo. Ezequiel 33:11 dice: "¡Vivo yo, que no quiero la muerte del impío. . .!" Isaías 62:5 dice: "como el novio se regocija por su novia, así se regocijará Dios por ti". Esta es exactamente la imagen de estas parábolas. Es un gozo incontenible, puro deleite y celebración sin restricciones. Así es como Dios ve la salvación de un alma.

Los dos hijos

La más magnífica de las tres parábolas de Lucas 15 empieza en el

versículo 11 y va hasta el 32. La historia del hijo pródigo es, probablemente, la más familiar de todas las parábolas:

Un hombre tenía dos hijos. El menor de ellos dijo a su padre: "Padre, dame la parte de la herencia que me corresponde." Y él les repartió los bienes. No muchos días después, habiendo juntado todo, el hijo menor se fue a una región lejana, y allí desperdició sus bienes viviendo perdidamente.

Cuando lo hubo malgastado todo, vino una gran hambre en aquella región, y él comenzó a pasar necesidad. Entonces fue y se allegó a uno de los ciudadanos de aquella región, el cual le envió a su campo a apacentar los cerdos. Y él deseaba saciarse con las algarrobas que comían los cerdos, y nadie se las daba. Entonces volviendo en sí, dijo: "¡Cuántos jornaleros en la casa de mi padre tienen abundancia de pan, y yo aquí perezco de hambre! Me levantaré, iré a mi padre y le diré: 'Padre, he pecado contra el cielo y ante ti. Ya no soy digno de ser llamado tu hijo; hazme como a uno de tus jornaleros.'"

Se levantó y fue a su padre. Cuando todavía estaba lejos, su padre le vio y tuvo compasión. Corrió y se echó sobre su cuello, y le besó. El hijo le dijo: "Padre, he pecado contra el cielo y ante ti, y ya no soy digno de ser llamado tu hijo." Pero su padre dijo a sus siervos: "Sacad de inmediato el mejor vestido y vestidle, y poned un anillo en su mano y calzado en sus pies. Traed el ternero engordado y matadlo. Comamos y regocijémonos, porque este mi hijo estaba muerto y ha vuelto a vivir; estaba perdido y ha sido hallado." Y comenzaron a regocijarse.

Aunque esta parábola entra en muchos más detalles que las dos anteriores, enfoca exactamente el mismo punto. El padre amoroso es Dios, que se regocia al ver volver a casa al hijo que se había perdido.

La primera mitad de la parábola se centra en el vil comportamiento del hijo menor. Era completamente inaudito en la cultura judía que un hijo pidiera a su padre que le anticipara la herencia. Incluso en nuestra cultura sería considerado extraño. El que este hijo pidiera su herencia en el acto, era equivalente a decir que deseaba que su padre muriera. Resulta sorprendente que el padre no se negara a satisfacer tal petición y no castigara al hijo, pero fue misericordioso y dio a cada uno de sus dos hijos su parte en la herencia (v. 12). Este era un padre amoroso. Aunque su corazón estaría destrozado por la petición del hijo, le dio lo que pedía. Su gran temor debe haber sido que el hijo impetuoso la derrochara.

Esto es exactamente lo que pasó. El hijo se fue a un país lejano, desperdició sus bienes en una vida disipada, y acabó tan pobre que tuvo que cuidar cerdos para poder vivir. Aquello no era vivir. Estaba tan hambriento que deseaba comer las algarrobas que comían los cerdos,

Se hallaba próximo a la muerte por inanición, reducido a comerse la comida de los cerdos lejos de la casa de su padre cuando, finalmente, volvió en sí.

Es digno de notar que lo que finalmente le hizo volver en sí fue lo triste de su situación. La tristeza en sí no era arrepentimiento, pero le llevó a un arrepentimiento profundo (ver 2 Cor. 7:9, 10). Empezó con un sentimiento de su propia necesidad y, entonces, se dio cuenta de que había obrado mal. Mirando más allá de su padre humano ofendido al Padre celestial cuyas leyes había violado, admitió libremente su propia culpa ante Dios (v. 18). Decidió pedir perdón y aceptar las consecuencias. Al planificar su arrepentimiento cuidadosamente, ensayó lo que había de decir cuando llegara a casa. Confesaría que había pecado contra Dios y contra su padre, y le pediría a su padre que le diera un puesto de trabajo entre sus jornaleros (v. 19).

Aquí tenemos una ilustración perfecta de la fe que salva. Observemos la rendición sin condiciones del joven, su humildad absoluta y su deseo inequívoco de hacer cualquier cosa que el padre le pidiera. El hijo pródigo que empezó pidiendo una herencia anticipada deseaba ahora servir a su padre como jornalero. Había sufrido una transformación completa. Su conducta era de rendición incondicional, una renuncia total a su yo y una sumisión absoluta a su padre. Esa es la esencia de la fe que salva.

Tras haber decidido volver a su padre, actuó según su decisión (v. 20). A diferencia de quienes dicen que quieren hacer algo pero nunca lo hacen (ver Mat. 21:28-32), el hijo pródigo se levantó y volvió a su padre. Su arrepentimiento fue una total transformación. Se hizo pobre en espíritu; lamentó su pecado. Su arrogancia dio paso a la mansedumbre y a la humildad. Era un joven diferente al que abandonó su casa.

Cuando el hijo estaba todavía lejos de casa, su padre le vio y fue corriendo a saludarle. ¿Cómo pudo el padre ser tan rápido en reconocerle? Debe haber estado buscándole, vigilando a distancia para ver si el hijo perdido volvía. Aquí tenemos de nuevo un cuadro del Padre celestial que busca. Cuando un pecador arrepentido se vuelve a Dios, se da cuenta de que Dios ya le está buscando para que vaya a él, ansioso de correr a su encuentro. Antes de que llegue siquiera a acercarse a Dios, descubre que Dios ya se le ha acercado para abrazarle.

El joven pródigo no llegó en su discurso al lugar en que quería ofrecerse a su padre como siervo. Antes de que pudiera terminar su soliloquio ensayado, su padre ordenó a sus siervos que le dieran ropas y un anillo. ¡En lugar de castigar al hijo descarriado, el padre hizo preparar un banquete para celebrar su regreso! El padre había olvidado ya la estupidez del hijo. El asunto no era ahora una herencia malgastada

ni una vida desperdiciada en los vicios. ¡Su hijo perdido había sido hallado!

Estas tres parábolas tienen como tema común a un buscador que encuentra lo que estaba perdido y se regocija en lo hallado. En todos los casos el que busca es Dios, quien se regocija en la salvación de los pecadores.

Pero aquí es donde la historia del hijo pródigo toma un giro desagradable, cuando nos encontramos con el hermano mayor (Luc. 15:25-32):

Su hijo mayor estaba en el campo. Cuando vino, se acercó a la casa y oyó la música y las danzas. Después de llamar a uno de los criados, le preguntó qué era aquello. Este le dijo: "Tu hermano ha venido, y tu padre ha mandado matar el ternero engordado, por haberle recibido sano y salvo." Entonces él se enojó y no quería entrar.

Salió, pues, el padre y le rogaba que entrase. Pero respondiendo él dijo a su padre: "He aquí, tantos años te sirvo, y jamás he desobedecido tu mandamiento; y nunca me has dado un cabrito para regocijarme con mis amigos. Pero cuando vino éste tu hijo que ha consumido tus bienes con prostitutas, has matado para él el ternero engordado." Entonces su padre le dijo: "Hijo, tú siempre estás conmigo, y todas mis cosas son tuyas. Pero era necesario alegrarnos y regocijarnos, porque este tu hermano estaba muerto y ha vuelto a vivir; estaba perdido y ha sido hallado."

Recordemos que el hermano mayor había recibido su herencia también (v. 12). En lugar de malgastarla, había permanecido en casa sirviendo a su padre. De hecho, él estaba fuera trabajando en el campo cuando el hijo pródigo regresó. Cuando oyó la música y las risas, pidió a uno de los sirvientes que le explicara qué significaba aquello. Este hermano mayor estaba furioso porque el padre celebraba el regreso de su hermano descarriado. El hijo envidioso no quería ni entrar, porque no estaba dispuesto a comer con un pecador. Carecía por completo de la compasión de su padre. Desempeñaba el papel de un fariseo.

El comportamiento de este hijo puede parecer socialmente más aceptable que el libertinaje de su hermano menor, pero era igual de ultrajante. El hermano mayor no sentía auténtico amor por su padre; de otra manera habría participado de su alegría. Al servir a su padre todos esos años había seguido sencillamente sus impulsos. Había servido por sentido del deber. Su interés principal consistía en lo que podría conseguir para él (v. 29). No tenía ninguna comprensión de lo que había en el corazón de su padre.

El era también un hijo perdido, y su padre también le buscaba (v. 28).

El Señor procura siempre salvar a los perdidos, pero éstos deben reconocer que están perdidos. Con frecuencia los pecadores más flagrantes, irreligiosos y repugnantes están más dispuestos a reconocer su depravación que las personas encumbradas por sus logros religiosos y su autosuficiencia. Estos tipos farisaicos no pueden tolerar el perdón de los pecadores, especialmente de los más descarados. No entienden el arrepentimiento. Lejos de regocijarse, a ellos les repele que un pecador confiese sus pecados. Sienten gran orgullo por su rectitud aparente, pero en su corazón no hay ningún sentido de sumisión.

El hijo menor de la parábola vio su pecado, sintió la tristeza de su padre, se arrepintió, se humilló, recibió el perdón y entró en el gozo de su padre. El mayor estaba amargado, sin arrepentimiento, sin sentir la frialdad mortal de su propio corazón. Perdió el derecho a regocijarse con su padre. No estaba menos perdido de lo que su hermano menor lo había estado, pero no lo veía.

Dios busca a los perdidos. Aquellos que reconocen su pecado y se arrepienten le encontrarán corriendo hacia ellos con los brazos abiertos. Los que creen que son lo suficientemente buenos para merecer el favor de Dios se encontrarán con que están excluidos de la celebración, incapaces de compartir el gozo eterno de un Padre amoroso.

CUARTA PARTE

JESUS DEFINE

SU EVANGELIO

15

Llamado al arrepentimiento

Tras haber examinado cómo trataba Jesús a los individuos, y las parábolas que narró para ilustrar su verdad ante los discípulos, nos centramos ahora en el rico contenido doctrinal del mensaje que proclamaba a las multitudes. Aquí consideraremos los temas principales de sus discursos y compararemos el evangelio popularizado en nuestros días con las propias enseñanzas del Salvador. En el proceso, trataremos de obtener un entendimiento más claro de la terminología empleada por Jesús. La mayor parte de la controversia actual respecto al evangelio gira alrededor de unas pocas palabras clave, que incluyen *arrepentimiento*, *fe*, *discipulado* y *Señor*. En esta sección final, estudiaremos estos términos y veremos el uso que hizo Jesús de ellos.

Empezamos con un capítulo sobre el *arrepentimiento*, porque ahí es donde empezó el Salvador. Mateo 4:17 registra el principio del ministerio público de Jesús: "Desde entonces (después del encarcelamiento de Juan el Bautista) Jesús comenzó a predicar y a decir: '¡Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado!'" Indiqué en el capítulo 4 que las palabras iniciales de su primer sermón caracterizaron todo el ministerio terrenal de Jesús. También hemos observado que él definió su objetivo como llamamiento a pecadores al arrepentimiento (Luc. 5:32). El arrepentimiento es un tema reiterativo en todos los sermones públicos del Señor. Se enfrentaba con firmeza a las multitudes obstinadas y proclamaba: "Si no os arrepentís, todos pereceréis" (Luc. 13:3, 5).

La nota perdida

¿Cuándo fue la última vez que escuchó presentar el evangelio en estos términos? No está de moda en el siglo veinte predicar un evangelio que exige arrepentimiento. ¿Cómo llegó a ser tan diferente el mensaje de hoy del evangelio según Jesucristo? Ya en 1937 el doctor H. A. Ironside señaló que la doctrina bíblica del arrepentimiento estaba siendo diluida por quienes deseaban excluirla del mensaje del evangelio. Escribió: "Hoy día, la doctrina del arrepentimiento es la nota perdida en círculos que, en muchos otros aspectos, son ortodoxos y fundamentalmente sanos."¹ Habló de "predicadores profesos de la gracia que, como los antiguos 'antinomianos', menosprecian la necesidad del arrepentimiento porque parece invalidar la libertad de la gracia".² El doctor Ironside, siendo él mismo un dispensacionista, denunció la enseñanza de dispensacionistas extremos en el sentido de que el arrepentimiento era para otros tiempos. También escribió: "Las solemnes palabras de nuestro Señor 'si no os arrepentís, todos pereceréis', son tan importantes hoy como cuando fueron pronunciadas por primera vez. Ningunas distinciones dispensacionales, aunque sean importantes para la comprensión e interpretación del trato de Dios con el hombre, pueden alterar esta verdad."³

Ya en su día, Ironside reconoció los peligros de un credulismo fácil incipiente cuando dijo: "La predicación superficial que no se enfrenta con el hecho terrible de la pecaminosidad y culpabilidad del hombre 'mandando a todos los hombres, en todos los lugares, que se arrepientan', da por resultado conversiones superficiales; y por eso tenemos una gran cantidad de profesores de fácil palabra que no dan ninguna señal de regeneración. Charlan de salvación por gracia y no manifiestan ninguna gracia en sus vidas. Declaran a voces que son justificados por fe solamente y no recuerdan que 'la fe sin obras está muerta'; y que la justificación por obras ante los hombres no debe pasarse por alto como si estuviera en contradicción con la justificación por fe ante Dios."⁴

No obstante, algunos dispensacionistas continuaron promoviendo la idea de que predicar el arrepentimiento a los perdidos viola el espíritu y el contenido del mensaje del evangelio. Chafer, en su *Teología sistemática*, presenta el arrepentimiento como una de "las facetas más comunes de la responsabilidad humana que se añaden erróneamente con demasiada frecuencia al requerimiento único de fe o creencia".⁵ Chafer señaló que la palabra *arrepentimiento* no se encuentra en el Evangelio de Juan y aparece en Romanos una sola vez. Hizo notar también que en Hechos 16:31 Pablo no dijo al carcelero de Filipos que se arrepintiera. Chafer consideró ese silencio como un "abrumador cuerpo de evidencia (aparentemente) clara de que el

Nuevo Testamento no impone el arrepentimiento a los perdidos como condición para la salvación".⁶

La eliminación del arrepentimiento

Hoy hay voces que continúan proclamando las mismas ideas. La *Biblia de estudio Ryrie* contiene una sinopsis de doctrina que incluye el arrepentimiento como "una adición falsa a la fe" cuando se hace de él una condición para la salvación, "excepto cuando (el arrepentimiento) se considera un sinónimo de fe".⁷ Otro maestro influyente dice esencialmente lo mismo: "La Biblia requiere arrepentimiento para la salvación, pero arrepentimiento no significa apartarse del pecado, ni un cambio de conducta. . . El arrepentimiento bíblico es un cambio de mente o actitud respecto a Dios, a Cristo, a las obras muertas o al pecado."⁸ Incluso un profesor de seminario escribe: "Arrepentimiento significa cambiar la propia mente, no la propia vida."⁹

Estos escritores y otros han redefinido así el arrepentimiento en una forma que elimina sus ramificaciones morales. Lo consideran como un simple cambio de pensamiento sobre quién es Cristo.¹⁰ Esta clase de arrepentimiento no tiene nada que ver con alejarse del pecado ni con la renuncia al yo. Está totalmente exento de cualquier admisión de la culpa personal, cualquier intento de obedecer a Dios o cualquier deseo de verdadera rectitud.

Esa no es la clase de arrepentimiento que predicaba Jesús. Como hemos visto repetidamente, el evangelio según Jesucristo es tanto un llamamiento a abandonar el pecado como una invitación a la fe. Desde su primer mensaje hasta el último, el tema del Salvador era un llamado a los pecadores al arrepentimiento, y esto no quería decir sólo que cambiaran de pensamiento respecto a quién era él, sino también que se apartaran del pecado y de su yo para seguirle. El nos manda predicar el mismo mensaje: "el arrepentimiento y la remisión de pecados" (Luc. 24:47).¹¹

¿Qué es arrepentimiento?

El arrepentimiento es un elemento decisivo de la fe que salva,¹² pero no debemos considerarlo simplemente como otra palabra para creer. La palabra griega para arrepentimiento es *metanoia*, de *meta*, "después" y *noeo*, "entender". Literalmente significa "reflexión" o "cambio de mente". Pero su significado bíblico no acaba ahí.¹³ El uso de *metanoia* en el Nuevo Testamento siempre alude a un cambio de propósito y, específicamente, a un abandono del pecado.¹⁴ En el sentido en que Jesús lo usaba, arrepentimiento requiere el repudio de la vieja forma de vida y acudir a Dios en busca de salvación.¹⁵

Un cambio de propósito así es lo que Pablo tenía en mente cuando explicaba el arrepentimiento a los tesalonicenses. "Os convertisteis de los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero" (1 Tes. 1:9). Nótese los tres componentes del arrepentimiento: volverse a Dios; apartarse del pecado; intento de servir a Dios. Ningún cambio de mente puede llamarse verdadero arrepentimiento sin incluir los tres elementos. El hecho simple, pero demasiadas veces pasado por alto, es que un verdadero cambio de mente da necesariamente por resultado un cambio de conducta.

Arrepentimiento no es simplemente avergonzarse o sentir tristeza por el pecado, aunque el auténtico arrepentimiento incluye siempre el elemento de remordimiento.¹⁶ Es un cambio de dirección de la voluntad humana, una decisión encaminada a abandonar toda injusticia y procurar en su lugar la rectitud.

El arrepentimiento tampoco es una obra meramente humana. Como cualquier elemento de la redención, es un don otorgado por Dios en su soberanía. La iglesia primitiva, al reconocer la autenticidad de la conversión de Cornelio concluyó: "¡Así que también a los gentiles Dios ha dado arrepentimiento para vida!" (Hech. 11:18; ver Hech. 5:31). Pablo escribió a Timoteo que corrigiera con mansedumbre a los que se oponían a la verdad, "por si quizás Dios les conceda que se arrepientan para comprender la verdad" (2 Tim. 2:25). Si Dios es quien otorga el arrepentimiento, éste no puede ser considerado una obra humana.

Sobre todo, el arrepentimiento no es un intento previo a la salvación destinado a poner en orden nuestra vida. El llamado al arrepentimiento no es un mandato a poner en orden los pecados antes de acudir a Cristo en fe. Es más bien un mandamiento a reconocer la pecaminosidad propia y odiarla, volverle la espalda, acudir a Cristo y abrazarle con plena devoción. Como escribió J. I. Packer: "El arrepentimiento que Cristo requiere de su pueblo consiste en renunciar definitivamente a ponerle límites a los reclamos que él pueda hacer a sus vidas."¹⁷

El arrepentimiento tampoco es simplemente una actividad mental, el verdadero arrepentimiento comprende el intelecto, las emociones y la voluntad.¹⁸ Geerhardus Vos escribió: "La idea de nuestro Señor en cuanto al arrepentimiento es tan profunda e integral como su concepto de la justicia. De las tres palabras usadas en los Evangelios (en griego) para describir el proceso, una enfatiza el elemento emocional de pesar, tristeza por la forma pecaminosa de vivir en el pasado, *metamelomai*, Mateo 21:29-32; otra expresa el cambio total de actitud mental, *metanoéo*, Mateo 12:41; Lucas 11:32; 15:7, 10; la tercera denota un cambio de dirección en la vida, una meta sustituida por otra, *epistréfomai*, Mateo 13:15 (y paralelos); Lucas 17:4; 22:32. El arrepen-

timiento no está limitado a ninguna facultad particular de la mente. Abarca todo el hombre: intelecto, voluntad y afectos. . . Además, en la vida nueva que sigue al arrepentimiento, el principio de control es la absoluta supremacía de Dios. El que se arrepiente se vuelve del servicio a las riquezas y del yo al servicio a Dios."¹⁹

Intelectualmente, el arrepentimiento empieza con el reconocimiento del pecado y la conciencia de que somos pecadores, de que nuestro pecado es una afrenta al Dios santo y, más concretamente, de que somos responsables personalmente de nuestras propias culpas. El arrepentimiento que lleva a salvación debe incluir asimismo el reconocimiento de quién es Cristo juntamente con la aceptación de que tiene el derecho de gobernar nuestras vidas.

Emocionalmente, el auténtico arrepentimiento va frecuentemente acompañado de un sentimiento abrumador de pesar. Este pesar o tristeza no es en sí arrepentimiento; se puede estar apesadumbrado o avergonzado sin estar verdaderamente arrepentido. Judas, por ejemplo, sintió remordimiento (Mat. 27:3), pero no estaba arrepentido. El joven rico se fue triste (Mat. 19:22), pero no estaba arrepentido. No obstante, la pesadumbre puede conducir a un verdadero arrepentimiento. En 2 Corintios 7:10 dice: "la tristeza que es según Dios genera arrepentimiento para salvación, de que no hay que lamentarse". Es difícil imaginar un verdadero arrepentimiento que no incluya un elemento de tristeza, no una tristeza por haber sido descubierto, ni a causa de las consecuencias; sino un sentido de angustia por haber pecado contra Dios. En el Antiguo Testamento el arrepentimiento se mostraba con vestido de cilicio y cenizas, los símbolos de luto (ver Job. 42:6; Jonás 3:5, 6).

Volitivamente, el arrepentimiento incluye un cambio de dirección, una transformación de la voluntad. Lejos de ser solamente un cambio mental, constituye un deseo, más bien determinación, de abandonar la desobediencia obstinada y rendir la voluntad a Cristo. Como tal, el arrepentimiento genuino inevitablemente da por resultado un cambio de conducta. El cambio de conducta no es arrepentimiento de por sí, pero es el fruto que por seguro producirá el arrepentimiento. Donde no hay diferencia observable de conducta, no se puede confiar en que haya habido arrepentimiento (Mat. 3:8; ver 1 Jn. 2:3-6; 3:17).

El verdadero arrepentimiento cambia el carácter del hombre total. Como dice D. Martyn Lloyd-Jones: "Arrepentimiento significa que uno se da cuenta de que es culpable, un vil pecador en la presencia de Dios, que merece la ira y el castigo de Dios; que se dirige hacia el infierno. Significa empezar a darse cuenta de que eso que se llama pecado está en uno, que uno anhela verse libre de él y le da la espalda en todas sus formas. Uno renuncia al mundo cualquiera que sea el costo, el mundo

en su mentalidad y perspectiva tanto como en la práctica; y se niega a sí mismo, toma su cruz y sigue a Cristo. Sus más allegados e íntimos, y el mundo entero, pueden considerarle a uno necio, o decir que tiene una manía religiosa. Puede ser que uno tenga que sufrir pérdidas financieras, pero no importa. Eso es arrepentimiento.²⁰

El arrepentimiento no es un acto de una sola vez. El arrepentimiento que tiene lugar en la conversión inicia un proceso de confesión progresivo de por vida (1 Jn. 1:9). Esta actitud activa y continua de arrepentimiento produce la pobreza de espíritu, el llanto y la mansedumbre de que habla Jesús en las bienaventuranzas (Mat. 5:3-5). Es una señal de un verdadero cristiano.

El fruto de arrepentimiento

Cuando Jesús predicaba: "¡Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado!" (Mat. 4:17), aquellos que le oían entendían el mensaje. Con su rica herencia en las enseñanzas del Antiguo Testamento y las rabínicas, sus oyentes no tendrían duda sobre el significado de arrepentimiento. Sabían que estaba llamando a mucho más que a un simple cambio de manera de pensar o a un nuevo concepto de quién era él. Para ellos arrepentimiento significaba una completa rendición de su voluntad y un cambio de conducta total: una nueva forma de vida, no sólo una opinión diferente. Se daban cuenta de que les estaba llamando a admitir sus pecados y apartarse de ellos, para ser convertidos, para dar la vuelta, abandonar el pecado y el egoísmo y seguirle.

Después de todo, el concepto judío de arrepentimiento estaba bien desarrollado. Los rabinos sostenían que Isaías 1:16, 17 describe nueve actividades relacionadas con el arrepentimiento: "Lavaos, limpiaos, quitad la maldad de vuestras acciones de delante de mis ojos. Dejad de hacer el mal. Aprended a hacer el bien, buscad el derecho, reprimed al opresor, defended al huérfano, amparad a la viuda." Fijémonos con cuidado en la progresión: Empezando con una limpieza interna, el arrepentimiento se manifiesta a continuación en actitudes y acciones.

El Antiguo Testamento está lleno de verdades sobre el arrepentimiento. Ezequiel 33:18, 19 dice por ejemplo: "Si el justo se aparta de su justicia y hace injusticia, por ello morirá. Y si el impío se aparta de su impiedad y practica el derecho y la justicia, por ello vivirá." En 2 Crónicas 7:14 encontramos una descripción familiar de arrepentimiento: "si se humilla mi pueblo sobre el cual es invocado mi nombre, si oran y buscan mi rostro y se vuelven de sus malos caminos, entonces yo oiré desde los cielos, perdonaré sus pecados y sanaré su tierra". Isaías 55:6, 7 presenta la invitación del Antiguo Testamento a la salvación; y el arrepentimiento es un elemento clave: "¡Buscad a

Jehovah mientras puede ser hallado! ¡Llamadle en tanto que está cercano! Deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos. Vuélvase a Jehovah, quien tendrá de él misericordia; y a nuestro Dios, quien será amplio en perdonar." Jonás 3:10 dice: "Dios vio lo que hicieron, que se volvieron de su mal camino, y desistió del mal que había determinado hacerles, y no lo hizo."

Veamos con atención este versículo de Jonás. ¿Cómo valoró Dios el arrepentimiento de los ninivitas? Por sus hechos. No fue porque él leyera sus pensamientos o escuchara sus oraciones, pese a que un Dios omnisciente pudo sin duda ver la sinceridad de su arrepentimiento. Pero él buscaba obras de justicia.

Juan el Bautista exigió también ver buenas obras como prueba de arrepentimiento. Predicó el mensaje de arrepentimiento aun antes de que Jesús iniciara su ministerio (ver Mat. 3:1, 2). La Biblia dice que cuando los religiosos hipócritas acudieron a Juan el Bautista para ser bautizados, "les decía: ¡Generación de víboras! ¿Quién os enseñó a huir de la ira venidera? Producid, pues, frutos dignos de arrepentimiento" (Mat. 3:7, 8). ¡Vaya saludo! Era muy distinto a decir: "Señoras y caballeros, aquí están nuestros queridos líderes." No sabemos por qué fueron para ser bautizados, pero evidentemente sus motivos no eran correctos. Tal vez trataban de ganar el favor del pueblo o asociarse a la popularidad de Juan. Cualesquiera que fueran sus razones, no estaban realmente arrepentidos y Juan se negó a aceptar sus propósitos. Por el contrario les condenó como falsos religiosos.

¿Por qué fue Juan tan brusco? Porque aquellos hipócritas estaban envenenando a toda una nación con su engaño fatal. Nada, a juzgar por su conducta, indicaba que estuvieran realmente arrepentidos. La lección crítica aquí es que si el arrepentimiento es auténtico, podemos esperar que produzca resultados visibles.

¿Cuáles son los frutos del arrepentimiento? Esta es la pregunta que hicieron los publicanos a Juan el Bautista (Luc. 3:12). La respuesta de Juan fue: "No cobréis más de lo que os está ordenado" (v. 13). A unos soldados que le hicieron la misma pregunta les contestó: "No hagáis extorsión ni denunciéis falsamente a nadie, y contentaos con vuestros salarios" (v. 14). En otras palabras, ha de haber un cambio sincero en la propia forma de vida. Uno que está auténticamente arrepentido dejará de hacer lo malo y empezará a vivir rectamente. Además de un cambio de mente y actitud, el verdadero arrepentimiento inicia un cambio de conducta.

El apóstol Pablo consideraba también las buenas obras como prueba de arrepentimiento. Nótese la descripción de su ministerio al rey Agripa: "no fui desobediente a la visión celestial. . . a los gentiles, les he proclamado que se arrepientan y se conviertan a Dios, haciendo obras dignas de arrepentimiento" (Hech. 26:19, 20). El que los verdaderos

creyentes han de mostrar su arrepentimiento mediante una conducta adecuada era evidentemente un elemento crucial en el mensaje de Pablo.²¹

El evangelio y el arrepentimiento

El arrepentimiento ha sido siempre el fundamento del llamamiento bíblico a salvación. Cuando Pedro hizo la invitación evangélica en Pentecostés, en la primera evangelización pública de la era de la iglesia, el arrepentimiento estaba en el centro de su mensaje: "Arrepentíos y sea bautizado cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de vuestros pecados" (Hech. 2:38). Ninguna evangelización que omita el mensaje de arrepentimiento puede llamarse con propiedad evangelio, porque los pecadores no pueden acudir a Jesucristo sin un cambio radical de corazón, mente y voluntad. Esto requiere una crisis espiritual que lleve a un giro total y, finalmente, a una transformación completa. Esta es la única clase de conversión reconocida por la Biblia.²²

En Mateo 21:28-31 Jesús utilizó una parábola para ilustrar la hipocresía de una profesión de fe sin arrepentimiento: "¿Pero, qué os parece? Un hombre tenía dos hijos. Se acercó al primero y le dijo: 'Hijo, vé hoy a trabajar en la viña.' El contestó y dijo: 'No quiero.' Pero después, cambió de parecer y fue. Al acercarse al otro, le dijo lo mismo; y él respondió diciendo: '¡Sí, señor, yo voy!' Y no fue. ¿Cuál de los dos hizo la voluntad de su padre?"

Podemos preguntarnos por qué este relato no incluye un tercer hijo que dijera: "yo voy", y cumpliera su palabra. Tal vez sea porque el relato representa a la humanidad, y todos nos quedamos cortos (ver Rom. 3:23). Por ello Jesús sólo pudo describir dos clases de personas religiosas: las que dicen ser obedientes pero en realidad son rebeldes, y las que empiezan como rebeldes pero se arrepienten.

Jesús pronunció la parábola para beneficio de los fariseos, que no se veían a sí mismos como pecadores y desobedientes. Cuando les preguntó cuál de los hijos hizo la voluntad de su padre, contestaron correctamente: "El primero" (Mat. 21:31). Al admitir esto, se condenaron a sí mismos por su propia hipocresía. ¡Cómo debe haberles dolido la reprensión de Jesús! "De cierto os digo que los publicanos y las prostitutas entran delante de vosotros en el reino de Dios" (v. 31). Los fariseos vivían en la ilusión de que Dios les aprobaba porque hacían gran ostentación de su religión. El problema consistía en que sólo era un espectáculo. Eran como el hijo que dijo que obedecería, pero no lo hizo. Su pretensión de que amaban a Dios y guardaban su ley no valía nada. Aquellos fariseos eran como muchos hoy que dicen que creen en

Jesús pero se niegan a obedecerle. Su profesión de fe es vana. A menos que se arrepientan, perecerán.

Los publicanos y las prostitutas entraban más fácilmente que los fariseos en el reino porque estaban más dispuestos a reconocer sus pecados y arrepentirse de ellos. Ni siquiera el peor de los pecados puede dejar a un pecador fuera del cielo si éste se arrepiente. Por otra parte, hasta el más impresionante fariseo que atesore sus pecados y se niegue a reconocerlos y arrepentirse de ellos estará excluido del reino. No hay salvación sin el arrepentimiento que rechaza el pecado.

Hay muchos hoy que oyen la verdad de Cristo e inmediatamente responden como el hijo que dijo que obedecería y no lo hizo. Su respuesta positiva a Jesús no les salvará. El fruto de sus vidas muestra que no se han arrepentido realmente. Pero hay algunos que dan la espalda al pecado, a la incredulidad y a la desobediencia, y aceptan a Cristo con fe obediente. El suyo es arrepentimiento verdadero, que se manifiesta por los frutos de justicia que produce. Ellos son verdaderamente justos (1 Ped. 4:18). Esa es la meta final del evangelio según Jesucristo.

Visite:

www.frasescristianas.org

Frases selectas para tu vida
y tu ministerio

16

La naturaleza de la fe verdadera

*Tal como soy, de pecador,
Sin más confianza que tu amor,
Ya que me llamas, vengo a ti;
Cordero de Dios, heme aquí.*

Esta estrofa, cuyo original en inglés fue escrito por Carlota Elliot en el siglo XIX (aquí está tomada del *Himnario Bautista*, Casa Bautista de Publicaciones, El Paso. Núm. 211, 1ª estrofa), ha sido probablemente usada más que ningún otro himno como invitación evangelística. El pensamiento que comunican estas palabras es una realidad bíblica gloriosa: los pecadores pueden venir a Cristo tal como son, únicamente sobre la base de la fe, y él les salvará. La maravillosa promesa del mismo Señor está en Juan 3:16: "Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que *todo* aquel que en él cree no se pierda, mas tenga vida eterna" (énfasis añadido). Y en Juan 6:37 dice Jesús: "al que a mí viene, jamás lo echaré fuera".

La erosión del evangelio en nuestros días ha dado una connotación insidiosa a esta verdad. El lenguaje del mensaje moderno suena vagamente similar a "tal como soy", pero la diferencia de significado es profunda. Hoy los pecadores no sólo oyen que Cristo les recibirá tal como son, ¡sino también que él les permitirá continuar tal como son! Muchos creen erróneamente que pueden acudir a Cristo, recibir absolución y vida eterna y marcharse para seguir viviendo como les plazca; incluso si deciden pueden "dejar a Dios fuera y vivir según la vieja naturaleza".¹

Hace algunos años, los líderes de una asociación juvenil cristiana internacional me pidieron que criticara una película de entrenamiento

que habían producido antes de hacerla pública. El tema era el evangelismo, y la película daba instrucciones a los jóvenes obreros para que no dijeran a los jóvenes no salvos que debían obedecer a Cristo, entregarle su corazón, rendir sus vidas, arrepentirse de sus pecados, someterse al señorío de Cristo ni seguirle. La película manifestaba que decir a los perdidos que deben hacer esas cosas confunde el mensaje del evangelio. Abogaba por dar sólo datos objetivos de la muerte de Jesús (sin hacer mención de la resurrección) y de la necesidad de creer. La película llegaba a la conclusión de que la fe que salva es el conocimiento y aceptación de hechos del evangelio.

Asistí a una conferencia bíblica en la que un conferenciante muy conocido dio un mensaje sobre la salvación. Manifestaba que decir a los perdidos que deben rendirse a Cristo es igual que predicar las obras. Definía la salvación como el don incondicional de la vida eterna dada a personas que creen los hechos acerca de Cristo, tanto si deciden obedecerle como si no. Uno de sus puntos principales era que la salvación puede o no cambiar la conducta de una persona. Las conductas transformadas son deseables, decía; pero incluso si no hay cambio de forma de vida, el que ha creído los hechos del evangelio puede confiar tranquilo en la certeza del cielo.

Multitudes acuden a Cristo en estos términos. Al pensar que Cristo no se opondrá a sus pecados, responden anhelantes, pero sin ningún sentido de la gravedad de sus pecados ante Dios, y sin ningún deseo de ser liberados del yugo de pecado. Han sido engañados por un evangelio corrupto. Se les ha dicho que la fe sola les salva, pero ellos ni tienen ni saben lo que es fe auténtica. La "fe" en que ellos confían es sólo asentimiento intelectual a una serie de hechos. Eso no salva.

¿Vida eterna de una fe muerta?

No toda fe es redentora. Santiago 2:14-26 dice que la fe sin obras es muerta y no puede salvar.² Santiago describe la fe espuria como pura hipocresía, simple asenso de cognición carente de cualquier obra que la justifique, no diferente de la creencia de los demonios. Obviamente, en la fe que salva hay más que la mera aceptación de una serie de hechos. La fe sin obras es inútil.

Aun así, algunos en el evangelismo moderno se niegan a aceptar relación alguna entre fe y obras. Con esta limitación, se ven forzados a aceptar virtualmente cualquier profesión de fe como auténtica.³ Sorprendentemente, al menos un escritor cree que la fe muerta puede salvar.⁴ Otro declara que sea lo que fuere que signifique Santiago 2:14-26, no puede estar diciendo que las buenas obras son evidencia esencial de la verdadera fe.⁵

Otros admiten la ineficacia de una fe que no es más que un

reconocimiento académico estéril de la verdad, pero son contrarios a definir la fe en términos que impliquen sumisión o dedicación de la propia vida.⁶ De hecho, es creencia común que la fe y la dedicación están desconectadas de manera innata.⁷ La idea típica de la fe la relega a un acto momentáneo que tiene lugar en la mente, la decisión de creer los hechos del evangelio, "nada más que la respuesta a una iniciativa divina".⁸ En esto se basa la falacia del enfoque popular de la evangelización de hoy. El llamamiento del evangelio está unido a una explicación totalmente inadecuada de lo que significa creer. La definición moderna de fe elimina el arrepentimiento, borra los elementos morales del creer, elude la obra de Dios en el corazón del pecador y hace de la progresiva entrega al Señor algo opcional. Lejos de defender la verdad de que las obras humanas no tienen lugar en la salvación, el credulismo fácil moderno ha hecho de la misma fe una obra totalmente humana, un atributo frágil y temporal que puede perseverar o no.⁹

Pero no es un concepto bíblico decir que se puede tener fe en el momento de la salvación, y que no se necesita tenerla nunca más. La naturaleza continua de la fe que salva está subrayada por el uso del presente del verbo griego *pisteuo* ("creer") en todo el evangelio de Juan (ver 3:15-18, 36; 5:24; 6:35, 40, 47; 7:38; 11:25, 26; 12:44, 46; 20:31. También Hech. 10:43; 13:39; Rom. 1:16; 3:22; 4:5; 9:33; 10:4, 10, 11). Si creer fuera un acto de una sola vez, el tiempo griego de estos versículos hubiera sido el aoristo.

Las palabras de Pablo en 2 Timoteo 2:12 hablan poderosamente de este asunto: "Si perseveramos, también reinaremos con él. Si le negamos, él también nos negará." La perseverancia es la señal de quienes reinarán con Cristo en su reino. Está claro que el pensamiento es que la perseverancia es una característica de los verdaderos creyentes, mientras que la deslealtad y la deserción revelan un corazón incrédulo. A aquellos que niegan a Cristo, Cristo los negará.

Pablo continúa diciendo: "Si somos infieles, él permanece fiel, porque no puede negarse a sí mismo" (v. 13). Así, la fidelidad de Dios es un consuelo bendito para los creyentes fieles, leales y perseverantes, pero una advertencia para los profesantes falsos. Dado que Cristo es fiel a sí mismo, él los condenará (ver Juan 3:17, 18).

Fe según la Biblia

Ya hemos visto que el arrepentimiento es un elemento decisivo de la fe auténtica, y que es un don de Dios; no es una obra humana (Hech. 11:18; 2 Tim. 2:25). De igual manera, la fe es un don sobrenatural de Dios. Efesios 2:8, 9 es un pasaje familiar: "Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios. No es por obras, para que nadie se gloríe." ¿Cuál es el "don de Dios" del que

habla Pablo? Westcott lo llama "la energía salvadora de la fe".¹⁰ Sin embargo, la frase "esto no de vosotros" no tiene antecedente claro. El pronombre griego traducido "esto" es neutro y la palabra fe es femenina. Parece que lo que Pablo tenía en mente era el proceso completo de gracia, fe y salvación como don de Dios. En cualquier caso, el pasaje enseña que la fe no es algo producido por voluntad humana sino un don de Dios, otorgado en su plena soberanía (ver Fil. 1:29).

Jesús dijo: "De cierto, de cierto os digo: El que cree tiene vida eterna" (Juan 6:47). Pero en el mismo contexto dijo también: "Nadie puede venir a mí, a menos que el Padre que me envió lo traiga" (Juan 6:44). Dios lleva al pecador a Cristo y da también la capacidad de creer. Sin esta fe generada divinamente, no se puede entender al Salvador ni acudir a él. Por ejemplo, cuando Pedro declaró su fe en Cristo como el Hijo de Dios, Jesús le dijo: "Bienaventurado eres, Simón hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos" (Mat. 16:17). La fe de Pedro le fue dada por Dios mismo.

Como don divino, la fe no es transitoria ni impotente. Tiene una cualidad en sí que garantiza su perseverancia hasta el fin. Las conocidas palabras de Habacuc 2:4: "El justo por su fe vivirá" (ver Rom. 1:17; Gál. 3:11; Heb. 10:38), no hablan de un acto momentáneo de creer, sino de una confianza en Dios de toda la vida. Hebreos 3:14 hace hincapié en la permanencia de la fe verdadera, y su misma durabilidad es la prueba principal de su realidad: "Porque hemos llegado a ser participantes de Cristo, si de veras retenemos el principio de nuestra confianza hasta el fin." La fe que Dios da no se puede evaporar nunca. La obra de salvación que Dios inicia con el don de la fe no puede ser finalmente frustrada. En Filipenses 1:6 escribe Pablo: "Estando convencido de esto: que el que en vosotros comenzó la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Cristo Jesús" (ver también 1 Cor. 1:8; Col. 1:22, 23).

La fe que Dios otorga comprende tanto el deseo como la capacidad de obedecer a su voluntad (ver Fil. 2:13). En otras palabras, la fe incluye obediencia. Berkhof ve tres elementos en la fe auténtica: Un elemento intelectual (*notitia*), que es la comprensión de la verdad; un elemento emocional (*assensus*), que es la convicción y afirmación de la verdad; y un elemento volitivo (*fiducia*), que es la determinación de la voluntad de obedecer a la verdad.¹¹ La teología popular moderna tiende a reconocer *notitia* y frecuentemente *assensus* pero elimina *fiducia*. Pero la fe no está completa a menos que sea obediente. W. E. Vine incluye los mismos conceptos en su lista de elementos principales del creer como "una convicción firme. . . una entrega personal. . . (y una) conducta inspirada por esa entrega".¹² Escribiendo sobre el verbo

obedecer (*peitho*), dice: "Peitho y pisteuo, 'creer', están íntimamente relacionados etimológicamente; la diferencia de significado es que el primer vocablo implica la obediencia que produce el segundo, ver Heb. 3:18, 19, donde se dice que la desobediencia de los israelitas es la evidencia de su incredulidad. . . Cuando un hombre obedece a Dios da la única evidencia posible de que cree en Dios de corazón. . . Peitho en el Nuevo Testamento sugiere un resultado real y exteriorizado de la persuasión interna y la fe consecuente."¹³

El creyente auténtico obedece. Dado que todos retenemos los vestigios de la carne pecaminosa, nadie obedece de forma perfecta (ver 2 Cor. 7:1; 1 Tes. 3:10), pero el deseo de hacer la voluntad de Dios está siempre presente en los creyentes verdaderos (ver Rom. 7:18).¹⁴ La fe produce siempre el deseo de obedecer.

Un concepto de fe que excluya la obediencia corrompe el mensaje de salvación. Pablo habló del evangelio como algo para ser obedecido (Rom. 10:16; 2 Tes. 1:8). Incluso caracterizó la conversión como obediencia en Romanos 6:17: "aunque erais esclavos del pecado, habéis obedecido de corazón". El resultado que buscaba en su ministerio era "obediencia. . . por palabra y obra" (Rom. 15:18), y escribió repetidamente de "la obediencia de la fe" (Rom. 1:5; 16:26).

Evidentemente, el concepto bíblico de fe es inseparable de la obediencia. Creer es sinónimo de obedecer en Juan 3:36: "El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que desobedece al Hijo no verá la vida." Hechos 6:7 muestra cómo se entendía la salvación en la iglesia primitiva: "el número de los discípulos se multiplicaba en gran manera en Jerusalén; inclusive un gran número de sacerdotes obedecía a la fe". La obediencia es parte integrante de la fe que salva hasta el punto de que Hebreos 5:9 la usa como sinónimo: "habiendo sido perfeccionado, llegó a ser Autor de eterna salvación para todos los que le obedecen". Hebreos 11, el gran tratado de la fe, presenta la obediencia y la fe como inseparables: "Por la fe Abraham. . . obedeció" (v. 8), y no sólo Abraham, ya que todos los héroes mencionados en Hebreos 11 mostraron su fe por medio de la obediencia. Al comentar este pasaje el principal diccionario teológico dice: "Creer es obedecer."¹⁵

La obediencia es la manifestación inevitable de la verdadera fe. Pablo reconoció esto cuando escribió a Tito, "los impuros e incrédulos. . . Profesan conocer a Dios, pero con sus hechos lo niegan" (Tito 1:15, 16).¹⁶ Para Pablo la desobediencia de ellos era prueba de su incredulidad. Sus actos negaban a Dios con voz más fuerte que la de las palabras con que le proclamaban. Esto es característico de la incredulidad, no de la fe; porque la verdadera fe siempre incorpora las buenas obras. A los reformadores les gustaba decir: la fe sola trae salvación, pero la fe que trae salvación nunca está sola. Spurgeon dijo: "Aunque estamos seguros de que los hombres no son salvos por sus obras,

también estamos seguros de que ningún hombre se salva sin ellas.¹⁷ La fe verdadera se manifiesta siempre en obediencia.

Fe y fidelidad no eran conceptos esencialmente diferentes para los cristianos del primer siglo. De hecho, la misma palabra se traduce de ambas maneras en las Biblias en inglés. Lighfoot escribe:

El griego *pistis*. . . y el inglés "faith" (o el castellano fe) oscilan entre dos significados; *confianza*, la estructura mental que se fía de otro; y *ser digno de confianza*, la estructura mental en que se puede confiar. No sólo están conectados gramaticalmente como sentidos activo y pasivo de la misma palabra, o lógicamente como sujeto y objeto de un mismo acto; sino que existe una íntima conexión moral entre ellos. Fidelidad, constancia, firmeza, confianza y creencia, son los lazos que conectan los dos extremos: el significado pasivo de "fe" con el activo. Debido a estas causas combinadas, los dos sentidos se mezclan a veces de tal manera que sólo pueden ser separados por alguna distinción arbitraria. . . En todos los casos semejantes es mejor aceptar la amplitud, e incluso la vaguedad, de una palabra o frase, que intentar una definición rígida. . . Y sin duda la pérdida de precisión gramatical está frecuentemente más que compensada por la ganancia de profundidad teológica. En el caso de "los fieles", por ejemplo, una cualidad no lleva consigo la otra, de modo que los confiados sean también dignos de confianza; los que tienen fe en Dios, ¿están firmes e inamovibles en el camino del deber?¹⁸

Así, los fieles (creyentes) son también fieles (obedientes). "Fidelidad, constancia, firmeza, confianza (y) creencia" están comprendidas de forma indivisible en la idea de creer. Una vida recta es un resultado inevitable de la fe auténtica (Rom. 10:10).

Desde luego esto no es decir que la fe produzca algo así como una perfección sin pecado. Todos los verdaderos creyentes comprenden la súplica del padre del muchacho poseído por un demonio. "¡Creo! ¡Ayuda mi incredulidad!" (Mar. 9:24). Los que creen *desearán* obedecer, no importa lo imperfectamente que se puedan comportar a veces. Eso que se llama "fe" en Dios que no produce este deseo de someterse a su voluntad no es fe. El estado mental que rehúsa obedecer es pura y simple incredulidad.

Fe como Jesús la presentó

Las bienaventuranzas de Mateo 5:3-12 revelan el carácter de la verdadera fe, tan bien como cualquier otro pasaje que yo conozco.¹⁹ En esta sección inicial del sermón del Monte, nuestro Señor presenta una justicia superior a la piedad externa de los escribas y fariseos (Mat. 5:20). Esta justicia superior, dice él, es obligatoria para cualquiera que entre en el reino de los cielos. Por consiguiente, las cualidades que

describe deben distinguir a todo creyente verdadero. En este sentido, son características de toda fe genuina. La primera de las bienaventuranzas no deja duda sobre a quién está hablando el Señor: "Bienaventurados los pobres en espíritu, *porque de ellos es el reino de los cielos*" (Mat. 5:3, énfasis añadido). Estos son personas redimidas, los que han creído. He aquí cómo es la fe de ellos.

Su característica fundamental es la humildad, pobreza de espíritu, un quebrantamiento que reconoce su bancarrota espiritual. Los creyentes auténticos se ven a sí mismos como pecadores; saben que no tienen nada que ofrecer a Dios que pueda comprar su favor. Por esto lloran (Mat. 5:4) con la tristeza que acompaña al verdadero arrepentimiento. Esto reduce al creyente a la mansedumbre (v. 5). Tiene hambre y sed de justicia (v. 6). Al satisfacer el Señor esa hambre, hace al creyente misericordioso (v. 7), limpio de corazón (v. 8) y pacificador (v. 9). El creyente es finalmente perseguido por causa de la justicia (v. 10).

Esta es la descripción de Jesús de la verdadera fe. Empieza con humildad y fructifica en obediencia. La obediencia que produce la verdadera fe es más que externa; es una obediencia que nace del corazón. Eso es lo que la hace más grande que la de los escribas y fariseos. Jesús define la verdadera justicia, la justicia nacida de la fe (ver Rom. 10:6), como obediencia no sólo a la letra de la ley, sino también a su espíritu (Mat. 5:21-48). Esta clase de justicia no evita simplemente actos de adulterio; llega tan lejos como para evitar los pensamientos adúlteros. Evita el odio tanto como el homicidio. Jesús resume la necesidad de la auténtica justicia con esta impresionante declaración del sermón del Monte: "Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto" (Mat. 5:48).

Desde luego esto establece una norma imposible. Después de tratar con el joven rico y de que éste se alejara sin creer, Jesús dijo a sus discípulos: "difícilmente entrará el rico en el reino de los cielos" (Mat. 19:23). ¿Recuerda la respuesta de ellos? Sorprendidos le preguntaron: "Entonces, ¿quién podrá ser salvo?" (v. 25). Jesús contestó: "Para los hombres esto es imposible, pero para Dios todo es posible" (v. 26). La salvación es imposible; no tenemos recursos redentores propios. Somos incluso incapaces de creer sin que Dios nos capacite (Juan 6:44, 65). Tampoco podemos crear fe por nuestra voluntad humana. Pero Dios en su gracia nos da la fe, y con ella nos da la gracia que necesitamos para obedecerle y vivir rectamente (2 Ped. 1:3).

La norma de Dios es más alta de lo que nosotros podemos alcanzar. Entender esto le sitúa a uno en el camino de la verdadera fe, un camino que empieza con la humildad que nace de un sentido de total pobreza espiritual, el conocimiento de que somos pobres en espíritu. Pero se completa inevitablemente en obediencia justa.

Cuando Jesús quiso ilustrar el carácter de la fe que salva, tomó a un niño, lo puso en medio de los discípulos y dijo: "De cierto os digo que si no os volvéis y os hacéis como niños, jamás entraréis en el reino de los cielos" (Mat. 18:3). Un niño es la representación perfecta de la humildad obediente,²⁰ una lección objetiva sobre la fe que salva.

Jesús usó esta ilustración para enseñar que si insistimos en retener los privilegios de la adultez (si queremos ser nuestros propios jefes, hacer nuestras propias cosas, gobernar nuestra propia vida) no podemos entrar en el reino de los cielos. Pero si estamos dispuestos a venir basándonos en una fe como la de un niño y a recibir la salvación con la humildad de un niño, dispuestos a someternos a la autoridad de Cristo, entonces venimos con la actitud correcta.

Jesús dijo: "Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen. Yo les doy vida eterna, y no perecerán jamás" (Juan 10:27, 28, énfasis añadido). ¿Quiénes son las verdaderas ovejas? Los que siguen. ¿Quiénes son los que siguen? Los que reciben la vida eterna.

La fe obedece. La incredulidad se rebela. El fruto de la propia vida manifiesta si el individuo es un creyente o un incrédulo. No hay término medio.²¹ El mero hecho de saber y afirmar hechos sin obedecer a la verdad no es creer en el sentido bíblico de la palabra. Los que se aferran al recuerdo de la profesión de "fe" hecha una vez, pero que carecen de cualquier evidencia de que la fe ha seguido obrando en su vida harán bien en escuchar la advertencia clara y solemne de la Biblia: "el que desobedece al Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios permanece sobre él" (Juan 3:36).

17

El camino de salvación

Ningún pasaje de la Biblia ataca con tanta fuerza el credulismo fácil moderno como Mateo 7:13, 14. Es la conclusión del sermón del Monte y equivale a la presentación del camino de salvación hecha por el mismo Salvador. ¡Qué diferente es a la tendencia del evangelismo moderno! No hay apoyo en estas palabras para quienes creen que pueden ser salvos por la aceptación casual de los hechos que tienen que ver con Jesucristo: "Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva a la perdición, y son muchos los que entran por ella. Pero ¡qué estrecha es la puerta y qué angosto el camino que lleva a la vida! Y son pocos los que la hallan." Aquí lleva nuestro Señor el sermón del Monte a su clímax evangelístico.

Este pasaje hace pedazos la pretensión de quienes dicen que el sermón del Monte no es evangelio sino ley.¹ De hecho esto es puro evangelio,² con una invitación tan directa como alguna vez se haya hecho. Estos versículos descartan también la opinión de que el sermón del Monte es simplemente un discurso sobre ética para admirarlo a distancia. Jesús no estaba interesado en usar de florituras en sus enseñanzas morales. Jesús no presenta aquí la posibilidad de que el sermón del Monte sea una verdad para un mañana profético; él habla de las personas en términos de aquí y ahora, y su mensaje es urgente.

Cada uno debe hacer una elección, una elección que la Biblia presenta de formas diferentes. Por medio de Moisés, Dios se enfrentó a los hijos de Israel y dijo: "he puesto delante de vosotros la vida y la muerte, la bendición y la maldición. Escoge, pues, la vida para que vivas" (Deut. 30:19). Josué desafió a los israelitas al entrar en la tierra prometida: "escogeos hoy a quién sirváis: si a los dioses a los cuales servían vuestros padres cuando estaban al otro lado del Río, o a los

dioses de los amorreos en cuya tierra habitáis. Pero yo y mi casa serviremos a Jehovah" (Jos. 24:15). Elías pidió una decisión en el monte Carmelo: "¿Hasta cuándo vacilaréis entre dos opiniones? Si Jehovah es Dios, ¡seguidle! Y si Baal, ¡seguidle!" (1 Rey. 18:21). Dios le dijo a Jeremías: "Y dirás a este pueblo que así ha dicho Jehovah: 'He aquí, yo pongo delante de vosotros el camino de la vida y el camino de la muerte'" (Jer. 21:8).

La salvación es una elección que cada uno debe hacer, pero no es sólo una decisión momentánea en el sentido que frecuentemente creemos. Es un veredicto de una vez para siempre con implicaciones permanentes y consecuencias eternas, la decisión definitiva. Jesús mismo se encuentra en la encrucijada del destino de cada persona y demanda una decisión deliberada de vida o muerte, cielo o infierno. Aquí, en la culminación de todo lo que ha dicho en el sermón del Monte, el Señor demanda que cada persona elija entre seguir al mundo en el camino fácil, o seguirle a él en el camino difícil. No hay en ninguna otra parte de la Biblia una declaración más clara del evangelio según Jesucristo.

Aquí hay dos puertas, la ancha y la estrecha; dos caminos, el ancho y el estrecho; dos destinos, la vida y la perdición; y dos grupos, los pocos y los muchos. El Señor continúa (Mat. 7:16-27) describiendo dos clases de árboles, el sano y el podrido; dos clases de frutos, los buenos y los malos; dos clases de constructores, el prudente y el insensato; y dos clases de fundamentos, la peña y la arena. Las alternativas están claras. El Señor demanda una decisión. Estamos en la encrucijada y cada uno debe escoger qué camino seguir.

Dos puertas

"Entrad por la puerta estrecha", dice Cristo, usando un verbo en imperativo que conlleva un sentido de urgencia, y reclama acción *ahora*. No es suficiente pararse a contemplar la puerta, se debe entrar por ella.

También es importante pasar por la puerta *correcta*. Hay sólo una puerta que da al camino estrecho. Jesús dijo: "Yo soy la puerta. Si alguien entra por mí, será salvo" (Juan 10:9) y, "el que no entra... por la puerta... ése es ladrón y asaltante" (Juan 10:1). "Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí" (Juan 14:6). "Y en ningún otro hay salvación, porque no hay otro nombre debajo del cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos" (Hech. 4:12). "Porque hay... un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre" (1 Tim. 2:5). Cristo es la puerta y el camino. No hay otros caminos al cielo.

Cualquier otra opción es errónea. No hay nada intermedio,

ninguna tercera alternativa, ninguna otra puerta. Las opciones son simples y directas. No hay lugar para la tolerancia ecuménica amplia que imagina nuestra cultura humanista. Como dice John Stott: "Jesús prescinde de nuestro sincretismo despreocupado."³ No hay muchas religiones verdaderas; sólo hay una. Así, las opciones son sólo dos: la verdadera y la falsa, el camino de Dios y el nuestro.

Todas las religiones de este mundo están basadas en los logros humanos. Sólo el cristianismo bíblico reconoce los logros divinos, la obra de Cristo a favor del hombre, como base única de la salvación. La muerte de Cristo en la cruz pagó el precio por nuestros pecados (1 Cor. 15:3), y su resurrección demostró que había derrotado a la muerte (1 Cor. 15:20). La salvación no es un sistema basado en méritos en que los hombres y las mujeres trabajan para ganar el favor de Dios. Nadie podría hacer nunca suficientes obras buenas para ser aceptable a Dios (Rom. 3:10-18). Ni siquiera la ley de Moisés hizo justos a los hombres; fue dada para mostrar lo pecadores y desobedientes que somos en realidad (Rom. 3:20). Dios declara justos a los creyentes por medio de su gracia, y los hace justos, atribuyéndoles la justicia de Cristo (Rom. 3:21-24).

Así, la única elección está entre la gran cantidad de religiones basadas en los méritos humanos y la única religión del mérito divino. La Biblia dice: "Al que obra (éste es el que elige una religión de méritos humanos), no se le considera el salario como gracia, sino como obligación."⁴ Pero al que no obra, sino que cree en aquél que justifica al impío (éste es el que se somete a la religión del mérito divino), se considera su fe como justicia" (Rom. 4:4, 5, paréntesis agregado).

El camino estrecho y el camino ancho no contrastan la religión con el paganismo. Jesús no está poniendo la religión superior frente a las inferiores, ni siquiera el cristianismo frente a la inmoralidad abierta. Ambos caminos pretenden ser el camino de Dios. La puerta ancha no dice, "al infierno"; está rotulada "cielo" igual que la puerta estrecha. Pero no conduce a él.

Satanás es un experto en el engaño religioso, hasta llega a disfrazarse de ángel de luz (2 Cor. 11:14). Pinta su puerta para que parezca la puerta del cielo y "són muchos los que entran por ella" (Mat. 7:13). Pero nuestro Señor describe la puerta correcta como estrecha. De hecho, muchos comentaristas dirían que la mejor expresión contemporánea para la puerta estrecha sería "tomiquete".⁵ Sólo puede pasar una persona cada vez. Nadie entra en el reino de los cielos como parte de un grupo. Muchos judíos basaban su esperanza del cielo en su linaje nacional, como muchos asiduos a la iglesia de hoy basan su esperanza eterna en su afiliación denominacional, su linaje familiar o en ser miembros de la iglesia. Jesús refuta aquí estas ideas. La puerta admite sólo uno por vez: la salvación es intensamente personal. No es

suficiente haber nacido en una familia cristiana o tener un cónyuge creyente. Creer es un acto individual.

Entrar por la puerta estrecha no es fácil. Lucas 13 dice que cuando Jesús iba por ciudades y aldeas enseñando le preguntaron: "Señor, ¿son pocos los que se salvan?" (v. 23). Su contestación rechaza el credulismo fácil moderno: "Esforzaos a entrar por la puerta angosta, porque os digo que muchos procurarán entrar, y no podrán" (v. 24). La palabra griega para "esforzaos", *agonizomai*, implica una lucha agónica, intensa y con propósito. Es la misma palabra que se utiliza en 1 Corintios 9:25 para un atleta que compite en el estadio para obtener la victoria. También se usa en Colosenses 4:12 respecto a la labor solícita de Epafras, y en 1 Timoteo 6:12 para el cristiano que "pelea la buena batalla de la fe". Es una lucha, una batalla, un esfuerzo extremo. Hay casi una violencia implícita, y es propio que así sea, porque entrar en el reino es como ir a la guerra. En Mateo 11:12 dice Jesús: "el reino de los cielos sufre violencia, y los violentos se apoderan de él". En Lucas 16:16 leemos: "son anunciadas las buenas nuevas del reino de Dios, y todos se esfuerzan por entrar en él" (ver Hech. 14:22). Pedro escribió: "Y si el justo con dificultad se salva, ¿en qué irá a parar el impío y pecador?" (1 Ped. 4:18).

¿Cómo encaja esto en la idea moderna de que la salvación es fácil? ¿Qué hace con la creencia popular de que hacerse cristiano es sólo cuestión de creer algunos hechos, firmar sobre una línea de puntos, pasar al frente, levantar la mano o recitar la oración adecuada? ¿No podría ser que muchos de nuestros "convertidos" estuvieran en el camino equivocado porque tomaron el camino fácil a través de la puerta ancha?

La salvación no es fácil. "Pero, ¡qué estrecha es la puerta. . .! Y son pocos los que la hallan" (Mat. 7:14). Esto supone que a menos que una persona esté buscando con diligencia la puerta, es fácil que no se entere de que está ahí. En Jeremías 29:13, dice Dios: "Me buscaréis y me hallaréis, porque me buscaréis con todo vuestro corazón."

El mensaje de Jesús no puede acomodarse a cualquier clase de credulismo fácil. El reino no es para personas que quieren a Jesús pero sin ningún cambio en sus vidas. Sólo es para quienes le buscan de todo corazón, quienes agonizan por entrar. Muchos de los que se acercan a la puerta se alejan después de averiguar el costo. Para que alguien no objete que ésta es una religión de obras humanas, recuérdese que es sólo la capacitación de la gracia de Dios lo que da poder a un persona para cruzar la puerta. En el quebranto del arrepentimiento otorgado por Dios, en la pobreza de un espíritu humilde producido por Dios; el poder de Dios viene a ser el medio.

De hecho, sólo quienes se desprenden de todo pueden entrar por esta puerta estrecha. No se puede pasar por un torniquete cargado de

maletas. La puerta estrecha que describe Jesús no es lo suficientemente ancha para las superestrellas que quieren pasar con todas sus posesiones. El joven rico buscó hasta que encontró la puerta; pero cuando vio que entrar significa dejarlo todo atrás, dio la vuelta y se alejó. Quienquiera que seamos, cualquiera que sea nuestro tesoro; cuando llegamos a la puerta estrecha podemos esperar perderlo todo. El equipaje de la justicia propia, el egoísmo, el pecado y el materialismo deben dejarse fuera, o no conseguiremos entrar nunca. Las buenas nuevas son que, aunque la puerta es estrecha, es lo suficientemente ancha como para dar cabida al más grande de los pecadores (ver 1 Tim. 1:15).

Para aquellos que se empeñan en llevar su equipaje, la puerta ancha puede ser más atractiva. Está señalada "cielo", puede incluso estar marcada "Jesús", pero no conduce al cielo ni tiene nada que ver con Jesús. Es la puerta de la religión para las masas, una puerta ancha y abierta por la que cualquiera puede pasar sin desprenderse de su propia justicia, de su orgullo, de sus posesiones materiales, ni siquiera del pecado. Pero no hay salvación para quienes eligen esta puerta.

Recibir a Cristo no significa simplemente que podemos limitarnos a añadir a Jesús a los desechos que llevamos acumulados. La salvación requiere una transformación total: "Si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas" (2 Cor. 5:17). ¿Hay algo más claro que esto? Las cosas viejas pasan. El pecado, el egoísmo y los placeres mundanos son reemplazados por cosas nuevas. Este es el objeto total de la salvación: Produce un cambio de vida.

Dos caminos

Los dos caminos están íntimamente identificados con las dos puertas. Uno es ancho y amplio, el otro es difícil y estrecho (Mat. 7:14). El Salmo 1 también habla de estos dos caminos: "Jehovah conoce el camino de los justos, pero el camino de los impíos perecerá." La elección es la que ha sido siempre: o el camino ancho y concurrido de los impíos, o el camino estrecho de los santos. El camino ancho es ciertamente más fácil: no hay precipicios. Hay mucha amplitud para quienes deseen probar los entremeses morales que ofrece la multitud en este camino. No hay limitaciones ni freno alguno. Hay tolerancia para todo pecado imaginable en tanto uno diga que ama a Jesús. O en tanto sea religioso o cualquier otra cosa que desee ser.

Este camino no requiere ningún carácter. Uno puede ser como un pez flotando río abajo arrastrado por la corriente. Este es, en el lenguaje de Efesios 2:2, "la corriente de este mundo". Es el "camino que al hombre le parece derecho, pero que al fin es camino de muerte" (Prov.

16:25). El camino de Dios es una senda angosta, un paso estrecho que lleva a la vida. Aquí no hay espacio para ninguna desviación.

Jesús no busca multitudes. Busca y salva a los individuos que saben que están perdidos. Como hemos notado anteriormente, nuestro Señor no invitaba a las personas a tomar decisiones repentinas de seguirle sin considerar el costo. Ni invitaba necesariamente a los buscadores ansiosos a unirse a su compañía. De hecho parecía animar a los seguidores en potencia a dar la vuelta y alejarse.

En Juan 6:64, por ejemplo, Jesús cuestiona la fe de quienes decían ser sus discípulos: "Pero hay entre vosotros algunos que no creen." El versículo 66 dice: "Desde entonces, muchos de sus discípulos volvieron atrás, y ya no andaban con él." Jesús se volvió a los doce y dijo: "¿Queréis acaso ir vosotros también?" (v. 67). Era como si les incitara, tratando de inducirles a marcharse con la multitud. No quería seguidores casuales, sino personas dispuestas a dar la vida por él.

Lucas 14 describe cómo trataba Jesús a las masas de aduladores que le seguían por todas partes: "Grandes multitudes iban con él, y él se volvió y les dijo: 'Si alguno viene a mí y no aborrece a su padre, madre, mujer, hijos, hermanos, hermanas y aun su propia vida, no puede ser mi discípulo. Y cualquiera que no toma su propia cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo. . . Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia a todas las cosas que posee, no puede ser mi discípulo'" (vv. 25-27, 33). El Señor hace que el camino estrecho sea lo más duro posible, demandando que quienes de verdad desean seguirle salgan de la multitud y tomen una cruz, un instrumento de tortura y muerte.

Trate de predicar esto en una reunión de evangelización y observe cuántos pasan al frente. Pero la mayoría de los que lo hagan entenderá la dedicación que se requiere.

Quienes están en el camino estrecho deben esperar también persecución: "viene la hora cuando cualquiera que os mate pensará que rinde servicio a Dios" (Juan 16:2). Los cristianos no andan en este camino estrecho con los pies descalzos; el camino es duro. Jesús nunca presentó el cristianismo como una opción blanda para almas enfermizas de rodillas débiles. Cuando una persona se convierte en cristiana declara la guerra al infierno, y el infierno lucha contra ella. Seguir a Cristo le puede costar a uno hasta la misma vida, le cuesta sin duda la vida en un sentido espiritual. Los cobardes y contemporizadores no se molesten en intentarlo.

¿No suena como si fuera un camino horrible de transitar? No lo es. Jesucristo mismo guía en el camino y da fuerza (ver Fil. 4:12, 13). El yugo es fácil y la carga ligera (Mat. 11:30).

Dos destinos

La elección que uno hace entre las dos puertas y los dos caminos es una elección para la eternidad. El camino ancho que comienza tan fácil se hace duro, curiosamente, justo al final, termina en el infierno. Lo que parece tan atractivo desde este extremo lleva solamente a la destrucción.

La puerta estrecha que da al camino angosto puede no parecer muy atractiva, pero es el camino de la vida. El camino de principio difícil se abre por completo en la gloria eterna del cielo.

Dos multitudes

Finalmente hay dos grupos de personas viajando por los diferentes caminos. Mateo 7:13 habla de las multitudes que pasan por la puerta ancha: "Son muchos los que entran por ella." En cuanto a la puerta estrecha: "Son pocos los que la hallan" (v. 14). Es un hecho lamentable que la mayoría de las personas religiosas se dirijan al infierno, no al cielo. Incluso en el Antiguo Testamento los verdaderos creyentes eran sólo un remanente, nunca la mayoría. En Mateo 22:14 dice Jesús: "muchos son los llamados, pero pocos los escogidos". En Lucas 12:32 se nos dice que Jesús miró a sus discípulos y dijo: "No temáis, manada pequeña." La palabra traducida "pequeña" en este versículo es *micron*, de la que tomamos el prefijo *micro* que significa algo muy pequeño. Es la misma palabra que se usa en Mateo 13:32 para la semilla de mostaza, una de las semillas más pequeñas. El remanente de creyentes ha sido siempre una manada pequeña, unas pocas almas que obran en el poder de Dios, que conocen su incapacidad humana, pero que están dispuestas a pagar el precio. La masa de la humanidad toma el camino ancho. Pero la mayoría raramente tiene razón.

El camino ancho es la elección natural, desde un punto de vista humano. Preferimos el pecado a la rectitud. Jesús dijo: "los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas" (Juan 3:19). Es fácil caer en el error de caminar con la multitud. Incluso podemos añadir a Jesús a todos los pecados y posesiones atesorados a fin de sentirnos religiosos. Uno puede ir al templo y ser tan activo y pasivo como desee. No tiene que negarse nunca a sí mismo ni tomar una cruz. El único problema es que el camino natural termina en desastre.

Alguien me envió un recorte de un periódico de Melbourne, Australia. Es una carta al editor, escrita inmediatamente después de una campaña de Billy Graham: "Después de oír al doctor Billy Graham en la radio, verle en la televisión y leer noticias y cartas sobre él y su misión, estoy totalmente harto del tipo de religión que insiste en que mi alma (y

la de cualquier otro) necesita salvación, sea lo que fuere que ello signifique. Nunca me he sentido perdido. Ni siento que cada día me esté revolcando en el cieno del pecado, pese a la predicación reiterativa que insiste en que lo estoy haciendo. Deme una religión práctica que enseñe gentileza y tolerancia, que no reconozca barreras de color ni credo, que se acuerde de los ancianos y enseñe a los niños sobre la bondad y no sobre el pecado. Si para salvar mi alma he de aceptar una filosofía como la que he oído predicar recientemente, prefiero seguir condenado para siempre."

Una carta triste. Pero lo cierto es que el hombre entendió perfectamente las alternativas. Sencillamente, hizo la elección equivocada. La gran tragedia es que hay multitudes con él en el camino, y la mayoría cree que va con destino al cielo. En lugar de ello terminarán en la destrucción y la condenación, víctimas de un engaño satánico.

Estoy convencido de que, en realidad, el mensaje evangelístico popular de nuestro tiempo conduce a las personas a esta decepción. Promete un plan maravilloso y cómodo para la vida. Olvida el tropiezo de la cruz (ver 1 Cor. 1:23; Gál. 5:11). Aunque presenta a Cristo como el camino, la verdad y la vida, no dice nada de la puerta estrecha ni del camino angosto. Su tema es el amor de Dios, pero no menciona la ira de Dios. Contempla a las personas como despojadas y no como depravadas. Está lleno de amor y comprensión, pero no se menciona al Dios santo que odia el pecado, no exhorta al arrepentimiento, no advierte sobre el juicio; no hay ninguna expectativa de contrición ni razón alguna para un pesar profundo por el pecado. Es el mensaje de una salvación fácil, un llamamiento a una decisión precipitada acompañada frecuentemente por falsas promesas de salud, felicidad y bendiciones materiales. Este no es el evangelio según Jesucristo.

"¡Qué estrecha es la puerta y qué angosto el camino que lleva a la vida! Y son pocos los que la hallan." Jesús no podía ser más claro. Este es el único camino que toma su evangelio. No es un camino fácil, ni popular, pero es el único que lleva a la gloria eterna.

18

La certeza del juicio

Un hombre que me oyó hablar por radio me escribió: "Cuando oí sus programas sobre el libro de Romanos me sentí decepcionado. Para usted la justificación por fe parece convertirse en algo que hace del creyente un obrador de justicia en lugar de ser una simple demanda." Añadía que él creía que yo estaba cometiendo un grave error teológico al confundir el concepto puramente judicial de *justificación* (el acto por el que Dios declara justo a un creyente pecador) con el concepto práctico de *santificación* (el acto por el que Dios hace santo a un creyente). La justificación, como él la entendía, tiene lugar en la salvación; la santificación puede o no suceder más adelante, según la disposición de la persona para obedecer. Mientras reconocía que todo creyente es justificado, quería dar lugar a creyentes que pudieran no estar santificados.

Había perdido el qué de la cuestión. Mientras la justificación y la santificación son conceptos teológicos distintos, ambos son elementos esenciales de la salvación. Dios no declara justa a una persona sin hacer al mismo tiempo de ella una persona justa. La salvación comprende *todas* las obras de Dios a nuestro favor, desde su conocimiento previo de antes de la fundación del mundo hasta nuestra glorificación final en la eternidad futura (Rom. 8:29, 30). No se puede decidir aceptar la vida eterna mientras se rechaza la santidad y la obediencia. Cuando Dios justifica a un individuo también le santifica.¹ Como escribió D. Martyn Lloyd-Jones: "¿Nos damos cuenta de que si entendemos realmente la doctrina de la justificación por fe habremos captado ya la esencia de las enseñanzas del Nuevo Testamento sobre la santidad y la santificación? ¿Nos hemos dado cuenta de que ser justificado por fe garantiza nuestra santificación y de que, por lo tanto, *no debemos pensar nunca en la*

santificación como una experiencia separada y subsecuente?"¹² (énfasis añadido).

La Biblia contradice a quienes definen la salvación como un acto puramente judicial sin consecuencias prácticas. Romanos 10:10 presenta la fe y la justicia como inseparables: "Porque con el corazón se cree para justicia." Hebreos 12:14 habla de "santidad sin la cual nadie verá al Señor".

Hebreos 12:14 no hace de la santidad un requisito previo a la salvación, sino que la reconoce como el resultado cierto. En otras palabras, la santificación es una característica de todos los redimidos, no una condición para recibir la salvación. Los que creen de verdad están seguros de que llegarán a ser santos, y los que no creen nunca pueden ser salvos. No tienen esperanza de ver a Dios, excepto para presentarse ante él en el juicio.

Muchos de los que creen que son salvos pero viven impiamente se verán sorprendidos al descubrir en el juicio que su destino no es el cielo. Es difícil describir una escena más horrenda que la descrita por Jesús en Mateo 7:21-23: "No todo el que me dice 'Señor, Señor' entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: '¡Señor, Señor! ¿No profetizamos en tu nombre? ¿En tu nombre no echamos demonios? ¿Y en tu nombre no hicimos muchas obras poderosas?' Entonces yo les declararé: 'Nunca os he conocido. ¡apartaos de mí, obradores de maldad!'"

Los que piensan en la salvación como una simple transacción legal, un reconocimiento separado de la justicia práctica, tendrán dificultades con esta advertencia de Jesús. Plantea la salvación en términos muy prácticos. Reitera la declaración clave del sermón del Monte: "Porque os digo que a menos que vuestra justicia sea mayor que la de los escribas y de los fariseos, jamás entraréis en el reino de los cielos" (Mat. 5:20). En Mateo 7, el Señor nos muestra un vislumbre del juicio venidero y de la tragedia de aquellos que se presentarán ante el trono con gran expectación, pero con sólo una profesión verbal o un simple conocimiento intelectual. Manifestarán que hicieron cosas por el Señor, pero sus palabras y sus corazones estarán vacíos. La tragedia es que Cristo los excluirá del cielo.

Notemos la frase clave en Mateo 7:21 que identifica la clase de personas que habitarán el cielo: "el que hace la voluntad de mi Padre". No es el que dice que conoce a Jesús o quien cree ciertos datos de él. Es el que hace la voluntad del Padre. El que practica la desobediencia será excluido (v. 23). La lección es que si una persona vive una vida desordenada de desobediencia, no importa lo que diga ni las cosas buenas que haya hecho, es un incrédulo en peligro de eterna condenación.

Es una admonición muy fuerte, pero es una parte indispensable del evangelio según Jesucristo. Estos breves versículos y los que los siguen inmediatamente condenan dos falsas respuestas a Cristo, la primera, profesar creer pero rehusando hacer lo que la fe requiere (Mat. 7:22, 23); y la segunda, oír sin obedecer (vv. 24-27).

Decir sin hacer:

El pecado de las palabras vanas

Nótese que los "muchos" que serán rechazados en el juicio no son paganos. Son personas religiosas que han elegido el camino de los méritos humanos. Son los que entran por la puerta ancha y toman el camino espacioso. Pablo dijo que estas personas "tendrán apariencia de piedad, pero negarán su eficacia" (2 Tim. 3:5). Son muy semejantes a los fariseos, obsesionados por la actividad religiosa, no necesariamente apóstatas, herejes, contrarios a Dios, ateos, ni agnósticos. Son simplemente personas que tratan de ganar el favor de Dios mediante obras externas en vez de vivir la justicia basada en la fe (ver Rom. 10:5-10).

Las obras que hacen son sólo externas. Son hipócritas que dicen las cosas correctas pero no las hacen de corazón. De hecho, pese a todas las cosas buenas que pretenderán haber hecho, la razón por la que serán rechazados será porque no hacen la voluntad del Padre (Mat. 7:21). Viven vidas de desobediencia (v. 23). Pueden saber las palabras correctas, pueden ser buenos en apariencia, pero su carácter no concuerda. Son como muchos en la iglesia de hoy que profesan una sana doctrina pero no son salvos.

Estas personas aun dicen "Señor, Señor", revelando su ortodoxia básica. Saben del señorío de Cristo, e incluso le dan su asentimiento verbal, pero no se someten a él como Señor. Son como aquellos a quienes Jesús habló según Lucas 6:46: "¿Por qué me llamáis: 'Señor, Señor', y no hacéis lo que digo?" Son fervientes, píos y respetuosos. Tres veces usan la frase "en tu nombre". Han estado ocupados en hacer cosas en el nombre del Señor, incluso cosas milagrosas, pensando que le estaban sirviendo celosamente. Pero sus palabras están vacías. Decir "Señor, Señor", y luego desobedecer es el equivalente moral del beso traicionero de Judas. La fe auténtica está tan interesada en hacer la voluntad de Dios como en declarar la verdadera doctrina.

Jesús pronunció las palabras de Mateo 7:21-23 como una advertencia a personas que creen que son salvos pero no viven en obediencia a Dios. A diferencia de los predicadores que hoy evitan trastornar la seguridad de cualquiera, Jesús estaba decidido a destruir las esperanzas de todos los que pensaban falsamente que eran salvos y

frecuentemente les llamó la atención sobre el asunto. Nunca animó a nadie que estuviera inseguro de su salvación a pasar por alto sus dudas. Su mensaje presenta un fuerte contraste con el evangelio de hoy, que parece estar diseñado específicamente para apoyar una seguridad falsa. El modelo de evangelismo moderno es atraer a las personas mediante una fórmula, hacer que reciten una oración, firmen una tarjeta o cualquier otra cosa; después decirles que son salvos y que nunca deben dudar de su salvación. Tal enfoque del testimonio cristiano está realmente en oposición al Espíritu Santo, cuyo ministerio es tanto dar seguridad a quienes son salvos (Rom. 8:16) como provocar convicción en quienes no lo son (Juan 16:8, 9). Dios conoce la diferencia, nosotros no.

Las dudas sobre la propia salvación no son malas en tanto no se alimenten y se conviertan en una obsesión. La Biblia invita al autoexamen. Se debe hacer frente a las dudas y tratarlas con honestidad y bíblicamente. En 2 Corintios 13:5 Pablo escribió: "Examinaos a vosotros mismos para ver si estáis firmes en la fe; probaos a vosotros mismos. ¿O no conocéis en cuanto a vosotros mismos, que Jesucristo está en vosotros, a menos que ya estéis reprobados?" Tal amonestación es ampliamente desatendida y a menudo rechazada³ en la iglesia contemporánea.

La enseñanza de que los cristianos están exentos de la observancia de cualquier ley moral prevalece en la comunidad evangélica de hoy. Se nos dice que no hay razón para examinar nuestra propia vida.⁴ Si Dios ejerce la gracia y es misericordioso, y la salvación es para quienes creen simplemente los hechos del evangelio, ¿qué tienen que ver la hipocresía, la desobediencia y el pecado con todo esto? No debemos preocuparnos por esas cosas. Pero la Biblia nos exhorta a autoexaminarnos al menos cada vez que celebramos la cena del Señor (1 Cor. 11:28).

El autoexamen es tan importante hoy como siempre. Cuando las estadísticas nos dicen que más de mil millones de personas en el mundo son cristianas, uno se pregunta quién determinó el criterio. Tales cifras no cuadran ciertamente con lo que Jesús dijo sobre muchos en el camino ancho y pocos en el angosto. Marcar en una encuesta una casilla que dice que uno es un cristiano nacido de nuevo no es una garantía de destino eterno. Incluso los que pertenecen a una iglesia legítima pueden estar engañados y destituidos totalmente de la justicia de Dios por medio de Cristo.

Hay varias clases de personas engañadas en la iglesia. Desde luego hay hipócritas, los que sólo tratan de parecer religiosos. Otros son nominales, personas superficiales que se llaman cristianas porque han asistido a la escuela dominical desde su juventud, o "dado testimonio" de aceptar a Cristo pero que no tienen interés en vivir las implicaciones

de la fe. Aun hay otros que están muy ocupados en las actividades religiosas de la iglesia; conocen los hechos del evangelio, pero no son obedientes a la Palabra de Dios. Tal vez van al templo porque están buscando una conciencia tranquila, bendiciones, experiencias, sanidades, milagros, o dones extáticos. Puede ser que estén dedicados a la denominación, la iglesia, la organización, pero no a la Palabra de Dios. Puede ser que les guste la teología con un interés puramente académico. Cualesquiera que sean las razones, muchos (Mat. 7:22) de los que se han identificado con Cristo y el cristianismo serán rechazados en el juicio.

Observemos atentamente que predicar, profetizar, echar fuera demonios y hacer milagros, aun bajo el disfraz de la ortodoxia, no son pruebas de salvación verdadera. Dios puede (y frecuentemente lo hace) obrar a través de personas no salvas. Utilizó al perdido Balaam (Núm. 23:5) ¡Utilizó incluso su asna! Caifás, el vil sumo sacerdote, profetizó la muerte de Cristo por todo el mundo (Juan 11:51, 52). Las obras poderosas pueden ser hechas también por el poder de Satanás, o pueden ser trucos. Los magos de Egipto fueron capaces de repetir virtualmente todos los milagros realizados por Moisés. Los perversos hijos de Esceva mencionados en Hechos 19 echaban fuera demonios. Mateo 24:24 profetiza que vendrán falsos cristos y falsos profetas y harán señales y maravillas. Satanás puede hacer algunas cosas sorprendentes, y hará casi cualquier cosa para engañar a un individuo haciéndole creer que es salvo.

Milagros, profecías y maravillas no son lo mismo que una vida santa, y sin verdadera santidad nadie verá a Dios (Heb. 12:14). Dios quiere que reflejemos su carácter: "así como aquel que os ha llamado es santo, también sed santos vosotros en todo aspecto de vuestra manera de vivir, porque escrito está: *Sed santos, porque yo soy santo*" (1 Ped. 1:15, 16). "Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto (Mat. 5:48). Porque Dios es santo, aquellos en quienes él obra progresarán más y más hacia la santidad. Porque Dios es perfecto, aquellos en quienes él mora, se moverán en la dirección de su perfecta norma. Si uno va en la dirección opuesta o se desliza hacia ella, lo correcto es que se autoexamine.

Buscar la perfección no supone que no podamos fallar nunca. Significa que si caemos procuraremos rectificar. Los que tienen verdadera fe caen, y en algunos casos con frecuencia, pero un creyente auténtico, como norma de vida, confiesa sus pecados y acude al Padre en busca de perdón (1 Jn. 1:9). *Perfección* es la norma; *dirección* es la prueba. Si la propia vida no muestra crecimiento en gracia, justicia y santidad; se hace necesario un examen de la autenticidad de la fe, incluso si la persona cree que ha hecho grandes cosas en el nombre de Cristo.

*Oír sin obedecer:**El pecado de los corazones vacíos*

Nuestro Señor explica ahora el peligro del juicio venidero con una breve ilustración. Esta es la conclusión del sermón del Monte. La ilustración aún todo lo que ha dicho respecto a la fe, la justicia y la necesidad de vivir de acuerdo con la norma divina. Es un llamamiento final a personas amenazadas por el juicio: "Cualquiera, pues, que me oye estas palabras y las hace, será semejante a un hombre prudente que edificó su casa sobre la peña. Y cayó la lluvia, vinieron torrentes, soplaron vientos y golpearon contra aquella casa. Pero ella no se derrumbó, porque se había fundado sobre la peña. Pero todo el que me oye estas palabras y no las hace, será semejante a un hombre insensato que edificó su casa sobre la arena. Cayó la lluvia, vinieron torrentes, y soplaron vientos, y azotaron contra aquella casa. Y se derrumbó, y fue grande su ruina" (Mat. 7:24-27).

Lo que a primera vista parece ser un relato muy sencillo, es de hecho un comentario poderoso sobre las personas que tienen la cabeza llena de conocimientos pero el corazón vacío de fe. Compara los que obedecen con los que no lo hacen. Algunas personas oyen y actúan de acuerdo con el mensaje, mientras otras oyen pero no actúan. La lección clara de nuestro Señor es que la diferencia entre ambos es un asunto de consecuencias eternas.

Esto es una repetición final del tema central del sermón del Monte: Los que no manifiesten una justicia auténtica, no entrarán en el reino de los cielos (ver Mat. 5:20). Las palabras se dirigen a quienes profesan conocer a Dios, quienes creen que son parte del reino, pero cuyas vidas no revelan el carácter de los que pertenecen al Rey.

En Mateo 7:24-27 se describe a dos hombres que representan a dos clases de oidores. Los dos edifican casas. Aparentemente las edifican en la misma zona, puesto que fueron batidas por la misma tormenta y la misma riada. Las casas serían probablemente muy semejantes. La única diferencia que menciona Jesús son los cimientos sobre los que fueron edificadas. Una casa fue edificada sobre la roca; la otra sobre la arena. Este relato es otra fuerte reprensión a la religión de los fariseos. Los fariseos no se preocupaban por la espiritualidad del alma, la pureza de corazón, ni la integridad de la conducta. Eran hipócritas, interesados sólo en las apariencias, no en la obediencia a Dios. Toda su religión era como una estructura levantada sobre la arena: parecía buena a primera vista pero, finalmente, resultaría todo un esfuerzo baldío destinado a la destrucción.

Los fariseos oraban, ayunaban y daban limosnas; pero sólo para exhibir su piedad y exaltar su reputación. Mucho del mensaje de Jesús en el Sermón del monte estaba dirigido a ellos y a las personas

envenenadas por sus enseñanzas. Jesús empezó su mensaje con un llamamiento a la humildad, a la mansedumbre, al hambre de justicia, a la misericordia y la pureza (Mat. 5:1-8). Los fariseos sólo sentían desprecio por estas cualidades; favorecían el orgullo, la arrogancia espiritual, la propia justicia y las obras religiosas de lucimiento personal. Jesús llamaba a una justicia que sobrepasara la de los fariseos, implicando que algo le faltaba a la religión de éstos. Jesús rechazó su práctica de ocuparse de minucias religiosas, que les permitían obedecer la letra de la ley y olvidar su propósito real (Mat. 5:21-47). Siguió con una reprensión contra su estilo ostentativo (6:1-18), y después les reprendió por su actitud juzgadora (7:1-5), y puso en tela de juicio sus enseñanzas (7:15-20).

Ahora Jesús les desafía a actuar de acuerdo con lo que él decía (7:24). El que actúen o no de acuerdo con ello será la prueba de que son sabios o necios. Finalmente su decisión determinará que oigan o no las horribles palabras: "¡Apartaos de mí, obradores de maldad!" (7:23).

Los intérpretes han propuesto varias interpretaciones de lo que significa edificar sobre la roca. Algunos han señalado que en el Antiguo Testamento Dios es llamado roca (Sal. 18:2). Otros observan que Pablo se refirió a Cristo como el único fundamento (1 Cor. 3:11). Pero dejemos que el pasaje hable por sí mismo: "Cualquiera, pues, que me oye estas palabras y las hace, será semejante a un hombre prudente, que edificó su casa sobre la peña" (v. 24). Obedecer las palabras de Cristo es equivalente a edificar una casa sobre roca sólida.

Colosenses 1:21-23 dice: "aunque en otro tiempo estabais apartados y erais enemigos por tener la mente ocupada en las malas obras, ahora os ha reconciliado. . . por cuanto permanecéis fundados y firmes en la fe". Santiago 1:22, un versículo muy conocido, dice: "Pero sed hacedores de la palabra, y no solamente oidores, engañándoos a vosotros mismos." En 1 Juan 2:3, 4 leemos: "En esto sabemos que nosotros le hemos conocido: en que guardamos sus mandamientos." Tito 1:15, 16 dice: "para los impuros e incrédulos. . . Profesan conocer a Dios, pero con sus hechos lo niegan; son abominables, desobedientes y reprobados para toda buena obra".

Todos éstos pasajes enseñan que los creyentes genuinos no reciben a Cristo sin continuar en él. No oyen su palabra y dejan de seguirla. No conocen sus mandamientos y dejan de obedecerlos. Y no dicen que conocen a Dios y le niegan con sus hechos. La única validación de la salvación es una vida de obediencia. Es la única prueba posible de que una persona conoce realmente a Cristo. Si uno no obedece a Cristo como norma de vida, la declaración de que se le conoce es un ejercicio verbal vacío.

Pensemos en esto por un momento: Un hombre edificó su casa por la vía rápida y fácil, mientras el otro tomó el camino difícil. Edificar

sobre la arena no requiere preparación. No hay que cavar; no hay que preparar. Uno se limita a levantar la casa. Es un atajo que da resultados rápidos, pero no duraderos. Mucho del evangelismo moderno consiste en edificar sobre la arena. No concede tiempo para la convicción de pecado ni da oportunidad para un arrepentimiento profundo, ni para entender *por qué* hemos de afrontar la realidad de nuestra perdición, ni da ocasión al Espíritu Santo para que obre. Arthur Pink escribió: "Hay muchos que dicen que son salvos antes de tener el más mínimo sentimiento de que están perdidos."⁵ Multitudes que pronuncian el nombre de Jesús han edificado neciamente sobre la arena superficial y movediza de oír pero no obedecer (ver Mat. 7:26). El estilo del cristianismo contemporáneo se ha vuelto superficial, tolerante con las personas que no han cavado hondo para poner los cimientos adecuados.

Jesús dijo que un hombre sabio no edifica una torre sin contar el costo (Luc. 14:28). Desea profundizar, piensa en la responsabilidad, entiende a qué se compromete y desea hacerlo bien. Este es el hombre que oye y obedece (Mat. 7:24).

El día del juicio se acerca. Esto es de lo que hablan el viento, la lluvia y la riada de Mateo 7:25 y 27. Dios envía la tormenta del juicio. Algunos resistirán y otros caerán. Los que permanecen son los verdaderos creyentes; los que caen son los que nunca han creído realmente. La diferencia dependerá de que la obediencia haya seguido o no al oír el evangelio, y de si la vida recta ha seguido a la profesión de fe. Esta ilustración es maravillosamente coherente con la advertencia de los primeros versículos. Todos enseñan que la prueba de la verdadera fe es la obediencia.

Por ello, el sermón del Monte termina con una advertencia devastadora de juicio: "Y fue grande su ruina." Es una advertencia de condenación, característica de la predicación de Jesús pero, una vez más, notablemente diferente de la tendencia del evangelismo contemporáneo. El evangelio según Jesucristo demanda una decisión, no meramente una nueva opinión, sino una respuesta activa de obediencia.

¿Cuál fue el resultado del sermón? ¿Un gran avivamiento? ¿Miles de conversiones? No. Si alguien se arrepintió no se menciona. Los versículos 28 y 29 de Mateo 7 nos dicen: "Y aconteció que cuando Jesús terminó estas palabras, las multitudes estaban maravilladas de su enseñanza; porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas."

¡Todo lo que hicieron fue analizar su estilo! Exactamente lo que él les había aconsejado que no hicieran. Estaban "maravillados". La palabra griega significa literalmente que ellos fueron "puestos fuera de sí". En el lenguaje de hoy diríamos que el sermón les dejó estupefactos.

No fue una reacción negativa; de hecho, hoy muchos podrían interpretarla como una respuesta de salvación. Después de todo aquellas personas habían manifestado que nunca habían oído tanta sabiduría, ni visto tanta profundidad, ni entendido una verdad tan rica. Nadie había lanzado nunca tan terribles advertencias sobre el infierno. Y ciertamente ¡nadie se había enfrentado con los líderes religiosos de aquella forma! ¡Jesús habló con gran denuedo! No citó a otros rabinos sino que habló con su propia autoridad. Tocó todas las dimensiones de la vida humana con una parquedad de palabras impresionante. Nunca se había expresado un contenido tan profundo en un mensaje único y poderoso. ¡Las multitudes pensaron que Jesús era maravilloso!

Pero no fue una respuesta salvadora; ya habían empezado a edificar sobre la arena. No había arrepentimiento, ni manifestación de obediencia, sólo análisis. Y ahí es donde termina.

Para un verdadero creyente no puede terminar ahí. Alguien con fe genuina no puede oír las palabras del Señor y alejarse sin actuar de acuerdo con ellas. Los fieles se sentirán más que sorprendidos, más que maravillados, más que admirados: serán obedientes. Están edificando una estructura sobre roca sólida.

Visite:

www.parameditar.com

Cientos de
Reflexiones e Ilustraciones

19

El costo del discipulado

En capítulos anteriores hemos tratado del llamamiento de Jesús al discipulado. Aquí lo examinaremos más de cerca. Permítame repetir de forma inequívoca que el llamamiento de Jesús a negarse a uno mismo y seguirle era una invitación a la salvación, no la oferta de una "vida más elevada", ni un segundo paso de fe subsecuente a la salvación. La enseñanza contemporánea que separa el discipulado de la salvación surge de ideas ajenas a la Biblia.¹

Todo cristiano es un discípulo.² La Gran Comisión del Señor es de ir al mundo y hacer "discípulos. . . enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado" (ver Mat. 28:19, 20). Eso quiere decir que la misión de la iglesia y la meta de la evangelización es hacer discípulos. Discípulos son personas que creen, aquellos cuya fe les motiva a obedecer todo lo que Jesús manda. La palabra *discípulo* se usa siempre como sinónimo de *creyente* en todo el libro de Hechos (6:1, 2, 7; 11:26; 14:20, 22; 15:10). Cualquier distinción entre las dos palabras es puramente artificial. Aunque introducida por hombres sinceros y bien intencionados, ha dado lugar a una teología de credulismo fácil que prescinde de las serias demandas de Jesús.

Cuando Cristo llamaba discípulos, les instruía cuidadosamente sobre el costo de seguirle. Las personas indecisas no dispuestas a comprometerse no respondían. Jesús rechazaba a los que eran reacios a pagar el precio, como el joven rico. Advertía a todos los que pensaban en hacerse sus discípulos para que midieran el costo cuidadosamente. En Lucas 14:28-30 dice: "Porque, ¿cuál de vosotros, queriendo edificar una torre, no se sienta primero y calcula los gastos, a ver si tiene lo que necesita para acabarla? No sea que después de haber puesto los

cimientos y al no poderla terminar, todos los que la vean comiencen a burlarse de él diciendo: 'Este hombre comenzó a edificar, y no pudo acabar.'"

Sobre estos versículos ha escrito John Stott incisivamente: "El paisaje cristiano está sembrado de torres abandonadas a medio edificar. Son las ruinas de quienes empezaron a edificar y fueron incapaces de terminar. Miles de personas ignoran todavía la advertencia de Cristo y se disponen a seguirle sin detenerse primero a reflexionar sobre el costo de hacerlo. El resultado es el escándalo de hoy en el cristianismo, el llamado 'cristianismo nominal'. En países a los que se ha extendido la cultura cristiana, un gran número de personas se ha recubierto de una decente pero fina capa de cristianismo. Se han involucrado un poco; lo suficiente para ser respetables pero no lo suficiente para sentirse incómodos. Su religión es un almohadón grande y mullido; que les protege de las duras pesadumbres de la vida, mientras cambia de lugar y forma para adaptarse a su conveniencia. No es extraño que los cínicos hablen de hipócritas en la iglesia y rechacen la religión como escapismo."³

Un cristiano no es alguien que compra simplemente un "seguro contra incendios" y firma lo imprescindible para evitar una vida desagradable en el más allá. Un cristiano, como hemos visto repetidamente, es alguien cuya fe se manifiesta en sumisión y obediencia. Un cristiano es uno que sigue a Cristo, alguien que se ha dedicado sin condiciones a Cristo como Señor y Salvador, alguien que desea agradar a Dios. Su propósito básico es ser un discípulo de Cristo en todos los sentidos. Cuando falla, busca el perdón y desea ir hacia adelante. Este es su espíritu y su camino.

El llamamiento al discipulado cristiano demanda explícita y precisamente esa clase de dedicación total. Es un compromiso total, sin ninguna reserva conocida ni deliberada. Nadie puede acudir a Cristo en otras condiciones. Aquellos que creen que pueden limitarse a asentir a una lista de hechos del evangelio y continúan viviendo como les place deben examinarse a sí mismos para comprobar si están realmente en la fe (2 Cor. 13:5).

En Mateo 10:32-39, Jesús dijo a sus discípulos: "Por tanto, a todo el que me confiese delante de los hombres, yo también le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos. . . El que ama a padre o a madre más que a mí no es digno de mí, y el que ama a hijo o hija más que a mí no es digno de mí. El que no toma su cruz y sigue en pos de mí no es digno de mí. El que halla su vida la perderá, y el que pierde su vida por mi causa la hallará."

No hay declaración más definitiva sobre el discipulado que ésta de nuestro Señor. Expone en el lenguaje más claro posible el costo del discipulado. Las palabras se dirigen particularmente a los doce (Mat.

10:5), pero son principios de discipulado aplicables a todos nosotros. El versículo 24 de Mateo 10 dice: "El discípulo no es más que su maestro, ni el siervo más que su Señor." "Discípulo" significa aquí cualquier discípulo, y las palabras siguientes hasta el final del capítulo son aplicables al discipulado en general.

Los que ven a los discípulos como una clase aparte de creyentes más dedicados señalan que los doce, o al menos once de ellos, eran ya creyentes en Cristo; por lo que no necesitaban instrucción sobre lo que significa acudir a Cristo con fe que salva. Es cierto que la mayoría de los discípulos eran sin duda ya creyentes, pero eso no niega el impacto de estas palabras sobre ellos. El hecho es que estos hombres ya eran llamados *discípulos* (10:1). Esta no era una invitación para un tipo superior de relación, sino un recordatorio de lo que ya estaba establecido cuando ellos creyeron. Nuestro Señor les seguía enseñando las implicaciones de su fe y su salvación, y les recordaba constantemente el compromiso que habían contraído cuando decidieron seguirle.

Estas palabras se aplican también a nosotros. Lucas 14:25-35 contiene palabras similares, en un lenguaje incluso más fuerte, que Jesús habló no sólo a los doce sino a las multitudes que acudían a oírle.

Mateo 10:2 se refiere a los doce como "apóstoles", que significa "enviados". Cuando completaron su preparación básica, Jesús les envió a predicar. En esta orden de partida, sin embargo, el Señor usa la palabra *discípulo*, no *apóstol*. Sus palabras son aplicables a todos los discípulos, y sirven también como signo de advertencia para todos los seguidores potenciales de Jesús.

Confesar a Cristo delante de los hombres

Los versículos 32 y 33 son reminiscencia de la terrible escena de juicio de Mateo 7:21-23. "A todo el que me confiese delante de los hombres, yo también le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos. Y a cualquiera que me niegue delante de los hombres, yo también le negaré delante de mi Padre que está en los cielos." ¿Significa eso que la confesión delante de los hombres es una condición para llegar a ser un verdadero cristiano? No, pero quiere decir que una característica de todo creyente genuino es la de confesar a Cristo delante de los hombres. Pablo escribió: "No me avergüenzo del evangelio; pues es poder de Dios para salvación" (Rom. 1:16).

El corazón del auténtico discipulado es un compromiso de ser como Cristo. Esto significa actuar como él, así como estar dispuesto a recibir el mismo trato. Significa enfrentarse con un mundo hostil y hacerlo sin temor. Significa confesar ante otros que Jesús es Señor, y confiar en que él también hablará a nuestro favor delante del Padre.

"Confesar" significa reconocer, declarar, estar de acuerdo. Es una

declaración de identificación, fe y confianza. Uno puede confesar con la boca, como dice Romanos 10:9, y también con una conducta recta, como implica Tito 1:16. En Romanos 10:10 leemos: "Porque con el corazón se cree para justicia, y con la boca se hace confesión para salvación." Si el corazón cree de verdad, la boca estará ansiosa por confesar. La confesión es una obra humana; es promovida por Dios, subsiguiente al acto de creer pero inseparable del mismo. Una vez más, es una característica de la verdadera fe, no una condición adicional de la salvación.

En 1 Juan 4:15 dice: "El que confiesa que Jesús es el Hijo de Dios, Dios permanece en él, y él en Dios." ¿Cuál es la señal de un verdadero cristiano? Que confiesa a Jesús como el Hijo de Dios.

Esto no quiere decir que un discípulo vaya a salir siempre en defensa del Señor. Pedro negó a Jesús tres veces la noche en que Jesús fue traicionado. Tenemos también a Timoteo, tal vez el más admirable de los discípulos de Pablo, el pastor de la iglesia de Efeso. Este joven dedicado con dones pastorales tan maravillosos era un discípulo modelo. Pero puede haber experimentado una dificultad espiritual transitoria, o tal vez era propenso al temor. Pablo tuvo que escribirle: "no te avergüences de dar testimonio de nuestro Señor" (2 Tim. 1:8). Un momento de debilidad no invalida las credenciales de un discípulo. Todos hemos fallado a la hora de confesar a Cristo ante los hombres con más frecuencia de la que nos gustaría admitir. Pero si somos verdaderos discípulos, no ocultaremos siempre nuestra fe ante todos intencionada y calculadamente.

Cristo dice que nos confesará delante del Padre que está en los cielos (Mat. 10:32). ¿Qué quiere decir esto? Cristo dirá en el día del juicio: "éste me pertenece". Manifestará su lealtad a aquellos que hayan manifestado su lealtad a él. De igual manera quedará expuesta la deslealtad de los demás: "Y a cualquiera que me niegue delante de los hombres, yo también le negaré delante de mi Padre que está en los cielos" (10:33). Esto no habla, en primer lugar, de quienes le rechazan abiertamente, personas que le niegan flagrantemente, le desprecian y le odian, hablan contra él y blasfeman contra su nombre. La verdad se aplica ciertamente a estas personas, pero aquí nuestro Señor está hablando de falsos discípulos, personas que dicen ser cristianas pero no lo son.

Cuando son sometidos a prueba, estos falsos discípulos niegan habitualmente al Señor ya sea con su silencio, con sus actos o con sus palabras. De hecho, aquí la idea comprende todas estas cosas. Habla de alguien cuya vida entera es una negación de Cristo; puede pretender que cree, pero todo en su modo de vivir rezuma negación (ver Tito 1:16). Las iglesias están llenas de tales personas disfrazadas de

discípulos, pero que niegan al Señor en algunas formas muy alarmantes. Cristo les negará delante del Señor.

Mateo 25:31-46 detalla lo que ocurrirá en el juicio. Este pasaje describe en particular la separación de las ovejas y los cabritos al final de la tribulación, el juicio de las naciones; pero su principio es aplicable a individuos en todas las fases del juicio de Dios. Aquí el Señor pone a las ovejas (aquellos que le han confesado) a su derecha y los cabritos (aquellos que le han negado) a su izquierda, e introduce las ovejas en el reino. Estos son los justos que le han confesado, porque el Señor dice: "Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui forastero, y me recibisteis; estuve desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; estuve en la cárcel, y vinisteis a mí" (25:35, 36). Una vez más, vemos que la norma de sus vidas revela la realidad de su pretensión de conocer a Cristo. Los que no viven de un modo consecuente con la fe en Cristo son enviados al castigo eterno (25:46).

Establecer prioridades

Un segundo sello de garantía del verdadero discípulo es que ama a Cristo aun más que a su propia familia (Mat. 10:34-37). El versículo 37 en particular es muy fuerte: "El que ama a padre o a madre más que a mí no es digno de mí, y el que ama a hijo o a hija más que a mí no es digno de mí." El pasaje paralelo de Lucas 14:26 es aún más fuerte: "Si alguno viene a mí y no aborrece a su padre, madre, mujer, hijos, hermanos, hermanas y aun su propia vida, no puede ser mi discípulo."

Para ser discípulos, pues, ¿hemos de odiar literalmente a nuestra familia? Es obvio que esto no es en ningún sentido un llamamiento al odio, lo que violaría los mandamientos claros de Dios, tales como: "Honra a tu padre y a tu madre" (Exo. 20:12), y: "Esposos, amad a vuestras esposas" (Ef. 5:25). La clave de este pasaje está en la frase: "Y aun su propia vida" (Luc. 14:26). El Señor está diciendo que debemos ser incondicionalmente leales a él, incluso por encima de nuestras familias, y sobre todo por encima de nosotros mismos. La Biblia nos enseña a negarnos a nosotros mismos (Mat. 16:24), a considerarnos muertos (Rom. 6:11), a echar a un lado el viejo hombre (Ef. 4:22) y, en cierto sentido, tratar los aspectos egoístas de nuestro ser con el más completo desprecio (ver 1 Cor. 9:27). Esta es la misma actitud que hemos de tener respecto a nuestras posesiones e incluso hacia nuestra propia familia.

¿Por qué es este lenguaje tan severo? ¿Por qué usa Cristo términos tan ofensivos? Porque está deseando ahuyentar a los no comprometidos y atraer a los verdaderos discípulos a sí; no quiere personas indecisas llevadas engañosamente a creer que están en el reino. A

menos que Jesús sea la prioridad número uno, no se le ha dado el lugar correcto.

Tomar la cruz

El que no está dispuesto a perder su vida por seguir a Cristo no es digno de él (Mat. 10:38). Esa persona no puede ser un discípulo (Luc. 14:27). Estas declaraciones no se pueden acomodar al tipo de enfoque despreocupado de conversión tan de moda en nuestra generación. Jesús no pide a las personas que le añadan al ambiente de sus vidas; él quiere discípulos dispuestos a renunciar a *todo*. Esto requiere una autonegación total, hasta el punto de estar dispuestos a morir por su causa.

Cuando en Mateo 10:38 dice: "El que no toma su cruz y sigue en pos de mí no es digno de mí", no quiere decir llevar la cruz de una situación difícil, una enfermedad crónica o un cónyuge inaguantable. Todos hemos oído espiritualizar este pasaje en sermones devocionales para interpretar la cruz como cualquier cosa, desde una suegra caprichosa hasta un techo con goteras. Pero no es eso lo que significaba la palabra *cruz* para los que oían a Jesús en el siglo primero. No les hacía pensar en dificultades duraderas ni cargas molestas. Ni siquiera evocaban el Calvario, puesto que el Señor no había sido aún crucificado y ellos no pensaban que podría serlo. Cuando Jesús les dijo "toma su cruz", ellos pensaron en un instrumento cruel de tortura y muerte. Pensaban en morir por el método más doloroso conocido por el hombre. Pensaban en los criminales condenados pendientes de cruces a los lados del camino. Sin duda habían visto hombres ejecutados de esta forma. Entendían que les estaba llamando a morir por él; sabían que les estaba pidiendo que hicieran el sacrificio final, rendirse a él como Señor en todos los sentidos.

Jesús añade un pensamiento final paradójico sobre el significado del discipulado: "El que halla su vida la perderá, y el que pierde su vida por mi causa la hallará" (Mat. 10:39). "El que halla su vida" parece referirse a alguien que haya garantizado su seguridad física negando a Cristo bajo presión, o a alguien que se aferra a la vida en lugar de tomar la cruz. Dado que su interés principal es asegurar su vida física, esta persona pierde su alma eterna. Por el contrario, aquellos que están dispuestos a perder sus vidas por causa de Cristo recibirán la vida eterna.

La Biblia no enseña la salvación por martirio. El Señor no estaba aconsejando a los discípulos que *trataran* de que les mataran por él. Se está refiriendo de nuevo a una norma, una dirección. Jesús dice simplemente que los auténticos cristianos no se echan atrás ni siquiera

frente a la muerte. En otras palabras, el verdadero discípulo tiende a seguir al Señor, incluso a expensas de sí mismo.

Una vez más, esto no es absoluto en el sentido de que excluya fracasos temporales como el de Pedro. Pero Pedro probó finalmente que era un verdadero discípulo. Llegó el momento en que dio voluntariamente su vida por causa de Cristo.

Lucas 9:23 registra palabras similares de Jesús: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame." Notemos la adición de las palabras "cada día". La vida de un discípulo invita a la persecución y, por ello, ha de ser una vida de autonegación diaria. Pablo escribió a los corintios: "cada día muero; lo aseguro por lo orgulloso que estoy de vosotros en Cristo Jesús nuestro Señor" (1 Cor. 15:31).

La idea de la autonegación diaria no está de acuerdo con la suposición contemporánea de que creer en Jesús es una decisión momentánea. Un creyente auténtico es alguien que se enrola para toda la vida. Los rótulos que se ven en los parachoques de los automóviles que dicen: "Prueba a Cristo", es un pensamiento extraño al discipulado verdadero; la fe no es un experimento, sino un compromiso de por vida. Significa tomar la cruz diariamente, dando todo por Cristo cada día sin reservas, ni incertidumbres, ni vacilaciones. Significa no reservarse nada a sabiendas, no esconder nada de su señorío intencionalmente, ni retener nada obstinadamente de su control. Es cortar los lazos que atan al mundo, sellar las puertas de escape, desprenderse de cualquier clase de seguridad a la que uno pueda volver en caso de fracasar. Un creyente auténtico *sabe* que va adelante con Cristo hasta la muerte. Una vez puesta su mano en el arado no vuelve la vista atrás (Luc. 9:62).⁴

Así son las cosas cuando uno se compromete a seguir a Cristo. Esa es la esencia del discipulado verdadero.

Visite:

www.artecristiano.org

Imágenes y recursos gráficos
para tu ministerio

El señorío de Cristo

Recientemente leí en una revista un artículo en contra de la salvación de señorío. Empezaba con una pregunta: "¿Necesita una persona hacer a Cristo Señor como requisito para la salvación?" No menos de diez veces en el artículo de dos páginas, el autor hablaba de "hacer a Cristo Señor" de nuestra vida.¹ Semejante terminología se ha hecho tan familiar en nuestra generación que algunos cristianos se inclinan a creer que es bíblica, pero no lo es.

La Biblia no habla de nadie que "haga" a Cristo Señor, excepto Dios mismo, quien "le ha hecho Señor y Cristo" (Rom. 14:9; Fil. 2:11), y el mandamiento bíblico tanto para pecadores como para santos no es "hacer" a Cristo Señor, sino acatar su señorío. Los que rechazan su señorío o le honran sólo de labios, no son salvos (ver 1 Cor. 12:3; Luc. 6:46-49). Observamos por las palabras de Jesús en Mateo 7:22 que muchos de los que admiten el señorío de Cristo de palabra o intelectualmente serán rechazados en el cielo, porque no hacen la voluntad del Padre que está en el cielo. Todos los que creen en la Palabra de Dios estarán de acuerdo en que Jesús es Señor en todo tiempo y para siempre, ya sea que alguien reconozca su señorío o se someta a su autoridad, como si no lo hace.

No obstante, algunos escritores evangélicos contemporáneos han puesto en tela de juicio el lugar del señorío de Cristo en el mensaje del evangelio. Aun sin negar que Cristo es Señor, sugieren que es una verdad que es mejor dejar fuera de las buenas nuevas que proclamamos a los no creyentes. El artículo a que me refería anteriormente dice: "Es imperativo confiar en Jesús como Salvador personal y nacer de nuevo. Pero ésta es sólo la primera decisión. El reconocimiento de Jesús como Señor es hecho por los creyentes. . . La decisión de confiar

en Cristo como Salvador y hacerle entonces Señor son dos decisiones distintas y separadas. La primera es tomada por los no creyentes, la segunda únicamente por creyentes. Las dos decisiones pueden estar cercanas o lejanas en el tiempo, pero la salvación debe preceder siempre al señorío. Es posible, aunque miserable, ser salvos sin hacer nunca a Cristo Señor de nuestras vidas.¹²

¿Suenan eso como el evangelio según Jesucristo? Ciertamente no lo es. Ya hemos visto que Jesús hace frecuentemente de su señorío el asunto central con los incrédulos. Todo lo que dijo al joven rico en Mateo 19, por ejemplo, requería el reconocimiento de su señorío. En Mateo 7:21, 22 y Lucas 6:46-49, él atacó la posición falsa de quienes le llamaban Señor pero no le conocían en realidad, y dejó claro que la obediencia a la autoridad divina es un requisito previo para entrar en el reino. Evidentemente su señorío es una parte integrante del mensaje de salvación.

La Biblia revela un número de atributos eternos comprendidos en el nombre "Señor". Son todos parte del cuerpo de verdades que han de creerse para ser salvos.

Jesús es Dios

Decir que Jesús es Señor es, en primer lugar, reconocer que es Dios todopoderoso, creador y sustentador de todas las cosas (Col. 1:16, 17). Esto es una declaración profunda de la verdad. Caben pocas dudas de que la Biblia enseña que Jesús es Dios. Sólo los sectarios e incrédulos discuten esta verdad. La Biblia declara que Jesucristo es Dios (Juan 1:1, ver v. 14). Dios el Padre se dirige a él como Dios (Heb. 1:8). Él muestra los atributos de la deidad: es omnipresente (Mat. 18:20), omnipotente (Fil. 3:21), inmutable (Heb. 13:8), perdona pecados (Mat. 9:2-7), recibe adoración (Mat. 28:17), y tiene autoridad absoluta sobre todas las cosas (Mat. 28:18). Cristo comprende la plenitud de Dios en carne humana (Col. 2:9). Es uno con el Padre. En Juan 10:30, él dice lisa y llanamente: "Yo y el Padre una cosa somos."

Vemos a Dios en acción cuando leemos de las obras de Cristo. Cuando oímos sus palabras tal como las ha conservado el Nuevo Testamento, oímos las palabras de Dios. Cuando oímos a Cristo expresar emociones, escuchamos el corazón de Dios. Y cuando Jesús nos marca una dirección, es un mandato de Dios. No hay nada que él no sepa, ni algo que él no pueda hacer; no puede fracasar en forma alguna. Es Dios en el más amplio sentido posible.

Jesús es soberano

Como Dios y Señor, Jesucristo es soberano. Él dijo, por ejemplo,

que era Señor del sábado (Mat. 12:8), queriendo decir que su autoridad como legislador supera incluso la autoridad de la ley. En Juan 5:17, Jesús defendió su derecho a contravenir las leyes del sábado hechas por hombres, los fariseos: "Mi Padre hasta ahora trabaja; también yo trabajo." Así se atribuyó la misma autoridad de Dios, y los dirigentes judíos se airaron de tal modo contra él que procuraban matarle (Juan 5:18). Cuando Jesús encontraba una oposición semejante, nunca invitaba al diálogo a los incrédulos obstinados. No se molestaba en tratar de argumentar sobre teología; simplemente apelaba a su autoridad inherente como Dios (vv. 19-47; ver Juan 10:22-42).

El hecho de que los judíos no pudieran matarle antes de que llegara su tiempo es una prueba más de su soberanía: "yo pongo mi vida, para volverla a tomar. Nadie me la quita, sino que yo la pongo de mí mismo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar" (Juan 10:17, 18). La influencia de su poder alcanza a toda persona. De hecho, todo juicio se le ha entregado a él: "Porque el Padre no juzga a nadie, sino que todo el juicio lo dio al Hijo" (Juan 5:22). A Jesús se le ha entregado todo el juicio "para que todos honren al Hijo como honran al Padre" (5:23). De igual manera los que deshonran al Hijo también deshonran al Padre.

En el juicio final toda rodilla se doblará y toda lengua confesará a Cristo como Señor, para gloria de Dios el Padre (Fil. 2:11, 12). Eso no significa, desde luego, que todos vayan a ser salvos; sino que incluso aquellos que mueran sin creer se verán forzados a confesar el señorío de Jesucristo. Su soberanía es ilimitada. El doctor Marc Mueller, del Seminario Master, ha expresado la amplitud de la soberanía de Jesús con las siguientes palabras: "El es el Dios omnipotente, el soberano cósmico inmaculado que, como Creador y Redentor (Juan 1:9-13), tiene el derecho y el poder de exigir obediencia y sumisión a su autoridad imperial y verdadera."¹³

Jesús es Salvador

Aunque es Dios soberano, Jesús tomó sobre sí las limitaciones de la carne humana y habitó personalmente entre los hombres (Juan 1:14). Mientras estuvo en la tierra experimentó todas las tristezas y tribulaciones de la humanidad, excepto que nunca pecó (Heb. 4:15). Caminó sobre la tierra, manifestó su amor, demostró su poder y reveló en su conducta la justicia de Dios. No obstante, su comportamiento fue el de un siervo. La Biblia dice que él "se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, haciéndose semejante a los hombres; y hallándose en condición de hombre, se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte, ¡y muerte de cruz!" (Fil. 2:7, 8).

En otras palabras, aunque es Señor soberano de todo, renunció a

todo aun hasta el punto de morir voluntariamente de la muerte más dolorosa y humillante conocida por el hombre. Lo hizo por nosotros. Pese a ser sin pecado y, por lo tanto, no merecedor de la muerte (ver Rom. 6:23), sufrió el castigo de *nuestros* pecados: "El mismo llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero a fin de que nosotros, habiendo muerto para los pecados, vivamos para la justicia" (1 Ped. 2:24).

La muerte de Cristo por nosotros fue el sacrificio decisivo. Pagó totalmente el castigo de nuestros pecados, y abrió el camino para que tengamos paz con Dios. Romanos 5:8, 9 dice: "siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros. Luego, siendo ya justificados por su sangre, cuánto más por medio de él seremos salvos de la ira."

Incluso en su muerte Cristo era Señor. Su resurrección fue prueba de ello. Pablo escribe que Cristo "fue declarado Hijo de Dios con poder según el Espíritu de santidad por su resurrección de entre los muertos" (Rom. 1:1-4). Filipenses 2:9-11 describe la respuesta del Padre a la humildad y la muerte de Cristo: "Por lo cual también Dios lo exaltó hasta lo sumo y le otorgó el nombre que es sobre todo nombre; para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, en la tierra y debajo de la tierra; y toda lengua confiese para gloria de Dios Padre que Jesucristo es Señor."

Por ello, cuando invitamos a los hombres a recibir a Cristo como Salvador, les pedimos que acepten a quien es Señor y que fue declarado como tal por Dios el Padre, que también demanda que toda rodilla se doble ante su soberanía. La salvación pertenece a quienes le reciben (Juan 1:12), pero deben recibirle por todo lo que es: "el Bienaventurado y solo Poderoso, el Rey de reyes y Señor de señores" (1 Tim. 6:15).

Jesús es Señor

Jesús es Señor. La Biblia constantemente y de distintas maneras afirma el señorío de Cristo. El es Señor en el juicio. Es Señor del sábado. Es Señor de todos (Hech. 10:36). Se le llama Señor (*kurios*) no menos de 747 veces en el Nuevo Testamento.⁴ Sólo en el libro de Hechos se refiere a él 92 veces como Señor, mientras le llama Salvador sólo dos veces. Es evidente que en la predicación de la iglesia primitiva el señorío de Cristo era el centro del mensaje cristiano.

El carácter central del señorío de Jesús en el mensaje del evangelio es evidente por la forma en que la Biblia presenta los términos de la salvación. Aquellos que separan el creer en Cristo como Salvador del someterse a él como Señor tienen dificultades con muchas de las invitaciones bíblicas a la fe, tales como Hechos 2:21: "todo aquel que invoque el nombre del Señor será salvo"; Hechos 2:36: "Sepa, pues,

con certidumbre toda la casa de Israel, que a este mismo Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo"; Hechos 16:31: "Cree en el Señor Jesús y serás salvo"; y especialmente Romanos 10:9, 10: "que si confiesas con tu boca que Jesús es el Señor, y si crees en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo". (Énfasis agregados.)

Todos estos pasajes incluyen de forma indiscutible el señorío de Cristo como parte del evangelio que hay que creer para salvación. Hemos visto que el señorío de Jesús incluye las ideas de dominio, autoridad, soberanía y el derecho a gobernar. Si estas cosas están implícitas en la frase "confiesas. . . que Jesús es el Señor" (Rom. 10:9), entonces está claro que las personas que acuden a Cristo para salvación deben hacerlo en obediencia a él, esto es, dispuestas a someterse a él como Señor.

No es sorprendente que los que se oponen a la salvación de señorío hayan hecho de Romanos 10 el centro de sus ataques. Mucho se ha escrito en años recientes intentando explicar cómo se puede confesar a Jesús como Señor y aun así continuar rebelándose contra su autoridad. Algunos defienden la postura de que el término Señor, cuando se usa en la Biblia en conexión con el evangelio, no significa "dueño soberano" sino más bien "deidad". Charles Ryrie es el más claro de los que han usado este argumento. Escribe:

Ciertamente Señor significa (frecuentemente) amo, pero en el Nuevo Testamento significa también Dios (Hech. 3:22), dueño (Luc. 19:33), señor (Juan 4:11), ídolos hechos por los hombres (1 Cor. 8:5), e incluso el propio esposo (1 Ped. 3:6).

En 1 Corintios 12:3 Pablo dice, "nadie puede decir: 'Jesús es el Señor', sino por el Espíritu Santo". Señor en este sentido debe significar Jehová-Dios por la simple razón de que las personas no salvadas dicen Señor en sentido de señor al referirse a Cristo, incluso antes de tener el Espíritu de Dios.

¿Por qué es Señor Jesús (con significado de Dios-hombre) una declaración tan significativa que sólo puede hacerse bajo la dirección del Espíritu Santo? Es porque ésta es la esencia de nuestra salvación puesto que se centra en la unicidad del Salvador. Casi todos los "salvadores" reclaman el dominio sobre las vidas de sus seguidores. Pero, ¿qué religión, aparte del cristianismo, tiene un salvador que pretenda ser a la vez Dios y hombre en la misma persona? Si Señor en la frase significa dueño, la pretensión de unicidad está ausente. Si Señor en la frase significa Jehová-Dios, entonces Jesús es único, y este es el centro del mensaje de salvación del cristianismo. . .

... Este mismo énfasis se ve en Romanos 10:9: "que si confiesas con tu boca que Jesús es el Señor. . . serás salvo". Es la confesión de Jesús como Dios y así la fe en el Dios-Hombre que salva del pecado (énfasis añadido).⁵

En otras palabras, el doctor Ryrie dice que quienes consideran que "Señor" significa "dueño soberano" privan al llamamiento a la fe de su significado respecto a la deidad de Cristo. Pero éste es un argumento endeble. No es necesario eliminar el concepto de deidad de la palabra Señor para entender que significa "dueño". Ryrie está en lo correcto al decir que cuando la Biblia se refiere a Jesús como "Señor" quiere decir que es Dios. Pero en todo caso eso no hace más que reforzar el punto de vista de que el concepto del gobierno absoluto es inherente a la palabra. "Dios" debe significar dueño soberano. ¿Qué clase de Dios sería si no fuera soberano?

De cierto, cuando Tomás dijo a Jesús, "¡Señor mío, y Dios mío!" (Juan 20:28), estaba usando "Señor" como más que una expresión de deidad. No estaba diciendo "¡Dios mío, y Dios mío!"; estaba afirmando que Jesús era tanto Dios como Señor.

Veamos, por ejemplo, el contexto de Romanos 10:9. El versículo 12 utiliza la frase "Señor de todos" para describir al Salvador. Significa que Jesús es Señor sobre todos: judíos y gentiles, creyentes y no creyentes por igual. Cualquier interpretación que intente privar al término de su significado de dominio soberano no tiene ningún sentido. Leer esta verdad incluyéndola en el versículo 9 da por resultado una afirmación aún más fuerte: "Si confiesas con tu boca que Jesús es el Señor (de todos). . . serás salvo."⁶

Ciertamente la palabra Señor significa deidad dondequiera que la Biblia llama a Jesús "Señor" en relación con el mensaje del evangelio. El hecho de que Cristo es Dios es un componente fundamental del mensaje evangélico. Nadie que niegue la divinidad de Cristo puede ser salvo (ver 1 Jn. 4:2, 3). Pero inherente en la idea de la divinidad está la de autoridad, dominio y derecho a mandar.⁷ Una persona que vive en rebeldía contra la autoridad de Cristo no le reconoce como Señor en ningún sentido (ver Tito 1:16).

El sello de la fe que salva es la sumisión al señorío de Jesucristo. La prueba definitiva de que una persona pertenece a Cristo es la disposición para someterse a su autoridad. En 1 Corintios 12:3, Pablo escribió: "Por eso os hago saber que nadie, hablando por el Espíritu de Dios, dice: 'Anatema sea Jesús.' Tampoco nadie puede decir: 'Jesús es el Señor', sino por el Espíritu Santo."

Esto no quiere decir que sea imposible que personas no salvas pronuncien las palabras "Jesús es el Señor", porque es evidente que pueden hacerlo y lo hacen. Jesús mismo señaló la paradoja de aquellos

que le llamaban Señor pero no lo creían realmente (Luc. 6:46). Incluso los demonios conocen y admiten quien es él (ver Stg. 2:19). Marcos 1:24 dice que mientras Jesús enseñaba en la sinagoga, un hombre poseído del demonio que estaba allí gritó: "¿Qué tienes con nosotros, Jesús de Nazaret? ¿Has venido para destruirnos? Sé quién eres: ¡el Santo de Dios!" Marcos 3:11 dice: "Y los espíritus inmundos, siempre que le veían, se postraban delante de él y gritaban diciendo: '¡Tú eres el Hijo de Dios!'" Un demonio dentro de un hombre poseído por una legión de espíritus inmundos gritó: "¿Qué tienes conmigo, Jesús, Hijo del Dios Altísimo?" (Mar. 5:7).

En 1 Corintios 12:3 no puede referirse únicamente a decir las palabras "Jesús es el Señor". Ha de significar algo más. Incluye el reconocimiento de Jesús como Señor mediante la obediencia, rindiendo la voluntad propia a su señorío y atestiguándolo mediante los hechos tanto como con las palabras (ver Tito 1:16).

Esto de ninguna manera establece un evangelio de obras humanas.⁸ Nótese que es el Espíritu Santo quien capacita a las personas para confesar a Jesús como Señor: "Nadie puede decir: 'Jesús es el Señor', sino por el Espíritu Santo." Someterse a Jesús como Señor no es más meritorio como obra humana que creer en él como Salvador. Ninguno de los dos actos es una buena obra hecha para ganar el favor de Dios. Ambos son obra soberana de Dios en el corazón de todo aquel que cree; y cada uno es imposible sin el otro. Jesús no podría ser Salvador si no fuera Señor. Aun más, si no fuera Señor, no podría ser Rey, ni Mesías, ni nuestro gran Sumo Sacerdote. Prescindiendo de su señorío, todo aspecto de su obra salvadora es imposible.

Cuando acudimos a Jesús en busca de salvación, acudimos a quien es Señor de todos. Cualquier mensaje que omita esta verdad no puede considerarse el evangelio según Jesucristo. Es un mensaje mutilado que presenta un salvador que no es Señor, un redentor que no demuestra autoridad sobre el pecado, un mesías debilitado y enfermizo que no puede mandar a quien rescata.

El evangelio según Jesucristo no es nada parecido a eso. Representa a Jesucristo como Señor y Salvador, y demanda que los que le reciben le tomen tal como es. En palabras de John Flavel, un puritano inglés del siglo diecisiete: "La oferta de Cristo en el evangelio incluye todos sus oficios, y la fe evangélica le recibe así; para someterse a él, tanto como para ser redimido por él; para imitarle en la santidad de su vida, tanto como para recoger los logros y frutos de su muerte. Debe ser una recepción completa del Señor Jesucristo."⁹

A. W. Tozer escribió siguiendo la misma línea: "Exhortar a hombres y mujeres a que crean en un Cristo dividido es una mala enseñanza porque ¡nadie puede recibir a medio Cristo, ni a un tercio de Cristo, ni un cuarto de la persona de Cristo! No somos salvos por creer

en un oficio ni en una obra.¹¹⁰ Cualquier mensaje que presente un Salvador que sea menos que Señor de todo no puede pretender ser el evangelio según Jesucristo.

El es el Señor, y quienes le rechazan como Señor no pueden utilizarle como Salvador. Todo el que le recibe debe someterse a su autoridad, porque decir que recibimos a Cristo mientras rechazamos su derecho a reinar sobre nosotros es completamente absurdo. Es un intento inútil de mantenerse asido del pecado con una mano y tomar a Jesús con la otra. ¿Qué clase de salvación es si nos deja en la esclavitud del pecado?

Este, pues, es el evangelio que debemos proclamar: Que Jesucristo, que es Dios encarnado, se humilló a sí mismo para morir por nosotros. Así se convirtió en el sacrificio sin pecado para pagar la pena por nuestra culpa. Resucitó de los muertos para declarar con poder que es Señor de todos, y ofrece vida eterna gratuitamente a los pecadores que se sometan a él con fe humilde y arrepentimiento. Este evangelio no promete nada a los rebeldes altaneros, pero a los pecadores quebrantados y penitentes les ofrece en su gracia todo lo que pertenece a la vida y a la santidad (2 Ped. 1:3).

QUINTA PARTE

LOS APOSTÓLOS APENDICES

Este libro es un estudio muy sencillo que trata de la vida de los apóstoles. El autor ha tratado de presentar una visión clara de la vida de los apóstoles, tal como se describe en el Nuevo Testamento. El libro es un estudio de la vida de los apóstoles, tal como se describe en el Nuevo Testamento. El libro es un estudio de la vida de los apóstoles, tal como se describe en el Nuevo Testamento.

El autor ha tratado de presentar una visión clara de la vida de los apóstoles, tal como se describe en el Nuevo Testamento. El libro es un estudio de la vida de los apóstoles, tal como se describe en el Nuevo Testamento. El libro es un estudio de la vida de los apóstoles, tal como se describe en el Nuevo Testamento. El libro es un estudio de la vida de los apóstoles, tal como se describe en el Nuevo Testamento.

El autor ha tratado de presentar una visión clara de la vida de los apóstoles, tal como se describe en el Nuevo Testamento. El libro es un estudio de la vida de los apóstoles, tal como se describe en el Nuevo Testamento. El libro es un estudio de la vida de los apóstoles, tal como se describe en el Nuevo Testamento.

El autor ha tratado de presentar una visión clara de la vida de los apóstoles, tal como se describe en el Nuevo Testamento. El libro es un estudio de la vida de los apóstoles, tal como se describe en el Nuevo Testamento.

en un libro... Cualquier... que... un... que... que... que...

El es el Señor... y... como le... como... como... como...

QUINTA PARTE

...que... que... que... que... que...

Visite:

www.doctrinabiblica.com

Estudios de la Biblia, Recursos teológicos, apologéticos, exegéticos, hermenéuticos, etc

Apéndice 1

El evangelio según los apóstoles

Hace pocos años, un conferenciante muy conocido me escribió para saber lo que pensaba sobre la presentación adecuada del evangelio. Creo que esperaba que apoyara su creencia de que la fe que salva es sólo una cuestión de creer los hechos del evangelio. En lugar de ello, le di la esencia de lo que he escrito en este libro.

Me contestó diciendo que había leído mi material pero sentía que no era un argumento sano porque yo basaba mi punto de vista del evangelio en el mensaje de Jesús, no en las enseñanzas apostólicas. "Hubiera apreciado recibir un casete suyo con sus enseñanzas sobre Romanos 3 y 4", escribió. "Por razones obvias, en esta era de la gracia lo más sabio es que enseñemos el camino de salvación en base a estos capítulos que escribió Pablo precisamente sobre este indiscutible asunto." Añadió este comentario que despertó mi curiosidad: "Por esto, vemos la sabiduría de Machen (el mejor, tal vez, de este siglo) cuando dijo: 'Nada anterior a la cruz puede con propiedad ser llamado evangelio.'"

El doctor Gresham Machen era un presbiteriano de tradición reformada, un erudito, y ciertamente un defensor de la fe. Pensé que cualquiera que fuera el significado de su declaración, no era probable que descartara las enseñanzas de Cristo como base del llamamiento evangélico de hoy.

Al buscar la fuente y el contexto de la cita, encontré las siguientes palabras de Machen:

Sé que algunos mantienen, por un auténtico delirio de extravagancia, en mi opinión, que las palabras de Jesús pertenecen a una dispensación de ley que finalizó con la muerte y resurrección de Cristo y que, por lo tanto, las enseñanzas del sermón del Monte, por ejemplo, no están destinadas a la dispensación de la gracia en la que estamos viviendo ahora.

Bien, volvamos ahora al apóstol Pablo, el apóstol que nos ha dicho que no estamos bajo la ley sino bajo la gracia. ¿Qué dice él sobre el asunto? ¿Presenta la ley de Dios como algo sin validez en la dispensación de la gracia divina?

De ninguna manera. En el capítulo segundo de Romanos, tanto como (por implicación) en cualquier otro lugar de sus epístolas, insiste en la universalidad de la ley de Dios. Incluso los gentiles, aunque no conocen la manifestación clara de la ley de Dios que se encuentra en el Antiguo Testamento, tienen la ley escrita en sus corazones y no tienen excusa cuando desobedecen. Los cristianos en particular, insiste Pablo, están lejos de ser emancipados de la obediencia a los mandamientos de Dios. El Apóstol considera cualquier idea semejante como el más mortal de los errores. "Las obras de la carne", dice Pablo, "son evidentes. Estas son: fornicación, impureza, desenfreno, idolatría, hechicería, enemistades, pleitos, celos, ira, contiendas, disensiones, partidismos, envidia, borracheras, orgías y cosas semejantes a éstas, de las cuales os advierto como ya lo hice antes, que los que hacen tales cosas no heredarán el reino de Dios".¹

Es un error de la peor clase poner las enseñanzas de Pablo y los apóstoles en contra de las palabras de nuestro Señor, e imaginar que se contradicen unas a otras o hablan a diferentes dispensaciones. Los Evangelios son el fundamento sobre el que se edifican las epístolas. Toda la carta de Santiago, por ejemplo, se expresa como un comentario del sermón del Monte. Los que quieren relacionar el sermón del Monte con otra era deben todavía considerar el hecho de que casi todos sus principios se repiten y amplían en escritores posteriores del Nuevo Testamento.

Los que quieren descartar la "salvación de señorío" no ganan terreno al tratar de limitar la consideración del evangelio a las epístolas. Aun cuando el evangelio de Jesucristo no estuvo completo hasta su muerte y resurrección, sus elementos estaban claros en su predicación. Cada uno de los apóstoles que escribe bajo su inspiración subrayó y amplió la verdad del evangelio según Jesucristo.

Pablo

El apóstol Pablo en particular fue el paladín de la gran doctrina de la justificación por fe. Aun así reconoció el señorío de Cristo (Rom. 10:9, 10) y el lugar de las obras en la vida del creyente (Ef. 2:10). Para

él, la fe no era una cualidad inactiva que podía dejar de dar frutos de justicia. El vio la justicia práctica como el resultado necesario e inevitable de la verdadera fe. Frecuentemente se ha pensado que el concepto de fe de Pablo difería del de Santiago, porque Pablo escribió: "consideramos que el hombre es justificado por la fe, sin las obras de la ley" (Rom. 3:28); mientras en Santiago leemos: "Veis, pues, que el hombre es justificado por las obras y no solamente por la fe" (Stg. 2:24). No hay contradicción. Pablo decía que las obras humanas no pueden ganar el favor de Dios y Santiago decía que la verdadera fe debe dar por resultado buenas obras. Recordemos que Pablo escribió también: "Porque no son los odores de la ley, los que son justos delante de Dios, sino que los hacedores de la ley serán justificados" (Rom. 2:13), y advirtió que en el día del juicio Dios "recompensará a cada uno conforme a sus obras" (Rom. 2:6). Esto está perfectamente en armonía con la teología de Santiago (ver Stg. 1:22, 23).

La fe que salva descrita por el apóstol Pablo es una fuerza dinámica que produce inevitablemente justicia práctica. El no acepta una "fe" muerta que elimine las obras. Después de su exposición de la justificación por fe en Romanos 3 y 4,² escribió: "¿Qué, pues, diremos? ¿Permaneceremos en el pecado para que abunde la gracia? ¡De ninguna manera! Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos todavía en él?" (Rom. 6:1, 2).

Pablo veía al creyente como muerto al pecado y vivo para Dios. Veía como una contradicción de términos que un cristiano se sometiera al control del pecado: "¿No sabéis que cuando os ofrecéis a alguien para obedecerle como esclavos, sois esclavos del que obedecéis; ya sea del pecado para muerte o de la obediencia para justicia?" (Rom. 6:16). El veía a todos los creyentes como esencialmente obedientes, no libres del pecado o sin pecado, sino libres de la tiranía del pecado y siervos de la justicia. Pablo escribió: "Pero gracias a Dios porque, aunque erais esclavos del pecado, habéis obedecido de corazón a aquella forma de enseñanza a la cual os habéis entregado; y una vez libertados del pecado, habéis sido hechos siervos de la justicia" (Rom. 6:17, 18).

Pablo no consideró la gracia de Dios como un atributo estático por medio del cual el Señor acepta pasivamente a los pecadores. Más bien la describió como una fuerza dinámica que transforma pensamiento y conducta: "Porque la gracia salvadora de Dios se ha manifestado a todos los hombres, enseñándonos a vivir de manera prudente, justa y piadosa en la edad presente" (Tito 2:11, 12).

La doctrina paulina de la justificación por la fe hace imposible que las personas abracen a Cristo sin abandonar el pecado. Consideremos los pasajes siguientes:

¿No sabéis que los injustos no heredarán el reino de Dios? No os engañéis: que ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los homosexuales, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los calumniadores, ni los estafadores, heredarán el reino de Dios (1 Cor. 6:9, 10).³

Ahora bien, las obras de la carne son evidentes. Estas son: fornicación impureza, desenfreno, idolatría, hechicería, enemistades, pleitos, celos, ira, contiendas, disensiones, partidismos, envidia, borracheras, orgías y cosas semejantes a éstas, de las cuales os advierto, como ya lo hice antes, que los que hacen tales cosas no heredarán el reino de Dios (Gál. 5:19-21).

Porque esto lo sabéis muy bien: que ningún inmoral ni impuro ni avaro, el cual es idólatra, tiene herencia en el reino de Cristo y de Dios (Ef. 5:5).

Hermanos, sed imitadores de mí y prestad atención a los que así se conducen, según el ejemplo que tenéis en nosotros. Porque muchos andan por ahí, de quienes os hablaba muchas veces, y ahora hasta lo digo llorando, que son enemigos de la cruz de Cristo. El fin de ellos será la perdición (Fil. 3:17-19).

Porque Dios no nos ha llamado a la impureza, sino a la santificación. Por lo tanto, el que rechaza esto no rechaza a hombre, sino a Dios quien os da su Espíritu Santo (1 Tes. 4:7, 8).

Para Pablo, la perseverancia en la fe es evidencia esencial de que la fe es real; porque uno que abandona la fe de forma final y definitiva demuestra, para empezar, que nunca fue realmente redimido:

... Ahora os ha reconciliado en su cuerpo físico por medio de la muerte, para presentaros santos, sin mancha e irreprochables delante de él; por cuanto permanecéis fundados y firmes en la fe, sin ser removidos de la esperanza del evangelio que habéis oído, el cual ha sido predicado en toda la creación debajo del cielo. De este evangelio yo, Pablo, llegué a ser ministro (Col. 1:21-23).

Pablo consideró como incrédulos a quienes se apartaban de la verdad, como Himeneo, Alejandro y Fileto (ver 1 Tim. 1:20; 2 Tim. 2:16-19). Esto no contradecía sus enseñanzas sobre la seguridad eterna de la salvación, porque estos hombres nunca fueron salvos; su fe era fingida. Eran falsos profetas cuyos motivos fueron sospechosos desde el principio (ver 1 Tim. 6:3-5). Pese a que en algún tiempo profesaron conocer la verdad, "no recibieron el amor de la verdad para ser salvos" (2 Tes. 2:10).

Pablo predicaba el evangelio según Jesucristo. De hecho, su defensa de su apostolado se basaba en que había recibido su evangelio

directamente de Jesús (Gál. 1:11, 12). El resumía todo su ministerio con las palabras: "no fui desobediente a la visión celestial. Más bien, primeramente a los que estaban en Damasco, y en Jerusalén y por toda la tierra de Judá, y a los gentiles, les he proclamado que se arrepientan y se conviertan a Dios, haciendo obras dignas de arrepentimiento" (Hech. 26:19, 20; ver 20:20-27).

Judas

Judas, como Pablo, advirtió del peligro de la apostasía. Se proponía escribir su epístola sobre el tema de la salvación, en lugar de lo cual se vio impulsado a escribir una advertencia (Jud. 3, 4). Presentó a los apóstatas como aquellos que pretenden atribuirse las promesas de gracia pero viven en la inmoralidad y rechazan el señorío de Cristo: "hombres impíos, que convierten la gracia de nuestro Dios en libertinaje y niegan al único Soberano y Señor nuestro, Jesucristo" (v. 4). Su fin, dice Judas, es la condenación al fuego eterno (v. 7). Los que niegan el señorío de Cristo son condenados.

Pedro

Al predicar el primer sermón de la era de la iglesia, el apóstol Pedro concluye: "Sepa, pues, con certidumbre toda la casa de Israel, que a este mismo Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo (Hech. 2:36, énfasis añadido). El Cristo que Pedro predicaba no es sólo un Salvador con los brazos abiertos, sino también un Señor que pide obediencia. "El es Señor de todos" (Hech. 10:36). "A éste, lo ha enaltecido Dios con su diestra como Príncipe y Salvador, para dar a Israel arrepentimiento y perdón de pecados" (Hech. 5:31).

Así, el apóstol Pedro llamaba al arrepentimiento antes de prometer perdón; su invitación a los perdidos empezaba con el arrepentimiento (ver Hech. 2:38; 3:19). No obstante veía la salvación, incluso el arrepentimiento, como obra de Dios, no como un esfuerzo del hombre (Hech. 11:17, 18). El nuevo nacimiento tal como él lo describió era obra de Dios (1 Ped. 1:3), quien, en su soberanía, elige a las personas para salvación (1 Ped. 1:1, 2; 2 Ped. 1:10).

He aquí cómo describe Pedro la obra de la salvación: "Su divino poder nos ha concedido todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad por medio del conocimiento de aquel que nos llamó por su propia gloria y excelencia" (2 Ped. 1:3, énfasis añadido). Aun así enseñó que la prueba de la realidad de la fe es la virtud que produce en la vida del creyente (2 Ped. 1:5-9). Pedro escribe: "Por eso, hermanos, procurad aun con mayor empeño hacer firme vuestro llamamiento y elección, porque haciendo estas cosas no tropezaréis jamás. Pues de

esta manera os será otorgada amplia entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo" (2 Ped. 1:10, 11).

La norma de justicia que Pedro sostenía era la misma que oyó de Jesús: "como aquel que os ha llamado es santo, también sed santos vosotros en todo aspecto de vuestra manera de vivir, porque escrito está: *Sed santos, porque yo soy santo*" (1 Ped. 1:15, 16; ver Mat. 5:48).

Santiago

Ya hemos visto que Santiago denunció la fe sin obras como muerta e inútil (Stg. 2:17-20). Toda su epístola consiste en las pruebas de la verdadera fe, todas las cuales son los frutos prácticos de la justicia en la vida del creyente: perseverancia en las pruebas (1:1-12); obediencia a la Palabra (vv. 13-25); religión pura e incontaminada (vv. 26, 27); imparcialidad (2:1-13); obras justas (vv. 14-26); control de la lengua (3:1-12); la verdadera sabiduría (vv. 13-18); odio al mundo y la mundanalidad (4:1-6); humildad y sumisión a Dios (vv. 7-17); comportamiento justo en la congregación de creyentes (5:1-20).

Tal vez la más amplia invitación a la salvación, en las epístolas, la tenemos en Santiago 4:7-10. Aunque Santiago dirige la mayor parte de su epístola a los creyentes auténticos, evidencia también que está interesado por los que no son auténticos. No quiere que nadie se engañe con respecto a la salvación, por lo que llama a una fe salvadora real y viva, distinta de la fe muerta del capítulo 2. El declara su objetivo en 5:20: Es el de hacer "volver al pecador del error de su camino" y salvar "su vida de la muerte".

La invitación de 4:7-10 se dirige a quienes no son salvos; culpables y perversos oidores de la Palabra pero no hacedores de ella (ver 1:21, 22), que aun son cautivos de una fe muerta (ver 2:14-20), mentirosos, crueles, egoístas y arrogantes cuya sabiduría "no es la sabiduría que desciende de lo alto, sino que es terrenal, animal y diabólica" (3:15), que aman el mundo y son, por lo tanto, enemigos de Dios (4:4), cuyo espíritu está todavía dominado por la lujuria (ver 4:5), y que son soberbios y engreídos (ver 4:6). Están desesperadamente necesitados de la gracia de Dios; pero puesto que Dios sólo "da gracia a los humildes" (v. 6), Santiago llama a estos "pecadores" (un término usado en la Biblia sólo para los no regenerados) a que dejen su orgullo y se humillen. Diez imperativos trazan los mandatos en el llamamiento de Santiago a los pecadores: Someteos a Dios (salvación); resistid al diablo (transferencia de lealtad); acercaos a Dios (intimidad de relación); limpiad vuestras manos (arrepentimiento); purificad vuestros corazones (confesión); afligíos, lamentad, llorad, que vuestra risa se convierta en llanto y vuestro gozo en tristeza (aflicción). El último imperativo resume la mentalidad de los convertidos: "Humillaos

delante del Señor." Todo esto es obra de Dios que da su gracia más abundante (v. 6).

Juan

También el apóstol Juan escribió toda una epístola sobre las características de un creyente verdadero (ver 1 Jn. 5:13).⁴ A aquellos que luchaban por tener certidumbre, Juan no les aconsejó que fijaran sus esperanzas en un incidente pasado ni en un momento de fe. En lugar de ello les puso una prueba doctrinal y una moral. La prueba moral requiere obediencia: "Si decimos que tenemos comunión con él y andamos en tinieblas, mentimos y no practicamos la verdad" (1 Jn. 1:6). "En esto sabemos que nosotros le hemos conocido: en que guardamos sus mandamientos. El que dice: 'Yo le conozco' y no guarda sus mandamientos es mentiroso, y la verdad no está en él" (2:3, 4). "Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él" (2:15). "Si sabéis que él es justo, sabed también que todo aquel que hace justicia es nacido de él" (2:29). "Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, como él también es puro" (3:3). Muchos otros pasajes en toda la epístola confirman la misma verdad: que quien es verdaderamente salvo no puede continuar con una vida de pecado ininterrumpido (3:6-10).

La prueba doctrinal que pone Juan se refiere a la divinidad y el señorío de Jesús: "¿Quién es mentiroso, sino el que niega que Jesús es el Cristo? Este es el anticristo: el que niega al Padre y al Hijo. Todo aquel que niega al Hijo tampoco tiene al Padre. El que confiesa al Hijo tiene también al Padre" (1 Jn. 2:22; 23). "En esto conoced el Espíritu de Dios: Todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne procede de Dios" (4:2). "Todo aquel que cree que Jesús es el Cristo es nacido de Dios" (5:1).

Juan tenía tanta confianza en el triunfo final de la fe sobre el pecado que tenía un nombre especial para el creyente: "el que vence" (5:5; ver Apóc. 2:7, 11, 26; 3:5, 12, 21; 21:7).⁵ El escribió: "¿Quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?" (1 Jn. 5:5). Para Juan, un verdadero creyente finalmente vencerá.

El escritor de Hebreos

En otro libro⁶ trato con más detalle los pasajes de advertencia en Hebreos que estaban dirigidos a personas que intelectualmente habían aceptado a Cristo y se habían identificado con él, pero que aún no se habían asido a él por fe. No importa cómo se interpreten los pasajes de advertencia del libro; no hay manera de escapar a las explicaciones evidentes de Hebreos 12:10-14: "él nos disciplina para bien, a fin de

que participemos de su santidad. . . la santidad sin la cual nadie verá al Señor”.

Cuando todo sea dicho y hecho, los que carezcan totalmente de santidad serán expulsados de la presencia de Dios a la destrucción eterna (ver Mat. 25:41). El contexto de Hebreos 12 confirma que esto significa santidad práctica, no sólo una clase de santificación intangible o de posición. Así, el escritor de Hebreos, como Juan, Santiago, Pedro, Judas y Pablo, confirma la necesidad de obras de justicia para hacer válida la fe auténtica.

Los pocos y breves pasajes que he citado aquí sólo rozan la superficie de la rica verdad del camino de salvación delineada en Hechos y en las epístolas. Considerar todos los datos más a fondo requeriría al menos otro libro del tamaño de éste. Tal vez algún día tenga la oportunidad de escribirlo.

Mientras tanto, al estudiar el Nuevo Testamento veo con más claridad que nunca la unidad del evangelio, tal como se presenta en él. El evangelio según Jesucristo es también el evangelio según sus apóstoles. Es una puerta estrecha y un camino angosto. Es gratis pero lo cuesta todo. Y aunque se obtiene por fe, no puede dejar de producir el fruto de la verdadera justicia en la vida y conducta del creyente.

Apéndice 2

El evangelio según el cristianismo histórico

Los que quieren eliminar el señorío de Jesucristo del mensaje del evangelio insinúan que es una herejía como la del legalismo gálata el demandar que los pecadores abandonen sus pecados, se comprometan con Cristo, obedezcan sus mandamientos y se rindan a él.¹ Esta es una alegación irritante y precipitada que, de ser correcta, acusa a algunos de los más admirables líderes de la iglesia verdadera a lo largo de veinte siglos.

No hay nada nuevo en la “salvación de señorío”.² Algunos han tratado de presentarla como una doctrina reciente. Un ejemplo es Zane Hodges, que escribe:

De igual forma (como el legalismo del primer siglo), los ataques modernos más fuertes a la integridad del evangelio no niegan el carácter crucial de la fe en Cristo. Por el contrario, insisten en ello. Pero a la fe añaden otras condiciones, o preceptos, por lo que la naturaleza esencial del evangelio resulta radicalmente transformada. De hecho, frecuentemente se traza una distinción entre la clase de fe que salva y la que no lo hace. Pero la clase de fe que *salva* se considera que es la que da por resultado alguna clase de activa obediencia. De esta manera, la misma obediencia se convierte al menos en una parte implícita de la transacción entre el hombre y Dios. La fe “que salva” se ha redefinido así sutilmente en términos de sus frutos. En el proceso, la libertad incondicional del evangelio se ve seriamente, si no fatalmente, comprometida.³

En la apreciación de Hodges, el concepto de que la fe produce necesariamente obediencia es moderno y es una amenaza seria para la integridad del evangelio. El lo equipara al peligro de la postura de los judaizantes para la iglesia primitiva.

Este es un cargo grave. ¿Lo justifica la historia de la iglesia? Creo que no. La verdad es que el concepto de fe que Hodges tacha de moderno es exactamente lo que la iglesia verdadera ha creído siempre. Los santos más destacados a través de los siglos de historia de la iglesia han rechazado la noción de que la salvación produce algo inferior a una transformación completa del carácter, conducta y modo de vida del creyente.

Por ejemplo, en la *Didaqué*, uno de los primeros escritos extrabíblicos de la iglesia, escrito tal vez en fecha tan temprana como el final del primer siglo, leemos: "Todo profeta que enseña la verdad pero deja de practicar lo que predica es un profeta falso."⁴

De las palabras de Ignacio, el obispo de Antioquía, que escribió hacia el principio del siglo segundo, leemos: "Las personas carnales no pueden actuar espiritualmente, ni las personas espirituales carnalmente, tal como la fe no puede actuar como la incredulidad, ni la incredulidad como la fe"⁵; y: "Nadie que profese la fe cae en el pecado, ni uno que ha aprendido a amar, odia. 'El árbol se conoce por su fruto.' De igual manera, los que profesan ser de Cristo serán reconocidos por sus actos. *Porque lo que importa no es un acto momentáneo de profesión, sino el ser persistentemente motivado por la fe.*"⁶

Otro de los primeros escritos de la iglesia, conocido como la *Segunda epístola de Clemente a los corintios*, escrita hacia el año 100 d. de J.C. contiene las siguientes palabras:

No le llamemos meramente Señor, porque eso no nos salvará. Porque él dice: "No todo el que me dice, Señor, Señor, será salvo, sino aquél que hace lo que es justo." Así, hermanos, reconozcámonle por nuestros actos. . . Este mundo y el que ha de venir son dos enemigos. Este significa adulterio, corrupción, avaricia, y engaño, mientras que el otro los rechaza. No podemos, por lo tanto, ser amigos de ambos. Para conseguir uno, hemos de renunciar al otro.⁷

Agustín, escribiendo en el año 412 d. de J.C., describió las obras de justicia como la prueba inevitable de la obra del Espíritu Santo en la vida de uno. El escribió:

Nosotros por nuestra parte afirmamos que la voluntad humana está tan divinamente auxiliada para practicar la justicia que, . . . además de la enseñanza que le instruye acerca de cómo debe vivir, recibe también el Espíritu Santo, mediante el que se produce en su corazón un deleite en y un amor por ese bien supremo e inmutable que es

Dios; y esto surge ahora mientras camina por fe y no por vista. Para que por estas arras, por así decirlo, por el don gratuito él pueda arder por abrirse paso hasta su Hacedor, y estar inflamado por acercarse a participar en esa verdadera luz. . . Pero a fin de que podamos sentir este afecto "el amor de Dios es derramado ampliamente en nuestros corazones" no "por la libre elección que surge de nosotros", sino "por el Espíritu Santo que nos ha sido dado" (Rom. 5:4).⁸

En los años posteriores a la muerte de Agustín, su énfasis en la presencia íntima del Espíritu Santo dio paso a un catolicismo de obras sacramentales. El monasticismo, sacerdotalismo y romanismo con el tiempo erosionaron el concepto de salvación de la iglesia tradicional. El concepto dominante de la redención se convirtió en la noción no bíblica de que las personas deben hacer obras meritorias para ganar el favor de Dios. El celibato, la soledad y autoflagelación eran considerados como algunos de los medios para apaciguar a Dios. La Edad Media descendió sobre el mundo ocultando casi por completo la luz del verdadero evangelio.

Cuando los reformadores "redescubrieron" la verdad de la justificación por la fe, las tinieblas fueron disipadas. El corazón de las enseñanzas de la Reforma era que la fe, no las obras, es la base de la salvación. Esta verdad liberó a multitudes de la esclavitud religiosa que el romanismo había impuesto sobre el cristianismo. Pero, ¿consintió la Reforma una clase de fe que no produzca justicia práctica? Ciertamente no. La convicción de todos los dirigentes reformadores era que la verdadera fe se manifestaba ineludiblemente en buenas obras.

El incidente que simbólicamente marcó el principio de la Reforma fue la fijación por Martín Lutero de sus *noventa y cinco tesis* en la puerta de la Catedral del Castillo de Wittenberg en 1517. Las primeras cuatro tesis muestran lo que pensaba Lutero de la necesidad de las buenas obras:

1. Al decir nuestro Señor y Maestro: "Arrepentíos, etc.," quería decir que toda la vida de los fieles debe ser un acto de arrepentimiento.
2. Este dicho no puede entenderse como el sacramento de la penitencia (es decir de la confesión y absolución) que es administrado por el sacerdocio.
3. Aun así, no quiere decir solamente arrepentimiento interior; de ningún modo, el arrepentimiento interior es nulo si no produce diferentes clases de mortificaciones de la carne.
4. Así, la penitencia permanente mientras perdura el odio al propio yo (es decir: el verdadero arrepentimiento interior); o sea, hasta la entrada en el reino de los cielos.

Lutero escribió también: "Cuando hemos enseñado así la fe en Cristo, enseñamos también buenas obras. Dado que te has asido por fe a Cristo, mediante quien has sido hecho justo, empieza ahora a obrar bien. Ama a Dios y a tu prójimo, clama a Dios, dale gracias, alábale, confíesale. Haz bien a tu prójimo y sírvele: cumple tu deber. Estas son sin duda buenas obras, *que fluyen de esta fe.*"⁹

"Lutero creía que la fe llevaba consigo todas las actividades religiosas. . . A la vez que había condenado las buenas obras meramente legales, encaminadas a procurar bendiciones para quien las hacía, defendía las buenas obras producidas por la fe."¹⁰ "Para Lutero las buenas obras no determinan la relación de uno con Dios; siguen a la fe como el día sigue a la noche, como el buen fruto procede del árbol bueno. Donde no hay buenas obras, no hay fe."¹¹ Lutero escribió: "Si las (buenas) obras y el amor no afloran, no es una fe auténtica, el evangelio no ha arraigado todavía, y aún no se conoce a Cristo adecuadamente."¹²

Aunque Lutero luchó intensamente por la verdad de que somos salvos por fe y no por buenas obras, nunca dudó en insistir en que las obras son necesarias para dar validez a la fe. En el prólogo a su famoso comentario de Romanos, escribió:

La fe no es algo soñado, una ilusión humana, pese a que esto es lo que muchos entienden por el término. Siempre que ven que no es seguida ya sea por una mejora moral o por buenas obras, aunque se siga diciendo mucho sobre la fe, caen en el error de declarar que la fe no es suficiente, que hemos de hacer "obras" para tener derecho a la salvación y obtenerla. La razón es que, cuando oyen el evangelio, pierden el punto central; en sus corazones, y por sus propios recursos, forman una idea a la que llaman "creencia", y a la que tratan como verdadera fe. De igual manera, no es sino una creación humana, una idea sin la correspondiente experiencia en lo profundo del corazón. Es por lo tanto inefectiva y no está seguida por una mejor calidad de vida.

La fe, sin embargo, es algo que Dios produce en nosotros. Nos cambia y somos renacidos de Dios, Juan 1. La fe da muerte al viejo Adán y nos hace hombres completamente diferentes de corazón, de mente y en todos nuestros poderes; y va acompañada del Espíritu Santo. Oh, la fe, que cosa tan viva, creativa y poderosa. No puede hacer más que bien en todo tiempo. Nunca espera a preguntar si hay alguna obra buena qué hacer, más bien, antes que surja la pregunta ya ha hecho la obra, y sigue haciéndola. Un hombre que no sea activo en esta forma es un hombre sin fe. Está buscando fe a tientas y buscando nuevas obras, pero no sabe lo que es la fe ni lo que son las buenas obras. No obstante, sigue diciendo cosas sin sentido sobre la fe y las buenas obras.

...Es imposible, sin duda, separar obras de fe, como es imposible separar del fuego el calor y la luz.¹³

Felipe Melancton, un compañero de Lutero y reformador de nota, escribió: "Debe ser obvio que si no tiene lugar la conversión a Dios y el corazón continúa en pecado contra la conciencia, no existe verdadera fe que desee ni que reciba perdón de pecados. El Espíritu Santo no está en un corazón en el que no hay temor de Dios, sino un continuo desafío. Como se expresa claramente en 1 Corintios 6:9 y sigs., fornicarios, idólatras, adúlteros, etc., no heredarán el reino de los cielos."¹⁴

Prácticamente todos los credos procedentes de la Reforma identifican las buenas obras como expresión inevitable de la fe que salva. La Confesión de Augsburgo de 1530 dice:

Es más, enseñamos que es necesario hacer buenas obras; no para que podamos confiar en que merecemos la gracia por ellas, sino porque es la voluntad de Dios que las hagamos. Sólo por fe se alcanza la remisión de pecados y la gracia. Y porque el Espíritu Santo se recibe por fe, nuestros corazones son ahora renovados, y así tienen nuevos afectos, para que sean capaces de producir buenas obras. Por eso dice Ambrosio: "La fe es la que engendra buena voluntad y buenas acciones."¹⁵

La confesión belga de 1561 dice:

Creemos que esta fe verdadera, forjada en el hombre por oír la Palabra de Dios y por obra del Espíritu Santo, le regenera y hace de él un nuevo hombre, haciendo que viva una nueva vida, y liberándole de la esclavitud del pecado. Por lo tanto, está lejos de ser verdad que esta fe que justifica haga a los hombres remisos en la vida pía y santa, y que por el contrario sin ella no harían nunca nada por amor a Dios, sino sólo por amor a sí mismos o por miedo a la condenación. Por lo tanto, es imposible que esta fe santa en un hombre, pueda ser sin fruto.¹⁶

El Catecismo de Heidelberg (1563) pregunta: "Pero esta doctrina (justificación por fe), ¿no hace a los hombres descuidados e impíos?", y da la respuesta: "No, porque es imposible que quienes son injertados en Cristo por la fe verdadera no produzcan frutos de gratitud."¹⁷

Los cánones del sínodo de Dort (1619) describen la obra del Espíritu Santo en la regeneración:

El penetra hasta los más íntimos recovecos del hombre; abre el corazón cerrado y ablanda el endurecido, circuncida lo que estaba incircunciso; infunde nuevas cualidades a la voluntad, la cual, pese a que anteriormente estaba muerta, la aviva; de ser mala, desobediente y rebelde, la convierte en buena, obediente y dócil; él la mueve y fortalece, para que, como un árbol bueno, pueda dar fruto de buenas acciones.¹⁸

La Confesión de Fe de Westminster (1647) resume la doctrina de la santificación:

Los que son realmente llamados y regenerados, en los que han sido creados un nuevo corazón y un nuevo espíritu, son después santificados, real y personalmente, por virtud de la muerte y resurrección de Cristo, por la Palabra y el Espíritu que mora en ellos; el dominio del pecado es destruido, y las diferentes codicias son más y más debilitadas y mortificadas, y ellos son más y más reavivados y fortalecidos en todas las gracias salvadoras, para la práctica de la verdadera santidad, sin la cual nadie verá al Señor. . . Pese a que la corrupción que queda, puede prevalecer fuertemente por algún tiempo, por medio de la continua aportación de fortaleza del Espíritu santificador de Cristo, la parte regenerada obtiene la victoria; y así, los santos crecen en gracia, perfeccionando la santidad en el temor de Dios.¹⁹

El Catecismo Abreviado de Westminster (1674) contiene estas lecciones que parecen como si hubieran sido escritas específicamente para refutar el evangelio que se ha hecho popular en nuestro tiempo:

P. 7. ¿Cómo ha de recibirse a Jesús por fe?

R. Jesús ha de recibirse por fe tal como se nos ofrece en el evangelio.

P. 8. ¿Cómo se nos ofrece a Jesucristo en el evangelio?

R. Jesucristo se nos ofrece en el evangelio como sacerdote, profeta y rey; y así hemos de recibirle, si hemos de ser salvos por él.

P. 9. ¿Cuándo descansa el alma en él para salvación?

R. El alma descansa en Cristo para salvación cuando, convencida de su condición perdida a causa del pecado, y de su propia incapacidad, juntamente con la insuficiencia de todas las criaturas, para sacarlas de este estado, y estando persuadida de la capacidad y disposición de Cristo para salvar, abandona toda confianza en las criaturas y renuncia a su propia justicia y, así, se acoge a Cristo y pone en él su confianza, y sólo en él, para salvación.

LXXXVII. P. ¿Qué es arrepentimiento para vida?

R. Arrepentimiento para vida es la gracia salvadora, por la que un pecador, con un sentido verdadero de sus pecados y comprensión de la gracia de Dios en Cristo, con pesar y aversión por sus pecados, se vuelve de ellos a Dios, con el propósito total de procurar una nueva obediencia.

P. 3. ¿En qué consiste el arrepentimiento para vida?

R. El arrepentimiento para vida consiste principalmente en dos cosas:
1. En volverse del pecado y abandonarlo. "Arrepentíos y volved de todas vuestras transgresiones, para que la iniquidad no os sea causa de tropiezo", Ezequiel 18:30. "El que encubre sus pecados no prosperará, pero el que los confiesa y los abandona alcanzará misericordia", Proverbios 28:13. 2. Volverse a Dios. "Deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos. Vuélvase a Jehovah, quien tendrá de él misericordia; y a nuestro Dios, quien será amplio en perdonar", Isaías 55:7.

P. 15. ¿Qué es ese volverse del pecado que forma parte del verdadero arrepentimiento?

R. El volverse del pecado que forma parte del verdadero arrepentimiento consiste en dos cosas: 1. En volverse de todos los pecados groseros respecto a nuestra conducta y conversación. 2. En volverse de todos los demás pecados respecto a nuestro corazón y afectos.

P. 16. El verdadero arrepentimiento, ¿no vuelve nunca a la práctica de los mismos pecados de que se ha arrepentido?

R. 1. Los que verdaderamente se han arrepentido del pecado nunca vuelven a su práctica, para vivir una conducta de pecado, tal como lo hacían anteriormente; y donde alguno, después de arrepentirse, vuelve a una conducta de pecado, es señal evidente de que su arrepentimiento no fue el correcto. 2. Algunos se han arrepentido verdaderamente de sus pecados, aunque pueden ser asaltados y sorprendidos por tentaciones, hasta caer en la comisión de los mismos pecados de los que se han arrepentido, pero no permanecen en ellos, sino que se levantan y, con amargo dolor, los deploran y vuelven de nuevo al Señor.²⁰

La teología del protestantismo histórico contempla y subraya la verdad de que la justicia práctica es un resultado esencial e inevitable de la fe que salva. El reformador Ulrico Zwinglio consideraba la fe como una obra continua del Espíritu Santo en el creyente. Así, creía que la verdadera fe no puede ser nunca perezosa e inactiva sino que produce buenas obras en el creyente. Esas obras, enseñaba Zwinglio, son la prueba de la elección de un creyente y la evidencia necesaria de la fe.²¹

Juan Calvino escribió: "No soñamos en una fe vacía de buenas obras, ni en una justificación que pueda existir sin ella. . . ¿Obtendríamos entonces la justificación en Cristo? Debemos previamente tener a Cristo. Pero no se puede tenerle sin ser hecho participante de su santificación: Porque Cristo no puede ser dividido. . . Así, es aparente

que en verdad no somos justificados sin obras y, no obstante, no por obras."²²

En un debate con el cardenal católico Jacobo Sadoletto, el cual fuera publicado, Calvino escribió:

Negamos que las buenas obras tengan parte alguna en la justificación, pero reclamamos plena autoridad para ellas en la vida de los justos. . . Es obvio que la justicia (forjada por la gracia) está necesariamente conectada con la regeneración. Por ello, para entender adecuadamente lo inseparable que son la fe y las obras, mira a Cristo, quien, como dice el Apóstol (1 Cor. 1:30) nos ha sido dado para justificación y santificación. Dondequiera, por tanto, que esté la justicia de fe que mantenemos que es gratuita, allí está también Cristo, y donde Cristo está, también está el Espíritu de santidad, que regenera el alma a novedad de vida. Por el contrario, donde el celo por integridad y santidad no tiene vigor, no están ni el Espíritu de Cristo ni Cristo mismo; y dondequiera que no esté Cristo, no hay justicia, ni tampoco hay fe; porque la fe no puede tomar a Cristo por justicia sin el Espíritu de santificación.²³

Los puritanos en particular escribieron mucho sobre la naturaleza de la fe que salva y el papel de las obras de justicia en la vida del creyente. En 1658, William Guthrie hizo la declaración más clara sobre la salvación de señorío que jamás se haya escrito:

Un hombre piadoso puede argumentar en estos términos: Cualquiera que recibe a Cristo es considerado con justicia hijo de Dios: "Pero a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio derecho de ser hechos hijos de Dios" (Juan 1:12); pero yo he recibido a Cristo en todas las formas denotadas por esas palabras: porque estoy satisfecho con el plan de salvación por Cristo, estoy de acuerdo con los términos, acepto la promesa de Cristo en todos sus oficios, como Rey para gobernarme, Sacerdote para ofrecer sacrificio e interceder por mí, Profeta para enseñarme; abro mi corazón para él y hacia él, confío en él hasta donde soy capaz. ¿Qué más puede significar la palabra RECIBIR? . . .

La *segunda* gran señal de un estado de gracia, y verdadero interés salvador en Jesucristo, es la nueva criatura —"si alguno está en Cristo, nueva criatura es" (2 Cor. 5:17). . . En todos los que verdaderamente claman a Cristo, debe estar esta nueva criatura; . . . Esta nueva criatura se llama el "nuevo hombre" (Col. 3:10), que señala lo que abarca. No es simplemente una nueva lengua o una nueva mano, sino un *nuevo hombre*. Hay un principio de nueva vida y un nuevo impulso puesto en el hombre, que es el nuevo corazón. Este nuevo principio impulsa los actos de la vida, "conforme a la imagen de aquel que lo creó", a fin de que el individuo sea renovado en alguna medida en todas sus formas (Col. 3:10).²⁴

En 1672, se publicó una obra póstuma de Joseph Alleine, donde escribía:

La conversión, pues, consiste en un cambio completo de corazón y vida. . . Si alguna vez has de ser convertido para salvación, debes perder la esperanza de hacerlo con tus propias fuerzas. Es una resurrección de los muertos (Ef. 2:1), una nueva creación (Gál. 6:15; Ef. 2:10), una obra de omnipotencia absoluta (Ef. 1:19). ¿No está esto fuera del alcance del poder humano? Si no tienes más de lo que tenías en tu primer nacimiento, una naturaleza buena, un carácter honesto y manso, etc., eres ajeno a la verdadera conversión. Esta es una obra sobrenatural.²⁵

Thomas Watson escribió en 1692:

Hemos de tener concordancia con él en gracia, antes de tener comunión con él en gloria. Gracia y gloria están enlazados y encadenados juntos. La gracia precede a la gloria, como la estrella matutina anuncia al sol. Dios nos cualificará y nos hará aptos para el estado de bendición. Los borrachos y los blasfemos no son aptos para disfrutar con Dios en la gloria; el Señor no acogerá a tales víboras en su seno. Sólo los de corazón puro verán a Dios.²⁶

El comentario de Thomas Manton sobre Santiago, publicado por primera vez en 1693, contiene las siguientes palabras:

Es una triste descripción de unas mujeres insensatas, 2 Timoteo 3:7, "que siempre están aprendiendo y nunca logran llegar al conocimiento de la verdad". El mucho oír agravará nuestro juicio, a menos que haga una viva impresión en nuestro corazón. El corazón del hombre es tan insensible, que se conforma con la mera presencia de las ordenanzas en su lugar. . . aunque no sientan su poder.

.....

Las obras son una evidencia de la verdadera fe. Las gracias no son hábitos muertos e inútiles; tendrán algunos efectos y funciones aun cuando estén más débiles y en su infancia. . . Esta es la evidencia por la que hemos de juzgar, y es la evidencia por la que Cristo juzgará. . . Las obras no son base para la confianza, sino una evidencia; no el fundamento de la fe, sino el aliciente de la certidumbre. La confortación puede aumentar por la vista de las buenas obras, pero no está edificada sobre ellas; son semillas de esperanza, no apoyos de confianza; dulces evidencias de elección, no sus causas; presagios felices y principios de gloria; en pocas palabras, pueden manifestar un interés, pero no merecerlo.²⁷

"Manton sostenía firmemente la perseverancia de los elegidos de Dios;

pero eso no le impedía enseñar que la santidad es la gran señal distintiva del pueblo de Dios, y que aquel que habla de 'no perecer jamás' mientras continúa pecando voluntariamente, es un hipócrita y se engaña a sí mismo."²⁸

El comentarista Matthew Henry, que escribió a principios del siglo dieciocho dijo:

Estamos demasiado dispuestos a descansar en una mera profesión de fe, y pensar que esto nos salva; es una religión barata y fácil decir: "Creemos los artículos de la fe cristiana"; pero es un gran engaño imaginar que esto es suficiente para llevarnos al cielo. Los que dicen esto hacen quedar mal a Dios, y colocan una trampa a sus almas; una fe ficticia es tan odiosa como una caridad fingida, y ambas muestran un corazón muerto a toda verdadera santidad. Tanto puede uno encontrar complacencia en un cuerpo muerto, privado de alma, sentido y acción, como Dios encontrar complacencia en una fe muerta, en que no hay obras. . . Las obras que evidencian la verdadera fe deben ser obras de autonegación, tal como el mismo Dios ordena. . . La profesión de fe más plausible sin obras, está muerta. . . No debemos creer que lo uno, sin lo otro, nos justifica y nos salva. Esta es la gracia de Dios en la que estamos y en la que debemos permanecer.²⁹

George Whitefield, el gran predicador y defensor de la fe en Gran Bretaña y la América colonial, escribió en su diario del 6 de agosto de 1739:

Tuve una conversación después de un sermón, con uno del que, juntamente con otros, sospechaba que sostenía principios antinómicos. De los tales aléjese todo el que los conozca; porque pese a que (para usar las palabras de la confesión de nuestra iglesia), las buenas obras, que son fruto de la fe, no pueden borrar nuestros pecados, ni resistir la severidad del juicio de Dios (es decir, no pueden justificarnos), sin embargo, siguen a la justificación, y surgen por necesidad de una fe verdadera y viva, por cuanto por ellas una fe viva puede conocerse de forma tan evidente como un árbol por su fruto.³⁰

Jonatán Edwards, posiblemente el predicador más admirable y el pensador teológico más claro del siglo dieciocho, escribió:

La religión que Dios demanda, y acepta, no consiste en deseos débiles, desvaídos y sin vida, que nos levantan apenas por encima de un estado de indiferencia. Dios, en su Palabra, insiste mucho sobre que seamos activos, fervientes en espíritu, y en que nuestro corazón esté firmemente comprometido con la religión. . .

Los que insisten en que las personas viven por fe, cuando no tienen experiencia y están en muy mal estado mental, son también muy absurdos en sus nociones de fe. Lo que entienden por fe es creer que están en buen estado. De aquí que consideren un horrible pecado dudar de su estado, en cualesquier circunstancias que estén y por cualquier cosa pecaminosa que hagan, porque es el pecado grande y grave de la duda; y el mejor hombre y el que da más honra a Dios, es el que mantiene la esperanza de su buen estado con más confianza e inamovible, cuando tiene la menor luz o experiencia; es decir, cuando está en las peores condiciones y forma; porque ciertamente ésta es una señal de que es fuerte en la fe, de que da gloria a Dios y de que cree en la esperanza contra toda esperanza. Pero, ¿de qué Biblia aprenden esta noción de fe que es la creencia confiada de un hombre en que está en una buena posición? Si esto es fe, los fariseos tenían fe en un alto grado; de los cuales algunos de ellos, dice Jesús, habían cometido el pecado imperdonable contra el Espíritu Santo. . .

. . . Puede ser a causa de la incredulidad, o porque tienen muy poca fe, que dan tan poca evidencia de su buen estado. Si tuvieran más experiencia de las obras de la fe, y también más experiencia del ejercicio de la gracia, tendrían una evidencia más clara de que su estado era bueno y, así, se disiparían sus dudas. . .

. . . No es propósito de Dios que los hombres obtengan la certidumbre de otra manera que mortificando la corrupción, creciendo en la gracia y consiguiendo los ejercicios vivos de ello. Y aunque el autoexamen es un deber de gran utilidad e importancia, y no debe ser descuidado de ninguna manera, no es el medio principal por el que los santos reciben la satisfacción de su buena posición. La certidumbre no se consigue tanto por el autoexamen como por la acción. El apóstol Pablo buscó la certeza principalmente de esta manera, incluso olvidando las cosas que quedaban atrás, y extendiéndose a lo que estaba delante hacia la meta del premio del Supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús; y de alguna manera encontrarse en la resurrección de los muertos. Fue principalmente por este medio que obtuvo la certeza; 1 Corintios 9:26. "Por eso yo corro así, no como a la aventura." Obtuvo la seguridad de ganar el premio más por correr que por considerar. . . Empleándose con toda diligencia en crecer en la gracia, añadiendo a la fe virtud, etc., es la dirección que el apóstol Pedro nos da, para hacer nuestro llamamiento y nuestra elección seguros, y tener una entrada amplia en el reino eterno de Cristo. Sin esto, nuestros ojos estarán empañados y seremos como hombres en la oscuridad; no podremos ver con claridad ni el perdón de nuestros pecados pasados, ni nuestra herencia celestial futura y lejana, 2 Pedro 1:5-11.³¹

John Gill, un pastor bautista británico, escribió en 1767:

El fundamento de la santificación está basado en la regeneración; siendo un principio santo, se forma primeramente en esto; la nueva

criatura, o nuevo hombre, es creado en justicia y verdadera santidad; y aparece como *vocación auténtica*, que es un *llamamiento santo*; y debe manifestarse en la conversión, que es cuando los hombres se vuelven de sus iniquidades; y esa santidad que empieza en la regeneración y se manifiesta en auténtico llamamiento y conversión, continúa en la santificación, que es una obra gradual y progresiva, que empieza y termina en glorificación.³²

Al describir a los verdaderos creyentes, Gill escribió:

En sumisión a él, como Rey de los santos; no sólo le reciben como su Profeta, para enseñarles e instruirles, y abrazar sus doctrinas; y como Sacerdote, por cuyo sacrificio son expiados sus pecados; sino también como su Rey, a cuyas leyes y mandatos se someten gozosos, estimando sus preceptos respecto a todas las cosas como justos, ninguno de sus mandamientos gravoso; sino que en base al principio de amor a él, los guardan y observan.³³

Otro puritano británico, Thomas Goodwin escribió:

Donde falta el pesar por haber ofendido a Dios, no hay ninguna señal de que alguna buena voluntad hacia Dios haya todavía obrado en el corazón, ni de amor por él, sin el cual Dios nunca aceptará a un hombre. . .

Además no hay esperanza de enmienda. Dios no perdonará hasta que vea esperanza de enmienda. Hasta que un hombre no confiesa sus pecados, y esto con amargura, es señal de que los ama, Job 20:12-14. Mientras los esconde, los atesora, y no los deja, son dulces a su paladar; por lo tanto hasta que no los confiesa, y se lamenta por ellos, es señal de que no le son amargos, y no los abandona. Un hombre nunca dejará el pecado hasta que lo encuentre amargo; y, en ese caso, sentirá amargura por él, Zacarías 12:10; "porque la tristeza que es según Dios genera arrepentimiento", 2 Cor. 7:10.³⁴

El más conocido de todos los predicadores del siglo diecinueve fue Charles Haddon Spurgeon. En un libro sobre evangelismo personal escribió:

Otra prueba de la conquista de un alma para Cristo se encuentra en un *auténtico cambio de vida*. Si el hombre no vive de forma diferente de la anterior, tanto en casa como fuera, necesita arrepentirse de su arrepentimiento, y su conversión es ficticia. No sólo la acción y el lenguaje, sino también el espíritu y el temperamento deben cambiar. . . Vivir bajo el poder de cualquier pecado a sabiendas es una señal de que somos esclavos del pecado, porque "sois esclavos de aquel a quien obedecéis". Es inútil la jactancia de un hombre que abriga en sí mismo el amor a cualquier transgresión. Puede sentir lo

que quiera, y creer lo que quiera, pero aún estará en la hiel de la amargura y en los lazos de la iniquidad mientras haya un solo pecado que gobierne su corazón y su vida. La verdadera regeneración implanta el odio a todo mal; y cuando hay deleite en un pecado, la evidencia para una sana esperanza es fatal. . .

Ha de haber armonía entre la vida y la profesión de fe. Un cristiano profesa renunciar al pecado y, si no lo hace, su mismo nombre es un engaño.³⁵

J. C. Ryle, un obispo anglicano evangélico, escribió estas estimulantes palabras hace casi un siglo:

¡Dudo que tengamos alguna garantía para decir que un hombre pueda ser *convertido* sin ser consagrado a Dios! . . . Si no se consagró a Dios el mismísimo día en que fue convertido y nacido de nuevo, no sé lo que quiere decir conversión. ¿No están los hombres en peligro de menospreciar y subestimar la inmensa bendición de la conversión? ¿No están, cuando invitan a los creyentes a la "vida superior" como a una segunda conversión, subestimando la largura, la anchura, la profundidad y la altura de ese gran primer capítulo que la Biblia llama el nuevo nacimiento, la nueva creación, la resurrección espiritual? Puedo estar equivocado, pero he pensado a veces, mientras leía el fuerte lenguaje utilizado por muchos sobre "consagración" en los últimos años, que quienes lo utilizan deben haber tenido previamente un concepto de "conversión" singularmente bajo e inadecuado; si es que sabían algo sobre la conversión. Resumiendo, ¡casi he sospechado que cuando fueron *consagrados*, fueron en realidad *convertidos* por primera vez!³⁶

El doctor Benjamín B. Warfield, profesor de teología en el Seminario Princeton, escribió lo siguiente entre finales del siglo diecinueve y principios del veinte, en un ensayo sobre la fe:

No ha surgido una fe verdadera a menos que haya habido una percepción del objeto en qué creer, un asentimiento en cuanto a sus merecimientos para ser creído y un compromiso por nuestra parte con ello como verdadero y digno de confianza. . . No puede decirse que creamos aquello en que desconfiamos demasiado como para comprometernos con ello.³⁷

R. A. Torrey, entonces presidente del Instituto Bíblico Moody, en su libro de texto sobre evangelización personal dijo a sus estudiantes, que hicieran del señorío de Cristo un foco de la invitación evangélica a un pecador: "Llévadle tan directamente como podáis a aceptar a Cristo como Salvador personal, y a rendirse a él como su Señor y Maestro."³⁸

W. H. Griffith Thomas, uno de los primeros dispensacionalistas y fundador del Seminario Teológico de Dallas, reconoció la inseparabili-

dad de la justificación y la santificación,³⁹ tanto como la necesidad de las buenas obras como resultado lógico de la fe.⁴⁰ El escribió: "San Pablo usa Génesis 15 para probar la necesidad de la fe; Santiago usa Génesis 22 para probar la necesidad de las obras. San Pablo enseña que las obras deben nacer de la fe; Santiago enseña que la fe debe ser probada por las obras."⁴¹ Al comentar Romanos 14, escribió:

Nuestra relación con Cristo está basada en su muerte y resurrección y esto significa su señorío. Sin duda el señorío de Cristo sobre las vidas de los suyos era el propósito por el que murió y resucitó. Hemos de reconocer a Cristo como nuestro Señor. El pecado es rebelión y sólo al rendimos a él como Señor recibimos su perdón como Salvador. Hemos de admitirle para que reine en el trono de nuestro corazón y, sólo cuando él es glorificado en nuestros corazones como Rey, el Espíritu Santo viene a habitar en nosotros.⁴²

Hace unos veinticinco años, Oswald T. Allis escribió sobre los dos pactos:

Por el pacto de gracia al cristiano no se le ofrece la fe como un sustituto fácil de las obras de justicia. Se le ofrece una justicia inmerecida y no ganada, la justicia de Cristo recibida por fe que desafía a que ande de forma digna de su alto llamamiento, que aprenda a decir como Pablo: "el amor de Cristo nos constriñe". El hecho de que no está bajo la ley como base de la salvación por obras no pone ante el cristiano una norma inferior a la de la ley mosaica, sino una mucho más alta. . . Cuando Jesús dio a sus discípulos un nuevo mandamiento: "Como os he amado, amaos también vosotros los unos a los otros", puso ante ellos una norma de obediencia que supera al mandamiento de la ley; "amarás a tu prójimo como a ti mismo". No es extraño que Pablo conteste la pregunta: "¿Invalidamos la ley por la fe?", con las palabras enfáticas: "¡De ninguna manera! Más bien, confirmamos la fe."⁴³

Escribiendo contra los antinómicos, añade:

Toda la enseñanza del Nuevo Testamento es que la justificación tiene como objetivo la santificación, redención de toda iniquidad. Una fe que no produce frutos de justicia no es una fe viva. El bandido que llega en secreto al sacerdote a confesarse y obtener la absolución, sólo para volver con la conciencia tranquila a su vida de latrocinio y violencia, es como los judíos que habían hecho del templo "cueva de ladrones", un refugio contra las consecuencias de sus actos malignos.⁴⁴

Otros escritores recientes han expresado su conmoción ante lo que ven como un antinomianismo que se extiende en la iglesia del siglo

veinte. A. W. Pink, por ejemplo, reconoció el fracaso de la evangelización moderna ya en 1937. El escribió:

Los términos de la salvación en Cristo son presentados erróneamente por el evangelista de hoy. Con muy raras excepciones, dice a sus oyentes que la salvación es por gracia y se recibe como don gratuito; que Cristo lo ha hecho todo por el pecador, y que lo único que tiene que hacer es "creer", confiar en los méritos infinitos de su sangre. Y tan ampliamente prevalece este concepto ahora en círculos "ortodoxos", tan frecuentemente ha sonado en sus oídos, se ha arraigado tan profundamente en sus mentes, que si uno lo pone en duda y lo denuncia como tan inadecuado y parcial que resulta engañoso y erróneo, le pondrán inmediatamente el estigma de hereje, y le acusarán de deshonorar la obra perfecta de Cristo al inculcar la salvación por obras. . . La salvación es por gracia, sólo por gracia. . . No obstante, la gracia divina no es ejercida a expensas de la santidad, porque nunca hace compromisos con el pecado. También es verdad que la salvación es un don gratuito, pero debe recibirla una mano vacía y no una mano que esté todavía fuertemente asida al mundo. . . Un corazón que esté endurecido en rebelión no puede creer salvíficamente; debe primero ser quebrantado. . . Aquellos predicadores que dicen a los pecadores que pueden ser salvos sin abandonar sus ídolos, sin arrepentirse, sin someterse al señorío de Cristo; están tan equivocados y son tan peligrosos como otros que insisten en que la salvación es por obras y que el cielo ha de ganarse mediante nuestros esfuerzos.⁴⁵

Pink escribe también:

La gracia divina no se otorga con el objeto de liberar a los hombres de sus obligaciones, sino más bien con el de proporcionarles un motivo poderoso para desempeñar esas obligaciones con mayor disposición y agradecimiento. Hacer del favor de Dios una base para la exención del cumplimiento de los deberes, corre el peligro de transformar la gracia divina en lascivia.⁴⁶

A. W. Tozer, como Pink, lanzó la acusación de herejía sobre quienes presentan el mensaje de credulismo fácil. Casi todos sus sermones y escritos desafían al evangelio popular de nuestros días. Su mensaje sobre 1 Pedro fue editado posteriormente y publicado en un libro titulado adecuadamente *I Call It Heresy!* (¡Yo lo llamo herejía!). Tozer afirma:

(Hace años) nadie hubiera osado levantarse en una reunión y decir: "Yo soy cristiano", si no hubiera rendido todo su ser a Cristo como su Señor tanto como su Salvador, y se hubiera sometido en obediencia a la voluntad de su Señor. Sólo entonces podía decir: "¡Soy salvo!"

Hoy les dejamos decir que son salvos sin importar lo imperfecto e incompleto de su cambio, teniendo en cuenta que la vida cristiana más profunda puede lograrse en algún tiempo futuro.

¿Puede ser que pensemos realmente que no debemos obediencia a Jesús?

Le hemos debido obediencia desde el momento en que clamamos a él por salvación, y si no le hemos rendido esa obediencia, ¡tengo razón para preguntarme si somos realmente convertidos!

Yo veo cosas y oigo de cosas que están haciendo personas cristianas y, al observarlas obrar en el ámbito de la profesión del cristianismo, me pregunto si ellas han sido realmente convertidas.

Hermanos, creo que, para empezar, es el resultado de una enseñanza deficiente. ¡Piensan en el Señor como en un hospital y en Jesús como el jefe de personal para restaurar a pobres pecadores que se han metido en dificultades!

“¡Restáurame, Señor” insisten, “a fin de que pueda seguir mi propio camino!” Eso es mala enseñanza, hermanos.⁴⁷

Cualquier doctrina que considere la sumisión al señorío de Cristo como algo opcional es mala enseñanza. Es evidentemente un alejamiento de lo que los cristianos han afirmado siempre.

Así, pues, la “salvación de señorío” no es ni moderna ni herética, sino que está en el mismo corazón de la doctrina cristiana de la salvación histórica. Etiquetarla como enseñanza falsa es temerario e irreflexivo aun en el mejor de los casos. Enseñar cualquier otra cosa es abandonar la corriente principal de la enseñanza de la iglesia a través de los siglos.

Notas

Introducción

1. Lewis Sperry Chafer, cuyas enseñanzas ayudaron a generar y popularizar el evangelio de hoy, sostenía que “imponer la necesidad de rendir la vida a Dios como condición adicional para la salvación es de lo más irrazonable. El llamamiento divino a los perdidos no se dice que fuera llamamiento al señorío de Cristo”. *Systematic Theology* (Dallas: Dallas Seminary, 1948), 3:385, (obra traducida al castellano bajo el título *Teología Sistemática*, en dos tomos, por Publicaciones Españolas; Dalton, Georgia, U.S.A., 1974. La presente y subsiguientes citas de dicha obra son traducciones directas del libro bajo estudio). Ver también Rich Wager, “Lo que se conoce como ‘salvación de señorío’” *Confident Living* (Vivir confiado) (julio-agosto 1987), págs. 54, 55. Wager llega a la sorprendente conclusión de que es una corrupción del evangelio invitar a una persona perdida a recibir a Jesucristo como Salvador y Señor. Presentar a Cristo como Señor a un no cristiano es, en su opinión, “añadir algo a las enseñanzas bíblicas sobre la salvación”.

2. Chafer, *Systematic Theology*, 3:385.

3. *Information Please Almanac* (Almanaque información por favor) (Boston: Houghton Mifflin, 1988), pág. 400.

4. George Gallup, hijo, y David Poling, *The Search for America's Faith* (La búsqueda de la fe americana) (Nashville: Abingdon, 1980), pág. 92.

5. Por lo menos un escritor dice que las listas de Pablo de pecadores groseros y sus vicios en 1 Corintios 6:9, 10 y Gálatas 5:19-21, describen en realidad a verdaderos creyentes, aunque son cristianos que entrarán en el cielo pero perderán el derecho a “heredar” el reino de Dios a causa de su pecado. Zane C. Hodges, *The Gospel Under Siege* (El evangelio sitiado) (Dallas: Redención Viva, 1981), págs. 114, 115.

Capítulo 1

1. Zane C. Hodges, *The Gospel Under Siege* (El evangelio sitiado) (Dallas: Redención Viva, 1981), pág. 14.

2. Charles C. Ryrie, *Balancing the Christian Life* (Equilibrio de la vida cristiana) (Chicago: Moody, 1969), págs. 169, 170.

3. Santiago hace la pregunta retórica: "Hermanos míos, si alguno dice que tiene fe y no tiene obras, ¿de qué sirve? ¿Puede acaso su fe salvarle?" (Stg. 2:14). Una rama de la teología contemporánea dice que sí (Hodges, *The Gospel Under Siege*, págs. 19-33). No obstante, el mensaje de Santiago parece claro. Incluso los demonios tienen suficiente fe para captar los hechos básicos (v. 19), pero no es una fe redentora. La fe sin obras es inútil, "está muerta" (vv. 20, 26). Poniendo juntos estos versículos, llegamos a la conclusión de que ésta es la descripción de una fe sin efecto, no una fe que antes estaba viva pero ahora ha muerto (ver nota 5, cap. 16).

4. Ver apéndice 2, págs. 219-234 para más detalles sobre el concepto histórico de la iglesia respecto a la relación entre fe y obras.

5. Lewis Sperry Chafer, *He That Is Spiritual* (El que es espiritual), ed. rev. (Grand Rapids: Zondervan, 1967), pág. 21.

6. Los enseñados en la teología dispensacionalista pueden sorprenderse al saber que el libro del doctor Chafer era extraordinariamente polémico en su primera edición. El doctor Warfield, en una severa crítica se ocupa de la premisa básica de Chafer. Aun no negando la evidente verdad de que los cristianos pueden comportarse de forma carnal, Warfield rechazó decididamente la clasificación de carnalidad como un estado separado de la vida espiritual. Warfield hace algunas observaciones excelentes:

Esta enseñanza no se distingue de lo que se conoce corrientemente como una "segunda bendición", "una segunda obra de gracia", "la vida superior".

.....

Los restos de la carne en el cristiano no constituyen su característica. El cristiano está en el Espíritu y camina, aunque sea con paso renqueante, por el Espíritu; y es a todos los cristianos, no a algunos, a quienes es hecha la promesa, "el pecado no se enseñoreará de vosotros"; a lo que se añade la gran seguridad, "pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia". Quien cree en Jesucristo está bajo la gracia, y todo su curso, tanto en su proceso como en su resultado, está determinado por la gracia y, por lo tanto, habiendo sido predestinado para ser conformado a la imagen del Hijo de Dios está ciertamente siendo conformado a dicha imagen, y Dios mismo se encarga de que no sea solamente llamado y justificado sino también glorificado. Se pueden encontrar cristianos en cualquier nivel de este proceso, porque es un proceso por el que todos deben pasar; pero no se hallará ninguno que en el tiempo y forma adecuados según Dios no pase por cada uno de sus niveles. No hay dos clases de cristianos, aunque hay cristianos en todo nivel concebible de progreso hacia la meta única a la que todos estamos ligados y a la que todos llegaremos.

Benjamin B. Warfield, en *The Princeton Theological Review* (Revista Teológica de Princeton) (abril 1919), págs. 322-327.

7. Ibid., pág. 322.

8. Se da una definición de dispensacionalismo bíblico en el libro de Charles C. Ryrie, *Dispensationalism Today* (Dispensacionalismo actual) (Chicago: Moody, 1965), págs. 43, 44.

9. Chafer escribió:

Con respecto al carácter del gobierno divino, tanto la era anterior a la cruz como la posterior al retorno de Cristo representan el ejercicio de la ley pura; mientras que el período entre las dos eras representa el ejercicio de la pura gracia. Es imperativo, por lo tanto, que no se mezclen descuidadamente estos grandes elementos que caracterizan las eras, de otra manera se pierde la preservación de las distinciones más importantes de las diversas relaciones entre Dios y el hombre; y el reconocimiento de la verdadera fuerza de la muerte de Cristo y su segunda venida se hace oscuro.

Lewis Sperry Chafer, *Grace* (Gracia) (Grand Rapids: Zondervan, 1922), pág. 124.

10. Ibid. Merece notarse que *The New Scofield Reference Bible* (La nueva Biblia de Scofield con referencias) da mucha más atención que Chafer a la importancia de la ley y su ministerio en la era de la gracia (Nueva York: Oxford, 1967), págs. 3, 1254.

11. Ibid.

12. Ibid., pág. 138.

13. Ibid., pág. 139. Contrástese esto con la afirmación de Lutero de que "el sermón del Monte no es ley, sino evangelio". Citado en John Stott, *Christian Counter-Culture* (Contracultura cristiana) (Downers Grove, IL: InterVarsity, 1978), pág. 37.

14. Clarence Larkin, *Dispensational Truth* (Verdad dispensacional) (Filadelfia: Larkin, 1918), pág. 87. Larkin, cuyos libros y diagramas pueden todavía adquirirse y son usados por muchos dispensacionalistas, señaló la frase "venga tu reino", en la oración del Señor, como prueba de que la oración es sólo "para aquellos que vivan en el período de la tribulación". Su conclusión no tiene razón de ser. El reino está también por venir para quienes viven hoy, antes de la tribulación.

15. Debe señalarse que muchos dispensacionalistas se sienten ofendidos por la crítica de que ellos relegan el sermón del Monte y otras enseñanzas de Jesús a una era futura. La mayoría de los dispensacionalistas dicen que ven aplicaciones del sermón del Monte a la era de la iglesia, pero niegan que su mensaje primario es para los cristianos. Incluso Charles Ryrie, que escribió un contraataque apasionado contra esta crítica, no llega a tomar el sermón del Monte como verdad para hoy. Tras una amplia defensa del punto de vista dispensacionalista tradicional sobre el sermón del Monte, Ryrie llega a la conclusión de que no puede aplicarse "primaria y plenamente... al creyente de esta era". (Ryrie, *Dispensationalism Today*, 109). Aun así, cada detalle del sermón se repite en las epístolas.

16. Livingston Blauvelt, hijo, "Does the Bible Teach Lordship Salvation?" (¿Enseña la Biblia la salvación de señorío?), *Bibliotheca Sacra*, (enero-marzo 1986), pág. 37.

17. Ibid.

18. *Ibid.*, pág. 38.
19. Algunos dispensacionalistas limitarían la aplicación de Romanos 10:9, 10 a los judíos no creyentes. Es cierto que Romanos 9—11 trata del rechazo del Mesías por parte de Israel y del lugar de la nación en el plan eterno de Dios. Pero el significado soteriológico de dichos versículos no puede limitarse únicamente a Israel, a causa de los versículos 12 y 13: "Porque no hay distinción entre judío y griego, pues el mismo que es Señor de todos es rico para con todos los que le invocan. Porque todo aquel que invoque el nombre del Señor será salvo."
20. No me gusta el término "salvación de señorío". Fue acuñado por quienes quieren eliminar la idea de sumisión a Cristo del llamamiento a la fe que salva, y ello implica que el señorío de Cristo es una falsa adición al evangelio. Como veremos, sin embargo, "salvación de señorío" es simplemente la doctrina bíblica e histórica de la soteriología. Yo uso el término en este volumen únicamente por motivos de discusión.
21. *Ibid.*, págs. 38-41. Ver también G. Michael Cocoris, *Lordship Salvation —Is It Biblical?* (Salvación de señorío —¿es bíblica?) (Dallas: Redención Viva, 1983), págs. 13-15.
22. El concepto adecuado de cualquier término bíblico depende de la etimología, el contexto y la historia. Etimológicamente, *kurios* viene de una raíz griega que significa "gobierno, dominio, o poder". Tomando el uso que Pedro hace de *kurios* en el contexto de Hechos 2:36, es importante notar que los versículos 34 y 35 están tomados del Salmo 110, un salmo mesiánico de gobierno y dominio ("domina en medio de tus enemigos", Sal. 110:2). Pedro no estaba diciendo simplemente que "Dios le ha hecho. . . Dios"; él estaba afirmando el derecho de Jesús a gobernar. Históricamente el sermón de Pedro se dirigió al papel de los judíos en la crucifixión de su Mesías (v. 23). En el juicio de Jesús ante Pilato y la multitud judía, el asunto era evidentemente su *realidad*, que se menciona al menos una docena de veces en Juan 18:33—19:22. Resulta claro que una exégesis gramático-histórica cuidadosa de Hechos 2:36 sólo puede llevar a una conclusión: Jesús es el Rey divino que gobierna en medio de amigos y enemigos. Tras haber identificado así a Cristo como Señor de todos, Pedro hace su llamamiento al evangelio. Nótese cuidadosamente que Pablo predicó a Jesús exactamente en la misma forma (2 Cor. 4:3-5): Jesús es nuestro Señor soberano y nosotros somos sus siervos.
23. A. W. Tozer, *I Call It Heresy!* (¡Yo lo llamo herejía!) (Harrisburg, PA: Christian Publications, 1974), págs. 18, 19.
24. Hodges, *The Gospel Under Siege*, págs. 34, 35. Cocoris, *Lordship Salvation —Is It Biblical?*, págs. 15, 16. Blauvelt, "Does the Bible Teach Lordship Salvation?", pág. 41.
25. Charles C. Ryrie en el prólogo al libro de Zane C. Hodges, *The Hungry Inherit* (Los hambrientos heredan) (Portland: Multnomah, 1980), pág. 7.
26. James M. Boice, *Christ's Call to Discipleship* (El llamamiento de Cristo al discipulado) (Chicago: Moody, 1986), pág. 14.
27. La Gran Comisión de Jesús en Mateo 28:18-20 no habla de hacer creyentes a diferencia de discípulos. "Haced discípulos. . . bautizándoles" implica que todo nuevo creyente es un discípulo, porque todos los cristianos

han de ser bautizados (Hech. 2:38), no sólo aquellos que avancen a un nivel más profundo de compromiso (ver discusión más amplia en capítulo 19, págs. 193-199).

28. Chafer, *Grace*, pág. 342. Chafer sería la última persona en apoyar una vida cristiana sin ley. Pero a causa de este énfasis extremado en la "pura gracia" hizo frecuentes afirmaciones con un extraño sabor antinómico que daban impresiones que él seguramente no quería dar.

29. Cocoris, *Lordship Salvation —Is It Biblical?*, pág. 11. También Ryrie dice que arrepentimiento es "un cambio de mente respecto a Jesucristo de forma que se crea en él y se le reciba como Salvador del pecado". En esta definición, arrepentimiento no tiene nada que ver con la actitud de uno hacia el pecado ni con el resultado de un cambio de estilo de vida. Es simplemente un enfoque cristológico. Ryrie, *Balancing the Christian Life*, págs. 175, 176.

30. Quienes rechazan la posición de señorío pretenden frecuentemente que textos como Romanos 1:5 ("obediencia a la fe") indican que el creer mismo es la única obediencia que se requiere en la salvación. Por creer en el Hijo, obedecemos la voluntad del Padre (Juan 6:29). Esto es "obediencia a la fe", dicen; es obediencia al Padre, no obediencia a los mandamientos de Cristo. Pero obediencia a los mandamientos de Jesús está prescrita claramente por textos tales como Juan 3:36 ("el que desobedece al Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él") y Hebreos 5:9 (Cristo, "llegó a ser Autor de eterna salvación para todos los que le obedecen").

Capítulo 2

1. Cocoris define fe como "'apropiación', no dedicación". Basándose en las palabras de Jesús a Nicodemo en Juan 3:14, 15, argumenta que la fe "no es la dedicación de nuestra vida (al Señor)". G. Michael Cocoris, *Lordship Salvation —Is It Biblical?*, pág. 13.

2. Ver Zane Hodges, "Untrustworthy Believers —John 2:23-25" (Creyentes indignos de confianza —Juan 2:23-25), *Bibliotheca Sacra*, (abril-junio 1978), págs. 139-152. Sorprendentemente, Hodges pretende que las personas mencionadas eran creyentes verdaderos, aunque secretos. Aun así reconoce la conexión evidente entre Juan 2:23-25 y el relato de Nicodemo (*Ibid.*, pág. 150). Está claro que Jesús trató a Nicodemo como a un no creyente. Si fuese uno de los mencionados en Juan 2:23-25, no podría haber sido un auténtico creyente en ese momento. Como Hodges mismo admite, los comentaristas están casi unánimemente de acuerdo con el concepto de que Juan 2:23-25 describe algo inferior a la fe que salva.

3. William Hogan, "The Relationship of the Lordship of Christ to Salvation" (La relación del señorío de Cristo con la salvación) (Tesis doctoral, Wheaton College, 1958), citado por Cocoris en *Lordship Salvation —Is It Biblical?*, pág. 13.

4. Zane C. Hodges, *The Gospel Under Siege*, págs. 17, 18.

Capítulo 3

1. Ver Zane C. Hodges, *The Hungry Inherit* (Portland: Multnomah, 1980). Hodges considera muy significativo el hecho de que, "Jesús... no dijera nada (a la mujer samaritana) sobre reformar su vida lo que, evidentemente, era una necesidad urgente" (pág. 25). Eso no tiene en cuenta las verdades obvias de que las palabras de Jesús a ella la hicieron enfrentarse con la realidad de su pecado (Juan 4:7-19), de que la desafió a adorar a Dios en espíritu y en verdad (vv. 23, 24), y de que, al parecer, la respuesta de su corazón fue arrepentimiento (v. 29). Hodges llega a la conclusión de que "él no le dijo nada a ella de sus obligaciones para con la voluntad de Dios por una razón muy simple: El estaba allí para ofrecerle un don" (Ibid.). "Ella no podía haber captado el esplendor deslumbrante de tal don, ni su sublime y total gratuidad, si él hubiera cargado su oferta con un llamamiento a que reformara su vida" (pág. 26). Hodges ve este pasaje como la clave para entender el evangelio, por lo que se refiere a él con frecuencia en apoyo de su punto de vista de que el evangelio no hace demandas morales a la vida de un pecador.

2. G. Michael Cocoris, *Lordship Salvation —Is It Biblical?*, págs. 12, 13.

3. Zane C. Hodges, *The Gospel Under Siege*, pág. 14. Hodges añade este comentario: "Es precisamente este hecho impresionante (que el Señor no requiere un compromiso espiritual) lo que distingue al verdadero evangelio de todas sus falsificaciones." Pero de nuevo, es un error considerar que las palabras de Jesús en este pasaje son una presentación modelo del evangelio. En el mensaje de Jesús a esta mujer, no hay siquiera una alusión a las verdades de su muerte, sepultura o resurrección. No menciona la idea de sacrificio vicario, ni siquiera la fe misma. Nadie, ni siquiera Hodges, supongo, aducirá que el evangelio excluye todas esas verdades.

4. G. Campbell Morgan, *The Gospel According to John* (El evangelio según Juan) (Old Tappan, Nueva Jersey: Revell, 1931), pág. 75.

5. Para una discusión más detallada sobre la verdadera adoración, véase el libro de John MacArthur, hijo, *The Ultimate Priority* (La prioridad fundamental) (Chicago: Moody, 1983).

Capítulo 5

1. Hacia el final de su carta el editor escribe: "Ciertamente un pecador debe saber que Jesucristo es Dios, el Señor Jehová, porque sólo Dios puede salvar a un pecador perdido." Así está de acuerdo, y adecuadamente, en que hay un núcleo de verdad teológica que se debe conocer y afirmar antes de que un individuo sea salvo.

Mi pregunta es, ¿qué clase de fe es la que permite a una persona, que ha confesado a Jesucristo como Jehová Dios, continuar en una pauta ininterrumpida de pecado y rebelión? ¿No es esa una fe demoniaca (Stg. 2:19), ortodoxa pero no eficaz?

2. Thomas L. Constable, "The Gospel Message" (El mensaje del evangelio), *Walvoord: A Tribute* (Chicago: Moody, 1982), págs. 203, 204.

3. Ibid., pág. 209.

4. Algunos manuscritos antiguos dicen: "¿Crees en el Hijo de Dios?" "Hijo del Hombre" e "Hijo de Dios" son términos usados por Jesús para hacer hincapié en su divinidad encarnada. El hombre ciego entendió evidentemente que Jesús decía ser Dios, dado que su respuesta fue una de adoración.

Capítulo 6

1. Si el Espíritu Santo hubiera preparado realmente su corazón para la salvación, hubiera estado bajo una fuerte convicción de pecado (ver Juan 16:8-11). Yo debería haber sentido esa convicción antes de dirigirle en la oración de salvación.

Capítulo 7

1. E. Schuyler English, y otros, *The New Scofield Reference Bible* (La nueva Biblia de Scofield con referencias) (Nueva York: Oxford, 1967), pág. 1366.

2. Ibid.

3. Lewis Sperry Chafer, *Grace*, pág. 132.

4. Clarence Larkin, *Rightly Dividing the Word* (Trazando bien la Palabra), (Filadelfia: Larkin, 1918), pág. 61.

Capítulo 8

1. Charles C. Ryrie, *Balancing the Christian Life*, pág. 170.

2. Las palabras de Pablo a los corintios, "¿no es cierto que sois carnales y andáis como humanos?" (1 Cor. 3:3), no pretendían establecer una clase especial de cristianismo. Aquellas no eran personas que vivían en una desobediencia estática; Pablo no indica que la carnalidad y la rebelión fueran la regla de sus vidas. De hecho, él dijo de estas mismas personas: "el testimonio de Cristo ha sido confirmado entre vosotros hasta no faltaros ningún don, mientras esperáis la manifestación de nuestro Señor Jesucristo. Además, él os confirmará hasta el fin, para que seáis irreprochables en el día de nuestro Señor Jesucristo" (1:6-8). No obstante, al haber apartado los ojos de Cristo y creado celebridades religiosas (3:4, 5), se estaban comportando de forma carnal. Compárense las palabras al incestuoso en el capítulo 5. Pablo se refiere a él como alguien que se llama "hermano" (v. 11). Pablo no dice que aquel hombre no fuera cristiano, pero a causa de lo indecente de su pecado, Pablo no le reconoce como hermano.

3. En una crítica, por otra parte positiva, del libro *The Gospel Under Siege*, de Zane Hodges; J. A. Witmer nota en Hodges "la falta de reconocimiento de que una profesión de fe puede no ser fe que salva". *Bibliotheca Sacra* (enero-marzo 1983), págs. 81, 82.

4. R. B. Thieme, *Apes and Peacocks or the Pursuit of Happiness* (Monos y pavos reales o la búsqueda de la felicidad) (Houston: Thieme, 1973), pág. 23.

5. Para una discusión completa sobre la seguridad del creyente, ver John MacArthur, hijo, *Security in the Spirit* (Seguridad en el Espíritu) (Panorama City, CA: Word of Grace, 1985) y *The Security of Salvation* (La seguridad de la salvación) (Panorama City, CA: Word of Grace, 1983).

6. A. W. Pink, *Eternal Security* (Seguridad eterna) (Grand Rapids: Guardian, 1974), pág. 15.

7. Ver Zane C. Hodges, *The Gospel Under Siege*, págs. 68, 69. Hodges escribe: "Es ampliamente aceptado en la cristiandad moderna que la fe de un cristiano auténtico no puede fallar. Pero esto no es una afirmación que pueda ser verificada con el Nuevo Testamento." Después, sobre la base de 2 Timoteo 2:17, 18, que él denomina "un pasaje fundamental sobre la defectibilidad de la fe humana", Hodges argumenta que la Biblia enseña que los creyentes auténticos pueden sin duda caer en la apostasía.

El apóstol Pablo, sin embargo, no indica que aquellos cuya supuesta fe haya sido destruida sean creyentes auténticos. El hecho de que fueran emponzoñados por las herejías gnósticas de Himeneo, cuya fe también había naufragado (ver 1 Tim. 1:19, 20), prueba que no eran regenerados. Cualquiera que fuese la clase de fe que tenían era sólo "fe humana", usando la expresión de Hodges, pero no fe que salva.

El versículo siguiente: "A pesar de todo, el sólido fundamento de Dios queda firme, teniendo este sello: *Conoce el Señor a los que son suyos*" (2 Tim. 2:19), subraya la verdad de que la fe que salva, que es dada por Dios, no puede fallar. No podemos ver siempre qué fe es genuina y cuál es fingida, pero el Señor lo sabe.

Capítulo 9

1. Recibir a Cristo en el sentido bíblico es algo más que simplemente "aceptarle", o responder a él positivamente. Juan 1:11, 12 contrasta a los que le "recibieron" con quienes le rechazaron como Mesías. Aquellos que recibieron a Cristo eran personas que le abrazaron a él y a todas sus demandas sin reservas, ellos son "los que creen en su nombre" (v. 12; ver también Col. 2:6).

2. El doctor Win Arn, del Institute for American Church Growth (Instituto para el crecimiento de las iglesias americanas), al comentar el fracaso de los métodos contemporáneos de evangelismo, dice: "En ningún lugar de las Escrituras se encuentra el concepto de 'decisiones'. El asunto fundamental es una vida transformada y un cristiano activo, un discípulo... alguien que se convierte en un seguidor". Citado en *Eternity* (Eternidad), septiembre 1987, pág. 34.

3. Nótese que el mensaje de Apocalipsis 3:20: "He aquí, yo estoy a la puerta y llamo..." sigue inmediatamente al mandato del versículo 19: "Sé, pues, celoso y arrepíentete."

Capítulo 10

1. El concepto judío del reino estaba arraigado en promesas del Antiguo

Testamento tales como Daniel 2:44: "El Dios de los cielos levantará un reino que jamás será destruido, ni será dejado a otro pueblo. Este desmenuzará y acabará con todos estos reinos, pero él permanecerá para siempre."

2. No hay base bíblica para las enseñanzas de algunos de que el reino de los cielos y el reino de Dios son entidades separadas. "El reino de los cielos" es usado en los Evangelios sólo por Mateo, que lo emplea veintidós veces. Comparando algunos pasajes, tales como Mateo 13:11 con Marcos 4:11 y Lucas 8:10, se muestra que los términos son intercambiables. Los judíos usaban "cielo" como un eufemismo para el nombre de Dios. La distinción parece reflejar la sensibilidad de la audiencia a la que escribió Mateo.

3. Un detalle incidental de esto es la certeza confortadora de que el sufrimiento y la persecución desempeñan un doble papel importante en el reino de Dios. Primero, tales pruebas ponen de manifiesto a los falsos creyentes y, segundo, fortalecen a los creyentes verdaderos. En 1 Pedro 5:10 dice: "Y cuando hayáis padecido por un poco de tiempo, el Dios de toda gracia... él mismo os restaurará, os afirmará, os fortalecerá y os establecerá."

4. "Queda sin fruto" no indica que en otro tiempo llevara fruto. Marcos 4:7 muestra que allí nunca hubo fruto: "Los espinos crecieron y la ahogaron, y no dio fruto."

5. Zane C. Hodges, *The Hungry Inherit*, págs. 68, 69, énfasis añadido.

6. Warren W. Wiersbe, *Meet Yourself in the Parables* (Encuéstrate a ti mismo en las parábolas) (Wheaton: Victor, 1979), pág. 27.

Capítulo 11

1. Pablo reprendió a los corintios por la arrogancia en cuanto al pecado en su congregación (1 Cor. 5:2). Pablo implica que no tenían derecho a considerar que un fornicario incestuoso fuera un verdadero creyente, su pecado era tan perverso que ni siquiera los paganos gentiles harían cosas semejantes abiertamente (v. 1). El pidió a los corintios que expulsaran a tal hombre (vv. 2, 5, 13) y se refiere a él como a alguien que se llama "hermano" (v. 11). Está claro que él dudaba de que una persona regenerada pudiera vivir de forma tan despreciable.

2. Resulta embarazoso que los escándalos de la década de los ochenta hayan puesto de manifiesto en la iglesia profesante pecados aún peores que en la política secular. Irónicamente, sin embargo, muchos cristianos parecen más dispuestos que el mundo a restaurar a sus líderes descalificados a puestos destacados, violando el requisito fundamental de que un líder cristiano debe estar por encima de todo reproche (1 Tim. 3:2, 7, 10; Tito 1:6).

Capítulo 12

1. Ver Zane C. Hodges, *The Hungry Inherit*, págs. 77-91.

2. C. I. Scofield, ed. *Biblia Anotada de Scofield* (Hollywood, FL.: Publicaciones Españolas, Décimoctava edición, 1983), pág. 977.

3. *Ibid.*

4. J. C. Macaulay, cuya interpretación de estas parábolas es similar a la de Scofield, hace, sin embargo, esta excelente observación: "Mientras que 'el don de Dios es vida eterna', entrar en el reino es un asunto costoso, por lo que el mismo Cristo nos advierte que contemos el costo, y añade: 'Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia a todas las cosas que posee, no puede ser mi discípulo' (ver Luc. 14:28-33). Aunque pueda tener otras enseñanzas, la parábola del tesoro escondido nos recuerda que entrar en el reino de Dios es costoso, pero que vale mucho más de lo que cuesta." *Behold Your King* (He aquí tu Rey) (Chicago: Moody, 1982), pág. 114.

5. Citado en William Barclay, *The Gospel of Matthew* (El Evangelio de Mateo), vol. 2 (Filadelfia: Westminster, 1958), págs. 93, 94.

6. Algunas personas tropiezan con el reino como por accidente, como el hombre que encontró el tesoro. Otros lo descubren sólo tras una búsqueda diligente, como el que compró la perla. Pero en cualquier caso, cuando han visto su valor, están dispuestos a sacrificarlo todo para obtenerlo.

7. Ver Mateo 13:31-35. Esta era la enseñanza de la parábola de la semilla de mostaza y la de la levadura.

8. Geerhardus Vos, *The Kingdom of God and the Church* (El reino de Dios y la iglesia) (Nutley, NJ: Presbyterian and Reformed, 1972), pág. 94.

Capítulo 13

1. Nótese que aunque el ladrón fue salvo en los últimos momentos de su vida terrenal, su fe tenía todos los síntomas de autenticidad. El arrepentimiento produjo un cambio dramático en su comportamiento; pasó de insultar a Cristo a defenderle. Su reconocimiento de culpa, la admisión de su propia cruz como justa y su reconocimiento de que Cristo era inocente (Luc. 23:41), muestran que se había negado a sí mismo y se había entregado a Cristo. Probablemente sabía poco de los hechos del evangelio, pero abrazó de todo corazón a Cristo como Señor.

Capítulo 15

1. H. A. Ironside, *Except Ye Repent* (Si no os arrepentís) (Grand Rapids: Zondervan, 1937), pág. 7.

2. *Ibid.*, pág. 11.

3. *Ibid.*, pág. 10.

4. *Ibid.*, pág. 11.

5. Lewis Sperry Chafer, *Systematic Theology*, 3:372.

6. *Ibid.*, pág. 376. Esta fue una curiosa conclusión a una sección que Chafer empezó afirmando, "tan dogmáticamente... como el lenguaje pueda decir, que el arrepentimiento es esencial para la salvación y que nadie podría ser salvo sin arrepentimiento" (pág. 373). La aparente contradicción de Chafer abre su definición de arrepentimiento, que él vio simplemente como un cambio de mente (pág. 372), volverse de la incredulidad a la fe. El declaró que arrepentimiento en el contexto de la salvación no es más que "un sinónimo de

la palabra *creer*" (pág. 377). Así, en el sistema de Chafer, llamar a las personas a la fe equivale a predicar el arrepentimiento. Se deduce que Chafer hubiera preferido eliminar la palabra *arrepentimiento* de la presentación del evangelio, evitando así el riesgo de confundir "las glorias de la gracia" en las mentes de quienes entendían el arrepentimiento como algo más que la simple fe (pág. 378).

7. Charles C. Ryrie, *The Ryrie Study Bible* (La Biblia de estudio de Ryrie) (Chicago: Moody, 1976), pág. 1950.

8. G. Michael Cocoris, *Lordship Salvation —Is It Biblical?*, pág. 12.

9. Thomas L. Constable, "The Gospel Message" (El mensaje del evangelio), pág. 207.

10. Charles C. Ryrie, *Balancing the Christian Life*, pág. 176.

11. Nótese que ésta es la transcripción de Lucas de la Gran Comisión de nuestro Señor. Lucas es el único de los evangelistas que registra las palabras de Jesús sobre el contenido del mensaje que estaba encargando a los discípulos que predicasen.

12. Berkhof escribe: "El verdadero arrepentimiento no existe sino en conjunción con la fe mientras que, por otra parte, dondequiera que haya verdadera fe, hay también verdadero arrepentimiento. . . Ambos no pueden ser separados; son simplemente partes complementarias del mismo proceso." Louis Berkhof, *systematic Theology* (Teología sistemática) (Grand Rapids: Eerdmans, 1939), pág. 487.

13. "El concepto predominantemente intelectual de *metanoia* como un cambio de mente tiene un papel pequeño en el Nuevo Testamento. Más bien se hace hincapié en la decisión de la totalidad del hombre de dar la vuelta. Está claro que no estamos interesados ni con el cambio meramente exterior ni con un simple cambio intelectual de ideas." J. Goetzman, "Conversión" en el *New International Dictionary of New Testament Theology* (Nuevo diccionario de teología del Nuevo Testamento), de Colin Brown, editor general (Grand Rapids: Zondervan, 1967), 1:358.

14. W. E. Vine, *Vine's Expository Dictionary of Old and New Testament Words* (Diccionario expositivo de palabras del Antiguo y del Nuevo Testamentos de Vine) (Old Tappan, NJ: Revell, 1981), 3:280.

15. "Ello requiere una conversión radical, una transformación de la naturaleza, un alejamiento definitivo del mal, una vuelta hacia Dios en obediencia total (Mar. 1:15; Mat. 4:17; 18:3)... esta conversión es de una vez y para siempre. No puede haber vuelta atrás, sólo avance en movimiento responsable en el camino emprendido ahora. Esto afecta a la totalidad del hombre, primero y básicamente el centro de la vida personal, después lógicamente su conducta en todo momento y situación, sus pensamientos, palabras y acciones (Mat. 12:33 y sigs.; 23:26; Mar. 7:15). Toda la proclamación de Jesús... es una proclamación de vuelta incondicional hacia Dios, volverse incondicionalmente de todo lo que es contrario a Dios, no sólo de lo que es categóricamente malo, sino de lo que en un caso dado haga imposible una vuelta total a Dios (Mat. 5:29, 30, 44; 6:19, 20; 7:13, 14; 10:32-39; Mar. 3:31 y sigs.; Luc. 14:33; ver Mar. 10:21)." J. Behm, "Metanoia" en Gerhard Kittel, ed., *Theological Dictionary of the New Testament* (Diccionario teológico del Nuevo Testamento) (Grand Rapids: Eerdmans, 1967), 4:1002.

16. El diccionario griego de Thayer define *metanoia* como "el cambio de mente de quienes han empezado a aborrecer sus errores y delitos, y han decidido iniciar un modo de vida mejor, así comprende tanto el reconocimiento del pecado y el pesar por él como una enmienda sincera, las pruebas de lo cual son las buenas obras". Joseph Henry Thayer, trad., *Greek-English Lexicon of the New Testament* (Diccionario griego-inglés del Nuevo Testamento) (Grand Rapids: Zondervan, 1962), pág. 406.
17. J. I. Packer, *Evangelism and the Sovereignty of God* (Evangelismo y la soberanía de Dios) (Downers Grove, IL: Inter-Varsity, 1961), pág. 72.
18. Ver Berkhof, *Systematic Theology*, pág. 486.
19. Geerhardus Vos, *The Kingdom of God and the Church*, (El reino de Dios y la iglesia), págs. 92, 93.
20. D. Martyn Lloyd-Jones, *Studies in the Sermon on the Mount* (Estudios en el sermón del Monte) (Grand Rapids: Eerdmans, 1959), 2:248.
21. Ver apéndice 1.
22. "Conversión tal como Jesús la entiende. . . es más que una ruptura con la vieja naturaleza. . . Comprende toda la conducta del hombre que es reclamado por el señorío divino. . . 'Ser convertido', abarca todo lo que el reino de Dios demanda del hombre." J. Behm, 4:1003.

Capítulo 16

1. Charles C. Ryrie, *Balancing the Christian Life*, pág. 35.
2. La pregunta de Santiago 2:14, introducida por el participio griego *mē*, demanda gramaticalmente una respuesta negativa: "¿Puede acaso su fe salvarle?" ¡Por supuesto que no! Ver A. T. Robertson, *Word Pictures in the New Testament* (Palabras ilustradas del Nuevo Testamento) (Nashville: Broadman, 1933), 6:34.
3. "Uno tiene la impresión de que no hacen distinción." Johnny V. Miller, crítica de *The Gospel Under Siege*, *Trinity Journal* (Deerfield, IL: Trinity, 1983), págs. 93, 94.
4. A. Ray Stanford, *Handbook of Personal Evangelism* (Guía sobre evangelización personal) (Hollywood, FL: Florida Bible College, sin fecha) págs. 102, 103.
5. Zane C. Hodges, *The Gospel Under Siege*, pág. 19. Hodges propone que para que la fe esté muerta debe haber estado viva alguna vez (pág. 20). Su teoría es que la salvación de la que se habla en el versículo 14 significa liberación de las consecuencias temporales del pecado, no la salvación eterna (pág. 23). Así llega a la conclusión de que Santiago habla a personas redimidas acosadas por una ortodoxia muerta. En palabras de Hodges, su fe se había convertido en "poco más que un credo muerto" (pág. 33). Aunque su fe haya decaído, Hodges cree que su salvación eterna está asegurada. Pero eso es una lógica retorcida. "Fe muerta" no necesita ser fe que haya estado viva, más de lo que Efesios 2:1 ("estabais muertos en vuestros delitos y pecados") supone que las personas pecadoras estuvieran vivas alguna vez.
6. Ver Livingston Blauvelt, hijo, "Does the Bible Teach Lordship Salvation?" *Bibliotheca Sacra*, págs. 37-45. Blauvelt empieza su artículo con un

- reconocimiento de que el asentimiento intelectual no es fe que salva: "Muchos 'dicen' que tienen fe (Stg. 2:14) pero no tienen una conversión genuina. El mero asentimiento verbal o aquiescencia mental al hecho de la muerte de Cristo, sin una convicción de pecado personal, es inadecuado" (pág. 37). Pero toda la discusión de Blauvelt sobre la verdadera naturaleza de la fe consta sólo de cuatro párrafos argumentando que la fe que salva no tiene nada que ver con la dedicación, después de lo cual escribe: "El término fe en el sentido del Nuevo Testamento consiste en creer que Jesús de Nazaret es Cristo el Hijo de Dios, y que murió por nuestros pecados y que resucitó de los muertos (Juan 20:31; 1 Cor. 15:3, 4). Fe es confiar en Cristo para vida eterna" (pág. 43). Es difícil ver en qué se diferencia esa fe carente de cualquier dedicación del "mero asentimiento verbal o aquiescencia mental".
7. Ryrie, pág. 170. Aquí, el doctor Ryrie escribe: "El mensaje de fe más la dedicación de la vida. . . no puede ser el evangelio."
 8. Hodges, pág. 21. Pese a que *The Gospel Under Siege* se subtitula "un estudio sobre la fe y las obras", el breve párrafo siguiente es lo más cerca que se llega en el libro para dar una definición de fe: "Fe, como la hemos entendido en las declaraciones simples y directas de la Biblia sobre el asunto de la salvación, no es más que una respuesta a la iniciativa divina. Es el medio por el que se recibe el don de la vida."
 9. Sorprendentemente Hodges escribe: "Se considera ampliamente en el cristianismo moderno que la fe de un auténtico cristiano no puede fracasar. Pero no es una afirmación que pueda ser verificada en el Nuevo Testamento" (Ibid., pág. 68); y "no hay nada que apoye el concepto de que la perseverancia en la fe es un resultado inevitable de la verdadera salvación" (pág. 83). Esa afirmación contrasta con las palabras inspiradas de Pablo en Colosenses 1:22, 23: "ahora os ha reconciliado. . . por cuanto permanecéis fundados y firmes en la fe, sin ser removidos de la esperanza del evangelio". Ver también 1 Corintios 15:1, 2; 2 Timoteo 2:12; Hebreos 2:1-3; 3:14; 4:14; 6:11, 12; 12:14; Santiago 1:2; 1 Juan 2:19.
 10. B. F. Westcott, *St. Paul's Epistle to the Ephesians* (La Epístola de San Pablo a los Efesios) (Minneápolis: Klock and Klock, 1906), pág. 32.
 11. Louis Berkhof, *Systematic Theology*, págs. 503-505.
 12. W. E. Vine, *Vine's Expository Dictionary of Old and New Testament Words*, 2:71.
 13. Ibid., 3:124
 14. Romanos 7 es el texto clásico que describe la lucha del creyente con su carne pecadora. Nótese que mientras Pablo reconocía su propia desobediencia, escribió que el deseo de hacer el bien era el anhelo apasionado de su vida: "No practico lo que quiero; al contrario, lo que aborrezco, eso hago" (v. 15); "el querer el bien está en mí" (v. 18); "según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios" (v. 22); y, "yo mismo con la mente sirvo a la ley de Dios" (v. 25). Aunque el apóstol Pablo se consideraba a sí mismo como el más grande pecador (1 Tim. 1:15), los que se deleitan en los placeres de la carne no encontrarán en él un espíritu afín.
 15. Rudolph Bultmann en *Theological Dictionary of the New Testament* (Diccionario teológico del Nuevo Testamento) Gerhard Kittel, ed., (Grand Rapids: Eerdmans, 1967), 6:205. Pese a que la teología de Bultmann no es

ortodoxa, su brillantez como autoridad en la lengua griega es indiscutible. Bultmann escribió además: "Queda perfectamente claro que *pistis* (fe) es una entrega absoluta a Dios, una entrega en la que el hombre no puede tomar ninguna resolución propia. . . Es sin duda una decisión de la voluntad en la que un hombre se entrega por completo" (p. 219). "Esta renuncia al mundo, este rechazo del hombre de sí mismo, es el significado primario de fe. Es la rendición del yo del hombre" (pág. 223).

16. Increíblemente Zane Hodges afirma que Pablo se estaba refiriendo a los verdaderos creyentes cuando escribió estas palabras a Tito (Hodges, pág. 96). El escribe: "Las personas que Pablo tiene en mente en Tito 1:16 son evidentemente las mismas que aquellas de quienes dice en el versículo 13: 'Por tanto, repréndelos severamente para que sean sanos en la fe.' La palabra griega para 'sanos' significa tener buena salud. Por lo tanto, las personas en que piensa no son personas que no estén 'en la fe', sino más bien personas a quienes ve como 'enfermos' espirituales y que necesitan una reprimenda a fin de restaurarles la salud." Esto pasa completamente por alto el hecho de que Pablo se refería a estas personas como "impuros e incrédulos" (v. 15); y "abominables, desobedientes y reprobados para toda buena obra" (v. 16). Esta no puede ser una descripción de los hijos de Dios.

17. Charles H. Spurgeon, *The New Park Street Pulpit* (El púlpito de la calle New Park) (1858; reimpresión, Grand Rapids: Zondervan, 1963), 4:265.

18. J. B. Lightfoot, *The Epistle of St. Paul to the Galatians* (La epístola de San Pablo a los Gálatas) (Grand Rapids: Zondervan, 1957), págs. 154, 155.

19. Para mi comentario completo sobre las Bienaventuranzas, ver John MacArthur, *The MacArthur New Testament Commentary: Matthew 1-7* (Comentario del Nuevo Testamento de MacArthur: Mateo 1-7) (Chicago: Moody, 1985), págs. 131-233. Para una explicación más popular del mismo pasaje, ver John MacArthur, *Kingdom Living Here and Now* (El reino presente en el aquí y ahora) (Chicago: Moody, 1980).

20. Los niños, desde luego, no siempre obedecen. Pero están bajo la autoridad de otro, y cuando desobedecen se les corrige.

21. Esto no es negar la verdad evidente de que los cristianos pueden caer, y caen, en pecado. Pero incluso en el caso de un creyente que peca, el Espíritu obra produciendo convicción, aversión al pecado, y algún tipo de deseo de obedecer. La idea de que un verdadero creyente puede vivir en una desobediencia ininterrumpida desde el momento de su conversión, sin producir ninguna clase de fruto, es ajena a las Escrituras.

Capítulo 17

1. Charles C. Ryrie, *Dispensationalism Today*, pág. 108. El doctor Ryrie escribe: "¿Dónde se puede encontrar en el sermón del Monte una declaración del evangelio? . . . Una declaración clara del evangelio (no puede encontrarse) en el Sermón."

2. Ver R. C. H. Lenski, *The Interpretation of Matthew's Gospel* (La interpretación del Evangelio de Mateo) (Columbus, OH: Wartburg, 1943), pág. 180.

3. John R. W. Stott, *Christian Counter-Culture*, pág. 193.

4. La paga que se debe es la muerte (Rom. 6:23).

5. D. Martyn Lloyd-Jones, *Studies in the Sermon on the Mount*, 2:221.

Capítulo 18

1. En 1 Corintios 1:2 y 6:11, por ejemplo, se dice que todos los creyentes son santificados.

2. D. Martyn Lloyd-Jones, *Romans: The New Man* (Romanos: El hombre nuevo) (Grand Rapids: Zondervan, 1974), pág. 190.

3. Ver Zane C. Hodges, *The Gospel Under Siege*, pág. 95. Hodges escribe: "Con frecuencia las declaraciones de Pablo se tratan de una forma muy unidimensional. Aun cuando todas las epístolas que escribió se dirigen a quienes ya han aceptado a la fe que salva, sus asertos se toman demasiado frecuentemente como si estuviera constantemente preocupado por el destino eterno de sus oyentes. Pero no había razón para que lo estuviera. . . No hay ni siquiera un lugar en las cartas de Pablo donde exprese duda de que su audiencia estuviera compuesta por verdaderos cristianos. . . El que ellos pudieran ser no regenerados es el pensamiento más ajeno a la mente de Pablo." Hodges no menciona 2 Corintios 13:5 ni trata de explicar qué posible segunda dimensión podría tener. Como pastor no estoy de acuerdo con la afirmación de Hodges de que Pablo no estaba preocupado por el destino final de los miembros de los rebaños que pastoreaba. Nunca he conocido a un pastor que dijera que estaba seguro de la salvación de todos los miembros de su iglesia. Pablo tenía todas las razones para animar a estos miembros de iglesia, especialmente en Corinto, a probar la realidad de su profesión de fe.

4. *Ibid.*, pág. 121. La tesis principal de toda la obra de Hodges es que "la seguridad del creyente descansa plenamente en las promesas directas en que se hace esta oferta, y en nada más. Se sigue de esto que la afirmación de que un creyente debe encontrar su seguridad en sus propias obras es un error teológico grave y fundamental" (énfasis del autor).

5. Arthur Pink, *An Exposition of the Sermon on the Mount* (Una exposición del sermón del Monte) (Grand Rapids: Baker, 1953), pág. 424.

Capítulo 19

1. Ver Zane C. Hodges, *The Hungry Inherit*, págs. 83, 84, donde Hodges escribe: "Qué suerte que la entrada de uno en el reino de Dios no dependa de su discipulado. Si así fuera, ¡qué pocos entrarían en ese reino!" Pero, ¿no es exactamente eso lo que Jesús mismo enseñó, al decir que la puerta es estrecha y el camino angosto? "Y son pocos los que la hallan" (Mat. 7:14).

2. Es evidente que no todo discípulo es necesariamente un verdadero cristiano (ver Juan 6:66). El término *discípulo* se usa a veces en las Escrituras en un sentido general, para describir a quienes, como Judas, seguían aparentemente a Cristo. Esto no está limitado ciertamente a los creyentes de más alto

nivel. El discípulo en Mateo 8:21, 22, por ejemplo, era cualquier cosa menos dedicado.

3. John R. W. Stott, *Basic Christianity* (Cristianismo básico) (Londres: Inter-Varsity, 1958), pág. 108.

4. Nótese que en este mismo versículo nuestro Señor dice que el que mira atrás no es apto para el reino de Dios.

Capítulo 20

1. Rich Wager, "This So-Called 'Lordship Salvation'" (Esto llamado salvación de señorío), *Confident Living* (julio-agosto 1987), págs. 54, 55.

2. *Ibid.*, pág. 55.

3. Marc Mueller, "Jesús Is Lord" (Jesús es Señor), *Grace Today* (Gracia actual) 81 (agosto 1981): 6.

4. Para un excelente análisis léxico del uso de *kurios*, ver Kenneth L. Gentry, "The Great Option: A Study of the Lordship Controversy" (La gran opción: Un estudio de la controversia del señorío), *Baptist Reformation Review* (Revista bautista de la Reforma) 5 (primavera, 1976): 63-69.

5. Charles C. Ryrie, *Balancing the Christian Life*, págs. 173-175.

6. Esto pone en tela de juicio la declaración de Darrell Bock de que Romanos 10 "no provee ninguna definición clara del concepto paulino del término 'Señor'." Darrell L. Bock, "Jesus as Lord in Acts and in the Gospel Message" (Jesús como Señor en Hechos y en el mensaje del evangelio), *Bibliotheca Sacra*, 143 (abril-junio 1986): 147. Por el contrario, está claro en Romanos 10:12 que Pablo no puso límites a la extensión de la autoridad de Cristo como Señor. Bock continúa para llegar a la conclusión de que el término "Señor", en su relación con el evangelio, significa "el dispensador divino de la salvación" (*Ibid.*, pág. 151). En otras palabras, "Señor" significa poco más que "Salvador", excepto que conlleva la idea de deidad. Así, el punto de vista de Bock es muy similar al de Ryrie.

7. Ver nota 22 al capítulo 1.

8. Ver Wager, pág. 54: "Pero el señorío de Cristo como prerrequisito para la salvación pone el énfasis en las obras más que en la gracia. Dios no necesita nada del hombre. Su salvación es un don incondicional. El papel del hombre no puede ser otro que el de un recipiente que cree que el don es pago suficiente para sus pecados."

9. John Flavel, *The Works of John Flavel* (Las obras de John Flavel) (Londres: Banner of Truth, reimpresión), 2:111.

10. A. W. Tozer, *I Call It Heresy!*, págs. 10, 11.

Apéndice 1

1. J. Gresham Machen, *The Christian View of Man* (La visión cristiana del hombre) (Edimburgo: Banner of Truth, 1937), págs. 186, 187.

2. Para una exposición de Romanos 3:20—4:25, ver John F. MacArthur,

Justified by Faith (Justificados por fe) (Panorama City, California: Word of Grace, 1984).

3. Soy consciente del punto de vista de Hodges de que "heredar el reino" es algo diferente a entrar en el reino. Pero Apocalipsis 21:7, 8 hace indiscutible el significado de estos versículos: "El que venza heredará estas cosas; y yo seré su Dios, y él será mi hijo. Pero, para los cobardes e incrédulos, para los abominables y homicidas, para los fornicarios y hechiceros, para los idólatras y todos los mentirosos, su herencia será el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda."

4. Para una exposición completa de 1 Juan, léase John F. MacArthur, *Confession of Sin: 1 John 1:1—2:2* (Confesión de pecados: 1 Juan 1:1—2:2) (Chicago: Moody, 1986); *Love Not the World: 1 John 2:3-17* (No améis al mundo: 1 Juan 2:3-17) (Chicago: Moody, 1986); *Marks of a True Believer: 1 John 2:18—4:21* (Señales de un verdadero creyente: 1 Juan 2:18—4:21) (Chicago: Moody, 1987) y *Assurance of Victory: 1 John 5* (Certeza de victoria: 1 Juan 5) (Chicago: Moody, 1986).

5. Ver James E. Rosscup, "The Overcomer of the Apocalypse" (El vencedor del Apocalipsis), *Grace Theological Journal*, 3 (otoño, 1982), 261-286, para un estudio excelente del significado del término "vencedor". El doctor Rosscup muestra de forma definitiva por qué el término es equivalente a "creyente".

6. John F. MacArthur, *The MacArthur New Testament Commentary: Hebrews* (El Comentario del Nuevo Testamento de MacArthur: Hebreos) (Chicago: Moody, 1983).

Apéndice 2

1. Ver Charles C. Ryrie, *Balancing the Christian Life*, pág. 170, donde Ryrie escribe: "El mensaje de fe solamente y el mensaje de fe más la dedicación de la vida no pueden ambos ser el evangelio; por tanto, uno de ellos es un evangelio falso y cae bajo la maldición de pervertir el evangelio o predicar otro evangelio (Gál. 1:6-9)."

2. Uso este término en el sentido de la definición de Blauvelt: "Salvación de señorío. ... es la idea de que para salvarse una persona debe confiar en Jesús como su Salvador del pecado y debe también entregarse a Cristo como Señor de su vida, sometiéndose a su soberana autoridad." Livingston Blauvelt, hijo, "Does the Bible Teach Lordship Salvation?", pág. 37.

3. Zane C. Hodges, *The Gospel Under Siege*, pág. 4.

4. Cyril C. Richardson, ed., *Early Christian Fathers* (Los padres cristianos primitivos) (Nueva York: Macmillan, 1970), pág. 177.

5. *Ibid.*, pág. 90.

6. *Ibid.*, pág. 92 (énfasis añadido).

7. *Ibid.*, págs. 194, 195.

8. Henry Bettenson, ed., *Documents of the Christian Church* (Documentos de la iglesia cristiana) (Nueva York: Oxford, 1963), pág. 54.

9. John Dillenberger, ed., *Martin Luther* (Martín Lutero) (Nueva York: Doubleday, 1961), págs. 111, 112 (énfasis agregado).

10. Karl Theime, "Good Works" (Buenas obras), *The New Schaff-Herzog Religious Encyclopedia* (La nueva enciclopedia religiosa Schaff-Herzog) (Grand Rapids: Baker, 1977), 5:19-22.
11. John Dillenberger, pág. XXIX.
12. *Ibid.*, pág. 18.
13. *Ibid.*, págs. 23, 24.
14. Clyde L. Manschreck, ed. y trad., *Melanchthon on Christian Doctrine* (Melanchthon sobre doctrina cristiana) (Grand Rapids: Baker, 1965), 182.
15. Phillip Schaff, ed., *Creeds of Christendom* (Credos de la cristiandad), 3 vols. (Grand Rapids: Baker, 1977), 3:24, 25.
16. *Ibid.*, 3:410-413.
17. *Heidelberg Catechism* (Catecismo de Heidelberg) (Freeman, Dakota del Sur: Pine Hill, 1979), pág. 75.
18. P. Schaff, ed., *Creeds of Christendom*, 3:590, 591.
19. *Ibid.*, págs. 629, 630.
20. Thomas Vincent, *The Shorter Catechism of the Westminster Assembly Explained and Proved from Scripture* (El catecismo abreviado de la Asamblea de Westminster explicado y probado por la Escritura) (Edimburgo: Banner of Truth, 1980), págs. 226-231.
21. Basil Hall, "Ulrich Zwingli" (Ulrico Zwinglio), Hubert Cunliffe-Jones, ed., *A History of Christian Doctrine* (Historia de la doctrina cristiana) (Filadelfia: Fortress, 1978), pág. 362.
22. John Calvin (Juan Calvino), *Institutes of the Christian Religion* (Instituciones de la religión cristiana), 2 vols. (Grand Rapids: Zondervan, 1972), 2:98, 99.
23. John C. Olin, ed., *A Reformation Debate* (Un debate de la Reforma) (Grand Rapids: Baker, 1966), pág. 68.
24. William Guthrie, *The Christian's Great Interest* (El gran interés del cristiano) (Edimburgo: Banner of Truth, 1982), págs. 24, 25, 76.
25. Joseph Alleine, *An Alarm to the Unconverted* (Un aviso a los no convertidos) (Marshallton, Delaware: National Foundation for Christian Education, sin fecha), págs. 26, 27.
26. Thomas Watson, *Body of Divinity* (Cuerpo de divinidad) (Grand Rapids: Baker, 1979), pág. 16.
27. Thomas Manton, *A Commentary on James* (Comentario sobre la epístola de Santiago) (Edimburgo: Banner of Truth, 1963), págs. 153, 239.
28. J. C. Ryle, *Estimate of Manton* (Valoración de Manton), citado en A. W. Pink, *Gleanings from the Scriptures: Man's Total Depravity* (Espiguelo de las Escrituras: La depravación total del hombre) (Chicago: Moody, 1969), pág. 289.
29. Matthew Henry, *Commentary on the Whole Bible* (Comentario de toda la Biblia) (Old Tappan: Nueva Jersey: Revell, sin fecha), págs. 981-983.
30. George Whitefield, *Journals* (Diario) (Edimburgo: Banner of Truth, 1960), págs. 323, 324.
31. Edward Hickman, ed., *The Works of Jonathan Edwards* (Las obras de Jonatán Edwards) (Edimburgo: Banner of Truth, 1979), págs. 237, 259, 263.
32. John Gill, *A Body of Divinity* (Un cuerpo de divinidad) (Grand Rapids: Sovereign Grace, 1971), pág. 552.

33. *Ibid.*, pág. 555.
34. Thomas Goodwin, *The Work of the Holy Spirit in Our Salvation* (La obra del Espíritu Santo en nuestra salvación) (Edimburgo: Banner of Truth, 1979), pág. 129.
35. Charles H. Spurgeon, *The Soul Winner* (El ganador de almas) (Pasadena, Texas: Pilgrim, 1978), págs. 32, 33.
36. John Charles Ryle, *Holiness* (Santidad) (Grand Rapids: Baker, 1979), pág. 57.
37. Benjamin B. Warfield, *Biblical and Theological Studies* (Estudios bíblicos y teológicos) (Grand Rapids: Baker, 1968), págs. 402, 403.
38. R. A. Torrey, *How to Work for Christ* (Cómo trabajar para Cristo) (Old Tappan, Nueva Jersey: Revell, sin fecha), pág. 32.
39. W. H. Griffith Thomas, *The Principles of Theology* (Los principios de la teología) (Grand Rapids: Baker, 1979), págs. 186, 187.
40. *Ibid.*, págs. 200-205.
41. *Ibid.*, pág. 205.
42. W. H. Griffith Thomas, *St. Paul's Epistle to the Romans* (Epístola de San Pablo a los Romanos) (Grand Rapids: Eerdmans, sin fecha), pág. 371, énfasis agregado.
43. Oswald T. Allis, "The Covenant of Works" (El pacto de las obras), en *Basic Christian Doctrines* (Doctrinas cristianas básicas) Carl F. H. Henry, ed., (Grand Rapids: Baker, 1962), pág. 98.
44. *Ibid.*, pág. 99.
45. Arthur W. Pink, "Signs of the Times" (Señales de los tiempos), *Studies in the Scriptures* (Estudios en las Escrituras), 16:373-375.
46. Arthur W. Pink, *Gleanings from the Scriptures: Man's Total Depravity*, pág. 291.
47. A. W. Tozer, *I Call It Heresy!*, págs. 18, 19.